



Plataforma
Ficción

La libertad última

Michael F. Ryan

«Cómo levantar una vida derrumbada siguiendo las enseñanzas de Viktor Frankl.
Una gran novela construida en torno a su obra *El hombre en busca de sentido*.»

Tomás González, Librería Todolibros (Cáceres)

La libertad última

Una novela sobre la vida de Viktor Frankl

Michael F. Ryan

Traducción de Marita Osés



Primera edición en esta colección:

febrero de 2012

Título original: *The Last Freedom*.

A novel on the real-life adventure of Dr. Viktor Frankl

© Michael F. Ryan, 2008

© 2012 de la traducción, Marita Osés

© 2012 de la presente edición, Plataforma Editorial

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 231, 4-1B - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 — Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Diseño de cubierta:

Agnès Capella Sala

Diseño gráfico:

Daniela Saravia, Mariella Hughes y María Pía Chaparro

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Depósito Legal: B. 27.704-2012

ISBN DIGITAL: 978-84-15577-94-2

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

AGRADECIMIENTOS

¿Saben cuando los cantantes de un concierto se lanzan desde el escenario a un mar de manos y brazos que los llevan en volandas? Eso es exactamente escribir un libro. Por un lado, es un salto de fe. Por otro, necesitas un océano de amigos y desconocidos bondadosos que se ocupen de que no te caigas.

Yo no habría dado este salto de no haber sido por cuatro personas, a saber: Sharon Stone —la masajista de Topeka (Kansas), no la actriz—, quien me habló del doctor Viktor Frankl y después me envió sin avisar su obra más conocida, *El hombre en busca de sentido*; la hermana Sally Savery, misionera brasileña que conocí en Wamego (Kansas), quien me animó a visitar su casa de acogida de niños en Jacundá (Brasil), donde por fin leí la obra maestra de Frankl, para pasar el tiempo (¡y qué lugar más significativo para leerla!); el doctor Jay Levinson de Baltimore, asistente del doctor Frankl durante veinte años, que dio un salto de fe todavía mayor no sólo aceptándome a mí y mi disparatado proyecto, que le expliqué por teléfono, sino que además convenció a la señora Eleonore Frankl, viuda del doctor, de que me recibiese y me abriese su corazón. Lo consideraré siempre uno de los mayores privilegios que la vida me ha concedido.

La cuarta persona, naturalmente, es la señora Frankl, quien fue primera dama, secretaria y alma gemela de uno de los grandes pensadores y de los seres más humanos del siglo xx; ella fue su roca, su mecanógrafa, su copiloto en la vida y, en la actualidad, una gran dama por derecho propio.

Al yerno y a la hija de los Frankl, el profesor Franz y Gaby Vesely; a sus maravillosos hijos, ya adultos, Katja y Alexander —los queridos nietos del doctor Frankl—, gracias por recibirme con tanto afecto.

Bien, éstos fueron los que me ayudaron a saltar del escenario. Luego están todos aquellos cuyas manos me sostuvieron.

Una de las cosas más inteligentes que hice al principio fue convocar a un grupo de amigos respetados en Topeka para que guiaran mi escritura. Los bauticé la Sociedad Frankl de Topeka: Roger Aeschliman, el hombre más leído que he conocido y mi mejor amigo, además de mi ídolo; Jim McHenry, de la Topeka Library Foundation, que me ayudó a ponerle título al libro; Maria Russo Wilson, una amiga increíble y una crítica honesta a la que me esforcé por complacer; Mark Hood, mi mentor y modelo de amor y de entrega desinteresada; y mi querida amiga y entusiasta presidenta de la Sociedad Frankl, Norma Chase, una persona que hace que todo lo que toca, cosas o personas, sea mejor.

Cuando me trasladé a Augusta (Georgia) aterricé en otro círculo de amigos que me apoyó, entre ellos, Pat Goodwin, quien parecía desear más que yo el éxito de este proyecto; es una verdadera amiga, capaz de asumir por completo la visión de otro. Beth Bradley y JoAnn Hoffman completaron la Sociedad Frankl de Augusta, no tanto sosteniéndome con sus manos, sino más bien propulsándome hacia delante con ayuda de sus botas.

El insensato y maravilloso Brian Mulherin, uno de los mayores tesoros de Augusta, quien me ayudó a mantenerme concentrado en la escritura pasándome unos dólares cada vez que nos veíamos, para futuros gastos de publicación. Mi webmaster, Kim Luciani, ha hecho más por mí de lo que nunca podré hacer yo por ella. Otros, como Angie y Carter Morris, sencillamente leyeron el libro y me mantuvieron la moral alta a lo largo del difícil camino hasta la publicación.

Y está también John Bock, un amigo del periódico al que seguí de Topeka a Augusta y quien, en una playa tenuemente iluminada de Hilton Head, me contó el secreto mejor guardado sobre la escritura de libros que un culto al estilo del Código Da Vinci ha transmitido a lo largo de los siglos: «¡Híncale el diente y acábalo de una (improperio borrado) vez!». Sabio consejo.

Por el camino siempre hay una mano anónima, como el funcionario de seguridad de Heathrow que vio cómo me desmoronaba en la sala del aeropuerto cuando la compañía aérea perdió mi maleta, haciéndome perder, valga la redundancia, el último autobús que podía llevarme al hotel; me dio dinero para que pudiera usar el teléfono y solucionar el tema del transporte.

Por supuesto, todo esto no habría sido posible sin la que es mi roca y mi pilar: mi mujer, Susan, a quien me declaré hace veinticinco años al cabo de sólo dos semanas y dos días de conocernos. Es el mejor salto de fe que he hecho y que haré en mi vida.

Para cualquiera que se plantee escribir un libro, mi más sincero consejo —en fin, además de hincarle el diente y terminarlo de una &%@\$* vez— es:

Asegúrate de tener debajo del escenario a una pandilla de gente maravillosa, y todo irá bien.

OBSERVACIÓN DEL AUTOR

Aunque ésta es una obra de ficción, y Roger Murphy y todas sus relaciones son completamente ficticios, Viktor Frankl fue una persona real, como lo son sus parientes y personas allegadas. Naturalmente, todas sus vicisitudes con Roger Murphy pertenecen al ámbito de la ficción, pero las experiencias del doctor Frankl y su familia descritas en este libro son verídicas.

Contenido

Portadilla
Créditos
Agradecimientos
Observación del autor

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

La opinión del lector

PRÓLOGO

«¡DIOS MÍO! Un poco más y... —pensó Viktor—. ¡No estoy preparado para morir!»

Su pie derecho volvió a resbalar, enviando un puñado de piedras al abismo que se abría más abajo. Sabía que un mal paso, un error de cálculo, podía dar al traste con su afición al montañismo, con su prometedora carrera de medicina y con su vida, todavía corta.

Y el caso es que sabía de sobra que, por mucho que hubiesen conseguido escalar la escarpada pared del Hohe Wand sin sufrir ningún percance, su guía alemán, Hubert, corría más peligro que él por el simple hecho de permitir a Viktor Frankl, un judío, el inocente placer de aquella pequeña aventura alpina. Porque, en la Austria de Hitler, los ciudadanos obligados a llevar una estrella de David de color amarillo para salir a la calle no tenían derecho a estas libertades. Demasiado buenas para el alma.

Sin duda, benéfica para el ánimo de Viktor. Después de la tensión acumulada debido a la inminente anexión de Austria a Alemania por parte de Hitler, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había salido a escalar.

—Para un verdadero escalador —le dijo a su guía una vez coronada la cima— es increíble lo claustrofóbica que puede resultar una llanura, por extensa que sea.

Hubert asintió y volvió su ancho cuello, tanto para contemplar el mundo que quedaba a sus pies como respondiendo al instinto de cerciorarse de que estaban solos y a salvo. Si bien la complexión robusta de Hubert era tan sólida como la pared que acababan de escalar y su rostro estaba tan erosionado como las rocas que los rodeaban, el último apelativo que se le ocurriría a alguien al ver a Viktor Frankl sería el de «rey de las montañas». Era un hombre flaco, sostenido de manera precaria por dos piernas delgaduchas, sin altura ni corpulencia.

Pero resulta que los atributos más importantes de un escalador no son ni las piernas, ni la corpulencia, ni la sombra que proyecta en el suelo. Se trata más bien de tener un corazón ardiente y una mente ágil. Y el doctor Frankl poseía una mezcla de ambos altamente inflamable.

En efecto, sus colegas de Viena estaban empezando a reconocer lo que era cada vez más evidente: debajo de la mata ondulada de cabello negro peinado hacia atrás de Frankl se escondía una de las mentes más brillantes de la época. Y, como bien reconocían sus admiradoras en la ciudad y en el Hospital Rothschild, aquel neurólogo y psiquiatra de treinta y pico años no sólo tenía el potencial suficiente para salir de la sombra de los famosos psiquiatras vieneses Freud y Adler, sino que poseía el asomo de una talla lo

suficientemente importante como para proyectar su propia figura en su tierra natal y en el extranjero.

Aun con aquel físico precario al que las gafas otorgaban aún más fragilidad.

De momento, cerró los ojos para disfrutar del sol y del frescor de sus amadas montañas Rax y se permitió olvidar que, por brillante que pudiera ser su futuro, estaba velado por la nube de odio y opresión que avanzaba desde Berlín. Y que había dejado escapar su única oportunidad de librarse de todo aquello.

No es que no lo hubiese visto venir. Todo el mundo lo había visto. Austria había puesto la alfombra roja a Adolf Hitler de mala gana. Pero, mientras que muchos de los judíos de la ciudad ya habían huido, Viktor se había quedado. Sólo Dios sabía por qué motivo lo había hecho. En un instante suspendido entre el puro miedo y la incertidumbre de trascenderse a sí mismo, había abierto la palma de la mano y había dejado volar su libertad.

Viktor abrió de golpe los ojos. Sus pensamientos regresaron como un bumerán a aquel momento fatídico en una iglesia, y no le gustó. Allá arriba, no. No, aquél era un lugar para estar en paz.

Hubert se dio cuenta de todo. De cómo Viktor se había sumido sin querer en sus recuerdos amargos y punzantes y de su brusco regreso a la realidad. Se volvió rápidamente al panorama que tenían ante ellos, para que Viktor no reparara en que había estado observando todos y cada uno de sus pensamientos.

—Lo de allá abajo es una locura, amigo —dijo Hubert encorvándose con inusitada resignación—. Pura locura.

—¡Y henos aquí, en el lugar más seguro del mundo! —dijo Viktor sonriendo, con su optimismo de siempre.

Hubert también sonrió y luego, echando la cabeza hacia atrás, gritó:

—Sí, amigo mío. Aquí estamos, las dos últimas personas cuerdas que quedan sobre la faz de la tierra, ¡escalando para elevarse por encima de la demencia!

—Y ahora ya sabemos la diferencia entre cordura y locura —añadió Viktor—. ¡Unos 200 metros!

Cuando has tenido muy pocas ocasiones de las que reírte, tienes el depósito lleno y lo sueltas de golpe. Y eso es lo que hicieron los dos amigos en aquel momento. Ni el psicoanálisis de Freud, ni la psicología individual de Adler, ni siquiera la propia logoterapia de Viktor Frankl, que empezaba a tomar forma en su mente y en sus escritos y conferencias, podrían haberles ofrecido un alivio terapéutico mayor que aquella carcajada, que los sacudió como un terremoto.

Ambos se tumbaron, el judío y el ario, solos y alejados de los conflictos, disfrutando de unos momentos inefables. Atados con una cuerda de seguridad, pero unidos por un

cordón todavía más fuerte que nacía en el ombligo y llegaba directo al corazón. La humanidad de ambos los unía. En estado puro, al descubierto, real y, en cierto modo, divina. En aquel momento, aunque en ausencia de un público de carne y hueso —y, de hecho, a pesar de que podría haberles costado a ambos un severo castigo por parte de los nazis si alguien los hubiese visto—, los dos hombres estaban enviando un mensaje al cielo: un pequeño ejemplo de la humanidad de un ser humano para con otro. La ironía era tan profunda y cálida como aquel final de verano en Viena. E igualmente efímera.

La puesta del sol iba a interrumpir aquel momento de todos modos, así que Hubert se le adelantó:

—¿Qué va a ser de nosotros, Viktor?

—No lo sé, amigo mío —susurró éste, con la mirada fija en el infinito. Se quedó pensando unos instantes, y Hubert lo dejó a sus anchas—. Son tantas las cosas que quiero hacer. Que necesito hacer. Publicaré un libro, si los nazis no me lo impiden. Tengo una mujer joven y guapa, debo ganarme la vida, digan lo que digan los nazis. Mis padres están haciéndose mayores y cada vez están más asustados por lo que ocurre. Pero los que más me preocupan son mis pacientes. Me necesitan. Y yo también los necesito. —miró a Hubert y, leyendo en sus pobladas cejas su honda preocupación, le sonrió—. Tenemos que utilizar nuestro ingenio para sobrevivir, Hubert. Como hice cuando tenía doce años —prosiguió, apoyándose en los codos para incorporarse—. Estaba cruzando un puente cuando se me acercó una pandilla de jóvenes. «¿Eres judío?», me preguntaron de malas maneras. «Sí», dije con orgullo. «Pero ¿no soy también un ser humano?» Y ¿sabes qué, Hubert? Me dejaron en paz y siguieron caminando. ¿Cómo podían traspasar la línea que yo acababa de trazar, la línea que separa lo humano de lo inhumano?

Aquellos dos hombres sabían —y cada uno de ellos sabía que el otro sabía— que aquella línea estaba siendo borrada, en Austria y en más lugares, en aquel preciso momento.

Viktor miró a su amigo, con su uniforme del ejército alemán, y se dio cuenta de que no tenía que convencerlo de nada. Imaginando en el horizonte a un público más necesitado de reflexión, Viktor se levantó de un brinco, alzó el puño todo lo alto que le permitía su escasa estatura y gritó:

—¿Lo has oído, Adolf? ¡Yo también soy un ser humano! ¡Yo también soy un ser humano!

CAPÍTULO 1

DIOS, CÓMO ODIABA las alturas.

Desde luego, Roger Murphy nunca se habría aventurado a cruzar el puente Golden Gate por iniciativa propia. No le gustaba atravesarlo en coche, y aún menos a pie, ni tan sólo detenerse siquiera un segundo. Por ningún motivo. Ni para salvar su vida.

Pero daba la casualidad de que no estaba aparcando el coche en medio del puente para salvar su vida.

Todo había empezado con aquella llamada de teléfono...

—¿Con Roger Murphy? —dijo de pronto una voz masculina y nerviosa, más insistiendo que preguntando.

—Soy yo, ¿qué desea? —respondió Roger un poco molesto tanto por la intrusión de aquel desconocido a aquella hora de la tarde, como por el volumen de la intrusión.

—¿Roger Murphy en persona?

Roger se removió en su silla de la sala de redacción. Era una silla desvencijada, pasada de moda, de hacía treinta años, todo menos ergonómica. Y empujó sus gafas de montura metálica hasta lo alto de la nariz.

—El mismo que viste y calza. Dígame, ¿en qué...?

—Tiene que venir a entrevistarme —dijo una voz temblorosa, algo suplicante y muy agitada.

—¿Ah, sí? —repuso Roger en un tono que dejaba claro que no se había inmutado—. ¿Y puede saberse por qué debería hacerlo?

—Porque —respondió al instante el hombre— estoy a punto de suicidarme y quiero que usted le cuente al mundo por qué.

Roger Murphy jamás se quedaba sin palabras, pero en aquel momento era un público cautivo y mudo, y presionaba tanto el aparato contra su oreja que parecía que tuviese la intención de introducirlo dentro de ella.

Se incorporó en la silla, apoyó ambos codos en las pilas de papeles de todo tipo que había en su escritorio, y se pasó la mano que le quedaba libre por su espeso cabello negro, peinado con raya en medio.

—¿Oiga? —dijo la voz, angustiada.

—Estoy aquí —indicó Roger mansamente, volviendo a hacer algo impropio de él.

—Usted es mi héroe. Es el mejor escritor del *Chronicle*, el mejor escritor del área de la

bahía de San Francisco, punto. La columna que hizo sobre el alcalde Agnos la semana pasada fue increíble.

—Ah, gracias, muchas gracias —respondió Roger con verdadera gratitud, especialmente genuina puesto que el cumplido procedía de un hombre aparentemente a punto de morir.

—Para mí sería un honor —prosiguió la voz— y, ejem, estaría eternamente agradecido, si usted explicara mi historia. No es la historia más interesante del mundo, de eso estoy seguro. Pero al menos —larga pausa— es real y va al grano.

Roger seguía intentando aclararse las ideas. Estaba acostumbrado a las llamadas de chiflados. No puedes ser periodista durante veinte años, sobre todo en San Francisco, sin recibir todo tipo de llamadas disparatadas. Su preferida, sucedida muchos años atrás, era la de la señora que lo tuvo al teléfono durante veinte minutos explicándole la teoría de que las moquetas gruesas formaban parte de una conspiración contra las mujeres. Parece que a éstas se les encallan los tacones altos en las moquetas gruesas, provocando que tropiecen y se caigan y sufran daños cerebrales. Aunque no era un hombre de mucha paciencia, Roger se había curtido a base de experiencias duras y dolorosas, especialmente en Vietnam, y había aprendido a escuchar. Saber escuchar es una ventaja para la profesión de periodista, pensó. Así que, normalmente, escuchaba a las almas en pena hasta que habían acabado y les mentía amablemente: «De acuerdo, enviaremos un corresponsal inmediatamente».

Siempre era mentira, por supuesto, una mentira piadosa a fin de abreviar, así como para dejar al que llamaba con la agradable sensación de que, en efecto, la prensa iba a ocuparse de la presencia de extraterrestres en los restaurantes de la zona, o de la posibilidad de que el presidente estuviera enviando señales de radio a través de un empaste dental de la persona que llamaba, o la clara posibilidad de que los insectos se hubiesen propuesto invadir la Tierra.

Jamás volvía a pensar en aquellas personas, que estaban en la frontera de la normalidad. Pero es que nunca se había imaginado que una vida pudiese depender de su promesa de «enviar a un corresponsal inmediatamente».

Así que esta vez no hizo esa promesa falsa. Procesando rápidamente la gravedad de la llamada, y percibiendo la sinceridad de la agobiada voz al otro lado de la línea, tomó una decisión. Por primera vez en veinte años de llamadas excéntricas, se la tomaría en serio.

Aunque fuera una broma, pensó, lo sacaría de la oficina más temprano y lo acercaría al partido de los A's Giants de aquella noche. Gran día en el área de la bahía. El tercer partido de la Serie Mundial de béisbol de 1989, entre dos equipos locales.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

Le pareció que el hombre contenía la respiración al otro lado del teléfono, o tal vez era

la brisa de la bahía, que silbaba en el aparato.

—¡Adivínelo! —gritó el hombre, haciendo como si nada a pesar de las circunstancias.

—Francamente, no sabría decirle —respondió Roger, mientras intentaba desesperadamente reconocer los sonidos ambientales que le llegaban a través del receptor: viento, mar, tráfico... mucho tráfico.

—Creo que es el lugar preferido para estas cosas —le sugirió la voz.

—Oh, no —musitó Roger, con voz lo suficientemente alta como para ser oída por su interlocutor—. ¿El puente?

—Sí, el puente —admitió el hombre.

A Roger se le resbalaron los codos apoyados en las pilas de papeles y su rostro, cubierto por la otra mano, descendió hasta quedar encajado entre ambas.

El puente.

CAPÍTULO 2

«EL PUENTE GOLDEN GATE», pensó Roger cuando surgió, tembloroso, de la grieta abierta en el corrimiento de tierras de su escritorio.

¿Por qué, por qué tenía que ser en el puente? Vivir en San Francisco ya es suficientemente duro para un tipo con acrofobia. En las barras de los tranvías de la ciudad pueden verse las marcas que deja Roger cada vez que cometen la crueldad de bajar en picado por Hyde Street entre Hallidie Plaza y Ghirardelli Square. ¿Por qué a ese tipo le daba por saltar desde un puente colgante famoso por su altura y azotado por el viento? ¿Por qué no se le había ocurrido meterse en una planta baja con una escopeta en la boca?

—De acuerdo —dijo Roger finalmente cuando se serenó—. Y, ejem, ¿no hará nada hasta que yo llegue allí, verdad?

—¡No, si viene cagando leches!

El nerviosismo del hombre crecía a ojos vistas.

—Haré todo lo posible. Pero ya conoce el tráfico de esta ciudad.

—¡Dese prisa! —espetó finalmente el hombre—. Aquí hace un frío de narices.

«No tanto como en el lugar adonde vas», pensó Roger, recordando lo insensible que podía llegar a ser.

Roger colgó de golpe el teléfono, consciente de que tenía que aprovechar cada segundo para pensar. Se supone que los periodistas mantienen la calma en los momentos críticos, pero, en honor a la verdad, por lo general no suelen encontrarse *en medio de* las situaciones de emergencia. Normalmente son los que aparecen más tarde y hacen todas las conjeturas. Alguien dijo una vez que los que escriben los editoriales, concretamente, lo único que hacen es bajar la colina una vez finalizada la batalla y disparar a los heridos. Roger sabía que el comentario no iba muy desencaminado.

Así pues, incluso un periodista curtido durante veinte años, puede entrar en cortocircuito si se encuentra arrastrado por una situación de crisis de manera inesperada. Roger se sacó las gafas de un tirón y se cubrió la cara con las manos, inhalando aire cual aspirador vacío.

Desde luego, alguien tiene que llamar a la policía. O al servicio de prevención de suicidios. O a ambos. El jefe tiene que saber lo que está pasando.

Miró hacia la oficina acristalada de Ed Miller; el rostro de tótem del jefe de redacción

coronado por un espeso cabello plateado estaba absorto en los píxeles de la pantalla de su computadora, muy concentrado en algo, probablemente otro juego de ordenador.

—Perdona, Ed —Roger había eructado justo antes de entrar en el despacho, teniendo el detalle de darle tiempo al redactor ejecutivo para salir de la pantalla de juegos—. Tenemos algo gordo.

Miller, un hombre alto, de unos sesenta años, con gafas, un amago de barbilla pegada a una transición plana hacia el cuello y una barriga como una estantería, hizo girar la silla para mirarlo. Su columnista principal era un tipo creativo, difícil de manejar, proclive a las fantasías y los desahogos emotivos. Miller sabía que Roger Murphy podía ser irascible, gruñón, malhumorado e inmaduro. Y le encantaba, no sólo porque era un escritor brillante, sino también porque se veía a sí mismo con veinte años menos. Pero sabía que Roger Murphy, con todos sus defectos, no era un tipo dado a exagerar. Así que cuando Roger utilizó la palabra «gordo», captó al instante toda la atención de Miller, y no sólo porque en aquel momento no estuviera ocupado en otra cosa.

—¿Has llamado al 911? —le preguntó Miller al enterarse de la historia.

—Todavía no. Eres la primera persona a quien se lo digo.

Era verdad, pero constituía también un succulento entrante para que el goloso ego de Miller lo devorase.

—Yo me ocupo de los polis. Tú, mueve el culo y ve a tranquilizar a ese tipo.

—¡De acuerdo, jefe!

Normalmente, Miller le habría respondido siguiendo la broma, «¡No me llames jefe!», como decía el jefe de Clark Kent, Perry White, en *Superman*. Pero ni siquiera un periodista de los duros como él bromea en un momento como ése.

No obstante, sí tienen ocurrencias raras, siendo seres humanos como son.

—¡Murphy! —lo llamó.

Roger se inclinó hacia atrás y asomó de nuevo la cabeza.

—¿Enviamos a un fotógrafo?

Roger se tomó medio segundo para responder.

—Creo que no, jefe, podríamos asustarlo.

—De acuerdo. ¡Marchando! —dijo acercándose el teléfono al oído—. A ver si consigo que los polis lleguen antes que tú.

Roger acababa de dar un tirón a la chaqueta colgada de la percha cercana a su escritorio y tenía ya un pie fuera cuando lo detuvo en el aire y giró haciéndolo aterrizar en la dirección contraria. Había una cosa más que no podía dejar para después.

—¡Vamos, vamos! —le decía al teléfono—. ¡Melody! Soy Roger. Tengo un problemilla. No tengo tiempo de explicarlo. ¿Podemos encontrarnos en el Stick? ¡Estupendo! Intentaré estar allí antes de que empiece el partido.

No habría sido necesario preocuparse por si no encontraba al hombre del teléfono. Antes incluso de acercarse al puente, Roger pudo ver los destellos de las luces de dos coches patrulla. Los adelantó y aparcó su viejo Volvo verde a la derecha, frente a ellos, rascando la valla de protección anaranjada que sobresalía a la altura de la rodilla delante del bordillo. Encendió sus luces de emergencia y salió disparado del coche, pasó por encima de la valla de protección y caminó con cautela hacia quién sabía qué.

Los coches seguían pasando a toda velocidad, de vez en cuando manifestando su disgusto a bocinazos, por el grupo que había bloqueado una parte del codiciado carril en la hora punta. No sabían lo que estaba pasando, ni les importaba. Por otro lado, la acera de más de tres metros que normalmente presentaba movimiento en horas punta estaba casi vacía. «Seguramente la habrán cortado», pensó Roger.

—Aquí está —gritó un policía a un compañero, al reconocer de inmediato a una de las caras más populares de San Francisco—. Gracias por venir, señor Murphy. Soy el capitán Kincade, del Departamento de Policía de San Francisco. Le presento al teniente Stewart, de la Patrulla de Autopistas de California. Y aquél —dijo indicando con la cabeza hacia la barandilla del puente— es el invitado de honor.

Roger miró con temor por encima de la valla de poco menos de metro y medio, y vio a un hombre mucho más joven de lo que esperaba, un joven pequeño, flacucho, de unos veinte años, con una gorra de béisbol de los San Francisco Giants, una camiseta blanca de manga larga, unos pantalones de deporte grises y unas zapatillas también de deporte, de pie en la estrecha pasarela un poco más abajo y a unos 10 metros de donde estaban.

Roger se echó hacia atrás rápidamente, espantando los primeros síntomas de vértigo. El capitán Kincade, más atento que el otro, se dio cuenta y lo agarró del codo.

—La verdad es que tendrían que poner una baranda más alta aquí —dijo el capitán, disculpando el miedo de Roger—. Me haría la vida más fácil.

—Lo imagino —asintió rápidamente Roger.

—Lo intentaron hace unos años —prosiguió el agente—, pero los políticos de la junta responsable del puente no querían ni oír hablar del tema. La estética y esas cosas...

—Ya lo sé —añadió Roger mansamente—. Escribí una columna cargándome la idea.

Tras lo cual, ambos se miraron durante unos instantes.

En ese momento, un transeúnte se acercó a ellos y educadamente, pero con determinación, metió las narices en el asunto.

—Hola, agentes, me llamo Ron Pauley —declaró el hombre mientras estrechaba la mano de los policías. Tendría unos cincuenta años, el pelo peinado de manera que le tapaba la calvicie y un aire paternalista. Miró brevemente a Roger, pensando tal vez que era él la persona que pretendía tirarse del puente—. Soy consultor especializado en

prevención de crisis. Jubilado, de Oakland, y pasaba casualmente por aquí. ¿Puedo ofrecerles mis servicios?

—¡Pues sí! —soltó Roger antes de que los agentes pudieran hablar.

—Señor Pauley, le presento a Roger Murphy, del *Chronicle* —anunció el capitán como si presentara una actuación de rock.

—Ah, sí —espetó el tal Pauley con aires de profesor y extendiendo una mano hacia Roger—. ¡Usted es ese tipo conservador!

Roger asintió con impaciencia, deseoso de saltarse las trivialidades.

El capitán prosiguió:

—El sujeto en cuestión ha solicitado la presencia del señor Murphy, y él ha tenido la amabilidad de venir.

—Muy bien, señor Murphy —dijo lentamente Pauley como si hablase con un niño pequeño. Luego tomó a Roger del brazo inesperadamente y lo llevó por la acera hacia el suicida casi olvidado, tomando sutilmente las riendas de la situación—. ¿Le importaría que lo instruyera brevemente sobre lo que debe hacer?

De repente, Roger tuvo unas ganas enormes de dar la bienvenida a la intrusión de aquel sujeto.

—¿Que si me importa? ¡Pues claro que no! No sé por dónde empezar...

—Bien. De acuerdo, pues. Sólo tenemos unos segundos, así que le diré lo básico. En primer lugar, capte su atención. Supongo que si es él quien lo ha llamado y siendo usted una persona famosa, esto no será un problema, ¿verdad? Bien, la siguiente cosa que tiene que hacer es manifestarle afecto de la manera que sea... y esperanza. Transmítale de forma compasiva que el futuro es desconocido, pero está todavía por escribir y que las cosas pueden mejorar, y mejorarán. ¿Entendido?

Roger pensó que su situación podía compararse a la de un soldado al que lanzan sin avisar de un avión el Día D y le explican lo que tiene que hacer cuando empieza el tiroteo al aterrizar en suelo francés. Pero asintió discretamente con la cabeza y dejó que Pauley finalizase.

—Por último, busque algo bueno en él, quiero decir, en su vida, y recuérdese.

Tras lo cual Roger, escoltado por Pauley a un lado y el agente con cara de pocos amigos al otro, fue hasta la barandilla, a unos tres metros por encima de donde se hallaba el joven de la pasarela.

—Ah —dijo Pauley deteniéndose bruscamente—. Una cosa más. Ayúdelo a encontrar un sentido.

Roger, agarrado por los codos como si fuera él quien corriera peligro de salir volando, le lanzó una mirada rápida a Pauley como diciendo «¿Nada más?».

Los dos hombres lo ayudaron a pasar por encima de la baranda y a bajar a la pasarela

metálica peligrosamente estrecha que corría por debajo de la acera, donde, sin nada que se interpusiese entre él y el agua de la bahía, Roger tenía una vista absolutamente directa de las frías aguas que discurrían a sus pies. Miró hacia abajo y por alguna extraña razón se fijó en un grupo de leones marinos.

Antes de soltarle el brazo, el teniente Stewart se inclinó sobre la barandilla para decirle a Roger sus primeras palabras, a un palmo de su cara.

—¡Murphy! —masculló con los dientes apretados—. En mi turno, no —le ordenó levantando el dedo hasta casi tocarle la nariz. Luego bajó mucho la voz y repitió—: en mi turno, no.

—¿Se lo ha dicho a él, agente? Porque, mire usted, si quiere me acerco y le digo al tipo de su parte que espere hasta el turno siguiente.

Stewart agarró a Roger brevemente, luego lo soltó y retrocedió.

Para la patrulla de autopistas, aquello debía de ser rutinario. Hay docenas, si no cientos de suicidios o de intentos fallidos cada año en ese puente espléndido e imponente. Durante su construcción murieron once hombres en los años treinta: desde entonces, unas mil almas desesperadas han acabado en el fondo de la bahía por voluntad propia. Y esta cifra refleja únicamente a aquellos de los que nos enteramos. Después de cierto tiempo siendo testigos de esta muda carnicería, y sin poder evitarla en tantas ocasiones, si eres policía te limitas a hacer lo que puedes. Sigues el protocolo, y si logras salvar la vida de alguien y volver a casa y beberte una cerveza, estupendo. Si no, has hecho lo que has podido, te compadeces del pobre desgraciado durante uno o dos minutos, y la vida sigue. No porque no te importe —más bien todo lo contrario—, claro que te importa; si no, no harías ese tipo de trabajo. Pero el hecho puro y duro es que tienes que dosificar tus sentimientos con moderación, aunque sólo sea para protegerte. Se trata simplemente de lograr cierto desapego profesional, y los veteranos te dirán que ésta es una condición tan esencial para el bienestar de los miembros de los cuerpos de seguridad como el arma que llevan al cinto. Además, un filósofo argumentó una vez que, si sientes demasiado el dolor ajeno, lo que haces es multiplicar por dos la desgracia.

Por eso, a juzgar por las apariencias, el transeúnte que ve a los agentes de policía en la escena de este suicidio inminente podría pensar que están allí para rescatar tranquilamente a un gato que no puede bajar de un árbol. Pero, para Roger Murphy, aquello era una bomba a punto de estallar, por diversos motivos. Y eso que no era él el que iba a tirarse del puente.

Cuando se hallaba a un par de metros, fuera del alcance del oído del potencial suicida, Roger se le acercó poco a poco caminando de lado por la estrecha pasarela. El joven parecía menos nervioso que cuando lo había llamado por teléfono. Tal vez simplemente había tenido tiempo de tranquilizarse. Los agentes, sabiendo cómo actuar, lo habían

mantenido lo más calmado posible: lo último que deseas es hacer que un tipo que va a saltar al vacío... pues eso, salte. Y en aquel momento, la presencia no amenazadora de los policías parecía ofrecerle la comodidad y la atención que había estado anhelando sin saberlo.

Había allí un teléfono de emergencia colocado por el servicio de prevención de suicidios con el objetivo expreso de dar a los suicidas una oportunidad más de agarrarse a un salvavidas. En este caso, el salvavidas que estaban lanzándole a ese joven desesperado adoptaba la forma de Roger Murphy, el famoso periodista.

—Señor Murphy, gracias por venir —dijo el joven lastimeramente, cuando por fin volvió la cabeza y vio a Roger—. Venga aquí —añadió, como si estuviera invitándolo a entrar en la sala de estar de su casa. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, alargó la mano para estrechar la de Roger.

El corazón del periodista latía mucho más deprisa que la corriente que fluía bastantes metros por debajo de sus pies mientras caminaba como un hombre en la cuerda floja hacia el joven en cuestión a cuya fiesta había sido invitado. La incertidumbre entre la vida y la muerte de la situación de aquel joven no era lo único que estaba dejando a Roger sin aliento.

Dios, cómo odiaba las alturas.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca del borde de la pasarela como para poder caerse de la manera más fácil, Roger se conminó a no mirar abajo. No se hizo caso. Tenía que haberlo hecho.

Inesperadamente, más como un admirador entusiasta que como un hombre abatido que se plantea acabar con todo, el joven agarró y sacudió con fuerza la mano de Roger. Entre aquello y la sensación de vértigo que le velaba la vista, Roger casi se cae.

—¡Cuidado! —gritó el joven abalanzándose sobre él y agarrándolo del hombro con su mano libre para enderezar al escritor mareado, como si estuviera allí para salvar la vida de Roger. Completamente centrado en intentar calmar los nervios de Roger, el joven se sentía más cómodo que nunca. Se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y se lo ofreció a Roger—. ¿Un poco de chicle?

Roger miró el paquete y luego a la cara sincera del chico.

—No, gracias.

—En serio. No voy a necesitarlo. No tiene sentido desperdiciarlo, ¿no?

Seguía ofreciéndoselo. Roger miró la caja de chicles y esbozó una imperceptible sonrisa al ver el nombre: Carefree.^[1]

—Gracias.

El joven observó atentamente cada movimiento de Roger: cómo desenvolvió el chicle, cómo se lo metió en la boca y empezó a masticarlo, como manoseó el envoltorio sin saber dónde tirarlo.

—Deme —le dijo extendiendo la palma de la mano—. Ya lo tiraré yo.

Roger se lo pensó un momento, le dio el papel y miró cómo el joven se lo metía en el bolsillo trasero. Bajó la vista a las aguas de la bahía y pensó: «Supongo que esto es lo que quieren decir cuando dicen “tirar” algo».

Hubo unos segundos de silencio incómodo entre ambos. Roger se había concentrado tanto en sortear el tráfico y hacer caso omiso del sube y baja de las calles para llegar hasta allí lo antes posible que no había tenido tiempo de urdir un plan. Por un momento recordó las palabras motivadoras de Pauley. Ah, sí. «Demuéstrale afecto».

—¿Por qué lo haces?

Por una vez en la vida, a Roger le sorprendió su franqueza. Y de algún modo estaba seguro de que el Señor Asesor que seguía arriba en la acera no habría aprobado aquel comienzo.

El joven miró hacia el horizonte y luego abajo, al recordar por qué estaba allí.

—¿Qué haces cuando no te queda nada por lo que vivir? ¿Adónde vas? —dijo mirando a Roger, y luego de nuevo al vacío—. La vida es una mierda. El amor es una mierda. El trabajo es una mierda. No le importas a nadie. Nadie te da una oportunidad. Y un día te levantas y te das cuenta de que te has convertido en un pedazo de mierda.

—Sí, te desengañas no sólo de los demás sino de ti mismo —finalizó Roger mirando al agua y preguntándose de quién estaba hablando él.

El joven miró brevemente a Roger, como diciendo: «Eh, que el monólogo es mío», y el tono airado con el que había empezado fue relajándose hasta convertirse en pura resignación.

—No hay nada que dure. Ni tu niñez, ni tú mismo, ni tu trabajo. Ni tus relaciones. Nada. Hoy estamos aquí y mañana ya no estamos —miró a Roger—. Hasta sus historias dejan de ser noticia al cabo de veinticuatro horas, ¿verdad?

—A veces menos —dijo Roger con una media sonrisa.

—No me admitieron en la universidad este otoño. Creo que no doy la talla. Supongo que mi adicción a las drogas no ayudó. Y ayer me dejó mi chica. Es la quinta vez, pero ahora dice que va en serio. Lo adivino. ¿Y sabe qué? No la culpo. Yo también me dejaría —se detuvo un segundo y soltó una risa alegre—. Creo que es por eso por lo que estoy aquí. Estoy aquí para poder abandonarme como ha hecho ella.

—No se lo merece. Ninguna mujer se merece esto.

Nada más soltarlo, Roger se dio cuenta de que había caído en un tópico.

El joven lo descartó al instante, tal como Roger había temido.

—No es ella. Soy yo —miró alrededor, dándole la espalda a Roger, de modo que apenas pudo oír cómo repetía—: soy yo. Nadie te lo explica —dijo volviéndose rápidamente y mirando de nuevo a Roger—. Esto es lo que quiero que escriba. Nadie te avisa cuando eres un crío. Te hacen leer todos esos cuentos de hadas y ver todas esas películas con final feliz y te dicen que no te preocupes, porque mamá y papá, o uno o el otro, lo tienen todo controlado. No te dicen que no controlan nada, que están tan desorientados como tú, sólo que a ellos les sale barba y tienen cuentas corrientes y trabajo y coches y apartamentos y facturas a su nombre, pero no saben más que tú sobre qué es lo que va arriba y lo que va abajo o de qué va todo esto.

»Usted es un periodista de investigación —le dijo señalándolo con el dedo—. ¡Explíquemelo! ¿Para qué todo esto? ¿Cómo podría ser todavía peor? ¿Qué sentido podría tener esta vida?

Roger buscaba respuestas. Después de una larga pausa, le dijo torpemente:

—No lo sé. Lo siento. No lo sé.

Miró por encima de su hombro para ver la expresión de reproche del asesor, pero no alcanzó a verlo.

El joven insistía.

—A usted le ha ido bastante bien, ¿no? Periodista de categoría, con éxito, relativamente atractivo...

—¿Relativamente? —espetó Roger simulando indignación, con la esperanza de que una chispa de humor los ayudara a ambos.

Funcionó. Duró dos segundos.

—¿Qué sentido tiene su vida, señor Murphy?

Ahora le tocaba a Roger escanear el horizonte de media tarde. Mientras el sol se disponía a dar un giro brusco a sus espaldas proyectando un haz de luz sobre la ciudad bruñida y sobre las aguas de la bahía que se extendían ante ellos, los pensamientos de Roger se remontaron a su pasado. Una infancia aparentemente libre de preocupaciones, pero angustiada por el divorcio de sus padres, cruento y salpicado de alcohol, y por sus dudas en cuanto a su talento o acerca de si alguien lo amaba de verdad. Luego, la universidad en una pequeña ciudad de Kansas, donde se perdió en la confusión entre los deportistas —él no lo era— y los drogatas —tampoco era de éstos—, pero ambos grupos le inspiraban compasión y apreciaba que tanto uno como otro aceptaran a los perdedores. Luego vino Vietnam, un vago recuerdo de dolor, terror y pesar, y de orgullo y luego aislamiento, cuando regresó a una patria ambivalente y a un hogar inexistente.

Los años siguientes no llegaban a ser recuerdos, una mezcla anodina de realización profesional y gratificación personal —de esto último a toneladas, es cierto—, pero nada que pudiera darle un sentido profundo o algún motivo que pudiera apartar a otro ser

humano de la atracción del abismo. La esperanza de conseguir las comodidades materiales que estaban al alcance de Roger y, sin duda, de casi toda la gente de su entorno, no parecía una oferta adecuada para un hombre que estaba planteándose poner fin a su vida y que buscaba una razón convincente para cambiar de opinión. Roger recordó la recapitulación de su vida que acababa de hacer el joven: «Un periodista de categoría, con éxito, relativamente atractivo». Una hora antes, aquel resumen lo habría satisfecho. ¿Por qué no? Pero, en aquel momento, el periodista de categoría se preguntaba a sí mismo: ¿es eso todo?

Junto con el fresco de la brisa marina, Roger sintió el escalofrío de la madurez y sus mofas y torturas apuñalándolo.

Volvió a mirar al joven, buscando en sus ojos señales de que se tragaría un montón de tonterías en aquel instante. Ni rastro. Por lo tanto, decidió no mentirle.

—Honestamente, no tengo ni idea. Lo siento.

Es incuestionablemente cierto que a la desgracia le encanta la compañía. Los dos hombres se quedaron de pie al borde del puente Golden Gate durante los instantes que siguieron, consolándose a medias al descubrir su ignorancia compartida, sin dejar de esperar en vano que la respuesta llegara con los vientos oceánicos del norte de California. Pero lo único que llegó fue el frío.

Bueno, y otra cosa descomunal, inesperada.

Algo que flotaba de repente por encima de su cabeza lo asustó, pues había aparecido silenciosamente a su derecha hasta quedar suspendido sobre la bahía. Parecía una enorme patata envuelta en papel de aluminio que atravesaba el cielo.

Era el dirigible de la compañía Goodyear.

Roger supo al instante adónde iba y por qué. Y le regaló una idea magnífica en el momento en que más lo necesitaba.

Al principio vaciló. Sus ojos iban y venían rápidamente del dirigible al joven que tenía a su lado. No estaba del todo seguro de que fuera una buena idea. Pero era consciente de que en aquellas circunstancias no podía hacer nada más. Aun así, exigía un sacrificio por su parte y notó la punzada de dolor que salió en forma de suspiro.

Se metió la mano en el bolsillo.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo sonriendo de pronto y mirando a la ciudad un segundo y luego al joven—. Éste no es el lugar adecuado para buscar el sentido de la vida. Pero éste —afirmó, enarbolando lo que tenía en la mano—, ¡éste sí lo es!

El joven miró a su periodista favorito y vio que, aunque quizá tampoco él estuviera en sus cabales, había jugado la carta ganadora.

Entradas para la Serie Mundial.

La sonrisa contenida que afloró en el rostro del joven reveló el final de la partida. Roger no había sabido qué decir, pero en el momento decisivo había sabido qué hacer. El joven estaba abatido, deprimido y desesperanzado, y tenía pensamientos suicidas, pero era evidente que no estaba loco. ¿Entradas para la Serie Mundial? ¿En serio?

Por eso sí que vale la pena morir.

—¿Haría eso por mí? —le preguntó sin darse cuenta de lo barato que le estaba saliendo recuperar su vida—. ¿Me llevaría a la Serie Mundial?

Roger se dio cuenta de que por fin estaba siguiendo la receta de Pauley: mostrar afecto. Desde luego, era una forma masculina de demostrarlo. Pero, a fin de cuentas, estaba tratando con un tío.

A aquellas alturas no se habría planteado, por supuesto, rescindir la oferta, pero seguía doliéndole. Dejaría plantada a Melody Vasquez, una de las mujeres más guapas de San Francisco, y tal vez no volviera a verla nunca más; había conseguido aquella cita después de su fiesta de despedida. ¿Cómo podía renunciar a eso? Los sacrificios personales no eran su fuerte, y aquello no lo hacía sentir nada bien, aun siendo consciente de que salvaba una vida. Pero sabía que era lo que tenía que hacer. Y sabía que eso lo sacaría de aquel puente sano y salvo.

—Pues claro que sí —respondió finalmente, detectando él mismo su falta de convencimiento.

El joven miró hacia la bahía y luego hacia atrás.

—No es justo —se volvió para mirar a Roger y la comisura derecha de su boca se elevó como arrastrando al resto de sus músculos faciales a esbozar una sonrisa—. No es justo.

Roger sonrió.

—Desde luego que no —le espetó al instante—. Acabas de estropearme un artículo estupendo sobre el suicidio.

El joven no pudo menos que sonreír. Secándose los ojos abrazó a Roger sin más. Aturdido y luchando contra el vértigo, Roger le dio unos golpecitos en la espalda. Al separarse, le hizo una señal con la cabeza indicándole la acera que los esperaba más arriba.

—¿Nos vamos?

Los agentes los ayudaron a subir por encima de la valla a los dos a la vez. En el preciso instante en que tanto Roger como el joven habían pasado al lado en el que podían considerarse a salvo, el puente empezó a dar sacudidas como si quisiera lanzarlos al vacío.

Los hombres no necesitaron palabras cuando se vieron lanzados violentamente contra el asfalto. Postrados boca abajo con los ojos como platos, y conocedores de los crueles

caprichos de la vida de San Francisco, lo supieron al instante.
Era el Gran Terremoto.

[1.](#) Nota de la t.: «Sin preocupaciones».

CAPÍTULO 3

ROGER SIEMPRE HABÍA PENSADO que si un día estuviera a punto de morir y necesitase ver la película de su vida en un instante, su memoria no le respondería y tendría que fastidiarse.

Resultó que tenía razón. Mientras el mundo se tambaleaba con estruendo y parecía listo para engullirlo en aquel puente, su memoria le falló, a lo grande. Lo único que apareció brevemente ante sus ojos fue la calma relativa del día anterior.

El lunes 16 de octubre de 1989 había empezado con una mañana ociosa en el Distrito de Marina, una mañana de personas seguras de sí mismas haciendo *jogging* con sus perros, y de gaviotas sin agendas, y un viejo deambulando por el Palacio de Bellas Artes y disputándole una bellota a una ardilla durante cinco minutos, con la única intención de partir la cáscara con su zapato y ofrecérsela pelada al pobre animalillo confundido. Después, no hubo ni un solo problema en el *Chronicle*, algo insólito para cualquier redactor del principal periódico de San Francisco y todavía más tratándose de Roger Murphy.

Desde el punto de vista meteorológico, aquel lunes había sido característico de la ciudad de la bahía por excelencia: un día casi perfecto de otoño con algún momento de frío seco. No a todo el mundo le gustan esas oscilaciones de temperatura y ese termostato irascible, casi siempre lo suficientemente bajo como para mantener el vino en su punto óptimo. A Roger le gustaba contar lo que alguien había dicho una vez: que el peor invierno de su vida había sido el verano que había pasado en San Francisco. Roger Murphy sabía que aquello era rigurosamente cierto. Pueden estar a casi 27°C en un barrio y a 10°C en otro. En San Francisco, tienes que vivir la vida por capas: una camisa, sobre una camiseta, bajo una chaqueta, tal vez seguida de una parka. Una vez había pensado que era una lástima que los ojos no pudieran llevar capas también, para ajustarse a las oleadas de luz y de sombra, obsequio de las nubes y de la niebla y del sol, en eterna disputa por dominar el paisaje desde el alba hasta el anochecer.

Pero, a pesar de todos sus altibajos, el tiempo de San Francisco es el mejor de la Tierra, como se ha propuesto demostrar un número creciente de personas que se han instalado allí después de su jubilación. En la bahía es siempre otoño y el otoño es una emoción melancólica, introspectiva, sabiamente disfrazada de estación del año.

El lunes había sido como casi todos los días en la bahía, pero todavía más, como diría el personaje favorito de Roger en *Casablanca*. La noche cayó sin avisar con un plan

especialmente refrescante para Roger: una reunión íntima en el apartamento de Sunny McHenry en el barrio de Pacific Heights. Sunny era correctora de manuscritos en el periódico, y a Roger le daba un escalofrío cada vez que la veía.

Aquella mujer encarnaba todo lo que Roger despreciaba: de izquierdas, amante del vino blanco, convencida de que los humanos están destrozando el mundo, y encima desayunaba muesli. Para colmo, nunca había considerado la posibilidad de estar equivocada o de que un republicano pudiera tener la sangre roja en lugar de «sabrás Dios de qué color la tienen». Su aspecto lo sacaba de quicio: parecía el resultado de un experimento, lamentablemente logrado, de conversión de ratón en persona: ojos pequeños y saltones, con gafas, la nariz y la barbilla proyectándose como la de un roedor, incisivos como columnas y —estaba seguro de haberlos visto más de una vez— bigotes y cola.

Pero, después de todo, aquello era una fiesta de despedida de una de sus correctoras favoritas, Melody Vasquez. Melody, al parecer en un ataque de crisis de madurez a la avanzadísima edad de veintiocho años, había anunciado su despido voluntario para ponerse un par de vaqueros gastados y viajar por el país sin motivo evidente, ni objetivo aparente, y sin medios conocidos. Roger comprendía que un trabajo temporal de correctora —un turno de noche, sin más— era excesivamente sedentario para una mujer tan joven y activa como Melody. Pero le parecía una necedad y francamente antipatriótico transformarse voluntariamente en una sanguijuela de su país. No obstante, le gustaba, y mucho, y tenía un cuerpo de muerte.

Así que, arriesgándose a estropear un día perfecto, Roger se ajustó las gafas remontándolas por su nariz casi inexistente, lanzó una mirada nerviosa por encima de su hombro y bajó por la empinada calle que desembocaba en la bahía. Llevaba como obsequio una botella de vino en una bolsa de papel de estraza. Antes de llamar al timbre de la casa de Sunny McHenry retorció inconscientemente el papel alrededor del cuello de la botella con el entrecejo imperceptiblemente fruncido.

—Hola a todos —saludó al grupo discretamente después de entregar la botella de vino a McHenry sin mirarla. Ella lo aceptó sin mirarlo tampoco.

En la oficina, Roger Murphy era sociable, divertido, seguro de sí mismo y, cuando hacía falta, mordaz en sus frecuentes críticas. Sus compañeros se quedarían pasmados, pensaba él en momentos como aquél, si supieran lo tímido que se sentía en realidad. Pero su reputación exigía que se quedara con el personal, y pocos eran capaces de hacerlo como él.

—¿Has visto lo que ha dicho tu Danny hoy? —dijo una voz quejicosa que salía del grupo.

El inevitable comentario izquierdoso en contra de la administración Bush-Quayle —

de la que lo consideraban responsable todos sus colegas y lectores de izquierdas— tardó exactamente 17 segundos y medio en aparecer, esta vez en boca de Tara Simpson, corresponsal para temas de educación.

—Tara —le replicó Roger con toda naturalidad mientras aceptaba una cerveza, desenroscaba el tapón y se lo daba a su interlocutora, obligándola a aceptarlo instintivamente—, tienes que salir más y conocer a más republicanos. No puedes depender siempre de mí para que te lleve a los fuegos del infierno. Te diré una cosa. Hay una acampada satánica del partido republicano mañana por la noche en Lincoln Park. ¿Quieres ser mi acompañante? Ah, por cierto, ¿sabes dónde puedo encontrar sangre de virgen? —preguntó mirando seriamente a su alrededor. Y añadió—: Uy, aquí no. No, creo que no.

Como de costumbre, había abortado una nauseabunda diatriba de izquierdas con una chispa de humor rápido y mordaz. Lo único que pudo hacer la mofletuda Tara fue refunfuñar, mientras él se alejaba hacia otras personas. Sólo entonces se dio cuenta de que Roger le había dejado el tapón de la cerveza en la mano, y se retiró sin decir nada a la cocina para tirarlo a la basura y ventilar su cabreo por la ventana abierta de la cocina.

Roger por su parte intentó escabullirse y pasar desapercibido por el grupo que siempre hablaba de terremotos. A decir verdad, el tema lo ponía muy nervioso. A ello contribuía que su amado Distrito de Marina, una ubicación codiciada en una de las áreas más llanas de todo el norte de California, había sido creado por el hombre. En aquel barrio pijo encajonado entre Presidio al oeste y Fisherman's Wharf al este, se alineaban las casas coloniales españolas de color tierra y los apartamentos y casas victorianas, y parecían a todas luces piezas de Lego gigantes agrupadas precipitadamente y sin mucha visión de futuro.

Sin mucha visión, porque todo aquello había sido construido sin más en un lecho de fango excavado en la bahía a fin de ganar terreno para la Exposición Internacional Panamá-Pacífico de 1915.

Roger no era un tipo espiritual, pero había pensado que, si existía Dios, el Distrito de Marina tenía que ser uno de sus lugares menos favoritos. Al fin y al cabo, en un momento en el que Dios había acariciado la idea de borrar a California del mapa, como si de un dibujo de pantalla mágica se tratase, el ser humano se había empeñado en añadir tierras al país. ¡Arrogancia, tu nombre es San Francisco y tu apellido, el Distrito de Marina!

—¡Murphy!

Vio que no había conseguido escabullirse y que no tenía escapatoria. Mark Wasserstein, el corresponsal gay para asuntos municipales, lo atrapó.

—Tú vives en el Distrito de Marina.

Roger miró a cada una de las cinco personas que formaban aquel grupo y esbozó una sonrisa como diciendo «Sí, ¿y...?» con su correspondiente y evasivo «Hum».

—¿No te resulta un poco inquietante? Ya sabes, los terremotos y esas cosas.

—Bueno —todos esperaban una respuesta contundente y Roger no los defraudó—, si hay alguien que sabe lo que es vivir en terreno movedizo, ése eres tú, Mark, ¿no crees?

En parte para aflojar la tensión que podía dispararse, una de las mujeres dijo, como recitando un eslogan:

—¡Roger detesta las pendientes! ¿Verdad, Roger?

Antes de que éste pudiese responder, Wasserstein espetó:

—Vaya, no le gustan las pendientes. Y no es de izquierdas. Y no come marisco, ni comida exótica. Y, por lo que he oído, es un encendido heterosexual.

Roger aprovechó la oportunidad de sentirse triunfante con la última acusación.

—Te olvidas del hecho de que tengo un miedo mortal al agua y no sé patinar con patines en línea —ofreció generosamente Roger.

—Ah, y le dan miedo el agua y los patines.

—En línea. Los patines en línea —aclaró Roger.

—Y ¿cómo es que un chico de Kansas, criado a base de maíz, se va a vivir a la tierra de los terremotos, las pendientes pronunciadas, los bares de sushi, los gays y los patines en línea a la orilla del mar, Murphy?

Volviendo a barrer al grupo con la mirada, Roger explicó sin alzar la voz:

—Vine por el calor y por las vacas.

Wasserstein, un tipo sin sentido del humor, cayó de cuatro patas.

—¿Qué? ¿El calor y las vacas? Aquí no tenemos de eso.

—Me informaron mal —dijo Roger irónicamente.

Hasta Wasserstein se quedó desarmado y admitió su derrota con una sonrisa, mientras las carcajadas le brindaron a Murphy una salida triunfal, que le permitió ir en busca de una conversación más interesante.

Por supuesto, Melody era el centro de atención en torno al pequeño piano de cola de Sunny, y no sólo porque era su fiesta de despedida o porque tocaba el piano. Era joven y guapa y lucía un cuerpo bronceado que no sólo era la aspiración misma de la naturaleza, sino que encima no había dependido de los genes ni de la suerte para lograrlo. Vivía al lado del Distrito de Marina y sacaba el máximo partido a los cantos de sirena del parque dirigidos a los entusiastas del *fitness*. Allí uno puede abrirse paso entre jugadores de fútbol y cantidades inmensas de corredores y ciclistas, observar a los que hacen windsurf y a los que vuelan cometas, en coloridas batallas a la conquista del Golden Gate, y

apuntarse a una competición menos acalorada: ir de la mano de un crío de cuatro años y ver quién aguanta más rato con el pie dentro de las aguas heladas de la bahía.

Bastaba mirar el tipo de Melody —ni un solo gramo de grasa— para adivinar que corría con el grupo rápido de Marina, uno de los muchos grupos de mujeres jóvenes de la zona de la bahía que disfrutaban no sólo del ambiente deportivo del Marina Boulevard, sino también de la atmósfera de seguridad en la que podían correr y patinar.

—¡Roger! —gritó, abriéndose paso entre la corte de admiradores, como una joven princesa entusiasta. Y apartando su media melena de un castaño claro hasta la parte trasera de su cuello lo abrazó con tal fuerza que él no pudo disfrutar del instante, por miedo a verter la cerveza en su espalda—. ¡Gracias por venir!

—¿Cómo no iba a venir? ¡Estaba deseando verte por última vez! —bromeó él, seguro de que ella no iba a verle.

Cuando se deshizo el abrazo y ella siguió rodeándole la cintura, obligándolo a mirar de cerca sus ojos castaños por primera vez en su vida, de repente sintió un deseo punzante de conocer mejor a su compañera de trabajo... en el preciso momento en que iba a dejarla escapar de su vida. Como siempre, su sentido de la oportunidad no podía ser más espantoso y sonrió, en parte a ella, y en parte al destino cruel, y se tragó la idea de que aquella revelación le había llegado demasiado tarde.

Y se preguntaron por qué aquel tipo guapo, con éxito, heterosexual, iba solo tantas veces por las calles de San Francisco.

Aun así, a medida que las conversaciones fueron disolviéndose en la noche fresca de la bahía, a ambos les resultó evidente que se irían juntos de la fiesta. El deseo mutuo había salvado sin palabras el vacío que los separaba, y también ella parecía lamentar la oportunidad perdida, que ambos intentarían recuperar y olvidar en una sola noche.

Introdujo con determinación la llave en la cerradura de su apartamento en la segunda planta del edificio, pero se quedó paralizado en el instante en que la giraba. Se volvió inesperadamente con un sobresalto hacia su invitada.

—Me he olvidado de decirte que tengo un perro —dijo en tono de disculpa y algo temeroso—. *Bruno*.

—No pasa nada. Me encantan los animales —repuso alegremente en su estilo desenfadado.

Sin embargo, debido a su altura —Melody medía 1,67 aproximadamente—, supuso que tendría que adoptar una postura defensiva para evitar que un gran danés o un pastor alemán la besara en la boca. Pero cuando Roger abrió la puerta y llamó a *Bruno*, nadie atacó ni intentó besar a Melody en los labios.

Cuando entró en el recibidor del apartamento, que tendría poco más de metro y medio por tres metros y suelo de madera, ella buscó a su alrededor y Roger se quedó atrás para cerrar la puerta y encender la luz. Luego cogió la chaqueta ligera de Melody y su cazadora de piel y fue avanzando despacio en busca del perro.

—¡*Bruno*! ¿*Bruno*?

De pronto apareció en la puerta del dormitorio un caniche enano de color negro, con sus patas delanteras en el suelo y el lomo levantado, y meneando el plumero de su cola como un reloj de pie, con la cabeza pegada a la alfombra y una hamburguesa de goma entre los dientes. Y listo para dar guerra.

—¿Éste es *Bruno*? ¡Oh, Dios mío, qué monada! —exclamó riendo.

Al volver de la sala, donde había dejado las chaquetas sobre un sofá muy gastado, Roger los vio peleándose por aquel pedazo de comida de juguete.

—¡Ojo! —le advirtió—. En realidad es un caniche-pitbull. ¡Te arrancará la cara de un mordisco!

—Es adorable —canturreó Melody, colocándoselo en el regazo mientras se sentaba en el suelo.

Como obedeciendo una orden, *Bruno* se transformó de guerrero en Romeo. Y le dio el beso que Melody había esperado recibir en la entrada.

—Si no os importa, os dejaré para que os vayáis conociendo mientras yo ordeno un poco...

—¡Sí, gracias...! —gritó ella alborozada.

Al marcharse Roger, Melody se puso en pie atléticamente sin ni siquiera apoyarse en las manos, que seguían ocupadas con el perro.

Dejó que *Bruno* la llevase de breve visita guiada por el apartamento, empezando por la sala. Un pequeño aparato de radiocasete portátil, con un surtido de cintas esparcidas alrededor, y un televisor de los años sesenta eran las únicas piezas en una tabla de madera apoyada en cuatro bloques de hormigón, dos en cada extremo.

—¿Te gusta mi centro de ocio? —gritó Roger desde algún rincón del apartamento, al parecer controlando cada uno de sus movimientos—. Pon música si te apetece.

Ella declinó el ofrecimiento, puesto que ya eran más de las doce de la noche y de camino Roger le había comentado que el portero del edificio vivía justo en el piso de abajo. Para convencerse, pisó con fuerza para que crujiese el suelo de madera. Aquello ya era demasiado ruido. Aun así, husmeó entre las cintas: casi todas ellas de jazz y aparentemente grabadas por él.

Al volverse para contemplar la sala, se fijó al instante en dos cosas: una decidida ausencia de objetos en el suelo y un exceso que llegaba a ser mareante en las paredes. Pensó que si miraba la habitación durante un buen rato podría sufrir un fuerte ataque de

vértigo; si no te dabas cuenta, pensabas que estabas estirado en el suelo y mirando la sala de costado.

Compensando la escasez de objetos sobre la tabla de madera, las paredes estaban salpicadas de grabados de Ansel Adams, fotografías en color y carteles de películas antiguas. Se fijó en que había 4 de *Casablanca* entre los 10 o más carteles cinematográficos. Miró hacia el recibidor sin ver nada. «De entrada Roger Murphy puede ser arisco —se dijo a sí misma—, pero un tipo al que le gustan las películas antiguas no puede estar tan mal. ¿Y un caniche que se llama *Bruno*? Este tipo guarda secretos que jamás ha contado a los colegas de la redacción.» En sólo un minuto de observación de su apartamento, Melody había conocido más cosas del famoso columnista conservador del *Chronicle* que después de haber leído sus artículos o de haber trabajado en la misma oficina que él durante los últimos cinco años. Tras una breve reflexión, se dio cuenta de que en realidad Roger Murphy podía pasarse el día hablando sin revelar casi nada de sí mismo. ¿Por qué diantres no había empezado a sondearlo hasta la víspera de su partida?

—Ya está —dijo él, asustándola al entrar desde la cocina que se hallaba detrás de ella—. Así que te vas mañana —comentó ofreciéndole una copa de vino.

—Sí —confirmó ella, y le dio las gracias con un gesto de la cabeza—. Me subo en un autocar que me llevará lejos de la ciudad.

—Qué lástima —dijo Roger sacudiendo la cabeza y con cara de pena—. Pensaba que podrías venir conmigo a la Serie Mundial —añadió sacando dos entradas de su bolsillo trasero.

Aun en la oscuridad de la sala, iluminada apenas por la tenue luz que llegaba del recibidor y de la cocina, vio cómo se le iluminaban los ojos.

—Supongo que podría dejarme convencer de quedarme un día más.

—Perfecto —dijo Roger sonriendo levemente para ocultar su júbilo—. Entonces queda oficialmente confirmado. Y al día siguiente de esto, el miércoles, ¿adónde vas a ir exactamente y qué harás?

Mientras ella tomaba un sorbo de vino y meditaba la respuesta, él se percató de que, a pesar del color bronceado de su piel, los rasgos faciales de Melody reflejaban la belleza nórdica de Ingrid Bergman, que aparecía en el póster de la pared, justo detrás de ella, a la altura de su hombro.

—La verdad es que no lo sé —admitió finalmente, dejándose caer en el sofá encima de las chaquetas sin importarle lo más mínimo—. He pensado en pasar primero unos meses con mi hermana en Montana. Después, ¿quién sabe? Tal vez vaya a algún sitio a ayudar a alguien de algún modo.

Roger se sentó junto a ella en el sofá.

—Dejas un buen trabajo.

—Siempre puedo encontrar otro. Puedo encontrar otro hoy mismo.

Como un buen jugador de ajedrez que ve neutralizado su ataque, intentó entrar por otro frente.

—¿No te sentirás como si no estuvieses aportando nada?

En lugar de molestarse o enfadarse, ella agradeció de hecho el reto intelectual de la pregunta y el interés que escondía.

—¿De verdad crees que necesitas dinero o una tarjeta de visita para aportar algo? Mira a todos los jubilados y lo que hacen.

—¿Así que te retiras, a los treinta años?

—¡Veintiocho! —dijo fingiéndose ofendida, pero con el claro deseo de agarrarse a esos dos últimos años que empezaban con el número 2—. ¿Por qué no? ¿Por qué esperar hasta que tenga que llevar una prótesis de cadera?

Él se removió en el desvencijado sofá.

—Bueno, la frontera entre un espíritu libre y un alma perdida es delgadísima.

Aquel comentario sí captó su atención. Aun estando en el mismo sofá, Melody se volvió para mirarlo de cara adoptando una postura recta y combativa. Pero habló suavemente y con paciencia.

—Roger —pareció que pasaba una hora lentísima hasta que oyó las siguientes palabras—. Tal vez soy un alma perdida. Lo admito. No sé adónde voy, y desde luego no sé cómo llegaré. Y sí, me da miedo. Pero también tiene su atractivo. Además, creo que te engañas si piensas que un buen trabajo y un apartamento decente... —miró alrededor y reconsideró la calificación de aquel lugar— bueno, un apartamento... —prosiguió sonriendo—. Lo que estoy intentando decirte es que la vida no es sólo un buen trabajo y un bonito apartamento y un baño caliente de vez en cuando y una copa de vino para relajarse.

Él paseó la vista por la habitación en penumbra.

—¿Quieres decir que hay algo más que esto?

—Tener una casa donde dormir y comer caliente, una dirección, aunque sea en el lujoso Distrito de Marina de San Francisco, no hace que tu alma perdida «se encuentre», Roger. Hace falta algo más.

—Vaya, parece que lo sabes todo de mi alma.

—No tanto como me gustaría. Muchas veces me he preguntado qué es lo que te trajo hasta aquí.

—¿Ahora viene cuando me estiro en el sofá? Porque vas a tener que aflojar un poco...

—No has contestado a la pregunta que te ha hecho Wasserstein en la fiesta. Lo he oído todo. ¿Por qué viniste a San Francisco? Nadie en la redacción parece conocer tu historia —y fijándose en uno de los carteles de *Casablanca* añadió—: ¿cómo era? «¿Te fugaste con

el dinero recaudado en la iglesia? ¿Con la mujer de un senador? ¡Me gusta pensar que mataste a alguien! ¡Es la chica romántica que hay en mí...»

Roger sonrió y tiró hacia atrás su pelo lacio.

—Acabas de impresionarme. Cualquiera persona que pueda citar de memoria unas frases de *Casablanca* como lo has hecho tiene su sitio en mi agenda de direcciones —y levantando la copa de vino añadió—: Por ti, jovencita.

—¿Y bien? Sigues sin contestarme.

Roger carraspeó deliberadamente.

—Supongo que puedo salir al paso diciendo que vine aquí a tomar las aguas.

Por toda respuesta, recibió la mirada de Melody combinada con la actitud que reflejaban sus brazos cruzados.

Roger se volvió, apoyando la espalda en el sofá y apartándose un poco de su mirada. Tenía los ojos fijos en su regazo mientras cavilaba cuánto iba a contarle. Desde luego, no había previsto un interrogatorio así. En cualquier otro momento lo habría esquivado. Pero el hecho de que ella se marchase al cabo de dos días lo inclinaba a abrirse más.

Aun así, no le salía.

—En Kansas no tenía nada —dijo por fin, con cuentagotas.

—Bueeeeno, por algo se empieza. ¡Toda una revelación!

Roger se levantó, atravesó la habitación y apagó la luz de la cocina, dejando la sala iluminada tan sólo por la luz mortecina de la calle que entraba por el gran ventanal. Se acercó a él y miró a una hilera de viviendas, casi todas ellas a oscuras, durante un momento que resultó incómodo.

—Seguramente sabrás que estuve en Vietnam.

—Lo has mencionado en alguno de tus artículos...

Él siguió mirando a la calle, pero ella podía ver su perfil: asentía ligeramente, con la cara iluminada por la luz exterior.

—No existe nada comparable al hecho de matar o de que te maten. Por supuesto, recomiendo lo primero. Aunque, si quieres que te diga la verdad, no es que puedas elegir. Pero estando allí pensaba que al menos tenía una vida a la que volver si mantenía la cabeza baja y apuntaba bien. Eso era lo que creía. Haz lo que tu país te ordena. Vive según las normas. Luego vuelve e intenta que no te tiemblen las manos cuando hagas lo posible por recuperar tu vida. Sólo que te faltan algunas piezas. ¿Alguna vez has intentado hacer un puzle con la mitad de las piezas? No queda muy bonito.

—¿Cómo se llamaba ella? —preguntó Melody a bocajarro. Roger se volvió levemente y a Melody le pareció ver que levantaba la comisura de los labios—. Siempre pensé que tenía que ser una mujer —dijo, adelantándose a responder a la pregunta no formulada—, por el hecho de que no dejaras que se te acercara ninguna durante tanto tiempo...

—Ann Marie —desveló él, sorprendiéndola, sin apartar la mirada del exterior—. Bonito nombre de chica, típico de una pequeña ciudad de Kansas, ¿no te parece? Cielos, no lo pronunciaba desde hacía años. Ann Marie. Otra vez: Ann Marie. Los efectos de esto me durarán el resto de mi vida. Tendrías que cobrarme. Es muy terapéutico.

Melody avanzó un centímetro más desde el sofá.

—¿Y qué pasó?

Pensó en añadir «¿O es demasiado personal?», pero decidió no darle ninguna vía de escape.

—Íbamos a casarnos cuando me fui de Mac...McPherson, una ciudad al norte de Wichita. Cuando regresé dos años después, supongo que se había roto el compromiso.

Se volvió, apoyando la espalda en el alféizar de la ventana, y se colocó de cara a Melody, de modo que ésta no podía ver su expresión, si es que tenía alguna, pues era una pura silueta. El tono de su voz no revelaba mucho más.

—... ella había empezado a salir con un tío que creía que era nuestro amigo. Yo no había dicho a nadie que regresaba a casa... quería que fuese una sorpresa. Lo fue. Para mí, desde luego. Se habían ido a vivir a Moundridge, un poco más al sur. Demonio, estaba embarazada de ocho meses cuando finalmente los encontré.

—¿Qué dijeron?

—Él no estaba. Había salido a meneársela o a lo que fuese. No volví a verlo nunca más. Ella balbuceó una disculpa muy tibia que ninguno de los dos se creyó. No estuve más de 10 segundos. Al día siguiente subí a un autocar Greyhound en dirección a Salina.

—¿Kansas? ¿Qué había en Salina?

—Nadie que yo conociese, lo que le daba muchos puntos positivos. No podía quedarme en Mac. Allí nadie tenía agallas para contarme lo que había pasado.

—¿Ni siquiera tu familia? ¿Tus padres?

Por fin, su voz dejó escapar una pizca de emoción.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía cinco años. Me criaron mis tíos. Él murió estando yo en Vietnam. A mi tía Betty no le quedaron muchos ánimos para nada después de aquello, y menos aún para contarme que mi vida aquí se desangraba mientras a mí me tiroteaban en la otra punta del mundo.

—¿Y cuál fue el trayecto que te trajo de Salina hasta aquí?

Roger soltó una carcajada, mientras volvía al sofá junto a ella.

—Rice-A-Roni. [\[2\]](#)

—¿Qué?

—Fui a la universidad en Marymount, una pequeña escuela católica de Salina. Creo que ya no existe. Descubrí que me gustaba escribir, pero no quería quedarme en Kansas. Es un estado pequeño, desde el punto de vista de la población. Seguramente tiene más

vacas que personas. Es rematadamente difícil evitar a las personas que no quieres ver. Y en mi caso había un montón de gente así. Por eso, cuando acabé la universidad, lo único que quería era largarme. Me sentía demasiado cerca del pasado, supongo. Bueno, pues resulta que fui al aeropuerto de Kansas City, sin saber adónde quería ir, simplemente seguro de querer estar en cualquier otro lugar. Mientras estaba tomándome una cerveza, pensando adónde irían a parar mis huesos, vi un anuncio de arroz Rice-A-Roni en el televisor. Me gustaron los tranvías. Así que vine aquí.

—¿Por el arroz?

—Bueno, tal vez fuera más por Jerry Rice.^[3] Desde luego, no fue por las pendientes de esta maldita ciudad. No sabía lo empinadas que son las calles.

—¿Viniste aquí sin conocer a nadie?

—En aquella época, San Francisco tenía esa ventaja respecto de Salina.

—Es muy raro meterse en esta profesión si no te motiva para nada la gente.

—Si lo piensas bien, no —replicó Roger, sin rechazar de plano la premisa de su afirmación—. Piénsalo de esta manera: sin duda, conocemos a un montón de gente y hasta nos apuntamos sus nombres. Pero nuestro trabajo es no implicarnos. Ser objetivos, mantenernos al margen.

—Que nadie se acerque demasiado —redondeó ella.

—Supongo que sí. En realidad hasta ahora no lo había pensado. Pero, sí, creo que ésta es una de las ventajas.

—¡Una ventaja! ¿Así que es eso?

—¿A qué te refieres?

—¡Felicidades!

—Hum... ¿por qué?

—Te has convertido en tu héroe personal, Humphrey Bogart. ¿Por qué viniste aquí? ¿Por qué no te fuiste a Casablanca y abriste un café? —dijo ella en tono iracundo.

Roger estaba perplejo.

—No sé...

—Eres igual que Rick. Una mujer te da calabazas y el mundo es el culpable. En tu huida, eliges una profesión en la que crees que lo correcto es no sentir. No sólo es lo correcto, sino que eso es lo que mentalmente fomentas: no preocuparte por nadie. Y supongo que tú mismo eres la única causa por la que consideras que debes luchar...

—He vivido en mi propia carne adónde te lleva luchar por otros, cielo —le espetó secamente.

Melody se levantó, agarrando la chaqueta que tenía debajo.

—Lo siento, Roger. Siempre me has gustado y pensaba que podía haber algo más entre nosotros. Pero ésa no soy yo. —Y señaló un póster mientras Roger encendía una lámpara

—: Creo que ni siquiera eres tan sentimental como Rick.

Siguiéndola en dirección a la puerta, él argumentó:

—No sabía que era delito cuidar de uno mismo.

Melody se paró en la entrada y se volvió.

—No lo es, Roger. El delito es quedarse ahí. Cómprate unas gafas nuevas. Ahora venden unas que te ayudan a ver más allá de tus narices.

Él se ajustó las gafas y, mientras ella salía al rellano, la llamó:

—¿Significa esto que no vamos juntos al partido?

En lo alto de las escaleras, ella se detuvo un momento a pensar, y luego se volvió:

—¿Estás de broma? ¡Claro que vamos! No soy idiota.

Roger sonrió, mientras ella desaparecía escaleras abajo. Cuando volvió a mirar su apartamento oscuro y vacío, dejó de sonreír.

—¡Buenos días!

La voz retumbante de Sherman Case, el portero del edificio, siempre sobresaltaba a Roger, aun después de su dosis de cafeína matinal, e incluso después de haber dejado que se evaporase la mitad de la mañana.

—Buenos días, Sherm.

—¿Tuvo una velada agradable?

Sherman Case nunca hacía comentarios a la ligera, sin tener un motivo, y a pesar de no llevar mucho rato despierto, Roger lo pilló al instante.

—Ah, eso. Lo siento, Sherm. Conozco las reglas. Silencio después de las once.

Sherman, que había estado hablando con un operario que rápidamente había decidido marcharse, se acercó más a Roger en la acera, impidiéndole avanzar para dar su paseo matutino hasta el Palacio de Bellas Artes y el puerto deportivo.

—Mire, nunca le envidio eso a un hombre —dijo sonriendo maliciosamente—. No se preocupe. No me estoy quejando. Además, mi mujer estaba dormida. No oyó nada. Yo no podía parar mi mente desenfrenada....

—Bueno, Sherm, no deje que su mente se le dispare. No era lo que ninguno de nosotros quería.

Roger estaba empezando a incomodarse, hablando de su vida sentimental con el portero del edificio. Pero tenía una paciencia infinita con Sherman Case. Si tienes que vivir encima de alguien, especialmente del portero de tu finca, nadie mejor que Sherman. Se autodefinía como judío de la costa Este, poseía un currículum vitae kilométrico y una maleta que había visto más mundo que un corresponsal de la CNN, y todo eso lo hacía sentirse en la gloria. En el Distrito de Marina había encontrado su nirvana, un trabajo

estupendo: hacerse cargo de un complejo de apartamentos en su ciudad favorita, donde imperaban las relaciones de buena vecindad, mientras estudiaba derecho para empezar lo que sería su vigésimotercera carrera a los cincuenta y ocho años.

Roger no podía evitar sentir un gran respeto por un hombre tan inquieto intelectualmente, tan leído y tan viajado. A lo que había que añadir que Sherman era su admirador más entusiasta. Un columnista puede tener un puñado de admiradores, pero Sherman, de forma muy elegante, había idealizado a Roger y exageraba su importancia. ¡Estaba verdaderamente orgulloso de que aquel personaje público viviera en su edificio! Cuando alguien siente eso por ti —aunque sea un tipo de cincuenta y ocho años con tupé—, no puedes hacer otra cosa que profesarle cariño.

Aun así, Roger quería estar solo, así que se despidió y emprendió su paseo con su periódico bajo el brazo recorriendo las dos manzanas que lo separaban del Palacio de Bellas Artes: un elegante edificio construido para la exposición de 1915 que sigue atrayendo autobuses llenos de turistas, que toman fotos y se pasean por los bucólicos alrededores. Era simplemente el lugar preferido de Roger en el mundo. Y estaba a un tiro de piedra de su casa. Otra razón de peso para transigir con las calles empinadas y el sushi de San Francisco.

Pero ojalá nunca hubiese transigido, pues el mundo parecía desmoronarse a su alrededor...

[2.](#) Nota de la t.: Marca comercial de un tipo de arroz mezclado con pasta.

[3.](#) Nota de la t.: Juego de palabras entre Rice-A-Roni, marca de arroz a la que se refiere el protagonista, y Jerry Rice, jugador de fútbol americano.

CAPÍTULO 4

SATANÁS LLEGÓ a la zona de la bahía a las 17 horas, 4 minutos y 34 segundos del 17 de octubre de 1989.

Cuando el infierno abrió sus fauces, la tierra y todo lo que había sobre ella empezó a rodar y a crepitar como grasa caliente en una sartén. Sólo durante 15 segundos, desde luego, pero lo suficiente para que los edificios, los puentes y los seres humanos se vieran zarandeados como si fueran hormigas.

Aquel agujero infernal se tragó a personas y coches enteros, y vomitó gas y fuego hasta mucho después de la sacudida inicial. Los edificios, y con ellos los sueños y esperanzas de las almas que había en su interior, fueron arrancados de sus cimientos. Fue como si el mismísimo planeta Tierra hubiera pensado en tirarse del Golden Gate para acabar con todo y 15 segundos después hubiese cambiado de opinión.

Cuando Roger Murphy y los hombres que habían sido lanzados junto a él contra el asfalto del puente Golden Gate consiguieron ponerse a cuatro patas, quedándose así un momento antes de incorporarse del todo, para cerciorarse de que la Tierra volvía a su inactividad, oyeron las sirenas de emergencia que llegaban de todas partes. El humo empezaba a coronar la silueta de la ciudad. Y, al igual que el grupo de personas atónitas que se hallaban sobre el puente, toda la población de la zona de la bahía estaba llegando a la errónea conclusión de que el Gran Terremoto por fin había llegado.

—Esto no puede ser nada bueno —se dijo Roger sin expresión alguna en su rostro, mientras miraba por encima del hombro y veía a los policías salir disparados hacia sus coches, olvidando por completo la escena inmediatamente anterior en el puente.

—¿Cree que anularán el partido? —preguntó el joven, con toda sinceridad. Le bastó una mirada a la expresión de incredulidad de Roger para contestarse a sí mismo—. Claro, supongo que sí.

—¡Cielo santo! —exclamó Pauley—. ¡Miren el Distrito de Marina!

Roger aguzó la mirada, que quedó petrificada en su barrio que se veía a lo lejos. La totalidad del distrito estaba en llamas.

Parecía que había al menos dos docenas de incendios devastando la ciudad en cuestión de segundos, pero ninguno era tan grave, cercano o relevante como el del Distrito de Marina.

Satanás no sólo había elegido aquel día para hacer su visita, sino que parecía tener la dirección particular de Roger Murphy.

—¡Mi apartamento está allí! —dijo Roger casi gritándole al joven mientras señalaba el

incendio de Marina por encima de la baranda. Se volvió al chico—. ¿Estarás bien?

—¡Sí! ¡Vaya, por favor!

Pauley se ofreció.

—Yo lo llevaré a donde tenga que ir, señor Murphy. ¡Usted vaya a su casa!

Roger no se lo pensó. Salió corriendo en dirección contraria por un carril casi desierto hacia su Volvo, que no había necesitado ningún terremoto para estar como estaba. Mientras corría, oyó al joven que gritaba algo; sin bajar el ritmo, Roger se volvió y vio que lo saludaba con la mano tranquilamente. Se imaginó que aquellos gritos habían sido una forma de darle las gracias.

Puede que hubiese salvado al chico aquel día, pero no pudo hacer lo mismo con su coche.

—Grrrrru, grrrruuu.

Éste es el sonido que hace un Volvo una vez agotadas sus últimas reservas de energía para mantener encendidas las luces de emergencia.

Roger golpeó el volante con ambas manos y soltó una palabrota. Salió de un brinco, volvió a los carriles del puente en dirección a San Francisco y vio el coche de Pauley, que se alejaba con el chico dentro. Intentó hacerles señas, pero fue inútil. Luego quiso parar al único coche que pasó, pero nadie se para a recoger a un autoestopista en un momento como ése.

Así que se puso a correr. Y corrió. Corrió. Corrió. A cada zancada a lo largo del puente, y de las carreteras y caminos después, lo invadía un sentimiento de sorpresa y de gratitud cada vez que las suelas de sus mocasines encontraban tierra firme donde apoyarse, a pesar de sus pies doloridos. Pasó Fort Point, atravesó el Área Recreativa Nacional del Golden Gate, el Paseo y Crissy Field, y entró y salió del barrio de Presidio, en lo que fue la carrera más larga de su vida civil. Por un momento deseó haber corrido con aquellas mujeres de piernas bonitas que siempre veía cuando paseaba por el Marina Boulevard. Al menos se habría sentido un poco más en forma para algo así. De pronto, echó de menos su arma y todo su equipo militar y se sintió desnudo: una sensación que no experimentaba hacía años, salvo en sus pesadillas. Se sintió como si estuviera lanzándose una vez más a la batalla en la jungla de Vietnam.

No obstante, esta vez la guerra era en casa. El enemigo era aún más traicionero y difícil de alcanzar. En efecto, mientras corría por Marina Boulevard le pareció como si alguien hubiese declarado la guerra a su barrio. Los Legos se habían desmontado, salía humo de todos lados, riadas de gente invadían las calles llamando a otros, pidiendo ayuda a gritos. Mark Twain describió un terremoto en San Francisco señalando que «las puertas de todas las casas, hasta donde alcanzaba la vista, vomitaban un río de seres humanos». En aquel momento Roger supo qué había querido decir Twain.

Finalmente, jadeando como un perro, con la chaqueta atada a la cintura, redujo el paso y entró caminando en la zona verde del Palacio de Bellas Artes, que —de repente cayó en la cuenta— seguía en pie. Sólo le faltaban dos manzanas para llegar al edificio de apartamentos donde vivía, en la esquina de Beach y Divisadero. Pero no podía verlo. Ni podría llegar allí en aquel momento.

Los terremotos y los tornados juegan con la mente humana como ninguna otra catástrofe, ya sea natural o de otro tipo. Dejan tras de sí formaciones extrañas. Se van con la rapidez con la que llegan. Y dejan algunas cosas en pie, profundamente sorprendidas, al lado de los elementos desventurados a los que eligen aplastar sin piedad.

En consecuencia, es bastante probable que ni siquiera Mark Twain, el escritor favorito de Roger, hubiese encontrado palabras para describir la imagen de la segunda planta de un apartamento de Lego desparramada por toda la calle. Era como si el barrio padeciese lo que en odontología se conoce como sobremordida.

Roger no podía pasar. Así que continuó corriendo en dirección oeste hacia Cervantes Street, donde pensaba girar y rodear el desastre y por allí llegar hasta su casa. Pero, entre los servicios de emergencia locales y otros obstáculos, sin darse cuenta había corrido mucho más allá de Beach y había llegado a Cervantes esquina con Fillmore, donde estaba el verdadero infierno, aun comparándolo con la catástrofe reinante en el resto de los lugares.

El coche de bomberos 16 y la brigada de rescate nº 2 en pleno habían irrumpido en un edificio derruido, y trabajaban febrilmente entre los escombros para rescatar a alguien.

Sin darse cuenta, ya fuera por su curiosidad de periodista o presa de la estupefacción propia de las víctimas de una conmoción, Roger se había acercado demasiado a la escena. Al principio, pensó que el bombero que vociferaba mirándolo estaba enojado con él. Pero el caso era que, en medio de aquel desbarajuste, sólo se podía hablar a gritos.

—¡Le digo que lo coja! —gritó el bombero, hundido en los escombros hasta las rodillas y obligándolo a coger algo.

Él obedeció. Era un bebé.

Instintivamente, Roger acunó a la criatura, adivinando que tendría unos tres meses, con la habilidad de una madre. Se quedó de pie, con la criatura en brazos durante unos segundos que se le hicieron eternos. Sus pensamientos eran un torbellino semejante a la escena que contemplaba, pero dentro de una burbuja de silencio comparado con el caos que lo rodeaba. Miró la cara del bebé. Estaba ensangrentada (pero no estaba seguro de si era sangre propia o ajena) y sucia de tierra. Le impactó la paz que desprendía el niño en medio de aquel desastre. Se imaginó a sí mismo en aquella etapa, y se preguntó cómo se llega desde entonces hasta la que le tocaba vivir en aquel momento. Se maravilló de la fragilidad de aquel ser diminuto. Y de cómo había logrado salir con vida.

—¡Yo me ocupo de él! —gritó otro bombero agarrando al niño justo en el momento en el que Roger empezaba a sentirse cómodo con él. Apenas habían sido unos segundos, pero cuando la mente de uno se dispara, puede ir mucho más deprisa que la segunda de un reloj.

Roger dio un traspié y se quedó contemplando cómo los servicios de rescate intentaban reanimar al bebé. En el breve momento en que lo había tenido en brazos no se había percatado de la urgencia de la situación. Al ver a los servicios médicos rodear al niño con tanta celeridad, lo entendió. El niño estaba en grave peligro.

A sólo un par de metros a la izquierda, más hombres de uniforme ayudados por andrajosos civiles sacaban a una mujer de los escombros. Roger pensó que podía ser la madre del bebé. La cabeza le daba más vueltas que nunca, pero consiguió enfocar la escena y ver cómo intentaban salvar la vida de aquella mujer. En pocos segundos, el equipo la había metido en una ambulancia con destino al hospital.

A su derecha en el suelo, los otros habían terminado la reanimación del bebé. Se levantaron con determinación y un miembro del servicio de rescate llevó al niño a una ambulancia. Roger sintió alivio... hasta que reconoció la lentitud de sus pasos y las caras lívidas de los integrantes del equipo. Aunque la madre sobreviviese, había perdido a su hijo apenas unos meses después de darlo a luz.

Pero la vida seguía. Caótica, dolorosa, peligrosa... la vida seguía.

—¡Roger!

Le impresionó oír su nombre en medio de aquella locura. Se dio la vuelta.

—¡Melody! —gritó, corriendo los metros que lo separaban de ella. Tras un rápido abrazo la agarró por los hombros y dio un paso atrás—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

Estaba hermosa y tan natural, aunque la naturaleza no estuviera en su mejor momento.

—Sí, estoy bien. Estaba esperando el autobús para ir a Candlestick cuando sucedió. Y tú, ¿dónde estabas? ¿Estás bien?

—Es una historia muy larga, pero estoy bien.

—¿Y *Bruno*? ¿Está bien?

Se sintió fatal por no haber pensado en su perro, aunque los minutos inmediatamente anteriores hubiesen sido puramente demenciales.

—No lo sé. Iba a casa...

—Ve —exclamó ella—. ¡Yo me quedo aquí a ayudar!

Roger miró por encima del hombro y vio a los bomberos y a los voluntarios trabajando en equipo para retirar los escombros del edificio del que acababan de sacar a la madre y al niño. El ritmo al que trabajaban daba a entender que había más personas

atrapadas.

—No, todavía no puedo irme.

—De acuerdo, pues manos a la obra —urgió ella.

Se unieron a la cadena humana y ayudaron a cargar restos del edificio desplomado justo en el momento en que algo les hizo perder el equilibrio y los lanzó al suelo.

Tendrían que haber esperado una réplica después de un primer temblor tan fuerte, pero a Roger lo cogió completamente desprevenido. Le parecía que habían pasado horas desde el primero, pero sólo porque cada segundo era como un minuto. En realidad, habían pasado sólo treinta y siete minutos.

Los temblores y los chillidos dejaban claro que la réplica era casi tan virulenta como el terremoto inicial.

Roger y Melody se ayudaron a levantarse y contemplaron la escena. El aire era denso, estaba cargado de gas, y el edificio derrumbado se había desplazado. La situación en el interior era todavía más crítica que antes. Los bomberos estaban a punto de sacar a un hombre y a una mujer cerca de la parte trasera del edificio cuando se produjo la réplica. Ahora, parecía que las víctimas estaban atrapadas sin posibilidad de rescate, incluso con motosierras y otras herramientas.

La cadena humana prosiguió su misión de retirar cascotes mientras los bomberos trabajaban para salvar a la pareja. Melody se superó a sí misma, trasladando hormigón y cascotes más rápidamente y con menos esfuerzo que la mayoría de los hombres.

Pero, una vez consiguieron llegar hasta ellos, el hombre y la mujer habían muerto. La tierra no había conseguido engullir sus cuerpos, pero el cielo había reivindicado sus almas.

Exhaustos y frustrados y con los rostros tiznados de hollín del suelo y del aire, Roger y Melody se dejaron caer encima de los escombros. Además se sentían abatidos, después de tanto esfuerzo inútil para salvar a alguien. No tenían palabras. No necesitaban hablar. No hay nada que decir en un momento así.

Durante unos instantes, simplemente se quedaron sentados observando a los bomberos continuar con todas sus fuerzas. Desde luego, a los bomberos se les paga para que hagan eso. Pero también son humanos. Roger admiró cómo podían trabajar tan duramente para salvar una vida, perder la batalla y seguir superando el dolor y la desilusión. Los bomberos son por lo general personas resilientes; pero ese día los del coche 16 y la brigada nº 2 eran gigantes en medio de los hombres.

Roger inspeccionó la ciudad, o al menos lo que podía ver desde aquel montículo del Distrito de Marina remodelado, y pensó que en aquel momento debía de estar llena de gigantes.

Se levantó de golpe.

—¡Bruno! —exclamó sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Melody, sintiéndose ya libre para acompañarlo—. ¡Vamos!

Con fuerzas renovadas, los dos se levantaron de un brinco y salieron corriendo de Alhambra a Mallorca Way, a Capra Way, a Scott y hacia el norte, a Beach, a...

Otra catástrofe. Esta vez, en casa.

En la esquina de Beach con Divisadero el apartamento de dos plantas de Roger se había convertido en un edificio de una planta desparramado en Beach Street. Si bien la visión era incomprensible, la escena era ya demasiado familiar: gente saliendo a toda prisa como niños asustados, expulsados de sus apartamentos, mientras los bomberos intentaban encontrar vida en medio de aquella destrucción mortal.

Con una diferencia: en la acera de enfrente había un incendio tan atroz que estaba prendiendo en el edificio derruido de Roger. A pesar de estar equipados para estos casos, los bomberos que rebuscaban entre la estructura que se había desplomado tenían que hacer turnos para librarse del calor del incendio que ardía al otro lado de la calle.

En aquel preciso momento, el edificio en llamas estalló como un volcán en erupción, vomitando fuego y pequeñas explosiones, y derrumbándose parcialmente.

—¡Todos fuera! ¡Evacuad el edificio ya! —gritó un bombero de rango superior a un colega que rebuscaba entre los restos del edificio de Roger. El bombero se volvió un poco como obedeciendo, pero se paró en seco.

—¡Espera! ¡Oigo algo! —gritó. Unos segundos después añadió—: ¡Alguien está golpeando una cañería!

La estructura se movió un poco.

—¡Jerry, lárgate de ahí ahora mismo! —gritó el otro bombero todavía con más fuerza que antes—. Esto se va a ir al suelo en cualquier momento.

El bombero que estaba dentro ignoró la orden y siguió el sonido de la cañería. Se bajó la visera del casco, escaló a lo que parecía una pequeña ventana abierta, pero en realidad podía haber sido un agujero cualquiera en un desbarajuste contrahecho como aquél. Se detuvo a medio camino, como si se hubiese encallado, y luego reculó.

—¡Tengo uno vivo aquí! ¡Traedme unas mordazas!

Mientras esperaba las herramientas, el bombero metió su chaqueta ignífuga por la abertura, supuestamente para la persona atrapada en el interior. A través del agujero se pudo oír la voz de un hombre, y poco después el bombero le pasó una linterna.

—¡Oh, no! —exclamó Roger.

—¿Qué? —preguntó Melody, que no podía imaginar algo peor que lo que estaban viendo.

Roger se volvió hacia ella.

—El tipo que está atrapado. Tiene que ser Sherman, el portero de mi edificio.

—¿Cómo demonios puedes saberlo?

—Sólo Sherman es capaz de explicar a los bomberos cómo tienen que hacer su trabajo —se sonrieron, dándose cuenta de lo rara pero también fácil que podía ser una sonrisa en un momento así—. Seguramente ha pedido la linterna porque ha visto alguna cosa que tenía que apuntalarse.

En efecto, después de serrar y excavar durante un tiempo que pareció eterno y en una carrera contra el fuego y el desmoronamiento, sacaron de entre las ruinas de la casa a Sherman Case, desaliñado, pero comunicativo y en plenas facultades. Mientras lo ayudaban a bajar por el montón de cascotes hasta la calle, Sherman les preguntaba a los bomberos detalles sobre el instrumental que habían utilizado para rescatarlo. Roger sonrió: aquello era típico de su portero, siempre curioso, aun en un momento tan crítico.

Melody, muy previsor, había agarrado una manta del camión de la Cruz Roja, pero Sherman —que se sentía muy hombre— la rechazó.

—Usted —bramó señalando a Roger con el dedo en un gesto amenazador— tiene el apartamento lleno de porquería, Murphy.

Roger sonrió asintiendo, maravillado de que el tupé de Sherman no se hubiese movido de su sitio después de todo aquel trajín. Al instante, las palabras de Sherman le refrescaron la memoria.

—¡Mi apartamento! —dijo como en un aullido—. ¿Ha visto a *Bruno*?

—No, me temo que no, hijo —respondió Sherman apoyando la mano en el hombro de Roger—. Es imposible que haya salido de ahí.

Se quedó sin palabras por segunda vez el mismo día. Eso nunca le había pasado a Roger Murphy en sus cuarenta años de vida. Pero qué día.

En aquel momento, empezó a sentir el peso de toda la jornada en sus hombros y en su ropa. Se había visto arrastrado a presenciar un intento de suicidio, había sido amenazado por un policía, sacudido y removido no por uno, sino por dos terremotos, había tenido en sus brazos a un bebé agonizante, se había visto obligado a ser testigo de la muerte y la destrucción a una escala que ni siquiera un escritor podía imaginar y, después de todo aquello, había regresado a casa para comprobar que no había casa a la que regresar ni compañero de cuatro patas para recibirlo alborozado.

Roger se derrumbó lentamente en la acera como un edificio cuyos cimientos han sido engullidos por la tierra omnívora. No se sentía triste. No sentía autocompasión... aquella noche, todo el mundo tenía problemas. Tampoco sentía que la ira se apoderase de él.

Simplemente, no sentía.

El agua fría de la bahía le salpicaba la cara mientras él luchaba por mantenerse a flote.

«No quiero morir —pensó Roger—. Ahora no. Así no.» Pero cuanto más agitaba brazos y piernas y cuanto más se debatía, con más intensidad sentía el abrazo helado del agua que lo llevaba hacia el fondo.

Cuando dejó de luchar y empezó a hundirse lentamente, vio al joven del puente en el agua, junto a él; también estaba completamente sumergido, pero perfectamente seco. Y lo que era más raro todavía, tenía una expresión tranquila, simplemente sonreía ante los inútiles intentos de sobrevivir del aterrado Roger.

En un último intento por respirar, Roger volvió a la superficie y fue recibido con el dedo amenazador del agente de policía, que se inclinó desde una barca de remos y lo agarró por las solapas. Acercando la cara de Roger a la suya, el policía gruñó: «¡En mi turno, no, Murphy! ¡En mi turno, no!».

Tras lo cual, el poli empezó a lamerle la cara.

Roger Murphy se cubrió el rostro con ambos brazos para protegerse del perro negro que lo despertaba a lametones.

—¡Bruno! —exclamó, sentándose de golpe y agarrando al perro por las patas delanteras. Le costó unos segundos darse cuenta de que era un labrador sin dueño y no su *Bruno*.

Decepcionado, Roger soltó al perro, que continuó olfateando. Mientras seguía con la vista el trayecto del animal, fue tomando conciencia del resto de la escena.

No estaba en su cama ni en su apartamento, pero era terreno conocido: la explanada que rodea el Palacio de Bellas Artes, un lugar al que acudía todos los días.

La mente sólo rinde cuentas a sí misma, y por ello es libre de creer las realidades más absurdas con absoluta impunidad. Así que por un momento Roger se preguntó por qué se habría quedado dormido en el suelo frío y duro del Distrito de Marina. Casi en ese instante, sus ojos empezaron a ir de un lado a otro en busca del viejo cascanueces y la ardilla.

Durante unos segundos más tuvo el sentido de la orientación de un mosquito en un huerto. Cuando vio a otras personas durmiendo o caminando a su alrededor y se volvió para ver los destrozos intermitentes, recordó la otra pesadilla, la que había vivido el día anterior.

Se masajeó el cuello y fue sintiendo cómo los músculos doloridos informaban cumplidamente al cerebro desde todos los sectores de su cuerpo. Roger aupó su cuerpo de 1,82 metros como un escalador exhausto cuando llega a la cima. Se envolvió en la manta negra y dorada de los «49ers»^[4] y caminó hacia el banco que había junto al estanque, con el cuerpo entumecido. Se sentó y echó de menos a su colega de cuatro

patas, como lo había bautizado. E intentó rebobinar y recordar, y decidir qué demonios iba a hacer.

Pensó en la noche anterior: el caos... y el orden que ponían bomberos y voluntarios civiles en medio de aquella catástrofe. La gente frenética y todos aquellos que habían exhalado su último aliento poco después de las 17.04 y medio segundo de la tarde. Melody, que salió disparada a enrolarse en una brigada contraincendios para ayudar a apagar las llamas que consumían el Distrito de Marina. Y su búsqueda infructuosa de *Bruno*. Pensó en el fuego devastador y en las docenas de edificios que parecían víctimas de una guerra relámpago.

En aquel momento, una anciana que atravesaba el jardín se detuvo para darle a Roger unas monedas y prosiguió su camino. Perplejo, miró la calderilla en la palma de su mano y después a la mujer que se alejaba. Luego se imaginó a sí mismo y lo entendió: debía de tener todo el aspecto de un sin techo crónico, había miles de ellos en la ciudad ya antes del terremoto. «Me estreno en esto», pensó.

Luego, un sonido familiar llegó hasta sus oídos: el reconfortante estruendo de la sirena del Golden Gate para avisar de la existencia de niebla, un sonido de trompeta que había aprendido a ignorar, puesto que podía llegar a oírse cada pocos segundos a lo largo del día, aun estando dentro de su habitación.

El estruendo de la sirena refrescó de golpe su memoria crispada y agotada.

—¡Mi coche! —exclamó para sí.

Comprobó que llevaba varios billetes de transporte público y se levantó con más determinación esta vez, caminando penosamente el par de manzanas que lo separaban de la parada de autobús... sin detenerse a pensar en la posibilidad de que no funcionaran en medio de aquella confusión. Cuando el autobús del Golden Gate apareció en medio de la calle desolada, cayó en la cuenta de que era una verdadera proeza. Sintió que su billete de un dólar era un precio embarazosamente ridículo para pagar la intrepidez de los trabajadores de Muny, el sistema de transporte público, pero alimentó alegremente a la bestia y ocupó el primer asiento que encontró.

El autobús se había ido hacía rato cuando Roger subió a la entrada del puente. Al poco de avanzar sobre la estructura, comprobó que allí no había nada a la vista. O la grúa de los servicios de emergencias se había tomado la molestia de llevarse su coche, o algún emprendedor sin escrúpulos había encontrado la manera de ponerlo en marcha. En cualquier caso, ahora estaba oficialmente sin techo y sin coche.

Contó las monedas que le quedaban.

Mientras se acercaba a las oficinas del *Chronicle* pensó en que se había cruzado con

muchos sin techo casi cada día de su vida en aquella ciudad, pero nunca les había prestado mucha atención, ni por supuesto les había dado su calderilla.

—¡No puede entrar aquí, caballero! —ordenó la guarda de seguridad, de aspecto dulce pero firme, cuando el hombre sucio y envuelto en una manta de los «49ers» se acercó al edificio.

—Soy yo, Audrey. Roger Murphy.

Ella se bajó de su taburete alto y se apoyó en el mostrador de su garita.

—¡Oh, Dios mío, señor Murphy! Lo siento mucho. No me he dado...

—No se preocupe, Audrey. Es que he tenido una noche tremenda.

—Sí, usted y toda la costa norte.

No tenía ganas de charlar y, afortunadamente, no se vio obligado a hacerlo por razones de proximidad con nadie más de camino a su mesa, a pesar de que la sala de redacción era, más que nunca, una colmena de afanosas abejas.

Roger no era un hombre muy organizado, pero le gustaba estar cómodo y guardaba un cepillo de dientes y pasta dentífrica en el primer cajón de su escritorio y una camisa blanca sin estrenar en el de abajo. En el baño, se lavó lo mejor que pudo y se puso la camisa nueva, en bonito contraste —pensó— con los pantalones caqui que habían vivido la guerra, habían dormido con él y lo decían a gritos.

Sentado frente a su ordenador, los pantalones ocultos bajo la mesa, empezó su artículo:

«Confieso que nunca había prestado mucha atención al problema de los sin techo... hasta que me he sentido uno de ellos...».

—Caray, Murphy —soltó Sunny McHenry al pasar por su lado—, ¡tienes un aspecto increíble!

Aquello era un magro consuelo: el terremoto no había abierto ni una sola grieta en el desagradable carácter de Sunny McHenry. Roger sonrió como si en realidad hubiese recibido un cumplido. Cuando se mueve el suelo que tienes bajo los pies, te agarras a lo que sea.

Por lo general, los redactores de un periódico se reúnen diariamente como si los condujese un sacerdote a través de un vestíbulo para darles la extremaunción. Roger nunca había entendido por qué su trabajo —que consiste básicamente en documentar las historias más interesantes que ofrece la vida día tras día— se considera un trabajo pesado y aburrido. A menudo pensaba que el mayor problema del gremio era la falta de pasión

de los redactores.

Pero lo que estaba viendo en aquel momento era lo más lejano a la pesadez y el aburrimiento que había visto nunca. Hasta los zombis estaban vivos.

Mientras los principales redactores se congregaban en la tensa oficina de Ed Miller para hacer inventario la mañana después de que se produjera el mayor terremoto de la ciudad desde 1906, se podría haber cortado la adrenalina con un cuchillo. Roger se quedó un rato en el umbral escuchando sin entrar. La reunión estaba demasiado subida de tono como para que alguien percibiera su presencia o lo impresentable de su aspecto.

—Muy bien —empezó a decir Miller, organizador nato—. Empecemos con las zonas más perjudicadas.

—La zona con más víctimas mortales parece que es Cypress Freeway —lo interrumpió un redactor con tan poca emoción como un reloj marcando las horas.

—En el Distrito de Marina es donde se han perdido más viviendas, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que estaban construidas sobre un vertedero —añadió otro.

—Embarcadero es un desastre —aportó otro.

—Y South of Market, tres cuartos de lo mismo —dijo otro.

Tras unos minutos más de inventariar lo que sabían, Miller ya pudo dar a aquel caos una forma coherente para el periódico del día siguiente.

—Muy bien. Quiero resúmenes de las zonas más afectadas. Quiero un informe actualizado de los terremotos anteriores y de lo que dicen los expertos sobre el riesgo en el futuro. Dadme un gráfico de eso. Quiero una recopilación de todas las historias de héroes y de las tragedias que empezarán a vivirse a partir de ahora. Quiero un resumen de todos los servicios municipales y si se han visto interrumpidos. Marge, escribe un artículo sobre todos los actos culturales que han sido postergados o interrumpidos. Por supuesto, cuento con que los de deportes nos expliquen cómo afectará todo esto a la Serie Mundial. Y sólo en Candlestick tenemos un montón de historias de interés humano.

»Harrison, quiero que haya un corresponsal y un fotógrafo cuando el vicepresidente vaya a visitar el Distrito de Marina.

El obligado refunfuño izquierdoso ante la mención de Dan Quayle señaló el fin de la reunión. Roger dejó salir a todos y luego entró en la oficina de Miller.

—¡Caray, Murphy! ¿Qué te ha pasado? —exclamó Miller con verdadera preocupación. Casi al mismo tiempo, recordó los daños que había sufrido el Distrito de Marina—. No me digas que tú...

—Sí, no sólo soy un conservador privado de mi derecho a voto en la ciudad más de izquierdas del mundo, sino que acabo de unirme a las filas de los sin techo.

Miller rebuscó en su bolsillo.

—Escucha, ve a mi casa. Ellen acaba de ir a Encino a ver a su tía Dorothy y se

ausentará toda la semana, así que puedes instalarte en nuestra casa temporalmente.

Roger cogió la llave y la miró.

—Gracias, jefe. Te debo más de lo normal.

—Lo sé —contestó Miller sin inmutarse—. Además, no puedo permitir que mi gente vaya por ahí como si aquí los tratáramos a patadas.

Todos los residentes del Distrito de Marina pusieron el grito en el cielo cuando, unos días después del terremoto, el alcalde Agnos decretó que las personas que vivían en 60 edificios determinados disponían de quince minutos para sacar sus pertenencias antes de proceder a la demolición.

Pero a Roger no lo inquietó especialmente. De todos modos, pensó que tardaría menos de quince minutos en hacerlo. Por un lado, en su apartamento espartano no había mucho que recuperar. Por otro, no creía que hubiera muchas cosas enteras. Además, la verdad es que no quería darse la oportunidad de tropezar con el cuerpo sin vida de su compañero de fatigas.

Aun así, fue un momento más triste de lo que nunca hubiese imaginado. Escarbar en las ruinas de la propia vida es una tarea que no hubiese deseado a nadie. Consiguió recuperar algo de ropa que sobreviviría después de lavarla, un par de zapatos, un microondas, el imprescindible sacacorchos para el vino de California y su más preciado póster de *Casablanca*, que había sufrido rasguños pero estaba sorprendentemente presentable.

El terremoto le había quitado todo lo que poseía, incluida, al parecer, su capacidad de no sentir. Al salir de su casa entre los escombros y colocar sus escasas pertenencias en la parte trasera de una furgoneta prestada para llevarlas a su residencia temporal en casa de su jefe, Roger por fin sintió algo.

Se sintió espantosamente mal.

Era un sentimiento más acuciante que el frío de San Francisco. Persistió durante varios meses. No era el único que pasaba por eso, desde luego, y lo sabía. El sondeo del *Chronicle* había mostrado que tres de cada cuatro residentes de la zona de la bahía se habían sentido abatidos no sólo semanas, sino meses después del seísmo. Pero una cosa es sentirse deprimido mientras trabajas en una cadena de montaje o recogiendo basura o conduciendo un autobús. Cuando un periodista de prestigio sale a almorzar y bebe un poco más de la cuenta, tiene la embarazosa manía de aparecer en las casas de sus lectores a la mañana siguiente.

Ed Miller se alegró de despedir a su huésped cuando Roger encontró un apartamento, otra vez encima del de Sherman Case. Pero no le agradaba la idea de perder a su columnista favorito. Y a las puertas de la primavera, la cosa no pintaba nada bien. A los mandamases nunca les habían gustado los exabruptos conservadores de Murphy. Mientras Roger caía en picado, Miller ya había tenido dos o tres conversaciones con los de arriba acerca del futuro del periodista.

Y cuando miraba a través de los cristales de su oficina, Miller casi podía ver a los tiburones nadando en círculos alrededor de su presa. Que Sunny McHenry tenía puestos los ojos en el espacio asignado al artículo de Roger los lunes, miércoles y viernes, era un secreto a voces. El espacio que ocupaba su artículo había sido un suelo tan codiciado como el del Distrito de Marina. Y, al igual que él, el terremoto había removido muchas cosas en el periódico. Hablando claro, la situación de Roger era muy precaria. Y su abatimiento estaba haciéndoles el juego a sus enemigos.

Los ojos de Miller se fijaron en una atractiva figura que flotaba por la redacción. Melody Vasquez no sólo había decidido quedarse en la ciudad tras el terremoto, sino que había sido readmitida como corresponsal del turno de día, en lugar de correctora del turno de noche. Aquella solución satisfacía a la vez sus intereses y la enorme necesidad del periódico de recabar noticias con posterioridad a la catástrofe.

Miller agarró su americana y su abrigo y salió de su oficina.

—¡Melody! ¡Coja su chaqueta y venga conmigo!

A Miller le gustaba llamar a los hombres por su apellido y a las mujeres por su nombre, una singularidad que no pasaba desapercibida a las chicas, pero que ellas apuntaban más en la cuenta del paternalismo que en la del machismo.

Los redactores como Miller o bien tienen un sentimiento exagerado de su propia importancia o no se les pasa por la cabeza que sus subordinados puedan tener otras cosas que hacer cuando le apetece llevárselos por ahí. Pero Melody, con el entusiasmo de la corresponsal recién nombrada, estaba deseosa de complacer y lo hizo alegremente. Bajó a la calle brincando, curiosa por saber adónde iría a parar su jefe.

—¿Dónde está la cafetería más próxima? —dijo Miller deteniéndose en seco.

—Ahí mismo, jefe —dijo ella señalando el local, alucinada de que no lo supiera. Tal vez nunca había tomado un café fuera de la oficina, pues siempre había alguien que se lo llevaba.

En la cafetería, a Miller se le aceleró la respiración nada más acercarse a la barra.

—Caray, estos sitios tienen demasiadas clases de café, maldita sea. ¿Es que ya no hacen el café de antes, puro y duro, sin más? —y dando por inútil su consulta de la carta, se dirigió al pobre camarero de detrás de la barra y le ladró—: ¿No puedo simplemente pedir un puñetero café? ¿O es demasiado complicado? —y volviéndose a Melody añadió

—: ¡Y si quisiera un batido, qué diantres, me iría a Baskin-Frickin'-Robbins!

Una vez sentados, Miller se tranquilizó mucho.

—Supongo que se preguntará por qué la he pescado a usted concretamente ahora —dijo haciendo girar su café solo hasta que pareció una tromba marina.

—No creo que me necesitara para encontrar una cafetería —pero luego, mirando su taza, añadió—: ¡O tal vez sí!

Miller levantó la vista.

—¿Qué? Ah, sí. Sólo bebo café cuando tengo estrés, lo que sólo me pasa cinco o siete días a la semana. Y nunca salgo a tomarlo fuera.

»Le diré que lo que me estresa ahora mismo es Murphy. Me preocupa, Melody. No es el mismo desde el terremoto y todo lo que sucedió después. Iré al grano. Ya no da la talla. No me interprete mal, creo que es el mejor cuando está en vena. Pero lleva demasiado tiempo sin estar en vena, y no da muestras de que la cosa vaya a cambiar.

»Y no sé si sabe que nunca ha sido la niña de los ojos de nadie aquí. En realidad, siempre se han limitado a tolerarlo —levantó la vista y miró a Melody a los ojos—. Me están presionando mucho para que tome una decisión.

Melody se quedó de piedra. Nunca la habían hecho partícipe de aquellas interioridades, y desde luego nunca se le había ocurrido pensar que Murphy estuviera en una situación tan delicada.

—Acudo a usted porque sé que son amigos y he pensado que podría ayudarme.

Con una madurez muy superior a la que por edad le correspondía, Melody se limitó a mirar por la ventana hacia el ajetreo de la calle y luego a su superior.

—Veré qué se me ocurre, jefe.

Como no podía ser de otro modo, a la mañana siguiente Miller comprobó que había estado realmente inspirado.

La nota que había encima de su escritorio decía: «Jefe, creo que esto puede ayudar. A mí me ha cambiado la vida. Creo además que podría enviarlo a entrevistar al autor. Es un fenómeno internacional y podría ayudar no sólo a Roger, sino a todos nuestros lectores que están luchando con la incertidumbre de la vida después del terremoto. Melody».

Cuando volvió a depositar la nota en el escritorio se dio cuenta de que el «esto» al que se refería la nota era un libro muy gastado en tapas blandas, *El hombre en busca de sentido*.

Miller lo hojeó. Un redactor de periódico no se entretiene con algo que no tiene que leer. Pero tenía pinta de ser legible y se fió de Melody, que decía que era un libro bueno y útil.

Al día siguiente a primera hora de la mañana, Roger Murphy se detuvo en la oficina de Miller.

—¿Querías verme, jefe?

—Siéntate, Murphy.

Mientras se sentaba frente a él en una silla que tenía la molesta costumbre de oscilar hacia atrás amenazando con lanzar disparado al ocupante, Miller se acercó hasta el escritorio y se inclinó hacia Roger.

—Roger...

«Uy —pensó Roger—, nunca me llama así.»

—... Creo que últimamente, qué demonios, durante todo el invierno, has estado de muy mala racha.

—Todos hemos estado de mala racha.

—Bueno, tal vez, pero tú eres un caso especial. Has estado peor que la mayoría. Y seamos realistas, Murphy, cuando un periodista de primera línea tiene un mal día, se nota. Cuando lleva seis meses malos, suscita sospechas... y preguntas.

Roger se incorporó un poco en el asiento, poniendo los pies firmemente en el suelo para no perder el equilibrio cuando le pareció que la silla iba a volcar.

—¿Me estás despidiendo? ¿Estoy despedido?

—No, no estás despedido, Roger. En todo caso, todavía no.

Aquello sí captó la atención de Roger.

—No me importa decirte que tienes un montón de enemigos en esta ciudad... y en este edificio. Hay bastantes personas de mucho peso a las que les encantaría ver cómo te despeñas envuelto en llamas. Y, bueno, no sé si decirte esto...

—Adelante, estoy preparado —mintió Roger.

—Bueno, ya se están rifando tu puesto de trabajo.

Roger echó un vistazo a la sala de redacción.

—No lo dirás en serio. Qué atajo de buitres —y tras pensarlo un segundo añadió—: ¿Te refieres a Sunny McHenry? ¡Dime que no estás hablando de ella! Ed, sabes perfectamente que no tiene talento, no tiene fuego. ¡No pasaría la primera ronda de un concurso de ortografía!

—Sólo estoy diciéndote que estás en una situación delicada, Roger. Algo tiene que cambiar de manera drástica, y ya.

Roger se arrellanó en el asiento, equilibrando de nuevo con el cuerpo su tendencia a irse hacia atrás.

—¿Qué me propones?

—Bueno —respondió Miller abriendo el cajón superior de su escritorio—, me alegro de que me lo preguntes. Te envío de misión... ¡a Viena!

Roger tomó el billete de avión que le ofrecía Miller.

—¿Italia?

—He dicho Viena, y no Venecia, Roger. Viena, Austria.

—¿Qué demonios hay en Viena aparte de chucrut y nieve?

—Este hombre —respondió Miller lanzándole el libro.

A aquellas alturas Roger ya estaba de pie, preparado para largarse, pero no a Austria ni a Italia ni a ningún sitio que a Miller se le hubiese ocurrido. Echó un vistazo al título del libro que acababan de entregarle, *El hombre en busca de sentido*, y volvió a lanzarlo al escritorio de Miller.

—Gracias, pero no —los billetes de avión también aterrizaron violentamente detrás del libro—. Aprecio el esfuerzo, Ed, pero no necesito que te metas en mis problemas, si eso es lo que intentas.

—¡Roger! —el grito de Miller lo pilló justo cuando salía de la oficina—. No es una petición.

Roger se detuvo. Miller se levantó y volvió a entregarle el libro y los billetes. Roger echó una ojeada a la contraportada.

—Este tipo se dedica a la salud mental, ¿no?

—Creo que sí.

—Me lo imaginaba.

—Melody piensa que...

—Uf —soltó Roger como si fuera un gato ronroneando y miró hacia la sala de redacción tenuemente iluminada—. Tenía que haber imaginado que había metido mano en todo esto. Oye, Ed, ¿por qué tengo que ir a un loquero que vive en la otra punta del planeta si tengo un barman fantástico en mi propia ciudad junto a la bahía?

Tras lo cual, salió de la oficina.

Sin que Miller se diese cuenta, el libro y los billetes habían acabado de nuevo en sus manos.

Estaba oscuro, Roger había dado un par de cabezadas y se sentía desorientado, porque no se acordaba de que vivía en un apartamento nuevo más pequeño, cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. La ventana estaba abierta y el frío que entraba lo empujó a ser expeditivo con quienquiera que fuese que había llamado.

—Hola, Roger —susurró Melody con voz de corderito, suponiendo que lo que quería era que lo dejaran en paz—. Oye, no me quedo. Sólo quería traerte esto... —prosiguió, ofreciéndole el mismo libro que Miller le había entregado por la mañana—. Aunque no escribas el artículo, me encantaría que lo leyases —lo tentó, agitando ligeramente el libro,

que seguía en el limbo entre el ofrecimiento y la aceptación.

A regañadientes y sólo por el sentimiento de culpa que tenía por haber obligado a Melody a hacer aquel viaje, cogió el libro.

Ella dio media vuelta y atravesó corriendo el rellano pintado de color marrón y apenas iluminado, en dirección a las escaleras. Él la siguió con la mirada, luego miró el libro y cerró la puerta de su apartamento.

Acababa de cerrar la ventana, después de ponerse una sudadera y sentarse en el sofá cubierto por una tela, cuando volvió a sonar el timbre de la puerta. Más molesto de lo normal, la abrió esperando encontrar a Melody. En lugar de ella, vio al tipo jubilado de prevención de suicidios, el tal Pauley.

—Buenas noches, señor Murphy —entonó educadamente el visitante, con el sombrero en la mano—. Supongo que no se acordará de mí, Ron Pauley. En el puente.

¿Cómo podía haber olvidado Roger el peor día de su vida?

—Sí, me acuerdo. ¿Cómo iba a...!

—Detesto irrumpir en su casa de esta manera, especialmente por la noche —prosiguió Pauley—. Pero me ha sido terriblemente difícil encontrarlo en la oficina recientemente. De hecho, me dijeron... —dijo señalando por encima de su hombro derecho con la nariz hacia el vestíbulo—... la joven dama que se acaba de ir, me dijo que podría encontrarlo aquí.

—Ah, ha sido ella, ¿no? —preguntó Roger más curioso que enfadado.

Una breve pausa, que resultó incómoda, le indicó a Roger que estaba interponiendo una distancia innecesaria.

—¿Quiere pasar?

—Gracias. No lo entretendré mucho rato.

Roger encendió una luz poco potente que iluminó un garito pobremente amueblado y le señaló el sofá.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Una Cola? ¿Una cucaracha?

—No, en serio. Pero hace que parezca apetecible —respondió Pauley desplomándose en el sofá y manoseando el sombrero que tenía sobre las rodillas, claramente incómodo—. Estoy aquí por el joven del puente...

Roger se sentó en la única silla que había en la sala.

—¿Viene de su parte? ¿Por qué no me ha llamado? Tiene mi número.

—De hecho, siento darle la noticia de que ha muerto, señor Murphy.

Roger se inclinó hacia atrás y exhaló.

—Sólo sé que el guardacostas lo encontró, veamos, hoy es viernes... hace tres días.

Roger seguía sin poder hacer otra cosa que inspirar y expirar.

Pauley jugueteó con su sombrero y, no encontrando más palabras que decir, se

levantó, cogió el abrigo y se lo puso.

—Siento tener que darle esta noticia, pero pensé que querría saberlo —Roger seguía sentado escuchando, mirando al frente, en lugar de mirar a Pauley, que ya se dirigía hacia la puerta—. Trabajé en este campo muchos años, señor Murphy, y puedo decirle que hicimos... que usted hizo todo lo posible en aquellas circunstancias. Le ruego que no se sienta mal —se detuvo y puso una mano en el hombro de Roger—. No hace falta que me acompañe. Gracias por su tiempo, y por haberlo hecho lo mejor que supo. No siempre funciona, y créame que lo siento.

Roger nunca había llegado a saber el nombre de aquel chico. Se preguntó si podría haberlo salvado de haber sabido su nombre. El caso es que, aun después de todas las vejaciones que le había infligido el terremoto, tanto a él como al Distrito de Marina que tanto amaba, y aun después de perder a *Bruno*, de convertirse en un refugiado en su propia tierra y de la amenaza de despido... aun después de todo aquello, no había derramado ni una sola lágrima.

Y en aquel momento, al enterarse de la muerte del joven cuya vida había tratado de salvar en el Golden Gate, lloró. En aquel apartamento pequeño y sucio lloró silenciosa pero amargamente durante media hora, no sólo por la vida perdida, sino por todo lo que había ocurrido.

Era medianoche pasada en la fría costa norte de California cuando Roger se despertó sentado en la misma silla, con la luz mortecina todavía encendida. Tardó unos instantes en recomponerse y se levantó para meterse en la cama.

Acababa de encontrar el interruptor de la lámpara cuando sus ojos se tropezaron con el libro. Roger se inclinó y lo recogió de encima de la mesita deslucida que había comprado de segunda mano. Lo miró distraídamente. Se lo llevó a la frente y sintió el borde contra su piel.

Se lo acercó y lo miró de nuevo. «El hombre en busca de sentido», parecía pronunciar en voz alta. Tal vez Melody y Miller tuvieran razón; tal vez era el momento de conocer al tipo que había escrito un libro sobre el sentido de la vida.

«Mañana a primera hora —pensó—, llamaré a este Viktor Frankl».

⁴. Nota de la t.: Abreviatura de « San Francisco 49ers», nombre de un equipo profesional de fútbol americano. «49ers» era el nombre que se dio a los buscadores de oro del norte de California en 1849.

CAPÍTULO 5

¡PAF!

Roger no identificó aquel ruido, pero supo que no podía ser nada bueno.

Porque tenía que ver con el doctor Mike Mahoney. O con el lugar en el que se encontraba en aquel momento.

Porque sus blancas nalgas quedaban al descubierto entre el camisón del hospital.

Se dio la vuelta y vio lo peor: el doctor Mahoney llevaba El Guante.

—Vamos, Roger, llevas demasiado tiempo postergando esto.

Roger se apartó hasta la punta de la mesa de exploración cubierta con un papel.

—¡Justamente donde me siento, no!

Mahoney sonrió.

—Pediste un reconocimiento médico. Pues bien, ven y háztelo en caliente.

—Yo no pedí nada —lo corrigió Roger—. Lo pidió la compañía de seguros. Sin esto, mi seguro no me cubre en el extranjero —Mahoney se limitó a mirarlo sonriendo—. Mira, Mike, soy una persona obsesiva. Eso significa que quiero...

Mahoney carraspeó. Estaba decidido a acabar con aquello, aunque su paciente se resistiera.

—Ésta podría ser la única cosa mala de ser chico —dijo Roger haciendo una mueca.

—¡Tal vez tengas razón! —exclamó el doctor con impaciencia, negando a Roger todo consuelo.

Viendo la determinación en los ojos del doctor, Roger cedió, pero no sin espanto. Siempre había admirado los dedos gruesos de Mike Mahoney y se preguntaba cómo aquellas manos enormes podían dar puntos de sutura. Ahora estaba a punto de ver cómo trabajaban en situaciones verdaderamente apuradas. A oscuras. A su costa.

Roger decidió ser valiente... pero no lo consiguió.

Las enfermeras y pacientes que se hallaban fuera de la sala de exploración debieron de pensar que el doctor Mahoney había empezado a tratar a perros.

—¡Por el amor de Dios, Roger! ¿Cómo habría sido si hubiese encontrado algo inesperado?

—Entonces, ¿estoy limpio? —Mahoney le lanzó una mirada sarcástica. Roger no dejó que se cebase en él—. Bueno, quiero decir... ¿no has encontrado nada anormal?

—Nada. Estás sano como una manzana. Ahora veremos lo que sale en los análisis de sangre y demás. Espero que no dices estos alaridos cuando te sacaron sangre...

—Muy gracioso. Oye, no te habrás puesto implantes en las manos, ¿verdad? En los

nudillos, para mayor bienestar de los pacientes...

—Hasta ahora nadie se ha quejado —entonces fue Roger el que lo miró fijamente—. Bueno, un par de aullidos de perro. No podía tocar el violín con estos chorizos, así que me metí en medicina —dijo Mahoney quitándose los guantes—. ¿Qué se siente cuando eres el que contesta y no el que pregunta, señor periodista?

—Estoy pensando en escribir un artículo sobre los cerdos sádicos que compran títulos de medicina de manera fraudulenta.

Ignorando la amenaza, Mahoney cambió de tema tras tirar los guantes a la papelera.

—La verdad es que estás delgado. ¿Has estado a dieta? ¿Has trabajado demasiado?

—No, ni lo uno ni lo otro —respondió Roger, subiéndose las gafas—. He pasado, bueno, mucha tensión. He estado muy estresado.

—¿Deprimido? —preguntó el doctor.

Roger miró al suelo y al doctor repetidas veces.

—No pasa nada, Roger. No hay de qué avergonzarse. No pone en cuestión tu virilidad.

—Ya, supongo que no. Me pasaron muchas cosas a la vez este pasado otoño y me desbordaron.

El médico escribió en su ficha.

—¿Alguna cosa más que se salga de lo normal?

—No, creo que no. Lo típico del invierno: fiebre, resfriados...

Mahoney siguió tomando notas, pero cambió de tercio.

—¿Así que adónde dices que te envían ahora?

—A Viena.

Mahoney dejó de escribir, mostrando auténtico interés.

—¿En serio? ¡Magnífico! Una de mis ciudades preferidas. Te encantará. Contempla todos los edificios. Besa a las mujeres guapas. Prueba la repostería. Pero sin pasarte. Bueno ¿y qué pasa en Viena?

—Un loquero supuestamente famoso, un tal Viktor Frankl, tengo que ir a verlo.

—¿Qué me dices? ¿Te refieres en serio a Viktor Frankl?

Roger nunca había visto a Mike Mahoney tan interesado en algo, ni siquiera en la cirugía invasiva. Mahoney, de cabello recio y crespo, daba la impresión de llevarlo teñido de un tono marrón rojizo, de no ser por las enormes patillas del mismo color, y tenía una complexión extraña: mejillas enormes y redondas, coloradas durante todo el año, pero un cuerpo mucho más delgado de lo que la cara haría esperar. Aun así, tenía un esqueleto grande e imponente y debía de rondar el 1,90 de estatura.

—Sí, ese tipo. ¿Lo conoces?

—¿Cómo dices? ¿*El hombre en busca de sentido*? ¡Puede que sea el mejor libro que se ha escrito nunca! Hice algún trabajo en el bachillerato y en la universidad. Ese tipo es un

auténtico héroe. ¿No me dirás que vas a entrevistarle a él?

Roger estaba empezando a pensar que era la única persona sobre la Tierra que no había oído hablar del tal Frankl.

—Ésa es la idea, aunque todavía no me han confirmado la entrevista, sólo que estaría «en la ciudad» en las fechas en que yo estaré. Me impresionas, Mike, no sabía que te fuera el rollo intelectual. Pero, bueno, a lo que íbamos, ¿aprobaste la carrera de medicina o no?

—Ándate con tiento, Roger. Como doctor, puedo decidir que te hagan bastantes más tactos anales.

—Oído barra, doctor. Declaro ambos orificios clausurados, empezando por el de la cara.

Mahoney arrancó una página de un bloc de notas y se la entregó a Roger.

—¿Qué es esto?

—Una receta.

La nota decía:

«Pasa dos semanas en Viena y llámame para explicármelas».

Roger la dobló y se la metió en el bolsillo.

—Supongo que esto es por prescripción facultativa.

En el vuelo de conexión que tomó en Nueva York, Roger se dio cuenta de inmediato de que se iba de su país: la mujer europea sentada al otro lado del pasillo, que parecía hablar francés y que hacía malabarismos con dos criaturas de menos de tres años y un lactante, no tardó en dar de mamar al bebé inquieto para calmarlo exponiendo de paso su pecho a cualquiera que se quedara boquiabierto ante aquel cuadro, cosa que le sucedió a Roger sin que se diera cuenta. La mujer le sonrió alegremente, como si él estuviera admirando el libro que ella estaba leyendo y no su pecho desnudo. Él intentó aparentar naturalidad, pero uno no ve un pecho de mujer en público todos los días, ni siquiera en San Francisco. La mujer repitió la escena tres veces antes de que alcanzaran altura, convenciendo a Roger de que lo esperaba un vuelo transcontinental muy largo. Pero prefería pechos al descubierto que bebés llorones. Y lo cierto es que después de haber tenido en brazos aunque brevemente a aquel bebé agonizante en medio de la desolación del terremoto, Roger tenía más empatía con las criaturas pequeñas. Aunque el bebé se pasase el viaje pegando alaridos, no le importaría.

Sacudió la cabeza cuando tomó conciencia de aquellos pensamientos. Desde luego, no parecían suyos.

Por fin apareció la azafata.

—Perdone —le dijo—. Al jovencito de al lado ya le han servido bebida tres veces...

Ella no dio muestras de que aquello le hubiese hecho ninguna gracia y, afortunadamente, la madre del jovencito parecía no entender el inglés. Se limitó a sonreírle educadamente.

Roger buscó en su bolso algo para leer. Sacó el libro de Frankl, pero le hacía pensar en trabajo y, desde que había dejado el turno de noche, su norma era intentar no trabajar después de las seis de la tarde. Así pues, como era un vuelo nocturno, dejó el libro en el asiento de al lado, que estaba libre, y optó por la guía turística de Viena. Le hizo caer en la cuenta de que aquel viaje no era tan malo a fin de cuentas. De pronto le gustó cómo pintaba Viena, especialmente en primavera.

Se dio cuenta de que tenía calor y se sacó la chaqueta. «Vestirse por capas tiene sus ventajas», pensó.

El libro estaba lleno de información turística. Viena parecía ser un homenaje viviente al Renacimiento y sus consecuencias, con todos aquellos palacios suntuosos y detalles barrocos. Pero las agujas góticas y los arcos románicos, señalaba el libro, son espectaculares recordatorios de que Viena —estratégicamente situada entre los Cárpatos y los Alpes, en especial por hallarse cerca de una abertura vital en los primeros— ha sido una encrucijada fundamental durante siglos para Europa Oriental y Occidental.

Y, añadió Roger mentalmente, no construida en un terreno tan poco firme como el Distrito de Marina.

Roger no esperaba que le impresionase tanto, pero cuando una ciudad puede reivindicar a Mozart, a Beethoven, a Brahms y a Strauss, algo tiene.

Roger miró de reojo a la madre lactante. Tres tragos y el bebé había caído para toda la noche. «El crío no aguanta bien la leche materna», pensó Roger.

Volviendo al mapa de Viena, pensó que San Francisco —o cualquier otra ciudad norteamericana— tenía un plano perfecto en comparación con ella. Viena parecía un líquido desparramado en un tiovivo. Con excepción de un cinturón en el centro, en torno a la parte antigua de la ciudad —una avenida denominada Ringstrasse—, las líneas del mapa parecían estar trazadas sin ton ni son, a no ser que se considerasen anárquicas irradiaciones del núcleo urbano. Con razón estaba tan desarrollado el transporte público, que incluía tranvías, autobuses y metros. Es la única manera de encontrar tu camino en aquel lugar: que alguien lo haga por ti.

—¡Esto es lo que pasa —murmuró— cuando dejas que los artistas y los músicos medievales diseñen una ciudad!

Pero ya estaba empezando a gustarle, y no tenía ni idea del motivo.

No era la historia. Eso no era lo suyo. Ni la música, muy agradable, desde luego, y lo

que tiene de cultura y todo eso. Pero Roger prefería el saxo de jazz de Stan Getz. Tampoco era el arte o la recargada arquitectura. Seguro que disfrutaría visitándolo y lo apreciaría, pero casi como quien aprecia un buen puré de patatas: sin mucha pasión.

Tal vez era la idea de Viena como encrucijada. En casi toda la historia humana ha habido encrucijadas, y sin duda alguna en la historia moderna de la civilización occidental. Y aquella noche, sin duda, Roger tenía la sensación de hallarse en una encrucijada.

De repente se sorprendió con la mirada perdida en la fila de asientos del otro lado del pasillo y rápidamente miró para otro lado: si iban a pescarlo mirando algo embobado, que fuera verdaderamente embobado, no con la mirada neutra del que sueña despierto.

Cuando volvió a sumergirse en la guía de Viena, se puso a hojear el índice:

Moda.

Noria.

—¿Noria? —exclamó en voz alta.

Y decidió ir directamente a la F:

Francisco Fernando, archiduque. ¿No era aquél el tipo que había iniciado la Primera Guerra Mundial?

Freud, Sigmund. «Bueno, un nombre que me suena.»

—Nada de Frankl —masculló—. Si este tío es tan figura, ¿por qué no sale en la lista?

«El padre del psicoanálisis moderno —decía de Freud la guía—, cuya vivienda ha sido convertida en museo.»

«Y aquí está el baño en el que desarrolló sus teorías sobre el sexo», pensó en voz alta Roger, mirando a su alrededor por si alguien lo había oído.

Mientras cerraba la guía, Roger se preguntó por qué tanta historia sobre Freud y ni una palabra de Frankl. Tal vez porque es más difícil que te aprecien cuando todavía estás vivo. Ésa era una posibilidad. Tal vez el agente de relaciones públicas de Freud era mejor.

La otra posibilidad, reflexionó mientras miraba al océano de luz de luna, era más reveladora. Freud estuvo todo el tiempo escribiendo y hablando sobre sexo. Era un obseso sexual. Este tipo de temas captan la atención de la gente. Frankl... bueno, no estaba seguro porque todavía no le había hincado el diente al libro, pero ese título, *El hombre en busca de sentido*, no hace levantar las cejas a nadie, ni nada que se le parezca. El sexo vende. La búsqueda intelectual del sentido de la vida... ¿Qué gracia tiene eso?

De hecho, en aquel momento Roger empezó a dar cabezadas. Aprovechando la rara fortuna de tener un asiento libre a su lado en un vuelo transcontinental, se recostó un poco y dejó de pensar.

Mientras se sumergía en la inconsciencia y se tumbaba ocupando el asiento contiguo para pasar la noche, la guía de Viena se cayó al suelo, y el rostro azul de Frankl, con sus

gafas características, se metió silenciosamente en la ranura que quedaba entre el asiento y el fuselaje del avión.

Ni por un momento se le había pasado a Roger por la cabeza —hasta que respiró el fresco aire de la mañana vienesa— que la gente de aquel lugar hablara un idioma distinto del inglés.

No todos, no creas. A los europeos jóvenes les resulta fácil entender el inglés y difícil gestionar sus vidas saturadas de cultura norteamericana prescindiendo de él. Y muchos austríacos de más edad, especialmente los comerciantes, se han esforzado por tener un buen conocimiento del inglés.

Pero encuentras enormes bolsas de gente, incluso en la cosmopolita Viena, en las que la única reacción que suscita una pregunta en inglés es que se rasquen la cabeza y se encojan de hombros.

Roger tuvo que lidiar con esto nada más llegar.

De alguna manera, consiguió que le cambiaran un puñado de dólares a chelines. No tenía la más mínima idea de si la morenaza de la oficina de cambio lo había timado o no, pero lo hizo con una sonrisa extraordinaria. Y encontró el autobús rojo que lo llevaría a la parada de taxi más próxima para ir al apartamento que el periódico había alquilado para él. Le dijeron que sería más barato que ir en taxi desde el aeropuerto hasta el este de la ciudad.

Pero cuando bajó del autobús no hubo manera de hacer entender sus deseos a una multitud de taxistas allí parados. Hizo lo que pudo para preguntar cuánto costaría el trayecto, subiendo la voz cuando veía que no entendían. Le pareció que se reían por lo bajo hasta que uno abrió finalmente la puerta de su taxi y metió su abultado petate en el interior. Roger pensó que se había metido en un buen lío; cuando se dieran cuenta de que estaba completamente perdido y de que no sabía alemán, lo timarían.

En efecto, o el taxista también era de otro país, o había decidido hacer el recorrido más largo hasta su destino. Después de numerosos círculos concéntricos, detuvo el coche, bloqueando el carril derecho de una concurrida calle de dirección única... otra treta para apresurarlo a pagar más de la cuenta, pensó Roger. Pagó lo que ponía el taxímetro, y un poco más. Tal vez aquella propina no lo impresionó o tal vez quería huir rápidamente, el caso es que el conductor salió disparado esta vez infinitamente más seguro de su destino.

Roger se quedó allí cansado, confuso y con la sensación de haber sido ultrajado y no del todo seguro de adónde ir. Rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros el papel donde tenía anotada la dirección.

—¡Señor Murphy!

Roger levantó la vista hasta la hilera de ventanas del cuarto piso. Había un hombre asomado.

—Vaya a la puerta y entre cuando suene el interfono. Suba en el ascensor al cuarto piso, puerta 420.

Roger cruzó la calle y empujó una valla que parecía llevar a un aparcamiento al aire libre. Estaba cerrada. De pronto hizo ruido al abrirse eléctricamente y entró. Había una puerta a la derecha y luego el ascensor, hasta el que arrastró su petate.

—Bienvenido a Viena, señor Murphy —lo saludó un hombre de unos cincuenta años con acento turco—. Me temo que el último inquilino no lo dejó demasiado limpio, y no me había dado cuenta.

Roger entró en el apartamento de suelo embaldosado, y dejó caer el petate detrás de la puerta. A la izquierda, una escueta sala de estar con una mezcla de muebles tradicionales y futuristas, con mantas finas por encima de las sillas y el sofá. Frente a él, un pasillo largo para un apartamento tan pequeño, que llevaba al cuarto de baño. A la izquierda del pasillo, una cocina... y la porquería de la que hablaba el hombre: la encimera estaba cubierta de botellas de vino, de agua, platos sucios y una variedad de víveres. El hombre había embutido todo lo que había podido en un saco de papel que estaba en el suelo.

—Está bien —dijo Roger sinceramente—. Soy soltero. De hecho, mejora mi situación habitual.

El hombre se alegró de terminar su jornada laboral y marcharse sin sentimiento de culpa.

—Le enseñaré algunas cosas. Al fondo del pasillo, a la derecha del recibidor, junto al armario, hay un inodoro. Para que salga el agua tiene que dejar la mano aquí un ratito, ¿de acuerdo? De acuerdo.

»Allí está su dormitorio —una cama sin sábanas, muy cerca del suelo—. Encontrará sábanas en el armario principal. Y en el laboratorio hay una lavadora.

¿Laboratorio? Bueno, Roger sabía a qué se refería, y miró dentro del cuarto de baño. Estaba impresionado, pues no había pensado en tener lavadora.

—No funciona. No lo intente porque inundará el piso de abajo. ¿De acuerdo? De acuerdo. Puede lavar la ropa en la pila y tenderla aquí —insistió con más o menos convicción, señalando un artilugio que llegaba a la altura de la cintura, con finas barras pintadas para colgar la ropa—. Sólo pedimos que no haga ruido a partir de las 10 de la noche. ¿De acuerdo? De acuerdo. Y que deje el apartamento al menos tan bien como lo encontré. ¿De acuerdo? —el hombre miró a su alrededor y añadió—: ¡Creo que esto no supondrá ningún problema! De acuerdo.

Tras lo cual, entregó la llave a Roger, le estrechó la mano y se marchó.

—De acuerdo —le dijo Roger a la puerta.

—El doctor Frankl estará ocupado despachando el correo y escribiendo hasta la hora del almuerzo —le dijo una voz femenina con acento alemán, con amabilidad pero con firmeza—. Después, duerme un poco y vuelve a trabajar en sus libros, artículos y cartas. ¡Recibe varias docenas de cartas de todo el mundo todos los días y las contesta todas! Venga mañana a las cuatro. ¿Le parece bien? ¿Sí?

Roger reconoció la diferencia entre una pregunta y una orden.

—Sí, gracias, estupendo.

Después de colgar el teléfono, Roger miró el reloj. Eran casi las doce. Vacío su bolsa de viaje y colocó la ropa que había llevado para pasar la semana. Hizo inventario del contenido del frigorífico: medio litro de agua con gas, posiblemente sin gas, fruta pasada con aspecto de ciruelas espachurradas, varias salsas y una especie de bebida alcohólica que no lo seducía lo más mínimo.

Por la noche o al día siguiente leería a Frankl. De momento, era una buena hora para explorar la ciudad.

Cuando Roger salió al sol relajante de mediodía, soplaban un viento frío. El parque que se extendía a un par de manzanas era un hervidero de gente. Personas sentadas en largos bancos, otras charlando, dando de comer a las palomas, tomando helados o simplemente disfrutando de la llegada de la primavera. Por todos lados había personas en edad de trabajar caminando muy dignas y seguras, como si tuvieran cosas importantes que hacer. Roger anotó mentalmente la dirección de la heladería italiana que había al otro lado de la calle; más tarde se sentaría a perder el tiempo y a observar atentamente a la gente.

Enclavada en medio del parque estaba una boca del metro de Viena, conocido de modo afectuoso como U-Bahn. Un descenso a las fauces del U-Bahn y un vistazo al mapa que había en la pared le indicaron que se hallaba en la estación Reumannplatz, la última de la línea roja en dirección sur. Mientras se acercaba a la taquilla para comprar el billete, se acordó con angustia de que no hablaba alemán, a lo que se unió el sentimiento que debe de tener una sanguijuela antes de hacer lo que hace. Aun así, no tenía más remedio que depender de los nativos que hablasen su idioma. No es mucho pedir que hablen inglés los vendedores de billetes de metro que atienden a montones de norteamericanos que no se molestan en aprender el idioma local. Pero Roger sabía que aquello era nadar contra corriente en otros entornos sociales y no le apetecía.

No se le había ocurrido que Viktor Frankl tal vez no hablase inglés y la idea lo sobresaltó por un momento. Pero luego recordó que su asistente se había manejado

bastante bien por teléfono, o sea, que en el peor de los casos ella podría traducirlo.

El U-Bahn lo esperaba otro tramo de escaleras más abajo. Entró de un brinco en el momento en que se cerraban las puertas y ocupó un asiento, mientras consultaba de nuevo el mapa de la pared para comprobar su destino: Stephansplatz, que al parecer era no sólo el centro de la ciudad, sino uno de los destinos turísticos más visitados. Roger miró su billete, válido para toda la semana. Cayó en la cuenta de que no había pasado el revisor y que él no había atravesado ningún tornio. Al parecer, era un sistema basado en la honradez. Así pues, guardó el billete en su cartera, por si algún revisor quería verificar la suya. A fin de cuentas, aquel sitio tenía algo de germánico. Si bien se prescindía de algunas formalidades, como el hecho de controlar que cada pasajero llevase su billete, había en el aire una fría formalidad, tan tangible como el aire de Viena a principios de abril. En el metro de cualquier gran ciudad, la gente se comporta con recelo frente a los demás, pero allí Roger podía sentir realmente que el resto de los pasajeros evitaba el contacto visual. Empezó a hacerlo él también, sin darse cuenta, para que los otros no pensasen que estaba chiflado si los miraba directamente a los ojos.

Si lo haces correctamente —es decir, con la mirada de un niño y el corazón romántico—, salir del metro en Stephansplatz es un poco como nacer. La escalera mecánica te eleva suavemente desde el agujero enorme y oscuro de la tierra, y en un estallido empiezas a ser. Todo a tu alrededor es vida. Personas comprando, comiendo, hablando y caminando por el pabellón al aire libre. Éste debe de ser el vértigo que experimenta un recién nacido al llegar al mundo. Uno no sabe adónde mirar. ¿Al hombre disfrazado de Mozart pregonando las entradas para un concierto en medio de la multitud? ¿A los edificios góticos, barrocos y románicos presentes en todas direcciones? ¿A los actores callejeros haciendo sus números para los transeúntes? ¿Al helado?

¡Ah, el helado! Como quien sigue la corriente de un río en dirección a su nacimiento, Roger siguió el rastro de la gente que caminaba con conos y vasitos hasta que llegó a la fuente. Las muchachas que estaban junto a él en la cola gritaron algo que sonaba a «chocolate» y «vainilla». Así pues, cuando le llegó el turno, se limitó a señalar aquella combinación. Se sentía bastante listo, hasta que le entregó a la chica que atendía una cantidad de monedas que le pareció razonable. Ella lo miró como si estuviese chiflado y luego le sonrió como si fuera un crío.

—¡Demasiado! —entonó con un acento denso como el helado.

Le devolvió las tres cuartas partes de lo que le había pagado. Una pequeña lección de humildad con los cambios.

De vuelta a la muchedumbre, Roger entendió por qué la plaza se llamaba Stephansplatz. La mirada de Roger escaló cual araña hasta las altas agujas de la catedral de San Esteban, el corazón gótico de toda la actividad que bullía a su alrededor. Tenía el

aspecto de ser un lugar en el que podía vivir un jorobado o estar cautiva una princesa.

Roger caminó por el paseo exterior en dirección a un grupo de gente congregada en torno a un espectáculo de marionetas.

—Me pones de los nervios y me sacas de quicio —cantaba la marioneta, haciendo su mejor imitación de Jerry Lee Lewis sentado a un piano de cola diminuto.

Un niño de unos cuatro años salió del grupo y se acercó poco a poco al titiritero. Cuando estuvo cerca del sombrero que había en el suelo, delante del piano, la música cesó de golpe. El niño se quedó paralizado de terror. Las cuerdas que manejaban a Jerry Lee lo inclinaron lenta y decididamente por encima del piano en dirección al joven mecenas. ¡Día de pago! Hasta una marioneta se lo huele. Cuando la marioneta se le acercó demasiado, el niño chilló, dejó caer una moneda junto al sombrero y salió corriendo despavorido, hasta desaparecer entre la multitud encantada y, seguramente, en busca de la seguridad de unos brazos conocidos.

Roger no pudo resistirse a la tentación. Sintiendo como un niño, cogió una de sus monedas y abriéndose paso a través de dos hileras de personas salió del grupo hasta que nada lo separaba del músico amenazador, que había vuelto a canturrear en el falso piano. Roger fue de puntillas hasta el sombrero, como si se acercase a un bebé dormido. Cuando estuvo cerca, la música volvió a parar y la marioneta pianista se apoyó en el piano para ver cómo la moneda entraba en el sombrero. Roger se quedó quieto. La marioneta avanzó un centímetro. Roger avanzó otro centímetro. La marioneta se abalanzó.

—¡Aaaaahhh! —gritó Roger soltando la moneda, que cayó al suelo, fuera del sombrero, y volviendo a zambullirse en el grupo de personas.

Éstas aplaudieron la actuación de Roger. Y él se sintió como no se había sentido hacía muchos meses, tal vez años.

Dinero bien empleado.

CAPÍTULO 6

EL SOL había hecho todo lo posible por anunciar el nuevo día, pero Roger no se daba por aludido. Hasta que la brisa entró suavemente por la ventana de su dormitorio abriéndola de par en par y el aire frío de la mañana pudo más que su manta ligera.

Se levantó para cerrar la ventana, y se quedó mirando el mosaico de apartamentos de enfrente, que se hallaban en diversas etapas de la vida, ajeno completamente al espectáculo que su cuerpo desnudo ofrecía a aquellos que él observaba. En varias terrazas, la suave brisa sacudía la ropa tendida. Varias personas pululaban por sus apartamentos, apresurados por salir a trabajar. Un hombre, sin prisa alguna, desayunaba en su porche en camiseta a una temperatura que debía de rondar los 4 o 5 grados centígrados. Roger no vio a nadie a quien valiera la pena observar durante un buen rato, y no fue ciertamente porque no mirase.

Entonces se acordó de lo que le pasa a James Stewart en la película *La ventana indiscreta* y en ese instante tomó conciencia de su desnudez. Al punto corrió las cortinas y se dirigió al cuarto de baño.

Después de ducharse y vestirse, husmeó en la cocina en busca de algo que fuese comestible. No encontró nada, al menos que él pudiera considerar comestible. Roger se acordó de que Mahoney le había recomendado la repostería local. Órdenes del médico y esas cosas. Pero no le pareció de bastante fundamento. Recordó vagamente haber visto un McDonald's en el camino a la estación de metro, y hacia allí dirigió sus pasos.

Cuando dio el primer mordisco a su Egg McMuffin,^[5] supo que tendría que comer algo más exótico o más local que aquello. Pero era su desayuno favorito, especialmente cuando iba de viaje. Y en un mundo extraño, en donde el periódico que lee el de la mesa de enfrente está escrito en un idioma inextricable, aquello era, además de alimento, algo reconfortante. Un sabor ordinario puede resultar extraordinario cuando uno está fuera de su elemento.

Le faltaban tres bocados para dar buena cuenta de su desayuno cuando se quedó paralizado de espanto. Rebobinó la película de los últimos acontecimientos. Buscó mentalmente por todos los rincones. Empezó a gesticular y a mascullar instrucciones para sí mismo. Inútilmente.

Engulló el resto del sándwich, lo regó con lo que quedaba del zumo de naranja para poder masticarlo y salió corriendo las cuatro manzanas que lo separaban de su apartamento.

Revolvió toda su habitación sin dejar rincón sin mirar. Hizo lo mismo con el resto de

las habitaciones. Y, por si las moscas, volvió a repetir la hazaña.

El libro de Frankl no apareció por ninguna parte.

Roger se derrumbó en la silla desvencijada de la sala cuando se dio cuenta de algo ineludible: se había dejado en el avión el libro *El hombre en busca de sentido*.

Eran las diez de la mañana. La entrevista era a las cuatro de la tarde. No estaba todo perdido.

De un salto fue en busca de las páginas amarillas y navegó entre el alemán hasta que dio con el epígrafe de libros, escribió la dirección de cuatro supuestas librerías y la de una biblioteca, o al menos eso parecía decir. Cuando, unas horas más tarde, la búsqueda por las tiendas se demostró infructuosa, se pasó media hora buscando la biblioteca; la primera sensación que le había provocado el plano de Viena había sido real: aquella ciudad era encantadora, pero imposible de entender.

—Necesito desesperadamente este libro —dijo acorralando al primer bibliotecario que hablaba inglés.

—Sí, lo tenemos —susurró el hombre en tono más alto de lo que algunos emplearían para chillar.

Roger se sentó y esperó aliviado. El hombre regresó, al cabo de unos minutos con el libro, en tapas duras.

En alemán.

Era casi la hora de ir a la entrevista.

Tendría que presentarse a ciegas.

Roger salió con tiempo para llegar a Mariannengasse 1. Y efectivamente necesitó todos y cada uno de los minutos.

Pensaba que había memorizado las instrucciones que le había dado por teléfono la asistente de Frankl. Pero después de tomar el metro hasta la estación de Schottentor, y de cambiar de la línea 1 a la 2 en la de Karlsplatz estaba más que confundido respecto a la dirección que debía tomar. Se subió al primer tranvía que vio —sin necesidad de dejar la huella de su mano marcada en la barra, como le ocurría en las calles empinadas de San Francisco, pues allí las calles eran planas—, pero enseguida una sensación de angustia en el estómago le dijo que iba en la dirección equivocada.

Se apeó. Entró corriendo en una tienda y le preguntó a la dependienta. Ésta le indicó un tranvía que iba en dirección contraria a la que había tomado, pero tras unos minutos no fue capaz de reconocer ningún nombre de calle parecido a Mariannengasse.

Finalmente, mientras el reloj se acercaba a las cuatro de la tarde y Roger corría por una calle estrecha flanqueada por edificios de apartamentos, encontró a un hombre que dijo

hablar un poco de inglés y que le indicó el camino.

A las cuatro en punto, Roger se hallaba delante del apartamento de Mariannengasse 1. Sintió un alivio relativo: sabía que llegaba sin haber preparado nada, lo que era deplorable y completamente impropio de él. Se fiaba de su capacidad de manejar la entrevista diplomáticamente; pocos periodistas preguntaban de forma espontánea mejor que Roger Murphy. Aun así, no tenía ninguna intención de agravar el error de presentarse sin preparar la entrevista llegando además tarde a la cita.

Rápidamente hizo un repaso de los timbres hasta que encontró el nombre. «Frankl». Mientras esperaba que le abrieran, sin sacarse la chaqueta de cuero se estiró la camisa blanca y la metió por dentro de los vaqueros. Y empezó a pensar que más le valía que aquel viaje mereciese la pena, ya que estaba resultando tan difícil.

—¿Sí?

—Roger Murphy, tengo una cita con Viktor Frankl —dijo acercándose al interfono.

Una breve pausa.

—El doctor Frankl lo espera —dijo la voz de mujer en tono asertivo, aunque formal y educado.

Pero había subrayado la palabra «doctor» de manera inequívoca; Roger se dio cuenta de que había dado su primer paso en falso al referirse al doctor Frankl, prescindiendo de aquel título ganado a pulso. Ya le habían advertido que los vieneses son bastante más formales que el ciudadano de a pie de San Francisco. Roger lo respetaba; su educación en una escuela católica lo hacía sentirse cómodo con las formalidades, especialmente en el trato con la gente mayor. En fin, estaba en plena transición de la cotidianidad norteamericana a la vienesa, y no estaba resultando fácil.

Echó un vistazo a sus vaqueros y decidió que eran demasiado norteamericanos para la ocasión. Otro error.

—Por favor, entre cuando oiga que la puerta se abre.

Entró en el portal y atravesó un vestíbulo de mármol poco iluminado, y a continuación subió varios tramos de escalera hasta que llegó a una puerta que se abrió en ese momento. Una mujer de baja estatura, pelo gris, y vestida simplemente con una blusa blanca y unos pantalones marrones, le hizo señas para que entrase, con una amable sonrisa.

—Hola, soy Roger Murphy, del *Chronicle* de San Francisco. Usted debe de ser la asistente del doctor Frankl.

Esta vez acertó con lo de doctor. Pero erró completamente la parte de la asistente.

—Soy Elly Frankl. La esposa del doctor Frankl.

Error número 3 anotado en su cuaderno, y apenas acababa de entrar.

—¿Me permite su chaqueta? —preguntó categórica la señora Frankl. Su inglés se abría

paso con facilidad a través de su fuerte acento vienés, en parte gracias a lo enérgico de su voz, que llamaba la atención especialmente por proceder de un cuerpo tan menudo.

—Sí, gracias. Discúlpeme por pensar que era su asistente...

—¡Ah! —exclamó alegremente con una risita aguda—. Muchas personas se confunden. Piensan «Este doctor Frankl, famoso en todo el mundo, al que todo el mundo quiere tocar y escuchar... debe de tener todo un equipo de personas para protegerlo y despachar el correo y escribir los libros y atender a sus llamadas de teléfono, cocinar para él y cuidarle la casa...». Y no, no, yo soy todo lo que necesita. Yo hago todas esas cosas. Y, fíjese, un paciente me dio una propina al salir de la consulta del doctor Frankl, como quien se la da a una camarera, ¿sabe? Él también pensó que era una humilde asistente. Bueno, ¿qué iba a hacer yo? Si se la hubiese devuelto, se habría sentido muy incómodo, o peor aún, ofendido. ¡Así que me la quedé!

Siguió riéndose mientras colgaba la chaqueta en el gran armario del vestíbulo, presidido por una lámpara de araña que parecía una bola de discoteca estallando en mil fragmentos de cristal.

—Pero la cosa no acaba aquí —prosiguió—. La gente, la gente de la calle, piensa que yo sé todo lo que sabe mi marido, ¿sabe? Que soy una logoterapeuta como él. Bueno, ya sabe cómo son las cosas. Es usted escritor, ¿no? Bueno, ya sabe qué pasa cuando estás mecanografiando algo que otro ha escrito, simplemente escribes las palabras, ¿no? ¡No te paras a entender su significado! Esto es lo que me pasa con los libros del doctor Frankl.

»Pero voy a comprar leche y la gente me para y me dice “Señora Frankl, ¿puede ayudarme?”. Y me cuentan sus problemas y me preguntan, “Dígame, ¿qué debería hacer?”. Al principio intentaba explicarles “Mire usted, yo soy sólo su esposa. Lo cuido y lo ayudo. El doctor es él”. Pero después de que se repitieran estas situaciones una y otra vez, simplemente escuchaba y aconsejaba.

Roger se enamoró al instante de aquella mujer.

—Y ¿no le preocupa al doctor Frankl que usted le haga la competencia?

La señora Frankl se rió brevemente y luego abrió mucho los ojos apuntando a Roger con el dedo.

—Eso es lo que me dice él. Cuando tardo tres horas en volver del mercado, me pregunta riendo: «Elly, ¿en qué esquina de la calle has montado hoy la consulta?». Así que supongo que podría decirse, como ha hecho usted, que soy su asistente. ¡Pero no es eso lo que quiero! Yo sólo quiero ser su esposa. Con eso me basta. Pero —dijo encogiéndose de hombros— no es eso lo que la vida me pide. Así que ¿sabe lo que hago? Hago lo que la vida me pide que haga. Naturalmente, esto es así para todo el mundo.

Aquello pilló a Roger fuera de juego.

—Sí, supongo que sí.

—¿Ha dicho que es de San Francisco?

—Sí, ¿lo conoce?

—Sí, sí. Por favor, vamos a sentarnos.

Lo acompañó a través de un vestíbulo hasta un salón en el que había una estufa de cerámica a leña en una esquina, una gran planta tropical en otra y, en la tercera, dos sillas sencillas tapizadas en terciopelo de color verde manzana con el sofá a juego, que constituían el único mobiliario de la gran sala. La cuarta esquina estaba presidida silenciosamente por un retrato impresionista de Viktor Frankl en actitud solemne. Debajo de la fila de ventanas con cortinas había una vitrina de un metro de altura con la superficie superior de madera, llena de libros que quedaban a la vista y algunos objetos — parecían trofeos— en la parte superior. A cada lado de la sala había puertas de doble hoja de color blanco que llevaban a otras habitaciones: la de la derecha, a través de la cual Roger pudo ver porque estaba medio abierta, parecía una zona de almacén; la de la izquierda era sin duda el despacho del doctor Frankl, pues las puertas estaban cerradas y se lo oía hablar con alguien animadamente.

Decir que la decoración era espartana, especialmente tratándose de un doctor de supuesto prestigio mundial, sería un cumplido a la austeridad de los habitantes de Esparta.

En una mesita de vidrio había una especie de buñuelos y zumo de fruta. En la esquina del retrato, había un modesto carrito de cristal con tres niveles en el que había una jarra, probablemente de café.

—Por favor, tome lo que le apetezca. El doctor Frankl ya no visita a pacientes, pero de vez en cuando ellos lo visitan a él, ¿sabe? Le pido disculpas, sólo será un momento. ¿Puedo traerle alguna otra cosa?

Mientras se servía zumo de naranja de color amarillo en un vasito, Roger empezó a sentirse abrumado por su hospitalidad.

—No, muchas gracias.

Ella se sentó en la otra silla verde.

—Creo que yo también tomaré un poco de zumo —dijo ella, mientras le expresaba mediante gestos que le permitía servirle un vaso, en un alarde de modales europeos de la vieja escuela—. Una vez me llamó una señora de San Francisco —prosiguió la señora Frankl después de dar un sorbo.

—¿Ah, sí?

A lo largo de su carrera, Roger había aprendido con esfuerzo cuándo tenía que limitarse a escuchar.

—El doctor Frankl estaba en el hospital y yo me quedaba con él hasta medianoche. Cuando regresé a casa, sonaba el teléfono. Era una mujer de San Francisco... ¡su ciudad!

Me ordenó: «¡Quiero hablar con el doctor Frankl!». Yo le expliqué que estaba en el hospital. Ella me gritó: «¡No me importa! Necesito hablar con él. Tengo una pistola en la sien y voy a suicidarme».

Unos meses antes, a Roger no le hubiese inmutado aquello, pero en aquel momento estaba cautivado.

—Bueno, ¿qué podía hacer yo? ¿Decirle que llamase cuando el doctor Frankl estuviera restablecido? ¡Igual ya se había matado! Bueno, yo estaba muy cansada por haber pasado el día en el hospital. Pero me quedé hablando con esa mujer por teléfono durante dos horas. Simplemente le dije lo que pensaba que le habría dicho el doctor Frankl, y lo que les digo a las personas que me paran cuando voy o vuelvo del mercado.

»Al cabo de unas semanas, suena el teléfono y otra mujer me dice: “¿La señora Frankl?”. Y le digo: “Sí, yo misma”. Y ella: “Baje a la puerta de la calle dentro de diez minutos”. Pues bien, bajé y había un paquete. Lo subí y lo abrí. ¡Era un abrigo de visón! Con una nota: “¡Gracias por salvar la vida de mi hija!”.

Roger dejó el vaso en la mesilla.

—Eso debe de ser maravilloso —dijo suspirando con una punzada de tristeza, al recordar su intento fallido de hacer lo mismo por el joven del puente.

—Lo único que hice fue enseñarle algunas cosas que el doctor Frankl enseña a la gente.

—¿Qué pensó él del regalo?

La señora Frankl soltó una carcajada y gesticuló con la mano como quitando importancia a la anécdota.

—Me dice: «Elly, ¡tantos años visitando pacientes y ni uno solo me ha hecho un regalo como ése!» —y volvió a reírse, esta vez con más ganas, pero paró de golpe y volvió a abrir mucho los ojos—. ¿Y sabe qué? Seis meses más tarde, recibo otra llamada. «¿Señora Frankl? Vaya a la puerta de la calle; hay un paquete para usted.» Era otro abrigo de visón, ¡de otro color! ¡Así que ahora tengo dos abrigos de visón y el doctor Frankl no tiene ninguno! —dijo encantada de la vida.

—Deben de irle de perlas aquí en invierno.

—¡Cielos! —dijo con el ceño fruncido—. Nunca me los he puesto. ¡Ni una sola vez! ¿Qué hago yo vestida con esas cosas?

Una carcajada estrepitosa atravesó la puerta del despacho, tras la que apareció de pronto un hombre de complexión delgada con pelo cano y gafas. Rodeando a su huésped con el brazo por los hombros, lo acompañó por el pasillo hasta el vestíbulo, sin ni siquiera percatarse de que su esposa y el periodista estaban en la sala contigua.

La señora Frankl se volvió hacia Roger.

—Esto es muy poco corriente, ¿sabe?

—¿El qué?

—El doctor Frankl no concede muchas entrevistas. En absoluto. Es un hombre muy ocupado. Y él...

—¿Sí...?

—Perdone que le diga esto, pero no se fía de los periodistas. Le formulan preguntas muy tontas y le hacen perder el tiempo... ¡y luego escriben cosas increíbles! ¡Ay! — sacudió la cabeza con disgusto y dio otro manotazo al aire—. ¿Por qué lo hacen?

—La verdad es que no lo sé, Frau Fankl.

Ella mostró su asombro.

—¿Frau Frankl? ¡Si usted no habla alemán! Hum. Pensaba que no. Pero aprende deprisa si ya se dirige a mí diciendo Frau Frankl. ¡Tiene que aprender alemán! Es una lengua muy útil. Y para apreciar los escritos del doctor Frankl, es imprescindible que lo aprenda.

»Fíjese, nos han dicho que hay personas en Europa del Este que aprenden alemán ¡sólo para poder leer las obras del doctor Frankl!

Roger se mostró debidamente impresionado. Miró hacia el recibidor para ver al hombre del que oía hablar, que continuaba conversando con su invitado.

—Frau, ¿por qué cree que el doctor Frankl aceptó que lo entrevistase? Usted acaba de decirme que casi siempre dice que no.

—¡Sí, sí! ¡Casi siempre! —dijo apoyando la mano en el brazo de Roger—. No sé por qué a usted le dijo que sí. Tal vez fue por la joven dama de su periódico que llamó y habló con él.

—¿Una joven dama? —exclamó Roger, perplejo.

—Sí, no recuerdo su nombre. Era... algo relacionado con la música.

—¿Melody?

—¡Sí! ¡Melody! Debe de ser una joven muy persuasiva si le consiguió una entrevista con el doctor.

—Tendré que darle las gracias.

La señora Frankl no pareció percatarse del ligero sarcasmo de aquel comentario.

—Venga. El doctor Frankl está casi listo. Pase y espere en su oficina.

Roger entró delante de ella por la puerta de doble hoja y se sobresaltó cuando ésta se cerró y se quedó solo.

Depositó su cartera en una silla solitaria que había en una esquina entre la puerta que acababa de atravesar y otra que llevaba a un dormitorio. Encima de la silla había unos floretes de esgrima colgados en la pared y un par de certificados... uno de ellos nombrando al doctor Frankl ciudadano nada menos que de Austin, Texas.

Roger paseó la mirada por el resto de aquel despacho tan grande... o tal vez sólo lo parecía debido a la escasez de contenido: dos librerías altas en esquinas opuestas, un

estrecho diván, el retrato de una mujer y un televisor que resultaba excesivamente moderno comparado con el resto de la habitación.

El centro de control de toda la habitación era una mesa negra funcional en la que había sólo un libro, un calendario pequeño y algunos papeles, y un sillón de piel detrás de ella. El respaldo del sillón marcaba el centro de una hilera de ventanas saledizas que daban a la ciudad.

Mirando a la mesa desde la esquina opuesta de la sala, uno casi tenía la sensación de estar en la Sala Oval, con la elegante lámpara de araña en medio. Pero no era la opulencia del lugar lo que transmitía ese mensaje. De hecho, era todo lo contrario: en aquel espacio no había casi nada de especial trascendencia visual. Era obvio que, para el doctor Frankl, los muebles y otras sutilezas tenían tan poco interés como los abrigos de visón para su esposa. No les servían para nada.

No, lo que daba a aquel espacio aquel aire de dignidad tenía que ser la naturaleza del trabajo que se llevaba a cabo en su interior... y el hombre que lo realizaba.

No obstante, algo captó rápidamente la atención de Roger: en una pequeña vitrina encajada en una de las estanterías, había una especie de talla de Jesús con las manos hacia el cielo y con llamas a ambos lados. Roger se sintió culpable de la ocurrencia, pero aquella postura le recordó a Jerry Rice a punto de coger una pelota.

—He visto demasiados partidos de los «49ers» —se dijo a sí mismo entre dientes.

—¡Hombre doliente!

Roger se asustó no sólo por lo inesperado de las palabras, sino por el cañón que parecía haberlas disparado desde el otro lado de la habitación. Se volvió.

Allí estaba el doctor Frankl.

A aquellas alturas, y con todo lo que había oído y todo lo que casi había leído, Roger estaba predispuesto a dejarse impresionar por el doctor Frankl. Y tal vez le sucedería más adelante. Pero, de momento, tenía ante sí a un hombre bajo y flaco, con el pelo blanco peinado hacia atrás, una sonrisa pícaro que mostraba todos sus dientes y unas gafas de montura negra tan grandes que uno habría supuesto que necesitaban un soporte algo más firme del que tenían en aquel rostro.

—¿Perdón? —fue todo lo que Roger pudo articular.

—Hombre doliente. La llamo «Hombre doliente» —dijo el doctor acercándose a Roger sin dejar de hablar, mientras miraba la talla—. Un día la vi en una subasta y tuve que comprarla.

Roger volvió a echarle un vistazo. Teniendo en cuenta la ambivalencia de los Frankl por las cosas materiales, era muy revelador que el doctor deseara con tanto anhelo aquel

pequeño objeto.

—Usted debe de ser el señor Murphy. Soy el doctor Frankl —le dijo con una gran sonrisa y extendiendo la mano.

Le estrechó la suya con una firmeza y una intensidad que habrían sido dignas de comentar en un tipo de cuarenta años, pero él ya había pasado los ochenta.

—Encantado de conocerlo, doctor.

Mientras cogía la silla donde Roger había dejado su cartera y la acercaba a la mesa, el doctor Frankl lo invitó a sentarse.

—Siéntese, por favor, y hablaremos. Escribe para un periódico norteamericano, ¿no? —dijo bordeando la mesa hasta llegar a su asiento, que pareció engullirlo por completo.

Roger dejó su cartera en la alfombra, sacó una grabadora, un cuaderno de notas y un bolígrafo, todo de un tirón.

—Sí, el *San Francisco Chronicle*.

Al doctor Frankl se le iluminó la cara.

—¡San Francisco! ¡Creo de veras que es una de sus ciudades más interesantes! Y también una de las más bellas del mundo. ¡Me encantan especialmente las calles empinadas y los tranvías!

—Yo personalmente podría prescindir de las calles empinadas.

—Oh, pero la vida no es nada sin montañas que subir, ¿no?

»Y dígame, ¿a qué distancia está su ciudad de Disneylandia?

Aquella pregunta tan rara dejó a Roger perplejo.

—Bueno, eso está en el sur de California, y...

—¡Me encanta Disneylandia! ¡Las atracciones, las palomitas, la Montaña Mágica! ¡Qué lugar tan maravilloso!

A Roger casi se le escapa una carcajada. Estaba delante de uno de los psiquiatras más prestigiosos del momento, un compatriota de Freud, y ¡le hablaba de Mickey Mouse!

—A mí también —respondió Roger, y no mintió.

—Bueno, tiene preguntas que hacerme, ¿no?

Resultaba raro, una voz tan potente en un tipo físicamente tan poco imponente.

—Bueno —dijo Roger balbuceando, algo absolutamente impropio de él—. Supongo que podría decir que me han enviado para encontrar el sentido de la vida.

El doctor Frankl empezó a erguirse en su silla hasta que estuvo tan vertical como una columna, como si fuera a levitar.

—¿Ah, sí? —la sonrisa había desaparecido de su rostro—. Y cree que lo encontrará aquí, ¿verdad? —al final el doctor sonrió de nuevo, pero Roger podía sentir cómo la indignación crecía en su interior y amenazaba con estallar—. ¡Llame al doctor Frankl, tome un avión hasta Viena, encienda la grabadora y el sentido de la vida brotará de sus

labios y aterrizará en sus cintas; entonces podrá hacer las maletas y volver a la oficina del periódico para resolver la cuestión del sentido de la vida para todos sus lectores!

Roger se dio cuenta de que tenía un problema. El hombre bondadoso que había entrado en la sala se había convertido en un profesor furioso. Furioso porque el estudiante que tenía delante le había hecho una pregunta completamente estúpida.

La voz del doctor era como lava vomitada por un volcán.

—¿Cuál de mis obras ha estudiado antes de venir aquí, jovencito? ¿Sabe? ¿De vez en cuando he puesto sobre el papel algunos temas como el que acaba de preguntarme ahora tan descaradamente! ¿No ha leído mi obra más vendida, que en su idioma lleva el título de *El hombre en busca de sentido*? Me dicen que soy responsable de haber escrito 30 obras como ésa y yo añado que mi querida esposa, Elly, a la que acaba de conocer, no sólo ha mecanografiado personalmente todos esos libros, sino 700 artículos para revistas del mundo científico, muchas de las cuales, creo saber, ¡han sido publicadas en el idioma que estamos utilizando usted y yo en este momento!

»Querido periodista, soy un hombre modesto. La vida me ha dado mucho y todos y cada uno de mis días pienso qué es lo que la vida me pide a cambio. ¿Sabe? No pido mucho a cambio. Sólo vivir y respirar y tener a mi familia y divulgar mi trabajo con la esperanza de que tenga un sentido para el mundo.

»Pero también pido este pequeño favor: a un periodista que viene a consumir mi tiempo, le pido que lo haga sólo cuando haya leído aunque sea unas líneas de mi obra... para que pueda hacerme preguntas que no me haría un niño de la calle. Puesto que un niño de la calle no ha leído mi obra y no se ha planteado las preguntas vitales y ¡mucho menos las respuestas! ¡Si usted hubiese hecho esto tan sencillo, no habría empezado preguntándome “Doctor Frankl, ¿qué sentido tiene la vida?”!

»¿Cómo puedo responderle a una cosa así? ¿Cómo puede nadie responder a eso? ¿Quién soy yo para salir ahí —dijo señalando la enorme galería de ventanas que se extendía por encima de sus hombros—, quién soy yo para ir al zapatero y decirle cuál debería ser el sentido de su vida? ¿Qué sé yo de hacer zapatos? ¿Qué sé yo de su vida? ¿Qué sé yo de su vida, señor Murphy?

En aquel momento Roger pensó que no necesitaba la grabadora; tenía la certeza de que todo el edificio estaba tomando nota.

—¡Imagine por un momento que soy un gran maestro de ajedrez! ¿Vendría usted a preguntarme: «Gran maestro, ¿cuál es la mejor jugada de ajedrez?»? La pregunta es absolutamente impropia, ¿lo ve? Lo que es una buena jugada en un momento de la partida, no lo es en otro. ¿Lo entiende?

»¡Lo mismo ocurre en la vida! Lo que da sentido a mi vida en este momento puede que no me sirva mañana... o ningún día a la suya. Yo puedo vivir para trabajar en un jardín;

para usted, el sentido puede ser el trabajo más latoso que exista.

»De la misma manera que no hay una mejor jugada de ajedrez, no existe un sentido abstracto de la vida. Todo esto lo he explicado con mucha claridad en mis escritos y conferencias.

De pronto, el doctor se calló y se quedó mirando fijamente a su desolado entrevistador.

—No deseo ser grosero, querido invitado. Pero, mire, los dos estamos perdiendo el tiempo. En toda la creación no hay nada peor que cada minuto perdido tontamente.

El doctor Frankl abrió un libro y sin alzar la vista terminó la entrevista a voz en grito, como la había empezado.

—¡Váyase y vuelva cuando esté preparado para hacer preguntas que valga la pena contestar, y dignas de mi tiempo y del suyo! Buenos días, señor Murphy.

Roger no perdió ni un minuto en recoger sus cosas y salir humildemente, cerrando con cuidado la puerta de la oficina. Ni las monjas de sus años de escuela primaria lo habían hecho sentir tan pequeño.

Cerró la cremallera de su cartera y se dirigió al pasillo que llevaba a la salida. Por el rabillo del ojo vio algo que se movía en la habitación de enfrente. La señora Frankl salió y cerró la puerta, se dirigió rápidamente a él y le entregó un libro.

El hombre en busca de sentido. En inglés.

—El doctor Frankl dictó este libro en nueve días —le susurró como si estuviera contándole un chisme—. Pero se lee en mucho menos tiempo. ¿Sí?

Roger sólo pudo decir «gracias» con los ojos, y la mujer sensible que tenía delante leyó su expresión al instante. Le abrió la puerta del apartamento pero, antes de que saliese, lo detuvo poniendo una mano en su brazo derecho.

—Este libro ha ayudado a un montón de gente —dijo con una gran sonrisa.

Él sonrió de nuevo en señal de agradecimiento y se marchó.

—¡Elly! —la voz estentórea del doctor retumbó por el pasillo aun estando cerradas las puertas de su oficina.

—¡Ya voy, Viktor! —dijo ella con el mismo volumen de voz.

Cuando abrió las puertas del despacho, el doctor Frankl, todavía sentado a su escritorio, se sacó las gafas.

—¿Crees que he sido demasiado duro con él?

La señora Frankl simplemente sacudió la cabeza y se encogió de hombros sin definirse.

—Somos escandalosos, Viktor. Algunas personas no lo entienden. Tal vez ha pensado que estabas más enfadado de lo que realmente estás.

El doctor hizo girar la silla y miró por la ventana hacia la acera.

—Volverá —dedujo, poniéndose las gafas—. Si su búsqueda es auténtica, volverá —

giró de nuevo la silla para dirigirse a su mujer, que seguía de pie en el umbral—. Tendríamos que dejar la semana que viene bastante libre de compromisos, Elly.

El periodista norteamericano cruzó la calle y atravesó un pasaje que daba a un parque repleto de árboles. Allí, tomó un carril peatonal de los muchos que se entrecruzaban en el parque y encontró un banco de madera solitario en el que daría comienzo el viaje de su vida.

[5.](#) Sándwich de huevo, bacon y queso.

CAPÍTULO 7

ROGER SE DESPERTÓ de golpe y concentró toda su atención. Casi se había olvidado de cómo sonaba el teléfono.

Sin haberse acostumbrado todavía al cambio horario, corrió por el pasillo iluminado por la luz de media mañana y descolgó el teléfono que se hallaba en la sala de estar, cuando sonaba por quinta vez.

—¡Señor Murphy!

Al instante reconoció la voz amable de la señora Frankl.

—Al doctor Frankl le encantaría que nos viésemos en el Hohe Wand mañana a las once de la mañana.

—De acuerdo —dijo Roger con una voz entreverada de sorpresa y curiosidad, especialmente por saber qué era y dónde estaba el Hohe Wand.

Ya fuera porque la señora Frankl esperaba la pregunta o porque la leyó entre líneas en su breve respuesta, añadió:

—Cualquier persona en Viena sabrá explicarle cómo llegar.

—De acuerdo —repitió Roger, dando a entender esta vez que no haría más preguntas... aunque tenía un montón.

—Tengo que decirle —añadió la señora Frankl, volviendo a su talante habitual— que el doctor Frankl nunca ha invitado a un periodista al Hohe Wand. Es algo muy insólito.

—Bueno —respondió Roger, todavía espeso y a la vez sorprendido por el rápido giro en la actitud del doctor—. Ejem, dígame al doctor Frankl que acepto su gentil invitación y que mañana estaré allí a las once en punto.

—Disculpe —dijo Roger sonriendo a la mujer que atendía detrás del mostrador. Se llamaba Fatma y parecía turca—. ¿Sabe usted dónde está el Hohe Wand?

Fatma le entregó su Egg McMuffin y su zumo de naranja junto con el cambio.

—¿Qué? No, lo siento, no lo sé —respondió, tras lo cual se volvió y gritó algo en otro idioma, Roger no sabía muy bien cuál, al hombre que trabajaba detrás de ella.

—Disculpe, señor —dijo el hombre con la actitud más colaboradora que Roger había percibido jamás—. ¿Le ha preguntado a Fatma por el Hohe Wand?

—Sí —respondió Roger sin poder creer que el personal de McDonald's se tomase tantas molestias por él.

—¿Es usted escalador, pues?

Roger había cogido la bandeja con su desayuno, que soltó de golpe encima del mostrador.

—¿Qué?

—¿Escalador? ¿Montañista? ¿Alpinista?

Roger se quedó mirándolo fijamente con perplejidad, ante lo cual el hombre, que tendría unos treinta y tantos y también parecía turco, empezó a sonreír.

—Ah, no es escalador. Pero quiere ir allí, ¿no?

Roger tardó unos segundos en recomponerse. ¿Qué estaría tramando el doctor Frankl?

—Tengo una cita allí mañana a las once.

—Usted es de fuera, ¿verdad? ¿Norteamericano?

—Sí.

—El Hohe Wand está a una hora de aquí, más o menos hacia el sur. ¿Tiene coche?

Los planes del doctor Frankl empezaban a sonarle a novatada.

—No, no tengo coche.

El hombre observó a Roger un buen rato, como una estatua sonriente. Finalmente, volvió a la carga todavía más animado que antes.

—¡Lo llevaré yo!

Roger, que acababa de coger de nuevo la bandeja, la dejó caer por segunda vez en el mostrador.

—¿Qué ha dicho?

—Lo llevaré yo. Mañana tengo el día libre. No tengo otros planes, ¿sabe? Y me encanta el Hohe Wand.

—No puedo...

—¡Insisto! ¡Por favor! Será un placer para mí.

El hombre se presentó. Se llamaba Abdul, supervisor del turno de día del McDonald's, guitarrista a tiempo parcial en un local nocturno... y escalador los fines de semana. Roger se dirigió a un asiento, dándole a entender que deseaba empezar a desayunar y se le hacía tarde.

—Cuénteme qué es el Hohe Wand —le pidió Roger tragando ruidosamente.

—Ah, presiento un poco de miedo en usted. ¿Me equivoco?

—No soy un entusiasta de la montaña.

Abdul echó hacia atrás la cabeza y se rió de buena gana.

—Entonces, permita que le pregunte: ¿qué le parecerían desniveles de doscientos metros con precipicios escarpados y rocas sueltas?

Roger se limitó a mirarlo con los ojos muy abiertos, lo cual provocó de nuevo una carcajada de Abdul.

—Así es el Hohe Wand, amigo. Pero quédese tranquilo. Hay muchos caminos para

subir, algunos más fáciles que otros. Y yo estaré con usted, así que no tiene por qué preocuparse. ¿Puedo preguntarle por qué tiene que ir allí?

—Me ha invitado el doctor Frankl.

—Hum. No lo conozco. ¡Pero es muy prudente ir a escalar en compañía de un doctor!
—dijo Abdul con otra risotada.

—No es un médico de esos. Es un psiquiatra. Aunque creo que también es neurólogo.

—¿Y qué quiere de usted? ¿Está usted loco? En ese caso, tal vez no me conviene anudar mi cuerda a su cuerpo.

Roger sonrió sarcásticamente.

—De hecho, soy yo quien quiere algo de él. Supongo que voy allí porque quiero hacerle una entrevista para el periódico en el que trabajo.

—Estupendo. Escriba sobre mí también. Por favor, escriba bien mi nombre. Entonces, ¿lo entrevistará mientras ascienden o en la cima?

—Qué va, hombre. No tengo la más mínima intención de escalar, ni siquiera un peñasco.

Abdul se levantó para volver a trabajar.

—Entonces está claro que deberá decidir.

—¿Decidir? ¿Decidir qué?

—Decidir si llevará a cabo su misión o no.

«Bueno —pensó Roger—, si me lo planteas así...»

Cuando Roger regresó a su apartamento era de noche y el teléfono sonaba. Cerró de un portazo y golpeó varias veces la pared con la mano derecha buscando inútilmente el interruptor. Tanteó a su izquierda en busca de la puerta que daba a la sala y no tardó en encontrar el pomo. El teléfono seguía sonando. Salió disparado por el pasillo hacia la cocina, donde la luz que entraba desde la calle lo orientó. Atravesó a toda prisa la cocina y giró a la izquierda hasta llegar a la pequeña sala de estar, donde se golpeó en la barbilla con la mesa baja de cristal antes de descolgar.

—Sí, diga —dijo Roger cordialmente—. ¿Cómo me has encontrado? Ah, de acuerdo. Claro. Veré lo que puedo hacer. De acuerdo, sí, estoy sentado —mintió. Y luego escuchó durante mucho rato—. Sí, sigo aquí —apenas podía oír su propia voz—. Sí, lo entiendo. No. No tengo preguntas. De acuerdo, iré a verte en cuanto pueda.

El amigo que había llamado por teléfono tenía razón. Necesitaba sentarse. Y sentado pasó toda la noche.

CAPÍTULO 8

ROGER SE DESPERTÓ con la sensación más extraña del mundo. Alguien lo había agarrado de un pie y lo sacudía.

—¡Señor Murphy, despiértese!

Era Abdul. Roger seguía en la silla de su sala; ya había amanecido y Abdul estaba en su apartamento.

—¿Cómo ha entrado?

Al comprobar que Roger estaba despierto, Abdul, que se hallaba en cuclillas, le soltó el pie y abandonó su postura de receptor de béisbol.

—Perdone por ser tan atrevido, amigo. Gracias a Dios su puerta no estaba cerrada. Es hora de salir para el Hohe Wand, ¡y usted es una persona muy difícil de despertar!

Roger se incorporó un poco, aunque seguía algo encogido. Aparte de que acababa de despertarse, le costaba mentalizarse de que tenía una cita o preocuparse de que alguien pudiese haber entrado en su apartamento mientras dormía. Le costaba pensar en cualquier cosa. Y se sentía como si tuviera resaca, aunque la noche anterior no había consumido suficiente alcohol para estar en esas condiciones.

Ah, sí. La llamada de teléfono.

—Si su amigo el doctor es tiquismiquis con la puntualidad, y la verdad es que casi todos los vieneses lo son, le aconsejo que se ponga en marcha inmediatamente. Si se da prisa, aún podemos llegar a tiempo, pero si continúa ahí sentado...

Roger le hizo un gesto con la mano y asintió con la cabeza. No tenía energía para nada más. Puede que hubiese sido una bendición que Abdul se hubiera visto obligado a irrumpir en su casa y despertarlo. Si Roger se hubiese despertado puntualmente y hubiese tenido tiempo de reflexionar, en el estado de ánimo en que se hallaba, habría encontrado una excusa para cancelar el viaje a la montaña... o tal vez habría salido a la calle y se habría perdido por ahí.

Así pues, se dirigió penosamente hasta el cuarto de baño, se mojó un poco la cara y el pelo, tirándolo hacia atrás, y aceptó la propuesta más que nada para perder de vista a aquel huésped insistente. Roger no estaba para subir montañas, ni para pasar el rato con un psiquiatra vital y exigente, pero tenía todavía menos ganas de discutir. Así que simplemente iba a plegarse a aquello que le pidieran, tal vez hasta el punto de subir la cornisa de una montaña.

Cogió su chaqueta y, como quien no quiere la cosa, se puso en marcha hacia las montañas Rax.

Una hora más tarde, Abdul aparcó el coche cerca de un sencillo restaurante con sillas y mesas al aire libre, la mitad de cuyos clientes tomaban un tentempié y hasta alguna cerveza matinal. Precedido de Abdul, Roger ocupó una mesa lo más alejada posible del mostrador. Miró a su alrededor y comprobó que se encontraban básicamente al pie de la montaña que tal vez lo obligaban a subir. Iba a volverse a Abdul para declinar el ofrecimiento, cuando algo cerca de la cocina captó su atención. Era el camarero. Aquel anciano podría haber sido el hermano gemelo del doctor Frankl.

—Todos los austriacos se parecen —masculló, señalando al camarero con un gesto de la cabeza—. Aquel tipo podría ser Frankl.

Abdul sonrió.

—Lo conozco. Es montañista, igual que su amigo, el que lo ha convocado aquí.

Roger miró el reloj, aunque pensó que en realidad no importaba; independientemente de la hora que marcaran las manecillas, su estado de ánimo pedía a gritos una cerveza.

—¡Camarero! ¡Una cerveza, por favor! —gritó sin pensar. Cuando se dio cuenta del error, se volvió a Abdul—. ¿Cómo se dice camarero en alemán?

—*Kellner*! —llamó Abdul.

El anciano acababa de recoger unas jarras de cerveza que llevaba en una bandeja a la cocina, y estaba de espaldas a Roger y Abdul. Se detuvo y se volvió lentamente.

Era el doctor Frankl.

Roger tragó saliva y los ojos se le pusieron como platos. Ya había perdido la cuenta de los errores que había cometido desde su llegada, pero la cifra no importaba. Éste era el peor.

—¿Qué pasa? —preguntó Abdul al ver la expresión de su rostro.

—¡Es él! —musitó Roger, sin mover un solo músculo de la cara.

—¿Quién? —preguntó Abdul, volviendo a mirar a aquel hombre que ahora se dirigía a su mesa. Abdul volvió a mirar a Roger—. ¿Se refiere a él, él?

—Sí, él. Él.

El doctor Frankl se acercó con expresión seria.

—¡Herr Murphy! ¡Supongo que se dará cuenta del error!

Roger se sentó más erguido.

—Sí, señor. Lo siento. No me había dado cuenta de que...

—¡No ha indicado qué tipo de cerveza desea! Tenemos muchas clases.

Roger estaba demasiado horrorizado para sentirse aliviado. Pero entonces vio la sonrisa del doctor Frankl, y no pudo evitar devolvérsela.

—Tomaré la que toman las gentes del lugar, Herr Doctor.

El doctor Frankl asintió y se marchó. Roger gritó:

—¡Quiero decir, Herr Kellner!

El distinguido camarero se volvió lo justo para dedicarle una sonrisa.

Cuando el doctor Frankl desapareció, Roger se fundió con la mesa hundiendo la cabeza entre las manos.

—No puedo creerlo. Un psiquiatra famoso en todo el mundo, un superviviente del Holocausto me cita en la montaña ¡y resulta que es su trabajo de fin de semana!

—Lo he visto aquí muchas veces, pero nunca sirviendo las mesas —le dijo Abdul—. Es un montañista muy reconocido en las montañas Rax. Aquí es simplemente otro amante de la montaña, aunque muy popular. Mire —siguió diciendo mientras abría una bolsa—, he pensado que usted no vendría preparado para escalar, así que he traído algunas cosillas... cosas mías para usted.

Roger miró la bolsa horrorizado, como si Abdul hubiese abierto las vísceras pestilentes de un animal muerto. Había un par de calzones largos de poliéster, botas de piel, guantes, manoplas, calcetines, un gorro, un impermeable, una navaja, un botiquín, barras de cereales, botellas de agua, protector solar y algunas cosas más.

—Y, por supuesto —declaró solemnemente—, ¡no iremos a ninguna parte sin esto! —Y sacó un amasijo de cuerdas y de ganchos metálicos que tintineaban.

Aquello era demasiado para Roger.

—Abdul —le dijo, poniéndose en pie con tal decisión que volcó su silla—, creo que no...

—No habrá pensado —lo interrumpió el doctor Frankl— que íbamos a salir a escalar hoy, Herr Murphy, ¿verdad?

Roger y Abdul simplemente se lo quedaron mirando.

—¿Así que es un montañista?

—Bueno... —vaciló Roger.

—Por lo que más quiera, ¡vaya!

—No creo que...

—Siento decirle que yo ya no puedo hacerlo. Hice mi última ascensión a los ochenta años. Eso fue hace cinco años. Lo añoro mucho, ¿sabe? —el doctor Frankl puso dos cervezas sobre la mesa y se sentó, seguido de un Roger Murphy que no salía de su asombro—. He subido montañas desde que cursaba la escuela secundaria. Además de la logoterapia, de mi mujer y de mi familia, el alpinismo es mi gran pasión.

Por fin, Roger pudo articular alguna frase:

—La verdad, doctor Frankl, es que jamás he subido una montaña. Soy más bien de los que se agarran fuerte cuando algo sube o baja.

El doctor Frankl soltó una carcajada.

—¡Se agarra fuerte! Bueno, supongo que yo también lo hago ahora, Herr Murphy. Pero les sugeriría que dos hombres de su edad... —dijo mirando a uno y a otro de sus interlocutores.

—Disculpe, doctor. El doctor Viktor Frankl, le presento a mi amigo Abdul.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Es un honor para mí conocerlo, Herr Doctor. Lo he visto a menudo por aquí, pero no sabía que era usted el gran doctor Frankl —dijo Abdul, exagerando astutamente su familiaridad con él. A Roger le pareció bien.

—Bueno —dijo Roger aprovechando la ocasión—. Él sí que sube montañas, doctor.

—¡Bien hecho! Herr Murphy, le ruego encarecidamente que lo intente una vez. Descubrirá que no hay nada igual en el mundo. Mientras escala, todos los problemas de su existencia le resbalan por la espalda. Se olvidará de todo menos de la tarea que tiene entre manos, cara a cara con la roca, en lucha con la gravedad para salvar su vida, tiene que vivir plenamente el momento. Es la única manera que he encontrado de olvidarme por completo de mis libros, mis conferencias, mi correspondencia y de todas mis obligaciones. —Señaló la meseta que se alzaba por encima de ellos, donde un funicular llevaba a la cima de la montaña—. Creo que las decisiones más importantes de mi vida las he tomado ahí arriba. Es allí donde puedo pensar de verdad.

Roger alzó la vista y luego contempló el equipo que había llevado Abdul.

—Suenan maravilloso. Pero espero que no se ofendan, caballeros, si lo dejo para otro día...

Abdul, que siempre sonreía, se rió de buena gana.

—No me ofendo, señor Murphy. He quedado con unos amigos que llegarán pronto para escalar juntos. Iremos sin usted. A fin de cuentas, uno necesita un estado de ánimo determinado para escalar. ¿No es cierto, doctor?

—¡Por supuesto! En el alpinismo, el desafío es más mental que físico. Tienes que estar preparado y deseoso de hacerlo. Herr Murphy, usted y yo tomaremos el funicular hasta la cima... ¿o tal vez le gustaría subir por el sendero?

Roger sonrió.

—El funicular suena mejor. Pero, Herr Doctor... —Roger se detuvo y miró al doctor seriamente—. ¿A qué hora acaba su turno?

El doctor Frankl miró el delantal verde que llevaba puesto, se lo sacó, lo dobló cuidadosamente y dijo riéndose entre dientes:

—¡En este mismo momento! ¡El sueldo aquí es una miseria!

»La verdad es que este garito es de un montañista amigo mío. Ya hace muchos años que Elly y yo lo ayudamos de vez en cuando para que acabe antes de trabajar y pueda venir a caminar con nosotros. Echo de menos las caminatas... ¡pero puedo seguir

echándole una mano!

»De hecho, Herr Murphy, usted no es la única persona que me ha confundido con un camarero. En una o dos ocasiones, alguien me ha visto limpiando mesas y me ha pedido una cerveza o algo de comer. Las veces que lo he hecho ¡me han dado propina! Intenté devolvérsela, pero insistieron y ¿sabe por qué?

—No, ¿por qué? —dijo Roger con una gran sonrisa.

—Dijeron que porque tenía una bonita sonrisa —respondió el doctor Frankl con una carcajada mientras se golpeaba la rodilla.

—Herr Doctor, es como cuando algunos de sus pacientes le han dado una propina a la señora Frankl.

—Sí. ¡Tal vez los dos nos hemos equivocado de vocación!

—Lo dudo mucho. Dígame, ¿cuánto le dieron de propina y en qué la gastó?

—Recuerdo que la primera fue de 35 céntimos. Los doné al Instituto de Logoterapia —pensó un momento—. ¡Tengo que creer que es la mejor inversión que aquel comensal haya hecho nunca!

En la cima, mientras Roger contemplaba el panorama que se extendía a sus pies, regresó a la realidad, al recordar la llamada de teléfono que ya había empezado a cambiar su vida. Su mente volvió a evocar al joven del puente Golden Gate. Sentía un vínculo con aquel joven que no había sentido antes. Empezó a sentirse como él. Empezó a cuestionarse todo: su vida, su pasado, su futuro, la vida misma... todo en el lapso de unos segundos. Se apoyó. Miró abajo y se imaginó despeñándose por el precipicio. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en verse despojado de la conciencia y de la vida.

De vuelta a su interior, sucumbió a un ataque de vértigo y se echó suavemente hacia atrás, para sentarse.

—Parece preocupado, señor Murphy —le dijo el doctor Frankl casi a voces, acercándose y sentándose a su lado.

Aquel hombre de ochenta y cinco años era extraordinariamente ágil.

—Supongo que lo estoy, doctor.

—¿Le importaría entrar en detalles?

Roger se volvió a mirar al doctor Frankl. Allí estaba uno de los mejores psiquiatras del mundo, quien, a pesar de haberse enfadado inicialmente con Roger por haber tenido la desfachatez de presentarse a entrevistarle sin preparar el encuentro, ahora se mostraba dispuesto a escuchar sus problemas. Roger se sentía abrumado.

—No es nada, de veras. Pero le agradezco su interés, doctor.

El doctor Frankl también contempló la vista que tenían delante y se dejó penetrar por

ella durante un buen rato.

—Mire, he estado aquí muchas veces a lo largo de mi vida. Para mí puede que no exista otro lugar mejor en este planeta. Y desde luego, ninguno más idóneo para aclarar las ideas. Subir esta montaña y gozar de unos instantes de paz aquí arriba me ofrece las únicas ocasiones en las que puedo liberar mi mente. Es el único momento en que he sido capaz de no pensar en mi próxima conferencia, en el trabajo que estoy redactando o en el libro que tengo que terminar. Es un lugar en el que me siento en paz. ¿No es paradójico que el mejor momento para pensar sea aquel en el que no tengas nada en lo que pensar?

—Roger se limitó a asentir con la cabeza y a seguir escuchando. El doctor concluyó sonriendo astutamente—: este lugar podría ser especial para alguien más.

Roger volvió a asentir, pero continuó callado. Intentando otra táctica, el doctor Frankl continuó:

—Recuerdo una vez en que los de *Quién es quién en América* me enviaron un cuestionario en el que se me pedía que expresase en una frase lo que daba sentido a mi vida.

»Cuando un grupo de profesores, psiquiatras y estudiantes norteamericanos vinieron a Viena a hacer una investigación, les mencioné este cuestionario. Un estudiante, concretamente de Berkeley, dijo: “El sentido de su vida es ayudar a otros a encontrar su sentido”. Aquella respuesta me conmovió completamente, ¿sabe por qué? ¡Porque ésas eran exactamente las palabras que había utilizado yo para responder al cuestionario!

Finalmente, Roger cedió. Cuando el hombre que ha escrito un libro sobre el sentido de la vida se ofrece, en diferentes ocasiones y de diversas maneras, a ayudarte si tienes problemas, llega un momento en que no lo rechazas.

Roger levantó las manos, con las que se sujetaba erguido en el banco, y se abrazó las rodillas. Miró hacia abajo unos segundos y finalmente habló.

—Ya sé que no se puede comparar con su situación, doctor...

—¡Naturalmente que no! ¡Claro, no hay dos situaciones iguales! Pero eso no hace que el sufrimiento de unos sea mayor o menor que el de otros. ¡Cuando se sufre, se sufre!

Roger asintió agradecido y prosiguió:

—Anoche recibí una llamada de San Francisco —se detuvo e inspiró profundamente—. Al parecer tengo cáncer.

El doctor Frankl se frotó la barbilla y reflexionó un momento.

—Vaya, esto sí que es una novedad. Ahora comprendo su preocupación. ¿De qué tipo, si no le importa que le pregunte?

—Creo que es un linfoma de bajo grado.

—¿Tiene idea de la fase en que se encuentra?

—No, no lo sabrán hasta que regrese y me extirpen el ganglio linfático y le echen un

vistazo.

—Bueno, esto es sin duda un asunto serio. Pero es alentador el hecho de que sea una enfermedad con un índice de supervivencia alto, especialmente cuando se detecta en las primeras fases.

Roger asintió más por educación que por sentirse consolado.

—En fin —prosiguió el doctor—, déjeme decirle de entrada que no debe quitar importancia a su situación comparándola con una visión romántica de la mía. Al menos, yo tuve el lujo de conocer y hacer frente a mis torturadores. Usted, sin embargo, tiene que librar una batalla con un enemigo silencioso y desconocido.

Una vez más, Roger asintió con menos entusiasmo todavía. El doctor Frankl se movió como si estuviera a punto de levantarse.

—Se queda todavía unos días en Viena, ¿verdad? —otro gesto de la cabeza—. Bueno, ya había decidido esto y lo que acaba de decirme le otorga todavía más prioridad. Vendrá a mi oficina mañana y pasado y el otro hasta que haya contestado a todas sus preguntas, ¿sí?

Roger había estado mirando al suelo. En aquel momento, el doctor Frankl se levantó y cuando Roger alzó la vista para mirarlo, comprendió por primera vez que aquel hombre que tenía delante era verdaderamente un gran hombre... y entendió también el porqué.

—Sí —dijo por fin con una leve sonrisa—. Gracias, doctor.

El doctor Frankl, a pesar de sus ochenta y cinco años, tendió la mano a Roger para ayudarlo a levantarse. Los dos hombres quedaron frente a frente.

—¡Ahora bajaremos como hemos subido: por el camino fácil! —exclamó el doctor Frankl sonriendo y dando unas palmaditas a Roger en el hombro—. La parte difícil ya ha acabado.

—Al menos de momento.

CAPÍTULO 9

—EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO —sugirió el doctor Frankl, girando ligeramente su silla de ejecutivo de piel oscura para alcanzar su taza de café.

Roger ni siquiera había empezado a preguntar esta vez, y la entrevista ya estaba en marcha. Y le parecía estupendo. Cruzó la pierna izquierda por encima de la derecha y se inclinó sobre la mesa reluciente del doctor Frankl para poner la grabadora en marcha. Por encima del hombro derecho, vio que la señora Frankl cerraba suavemente la puerta. Frente a él, el doctor Frankl quedaba enmarcado por la galería de ventanas saledizas que daban a la animada ciudad de Viena.

—¿Sabía usted que la fecha de mi nacimiento, el 26 de marzo de 1905, coincide con la muerte del gran compositor Ludwig van Beethoven? A raíz de esto un compañero de clase me dijo que las desgracias raramente vienen solas.

»Me dijeron que de pequeño era un incordio, aunque no sé por qué pensaban así. Pero le contaré que, si mi madre no me cantaba la canción de cuna *Hace mucho, mucho tiempo*, yo me negaba a dormir. Muchos años más tarde, mi madre, que tenía un corazón de oro, me confesó que la cantaba a menudo con esta letra:

«Ahora chitón, pequeño bribón.

Hace mucho, mucho tiempo...».

»Bueno, al menos la melodía era tranquilizadora. Yo estaba muy apegado emocionalmente a mi casa y a mis padres. Y cuando nos deportaron al campo de concentración de Theresienstadt, y después de que muriera allí mi padre, Gabriel, siempre besaba a mi madre cuando nos encontrábamos o nos separábamos. Así, siempre nos separábamos en paz.

El doctor Frankl se interrumpió un momento, como perdido en el pasado lejano.

—Si me permite —lo interrumpió Roger—, lo que me está diciendo indica un nivel de sentimiento, de pasión, que podría extrañar en un hombre intelectualmente tan potente.

—¡No sabe usted la sabiduría que encierra lo que está diciendo, joven! Puede que yo sea una mezcla perfecta de mis padres: del estoicismo y el sentido del deber de mi padre y el corazón y la devoción de mi madre. ¿Conoce usted el test de Rorschach, el que utiliza las manchas de tinta? Una vez me lo hizo un psicólogo de Innsbruck, quien afirmó que nunca había visto un registro tan amplio de racionalidad y sentimiento. Pero nos estamos adelantando.

—No hay problema —le aseguró Roger—. Ya lo montaré. Usted diga lo que le venga a la cabeza.

—¡Eso es lo que suelo decir yo! ¿Quién es el doctor aquí? —exclamó el doctor Frankl fingiendo enfado—. En fin, un error muy habitual es creer que formulé mis teorías, a las que bauticé con el nombre de logoterapia, de la palabra griega *logos*, es decir, «sentido», en los campos de concentración o después. Bien, pues le digo que no. De hecho, había escrito el primer borrador de la obra, traducida al inglés con el título *The Doctor and the Soul*, antes de que me deportaran. Mi intención era poner por escrito mis teorías sobre la logoterapia para que me sobrevivieran.

»¡Pero casi no me sobreviven! Había cosido el manuscrito en la funda de mi abrigo antes de que me deportaran y se perdió cuando los nazis nos obligaron a deshacernos de todo y dejarlo en el suelo. Al fin pude reconstruirlo en los campos, y enseguida volveremos sobre esto, pero no pude recuperar mi distintivo del Club Alpino de Donauland, que se quedó allí. ¡Era mi orgullo y mi gozo!

»Bueno, he vuelto a adelantar acontecimientos. Le diré que desde los tres años, ¡tres!, quería ser médico. Y llegué a ejercer de neurólogo. Esto es algo que mucha gente olvida o ignora. Fui director del departamento de neurología del Hospital Rothschild en Viena antes de ir a los campos de concentración y posteriormente ocupé un puesto similar en la Policlínica de aquí. Me había planteado especializarme en dermatología e incluso en obstetricia. Pero, un día, otro estudiante de medicina citó a Kierkegaard y cambió el rumbo de mi vida. Dijo, me refiero a Kierkegaard: “No desespere en tu deseo de ser el que verdaderamente eres”. ¡Qué idea excelsa! Y cuánta verdad hay en ella. Tantos de nosotros luchamos contra nuestro destino, o contra nuestra voz interior. Aquel estudiante sintió que yo estaba dotado para la psiquiatría y tenía interés en este campo y supo mejor que yo que aquélla era mi verdad.

»¿No es increíble que un comentario espontáneo de un ser humano pueda alterar para siempre el rumbo de otro? —al recordar la cadena de acontecimientos que lo había llevado hasta el despacho del doctor Frankl, Roger no pudo sino estar de acuerdo con él—. Bien, pues a partir de aquel momento supe que también sería psiquiatra... y el nexo entre la neurología y la psiquiatría es muy estrecho, ¿sabe?

»Confío en estar satisfaciendo su curiosidad, lenta, pero ampliamente —dijo el doctor Frankl tomándose un respiro para dar un sorbo de café.

—Lo está haciendo estupendamente —repuso Roger, asintiendo con expresión de humilde ironía; sabía perfectamente que el doctor Frankl no necesitaba aquel comentario tranquilizador.

—Hace tiempo que creo que el talento para la psiquiatría es comparable a la habilidad del dibujante de viñetas. Ambos detectan los puntos débiles de una persona. Eso es lo que

hace un caricaturista: detectar las debilidades visualmente y profundizar en ellas buscando el efecto cómico. Yo no paro de hacer eso, hasta conmigo mismo. Pero, como psiquiatra, puedes ir más allá de la apariencia de debilidad y llegar a la causa, o al menos encontrar algunas vías de superación del punto débil. Uno puede ir más allá de la desgracia y buscarle sentido, si sabe cómo y dónde buscar. Al hacerlo, y ésa es la esencia de la logoterapia, puedes convertir el sufrimiento en un logro. Creo profundamente que no existe situación cuyo sentido no pueda descubrirse.

—Con todos los respetos, doctor —interrumpió Roger—, hace tiempo que tengo la impresión de que su campo, es decir, la psiquiatría, no es más que una forma de alimentar el ego de muchos psiquiatras.

—¡Cielos, es cierto! Una cosa es tener talento para la psiquiatría, y otra muy distinta tener la motivación adecuada para aplicar dicho talento. Muchas personas se meten en esto para ejercer poder sobre otras. Confieso haber probado ese poder, cuando empecé a utilizar la hipnosis. Una vez me pidieron que hipnotizase a una mujer en el Hospital Rothschild porque no podían anestesiarse para una operación. No recuerdo por qué, pero al parecer tampoco había posibilidad de administrarle anestesia local. Así que me pidieron que me ocupase de mantenerla tranquila a través de la hipnosis. Pues bien, funcionó... demasiado: ¡la enfermera instrumentista se quejó de que casi la duermo también a ella!

A Roger le costaba creer que aquel hombre pudiera dormir a alguien; al cabo de cinco minutos de iniciar la entrevista, había llegado a la conclusión de que el doctor Frankl era el personaje más fascinante que había conocido... y tal vez que conocería nunca.

—Usted creció a la sombra de Freud, ¿no? —dijo Roger, notando de inmediato que aquél era un tema candente.

—¡Sí!

—¿Se vieron mucho?

—Esto es lo extraño: ¡una sola vez! Pero antes, durante mi juventud, a menudo le enviaba cosas que escribía o que otros escribían y que me parecían especialmente pertinentes o interesantes. Y ¿sabe?, siempre me respondía al cabo de pocos días, con una postal escrita de su puño y letra, a mí, un joven que no había cumplido los veinte años. Siempre.

—¿Conserva esas cartas? ¿Podría echarles un vistazo?

—No, no. Es terrible. La Gestapo se lo llevó todo, absolutamente todo, cuando me deportaron. No queda nada. Sin embargo, debe saber una cosa: cuando yo tenía diecisiete años, el doctor Freud me escribió acerca de un trabajo que yo había escrito y le había enviado: «He remitido su artículo a la *International Journal of Psychoanalysis*. Supongo que no tendrá inconveniente». El artículo se publicó dos años más tarde. Mire, ¡aquella

eminencia publicaba el artículo de un joven Viktor Frankl, un don nadie!

—Pero en algún momento se conocieron.

—Ésta es una historia maravillosa. Un día, salía de la universidad e iba a tomar el tranvía para volver a casa desde Schottentor, usted ya conoce esa estación, ¿verdad? Bueno, pues veo a un hombre mayor caminando hacia el parque con un bastón de plata y un sombrero gastado. Pensé que no podía ser él, pero el hombre se dirigió a Bergasse, la calle donde vivía Freud, así que decidí seguirlo. Subimos la calle y bajamos por otra hasta que llegamos a Bergasse 19. ¡Así que puede decirse que aquel día me convertí en un seguidor de Freud!

El teléfono interrumpió la sonora carcajada del doctor Frankl.

—¡Frankl! —contestó con contundencia.

Quienquiera que fuese debió de asustarse con aquella especie de ladrido... o sorprenderse de que un psiquiatra de fama internacional respondiese personalmente al teléfono; fuera lo que fuese, Frankl tuvo que convencer a la persona que llamaba que sí, que era efectivamente Viktor Frankl. Parece que se trataba de un subalterno del embajador de algún país en Austria.

—Otra recepción social —dijo burlonamente mientras colgaba—. Todo esto está muy bien, pero ¿para qué quiero yo ir a una fiesta cuando hay tanto por hacer? Bueno, ¿dónde estábamos?

—A punto de conocer a Freud —lo ayudó Roger.

—¡Sí! Cuando llegó a su casa, lo alcancé. ¿Sabe? Cuando me presenté, después de decir mi nombre, me interrumpió: «¡Espere! ¿Czerningasse 6, apartamento 25?». Sabía mi dirección por nuestro intercambio de correspondencia. ¿No es impresionante?

—No tanto —repuso Roger—. No, tratándose de un incordio como usted.

Frankl soltó una carcajada, encantado.

—Sí, incluso en la universidad, yo era un incordio. Pero le aseguro que no le pedí a Freud que me cantase ninguna canción de cuna —otra risotada—. Debe saber también que en aquel breve encuentro a la puerta de su casa, yo ya estaba desencantándome del psicoanálisis. Con la perspectiva que me da el tiempo, puedo decir que fue más una despedida que un encuentro. Mire, señor Murphy, no es que el psicoanálisis esté totalmente equivocado, pero no se puede reducir todo lo humano al sexo o a los impulsos del inconsciente. Es una visión de la humanidad muy poco prometedora, ¿no le parece?

»Además, cuando todavía estaba hechizado por el psicoanálisis, y el propio doctor Freud me animó a hacerme miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, parecía que había que someterse al adoctrinamiento al respecto. Todavía hoy me parece increíble. Así que podría decirse que gravité hacia la psicología individual de Adler.

Roger no deseaba interrumpir, pero...

—Lo siento. Tendrá que explicarme eso.

—Disculpe. Al doctor Alfred Adler se le reconoce, con toda justicia, el mérito de haber creado la segunda escuela de psiquiatría de Viena, después del doctor Freud. A mí me acusan a menudo de haber creado la tercera, y me declaro culpable y agradecido de la acusación. Sea como fuere, para el doctor Adler, la principal fuerza motivadora del animal humano era la voluntad de poder en sus diversas formas. Estatus. Dominio. ¿Entiende? Nunca tuve el placer de seguir al doctor Adler hasta su casa, como hice con Freud, pero fui un seguidor suyo de todos modos. Hasta una noche en que dos valientes mentores míos, Rudolph Allers y Oswald Schwarz, rompieron públicamente con Adler en una reunión de su sociedad. Allers y Schwarz creían, como yo, que no era correcto reducir al ser humano a un único impulso animal. Era el mismo error que había alejado a Adler de Freud, y resulta que él estaba cometiéndolo también, y con ello alejándonos a nosotros.

»Cuando se separaron, yo me quedé con ellos. Yo creía que la psicología individual de Adler podía rescatarse, pero no sería su creador quien lo hiciera. El doctor Adler me amonestó severamente y, la verdad, creo que nunca más me dirigió la palabra. ¡Ni siquiera me contestaba en las muchas ocasiones en que me acerqué a saludarlo a su mesa del Café Siller, por la noche! El doctor Adler me salvó del psicoanálisis, pero acabó apartándose cuando yo albergaba la esperanza de, cómo lo diría, humanizar su enfoque. Así sea.

—Así que empezó con la logoterapia...

—Dicho así, hace que parezca muy sencillo, ¡como encender una luz! Bueno, tal vez esta metáfora no sea del todo desacertada, cuando descubres verdades ocultas es siempre como si se encendiese una luz. Pero no se crea, ¡recorrí muchos pasajes oscuros en soledad! ¡Era joven... inquisitivo! Hasta tuve una fase que podría calificarse de atea, o cuando menos agnóstica. Seguí la oscura luz del nihilismo y del existencialismo de la época, que estaban en contra de la religión, la fe y los valores tradicionales y exaltaban la ausencia de sentido de la vida. ¡Menuda trampa! Fue, y sigue siendo, una trampa de la que muchísimos jóvenes no logran escapar nunca. En muchos aspectos, lo que yo llamo el «vacío existencial», una falta de sentido colectivo de la vida, ¡es más grave hoy que nunca! Y no quiero insultar a su extraordinario país, al que amo y conozco tan bien...

—No se preocupe, lo entiendo.

—... pero el vacío existencial es peor allí que en muchos otros lugares. Aunque le diré que comprendo bastante bien este fenómeno, porque yo también lo he sufrido. El sentido no se presenta así, de buenas a primeras, amigo mío. De lo contrario, el título de mi libro no incluiría la palabra clave, que es «búsqueda» —dijo, haciendo una pausa para mirar

larga y fijamente a Roger—. Usted mismo está realizando una búsqueda, ¿no?

La intención de Roger era no inmiscuirse en la entrevista, pero para que prosiguiese — y para ser intelectualmente honesto consigo mismo y con su entrevistado— tuvo que asentir contestando afirmativamente a aquella pregunta.

—Pero —añadió Roger rápidamente, devolviendo la pelota al campo contrario—, ¿por qué dice que el denominado vacío existencial es peor hoy en día?

—¡Pues porque existen pruebas de ello por todas partes! —dijo el doctor casi gritando y haciendo un gesto con la mano hacia las ventanas que se hallaban a su espalda—. ¡Hay pruebas fehacientes de ello! La sociedad industrial se ha propuesto satisfacer toda necesidad que surja, y algunas no son tales... sino que las generan artificialmente ¡para que luego ellos puedan satisfacerlas! ¡Usted sabe que esto es cierto!

»Y, sin embargo, la mayor necesidad de todas, desde siempre, es la necesidad de que la vida tenga sentido... y esta necesidad se ignora casi por completo. Piénselo: a diferencia de los animales, y contrariamente a lo que dicen algunas corrientes de pensamiento, el hombre no es un esclavo de sus instintos e impulsos. Y actualmente ya no está vinculado a las tradiciones como antes. Dicho de otro modo, el hombre ya no tiene por qué ser esclavo de lo que los instintos le dictan que tiene que hacer, ni la sociedad le está diciendo todo el tiempo qué es lo que debería hacer. En consecuencia, se encuentra perdido respecto a lo que desearía hacer. El resultado de todo esto es el vacío existencial del que le hablo. Y es mucho más grave entre los jóvenes.

»Una vez me hallaba en Estados Unidos para dar una conferencia en una universidad de Atlanta. El título que le habían dado era: “¿Está loca la nueva generación?”. Aquel título no podía gustarme menos, pero era lo que me había tocado. De camino a la universidad le pregunté al taxista si pensaba que los jóvenes estaban realmente locos. Contestó que sí al instante. Le pregunté por qué. Me dijo: “¡Se suicidan, se matan entre sí y se drogan!”.

»Mire, un psiquiatra bajito de Viena que usted ha conocido hace poco no podía haberlo formulado mejor, no podía haber identificado los síntomas del vacío existencial con más precisión que aquel taxista de Atlanta. A estos tres elementos que él identificó, los denominó la “tríada neurótica de masas”: depresión, agresión y adicción.

»Es por esta razón por la que afirmo que el hombre moderno cuenta con todos los medios para llevar una vida satisfactoria, pero le falta el sentido. Y mientras tanto^[6] — hizo una pausa para saborear el juego de palabras— nos dicen que rindamos culto a la autointerpretación y a la realización personal.

»Por supuesto que todo el mundo debería poder realizarse. Es sin duda lo que yo hice cuando seguí el consejo de Kierkegaard de no desesperar en el intento de ser el que verdaderamente soy, pero si te propones sólo tu realización personal, tu felicidad, sin

tener en cuenta a los demás, que es lo que suele pasar cuando sólo te preocupas de tus intereses, entonces con mucha frecuencia no acabarás de conseguir tu objetivo. Es como un bumerán. La idea que tenemos del bumerán es que está diseñado para regresar a la persona que lo ha lanzado, ¿no?

—Sí.

—¡Ah, pero eso ocurre únicamente cuando no ha dado en el blanco! Ocurre lo mismo con el ser humano. La esencia del ser humano es su habilidad para trascenderse, para ocuparse de otro, para dedicarse a otra cosa distinta de sí mismo. Sólo cuando esta misión se ve frustrada, por acción u omisión, vuelve a él la obsesión por sí mismo... ¡como el bumerán que no ha alcanzado a su presa!

»Podría decirse que la esencia de la logoterapia es que la autorrealización no es el fin, sino que el “bumerán” del impulso interno del hombre debe dirigirse a algo distinto de sí mismo.

»El único camino hacia la realización personal consiste en no esforzarse por alcanzarla; por el contrario, hay que aspirar a la verdadera finalidad del hombre: la autotrascendencia. La capacidad de dedicarte a cosas, ideales, causas, personas, que no sean tú mismo. ¿Sabe quién es Abraham Maslow?

Roger reflexionó un momento mientras daba la vuelta a la cinta de la grabadora.

—Maslow... ¿No es el de la jerarquía de las necesidades?

—¡Sí! ¿Y qué es la jerarquía de las necesidades básicas sino la autorrealización? ¿Sabe que hasta Maslow reconoció que lo que le estoy diciendo es verdad, justo antes de morir? Que la autorrealización como fin en sí mismo es un error.

»La Constitución de su país, o, mejor dicho, su Declaración de Independencia, ¿no?, menciona “la búsqueda de la felicidad”. ¡No, no, no! ¡No busques la felicidad! La felicidad no puede perseguirse como si fuera una desventurada presa.

—¿Qué debes hacer, entonces, si deseas ser feliz? —lo retó Roger.

—¡Muchas, muchas cosas, menos ir tras la felicidad! Sencillamente tienes que hacer lo correcto y confiar en que la felicidad llegará como consecuencia natural. ¿Y sabe una cosa? Llega. La felicidad llega.

Con la última sílaba de la frase, gesticuló con la mano izquierda como apuñalando el aire y luego tomó su taza de café. Se arrellanó en el sillón, en parte para dar un sorbo de café y tomarse un respiro, pero sobre todo para que la idea que acababa de dejar caer se abriese paso lentamente por el cerebro de su interlocutor.

—A ver si lo entiendo: ¿la conclusión es que buscar el sentido de la vida a través de la realización personal es un error?

—Sí, en gran parte. Eso no significa que no debas trabajar tus talentos, o tu forma física, tu mente o cualquier aspecto de tu ser. No, no. No es esto lo que digo. Lo que digo

es que, cuando te trabajas, no puedes esperar tú mismo ser la fuente del sentido. Éste es el error craso que hizo nuestro desventurado amigo Narciso.

Roger empezó a formular una pregunta, pero se interrumpió en seco.

—¿Qué? —le espetó Frankl— ¡Dígallo! No se corte.

—Bueno, después de la transgresión que cometí días atrás, no sé si preguntarle esto. Pero, en su obra, usted sí que sugiere otras formas de encontrar sentido a la vida.

—¡Ajá! ¡Espero que no le importe si le digo que esta pregunta es muy superior a la que me planteó al inicio de nuestra amistad!

Roger estaba perplejo, no por el cumplido que había recibido su pregunta, sino por la palabra «amistad». ¿Lo había dicho deliberadamente? ¿De verdad aquel hombre, que hacía un par de días casi lo tira por la ventana de su despacho, se planteaba la posibilidad de que aquel desparejado par que eran ellos dos pudieran ser amigos? No, claro que no. Aquello había sido seguramente el patinazo de un hombre para quien el inglés era su segunda lengua. Aun así, a Roger le gustó oírlo.

—No tengo ningún problema en decirle, puesto que lo he defendido una y otra vez, y todavía está por demostrar que esté equivocado, que el ser humano tiene principalmente tres vías para encontrar sentido: 1) la creación de una obra o realización de algún hecho, en otras palabras, tener que llevar a cabo algún tipo de trabajo o de actividad fuera de él; 2) la vivencia de sus valores, especialmente amando a otra persona; y 3) el sufrimiento.

Roger se removió en la silla.

—Entiendo los dos primeros, doctor Frankl, pero el tercero se me escapa. ¿Cómo puede ser bueno el sufrimiento?

—Ésa es la clave: en primer lugar, tiene que ser inevitable. Invocar sobre uno mismo un sufrimiento evitable no es noble, ni constituye un camino para ningún tipo de sentido: es simplemente estúpido o, peor aún, patológico.

»Pero, cuando te enfrentas a un sufrimiento inevitable, a menudo surgen oportunidades de hallar un gran sentido, entre ellas, la más sobresaliente, la oportunidad de hacer frente a tu sufrimiento con dignidad y con un propósito.

—¿Propósito?

—Sí. La oportunidad de convertir una circunstancia trágica en un gran logro. Esto lo vemos con frecuencia en pacientes que se enfrentan a una enfermedad incurable... —el doctor Frankl se quedó paralizado por un momento, dándose cuenta de que había cometido una torpeza—. Le ruego me perdone, Herr Murphy. No desearía parecer insensible a su situación actual. Sólo pretendo compartir con usted lo que he aprendido.

Roger se sentía claramente molesto, pero sólo por tener que hacer frente al cáncer, no porque el doctor Frankl se lo hubiese recordado involuntariamente.

—Por favor, no tiene por qué disculparse, doctor Frankl. Pero seguro que puede

apreciar lo difícil que es para alguien en mi situación entender adónde quiere llegar.

—Y sin duda, Herr Murphy —respondió el doctor Frankl alzando la voz para subrayar lo que iba a decir—, podrá usted apreciar el hecho de que un superviviente de los campos de la muerte de los nazis sepa un poquito acerca del sufrimiento.

Roger ya había dejado de contar sus errores desde que había aterrizado en Viena.

—Perdóneme.

—Ah, pero me ha hecho pensar en un punto importante. No tengo ninguna intención de decirle que mi experiencia fue más que la suya, o de insinuar una especie de superioridad moral debido a la naturaleza y el alcance de las condiciones de vida en los campos. ¡En absoluto! El sufrimiento es el sufrimiento. No importa si la tortura consiste en padecer el infierno de un campo de exterminio o algo tan simple como un amor perdido. El dolor sigue siendo dolor. Lo que importa es cómo lo afronta cada uno, ¿sabe?

»Y el sufrimiento no surgió por primera vez en aquella espantosa invención de los nazis, los campos de exterminio. El sufrimiento siempre ha formado parte del ser humano.

—O sea, doctor, que usted sufrió antes de su deportación.

—¡Por supuesto! Ningún hombre, ninguna mujer puede sustraerse al sufrimiento, ni deberían intentarlo siempre. Ya le he hablado de mi etapa agnóstica y de la influencia de los existencialistas. No fue una época fácil para mí. Créame, pasé un auténtico infierno mucho antes de que a los nazis se les ocurriese empezar a construir vías de tren en dirección al mundo de las tinieblas. Luché contra el sinsentido como Jacob con el ángel. Al final, fui capaz de decir sí a la vida, a pesar de todo.

—Pero ¿cómo?

—Ojalá pudiese decir que fue fácil, o que lo logré de un día para otro, pero no fue así. Poco a poco, empecé a rechazar el pesimismo y la mentalidad estrecha de los existencialistas más funestos. Leí las obras de escritores y filósofos más optimistas: Martin Heidegger, Gabriel Marcel, Karl Jaspers, Martin Buber. Y aprendí no sólo a asimilar las opiniones de los demás, sino a pensar por mí mismo.

»Por ejemplo, cuando empecé las prácticas en la Escuela de Medicina de la Universidad de Viena y luego fui residente en el hospital neurológico de Schlossl y en el psiquiátrico de Steinhof, Dios mío, qué lugar, decidí olvidar lo que había aprendido de Freud y de Adler y aprender de mis pacientes.

—¿Cómo?

—¡Escuchando, naturalmente! Así de sencillo, ¿no? Y demasiado poco frecuente en mi profesión, lo cual es lamentable, especialmente en aquella época. Mire, se consideraba que el doctor o el profesor de universidad no estaba al mismo nivel que sus pacientes o estudiantes. Pero ¿cómo vas a escuchar si estás en niveles diferentes? ¿Cómo vas a

aprender si no escuchas?

»Estoy seguro de que a mis colegas de profesión les parecía una impertinencia por mi parte permitir que mis pacientes me llamaran por mi nombre de pila. E imagino que los doctores y enfermeras que trabajaban conmigo pensaron que estaba loco cuando, en un baile que se organizó en uno de los pabellones del Steinhof, me puse a bailar con mi bata blanca de médico ¡con una paciente que llevaba una camisa de fuerza! ¿Se imagina bailar un tango en aquellas condiciones?

Roger percibió en la voz del doctor Frankl una chispa de animación impropia de él, al contarle lo que estaba claro que le parecía una anécdota deliciosa y reveladora. Apagó la grabadora.

—Doctor, ya llevamos un buen rato. ¿Le gustaría descansar unas horas?

—¡Sí! Tengo que almorzar un poco, echarme una breve siesta y luego dictar algunas cartas. Vuelva dentro de tres horas, Herr Murphy, y seguiremos.

Roger se levantó, se dio la vuelta y se inclinó para colocar su cuaderno, su bolígrafo y su grabadora en la bolsa. Pero se incorporó de golpe, sobresaltado por un fuerte sonido detrás de él.

—¡Elly! —llamó el doctor Frankl a voz en grito.

Roger no sabía que un hombre de ochenta y cinco años podía emitir un ruido de aquel calibre. En aquel mismo instante, las puertas blancas se abrieron y apareció la señora Frankl.

—Viktor —respondió con el mismo volumen—. Hora de almorzar.

—Sí, Elly, Herr Murphy regresará dentro de tres horas, y seguiremos con nuestro trabajo.

Roger se fijó, y agradeció, en la expresión del doctor Frankl —«nuestro trabajo»—, pues parecía dar a entender que había hecho suyo el trabajo intrusivo del periodista.

Tal vez sí que empezaran a ser amigos.

Cuando el doctor Frankl llegó a su estudio, encontró a Roger Murphy admirando el evocador retrato de una mujer colgado encima del diván del doctor. Roger, que se hallaba medio en trance, se sobresaltó con el ruido de las puertas al cerrarse.

—¿Puedo preguntarle quién es ella? —quiso saber Roger.

—Una mujer hermosa, ¿verdad? Acaba de descubrir a mi primera mujer, Tilly —respondió el doctor, acercándose poco a poco al otro lado del diván, de modo que ambos quedaron situados en extremos opuestos.

—Sí, recuerdo que la menciona en el libro. ¿Le importaría hablarme de ella?

—¡En absoluto!

—Es verdaderamente hermosa —lo interrumpió Roger—. ¡Tenía usted éxito entre las

mujeres!, ¿eh?

Claramente halagado, Frankl soltó una especie de carcajada que lo negaba a medias.

—Bueno, desafortunadamente, no tenía demasiado secreto. Mire, un hombre joven con un futuro prometedor, cualquier futuro, en verdad, era algo muy codiciado en la Viena de aquella época. Y tengo que reconocer, con algo de vergüenza, que yo me sentía muy cómodo.

—¡Doctor! —protestó Roger.

—Me temo que es verdad, hijo. Le confieso que el hombre que tiene delante no siempre estuvo a la altura de sus elevados principios —a Roger le pareció ver una mueca infantil en el rostro del doctor—. ¡Le contaré un incidente en el que me comporté de modo especialmente diabólico!

»Cada año, en febrero, se celebraba el Fasching Ball, una fiesta en la que las chicas en busca de novio se reunían y bailábamos y esas cosas. Y cada año, podías quedar con dos o tres muchachas en el transcurso del mismo.

»Bueno, la chica en concreto en la que me había fijado me lo estaba poniendo difícil, así que le dije: “¿Quieres venir conmigo esta noche a escuchar a un conferenciante magnífico, que te cautivará como nadie lo ha hecho hasta ahora?”. Y me dijo que sí. Así que fuimos allí y nos sentamos en el extremo de una fila para escuchar a aquel brillante orador del que le había hablado. Le dije: “Ahora estate muy atenta. Está a punto de empezar”. Ella miró a su alrededor inquisitiva y mientras lo hacía me levanté, fui al estrado y empecé la conferencia. Bueno, la verdad es que se quedó muy impresionada, ¡y el conferenciante fue tan bueno como yo le había anunciado!

—Es usted todo un tipo —le dijo Roger sonriendo y alargando la mano para estrechársela.

—Su felicitación es discutible, pero la acepto, buen hombre. Venga, sentémonos.

Cuando se sentaron, Roger sacó la grabadora y volvió a colocarla encima de la mesa. La luz de última hora de la tarde que se colaba por las ventanas era más suave ahora y le resultaba más fácil ver la expresión del doctor Frankl.

—Iba a hablarme de su primera esposa, doctor.

Éste miró hacia el retrato, apenas visible desde el costado.

—Tiene usted razón, Herr Murphy. Era una preciosidad —y volviendo a mirar a Roger añadió—: pero no es ésta la razón por la que decidí hacerla mi esposa.

»Aunque tenía formación de modista y era muy habilidosa cosiendo, había una gran necesidad de enfermeras en aquel entonces y ejerció, sin haber recibido formación, como enfermera ambulatoria... y lo hacía de maravilla, tengo que añadir. Cuando empezamos a salir juntos, antes de las deportaciones, por supuesto, ella estaba en plan vengativo: yo había roto con su mejor amiga y, en opinión de Tilly, le había hecho daño. Yo lo supuse y

se lo planteé directamente, y aquello pareció impresionarla.

»Pero lo que más me impresionó de Tilly Grosser no fue su belleza o su inteligencia, sino su fuerza y su carácter. Le cuento.

»Tras la llegada de Hitler y cuando las cosas empezaban a ponerse difíciles para los judíos, su madre no fue deportada gracias a que Tilly trabajaba de enfermera ambulatoria. Pero aquella salvaguardia tenía fecha de caducidad. La noche antes estábamos en el apartamento de su madre y llamaron a la puerta. ¡Estábamos todos aterrorizados! No era una época como para que llamaran a la puerta de una casa judía a horas inesperadas, ¿entiende?

»Era un mensajero, que nos dijo que la madre de Tilly tenía que presentarse a la mañana siguiente... a un trabajo, no a un campo. Tendría que empezar a vaciar y limpiar todos los muebles que habían sido requisados a los judíos deportados. Es más, había una orden por escrito que ampliaba la exención de deportación ¡a la madre de Tilly!

»Como imaginaré, suspiramos de alivio. Pero Tilly dijo algo extraordinario, algo que al mismo tiempo captó la esencia del momento y puso en pocas palabras lo que un teólogo podría tardar toda una vida en formular. Una vez se cerró la puerta, nos miró a su madre y a mí y exclamó: “Bueno, Dios es grande, ¿no?”. Excepcional.

»Pero lo que verdaderamente me decidió a casarme con ella fue un incidente en casa de mis padres. Tilly estaba preparando el almuerzo y me llamaron por teléfono del hospital para atender una urgencia, una mujer que había intentado suicidarse. Me metí en la boca varios granos de café y salí sin comer.

»Cuando llegué dos horas más tarde, estaba convencido de que todos habrían comido, y de hecho, en el caso de mis padres, así había sido. Y esperaba asimismo que Tilly expresara algún sentimiento de frustración por haber tardado tanto y haber interrumpido su estupenda comida. Pero lo que dijo fue: “¿Cómo ha ido todo? ¿Cómo está la paciente?”. ¿Cómo puedes no enamorarte de alguien así?

—Una mujer de ensueño —estuvo de acuerdo Roger—. ¡Si encima le hubiese gustado el fútbol, todavía mejor! —al punto se dio cuenta de que no era muy pertinente bromear sobre la esposa difunta de aquel hombre y ofreció un humilde—: lo siento.

—¡No, por favor! ¡Tiene usted razón! Bueno, no tengo idea de lo que pensaba del fútbol, pero era verdaderamente excepcional. ¿Sabe que fuimos una de las dos últimas parejas que se casaron en Viena, la otra era mi profesor de historia de secundaria y su novia, antes de que se cerrara el registro de los judíos? Extraoficialmente, los nacionalsocialistas prohibieron a los judíos tener hijos. Y, en cualquier caso, en aquella época uno se casaba antes de tener hijos. Tampoco había una ley que dijera que los judíos no podían casarse, pero se corrió la noticia de que los judíos que solicitaran casarse serían enviados a campos de concentración —hizo una pausa y volvió a mirar el rostro de

Tilly—. Naturalmente, los nazis no podían hacer nada para impedir que las mujeres judías se quedaran embarazadas... cosa que le ocurrió a Tilly. Las mujeres judías embarazadas eran sistemáticamente deportadas a los campos. Estábamos ante un dilema... con una única salida —el doctor Frankl sacó un libro de su escritorio y lo puso cuidadosamente sobre la mesa—. Este libro —*Psicoterapia y humanismo*— se lo dediqué al hijo que nunca llegó a nacer. El que tuvimos que abortar para salvar la vida de Tilly.

Le ofreció el libro a Roger. En efecto, la dedicatoria rezaba:

«A Harry o Marion, un bebé que no llegó a nacer».

Roger miró la fecha de publicación del libro: 1978. Se quedó estupefacto.

—Tantos años después, doctor... —dijo levantando la mirada hacia el doctor Frankl, que se había vuelto hacia la ventana y tenía la mirada perdida— tantos años después, el hijo que no nació seguía en su mente.

El doctor Frankl asintió ligeramente con la cabeza. Luego se quitó las gafas y se restregó los ojos.

—Es algo terrible, Herr Murphy, verse obligado a elegir entre la muerte segura de tu esposa y la muerte de un hijo o una hija que no has visto, no has tenido en brazos, pero ya has empezado a querer. No se lo deseo a nadie. A nadie.

Permanecieron en silencio. Roger respiró profundamente y tragó saliva. Cerró el libro y volvió a depositarlo delicadamente en la mesa del doctor Frankl.

—Lo siento mucho —dijo Roger con voz tan queda que dudó de que el anciano lo hubiese oído.

Salió de dudas cuando el doctor Frankl, sin dejar de mirar al horizonte, volvió a asentir, ya fuera para agradecer a Roger el comentario, o para expresar que, aun tantos años después, él también lo sentía.

Transcurridos unos minutos, el doctor Frankl volvió a hablar, haciendo girar la silla y casi haciendo dar un salto a Roger.

—Fue una época terrible, aterradora para mí: ser judío y vivir en Viena. Recuerdo la noche de la *Anschluss*, la anexión, por llamarlo de alguna manera, de Austria por parte de Hitler. Era el mes de marzo de 1938. Yo estaba dando una conferencia, en sustitución de un colega mío. ¿Y qué le parece? El título de mi conferencia era «El nerviosismo como fenómeno de nuestro tiempo». Deliciosa ironía, ¿no le parece?

»Mientras hablaba, las puertas de la sala se abrieron de par en par y entró un hombre con uniforme nazi. Recuerdo que en aquel momento pensé cómo el canciller austríaco podía permitir una cosa así. Estaba claro que el joven SA^[7] había ido allí para clausurar mi conferencia. Pero, mire, hice acopio de mi fortaleza interna como nunca en toda mi

vida ¡y me comporté de un modo que aquel joven no podía prever! Lo miré de frente y continué mi conferencia con toda la seguridad y la fuerza que pude. ¡Se quedó estupefacto, de pie allí sin decir nada! A día de hoy, creo que ése fue el momento en el que sentí más coraje de toda mi vida, desde el punto de vista retórico.

»Pero la suerte estaba echada. Cuando regresé al apartamento de mis padres, la calle era un hervidero de gente, tal vez cien mil personas trastornadas por las calles, encontré a mi buena madre desecha en lágrimas. Acababa de escuchar al canciller Schuschnigg despidiéndose por la radio. Estaba acostada, llorando, acompañada por la triste música que siguió a la alarmante noticia.

Roger comprobó que su grabadora había captado el drama de aquel momento.

—Así que ya tenemos a Hitler en Austria —dijo Roger retomando el hilo.

—Llegó a Viena el martes 15 de marzo de 1938, después de mi conferencia, que había sido el viernes anterior por la noche. Pero no fue tan simple. Estos finales no son tan repentinos como pueda parecer al contarlos.

»Desde luego hubo muchos austríacos que aclamaron al Tercer Reich con vítores y flores y lo recibieron con los brazos abiertos y entonando el “*Heil Hitler!*”. ¡Lo recibieron como a un héroe conquistador! ¿Puede creerlo? Por supuesto, Adolf Hitler había nacido en Austria y él y su gente vendieron el acontecimiento como una gloriosa unificación de países de habla alemana. Pero, mire, todos los que nos vimos obligados a llevar una estrella amarilla en la ropa para que todo el mundo viera que éramos judíos entendimos que de lo que se trataba era de una invasión del país por un ejército enemigo. Y sabíamos que nuestras vidas podrían continuar por un tiempo, y que trabajaríamos y jugaríamos y viviríamos y amaríamos, mientras ellos nos lo permitiesen... pero ya nunca sería como antes. Con todo, ¡tendría que haber visto la multitud que fue a dar la bienvenida al loco con bigote frente al despacho de la cancillería aquel día!

—Usted pudo vislumbrar lo que se avecinaba cuando el nazi irrumpió en su conferencia para cancelarla. ¿Por qué no se marchó de Austria?

—Créame, después de aquello solicité un visado. Pero eran muy difíciles de conseguir, especialmente si eras judío. Dios mío, si ni siquiera nos permitían utilizar los tranvías, aunque en razón de mi cargo como jefe de neurología del Hospital Rothschild, cargo al que había accedido en 1940, yo tenía un pase. Aun así, hubo un día en que un conductor agresivo no me dejó subir.

»Y a algunos de los que todavía no habían sido deportados, les requisaron la casa. Mi hermana Stella y su marido se quedaron sin casa, porque se la “arianizaron”, una palabra preciosa, limpia, para eliminar a una raza, ¿no le parece?

—Sinceramente, no puedo imaginarlo —admitió Roger.

—No, porque estas cosas son inimaginables. Si tomáramos todo lo que el hombre le ha

hecho al hombre y lo escribiéramos en forma de novela, el editor no se lo creería. «Esto no es verosímil», diría. Y sin embargo lo es. Y, como muestra, la *Kristallnacht*.

—¿La qué? —preguntó Roger sin esperar a la explicación.

—Se la conoce como «La noche de los cristales rotos». Una noche del año 1938 en la que la fiebre antisemita alcanzó su punto álgido. Se la llama así por la cantidad de ventanas que se rompieron como consecuencia de la violencia ejercida contra los judíos y sus propiedades. De hecho, duró más de una noche. Sin duda, las SS estaban detrás de aquello, pero además la gente se dejó arrastrar, y estas cosas cobran vida por sí mismas, ¿sabe? Hubo decenas de asesinatos y muchas sinagogas fueron destruidas o saqueadas. La policía ni siquiera se molestó en ayudar o en proteger a los judíos de la ciudad. De hecho, las cosas empeoraron: se prohibió a los judíos ir a los parques públicos. La violencia y la represión se recrudecieron y cada vez más abiertamente. Ya ve que las cosas no suceden todas a la vez. El agua alcanza el punto de ebullición lentamente.

—¿Qué hacía usted mientras ocurría todo esto?

—Sobrevivir y ayudar a otros a sobrevivir. Después de mi formación universitaria, mi año de prácticas en la Escuela de Medicina de la Universidad de Viena, dos años de residencia en el Hospital Neurológico Maria Theresien-Schlossl y cuatro años en el hospital psiquiátrico Am Steinhof, empecé mi consulta privada en el salón de mi hermana Stella, y, naturalmente, me casé con Tilly Grosser. Por último, cuando requisaron el piso de Stella, trasladé mi consulta al piso de mis padres. Pero sólo me permitían visitar a pacientes judíos.

»Desde luego, ¡había un montón de judíos con problemas a los que atender! Eso hice, especialmente después de que me nombraran jefe de neurología del Rothschild. Mire, hacíamos una pequeña artimaña, algunos colegas y yo, con la ayuda del doctor Otto Potzl, mi mentor y amigo de la Escuela Universitaria de Medicina. El doctor Potzl y yo sabíamos que si diagnosticábamos esquizofrenia o cualquier otra enfermedad mental a un judío, el paciente sería deportado hacia una muerte segura. Así que discurrimos otros diagnósticos más «aceptables» para protegerlos de los nazis. A la esquizofrenia la llamábamos “afasia”, que es un tipo de lesión cerebral, y la melancolía la diagnosticábamos como “delirio febril”. Encontramos algunas camas en la residencia judía de ancianos que tenían barras protectoras. Y funcionó de maravilla y evitó que a mis pacientes se les practicara la eutanasia por tener una enfermedad mental.

—Pero eso suena tremendamente peligroso para usted.

—¡Ya lo creo! Pero le pregunto: ¿más peligroso para mí si lo hago o más peligroso para los pacientes si no lo hago?

Roger asintió para manifestar que había comprendido.

—Como verá, existen algunas decisiones vitales que, al final, no requieren decisión

alguna. Una vez se nos ocurrió este pequeño plan, ¿cómo no íbamos a llevarlo a cabo?

—¿Y su familia? No hemos hablado mucho de ellos. Ha dicho que su hermana Stella y su marido se quedaron sin vivienda. ¿Qué pasó con ellos?

—Stella y Walter, Bondy era su apellido, se marcharon a Australia. Él fue allí a montar un negocio y ella lo siguió.

—¿Y sus otros hermanos?

—Mi hermano mayor, que también se llamaba Walter, se fue con su esposa, Else, a Italia, pensando que allí encontraría seguridad y tranquilidad.

—¿Por qué piensa que no le dieron el visado?

—Usted presupone muchas cosas, amigo periodista —dijo el doctor Frankl inclinándose hacia delante.

—¿Me está diciendo que sí consiguió un visado?

—¡Exacto!

—¿Para ir adónde?

—¡Al mismísimo país en el que usted ha tenido la suerte de nacer!

—Pero lo pillaron antes de que pudiera salir del país.

—No. Nadie «me pilló». Imagínese lo que sentí cuando recibí una nota de la embajada norteamericana diciendo que podía ir a buscar mi visado. ¿Puede imaginárselo? Imagínese que le digo hoy, aquí mismo, ahora, que si usted se queda aquí sentado puede morir o sufrir atrozmente, pero que tengo un documento aquí en mi escritorio —continuó el doctor Frankl, mientras sacaba un papel— que lo salvará y lo devolverá sano y salvo. ¿Qué diría?

Roger esperó a que él mismo diese la respuesta, pero el doctor Frankl quería que se la diera él.

—Diría que sí, claro. Sería una locura no hacerlo.

—¡Precisamente!

—¿Pero no lo hizo?

—No, y le explicaré por qué. Imagine que todo lo que le he dicho es cierto: que morirá o sufrirá atrozmente si se queda y que este papel puede rescatarlo de ello y prometerle una vida plena y larga en el extranjero. Pero imagine que le digo, justo antes de que coja este papel que tengo en la mano, que en la habitación de al lado están sus padres. Y que si se va, ellos vivirán con toda seguridad el destino del que este papel lo libra a usted. Dígame ahora, ¿qué haría?

Roger asintió lentamente.

—Estoy seguro, hoy que estoy sentado frente a usted, de que en el fondo de mi corazón sabía que no podía irme. Pero la música de este papel —dijo agitando el imaginario visado en el aire— es preciosa y atractiva. Es el sonido de la vida. Y recuerde:

en aquel momento yo creía que la vida tenía sentido incondicionalmente. Que valía la pena. ¡Que uno debe decir sí a la vida a pesar de todo!

»Y también debe recordar que a aquellas alturas ya había concebido los inicios de mi logoterapia y había empezado el primer manuscrito de *The Doctor and the Soul*. ¿Ve la importancia? Estoy pensando en la obra de mi vida. Si me quedo y me deportan a los campos de concentración, mi trabajo morirá conmigo. A diferencia de Freud y Adler, mi obra todavía no se había divulgado. Y como no me había promocionado como ellos, no tenía un grupo de partidarios, discípulos, por decirlo de algún modo, que pudieran dar continuidad a mi obra y a mis escritos e ideas y mantenerlos vivos.

»Todo esto me daba vueltas en la cabeza, ¿sabe? Y por lo tanto podrá comprender lo difícil que es renunciar a ello —dijo volviendo a agitar el imaginario visado.

—Sí, lo entiendo.

El doctor Frankl ya se había ganado el respeto de Roger, pero en aquel momento lo tenía rendido a sus pies.

—En lo que se refiere a mis padres, la opción era mucho más clara. Les emocionaba que pudiera salvarme, como habían hecho mi hermana y mi hermano. ¿Qué padres no sentirían eso respecto de sus hijos? Bueno, a pesar de ello, estoy seguro de que dentro de mí sabía la respuesta, como le he dicho. Aun así, me torturaba. Y no me avergüenza decir que esperaba alguna señal del cielo.

»Uno de aquellos días iba caminando cerca de Stephansdom, la catedral de Viena. Seguro que ha estado allí. Bueno, se oía la música de órgano que salía de su interior. Entré y pensé y recé. Y una vez más, mi corazón me dijo que mi responsabilidad estaba en cuidar de mis padres y no en mi realización personal, mi trabajo.

»Y ¿sabe qué? ¡Tilly tenía razón! ¡Dios es realmente grande! Porque, fíjese qué extraño, aun después de pasarme una hora en aquella querida catedral, la señal del cielo no me llegó hasta que estuve en casa.

»Cuando llegué a casa, mi padre me enseñó una piedra partida. Le pregunté qué era y me dijo que era un cascote que había recuperado de nuestra sinagoga, que había sido destruida, y que parecía ser un resto de una tabla que contenía los Diez Mandamientos. Me la enseñó y ¿sabe lo que era? Era una parte del quinto mandamiento.

Roger lo miró sin entender.

—Lo siento, no soy muy erudito en materia religiosa, y he sido un pésimo católico...

—No importa, amigo mío. Los mandamientos tienen una numeración diferente en la religión judía. Era el quinto: «Honra a tu padre y a tu madre y que tengas larga vida en la tierra que el Señor te concedió».

Roger se había quedado no sólo sin palabras, sino estupefacto.

«Una señal del cielo ¿o no?», pareció decir el doctor Frankl con su expresión. Roger

asintió.

—Así que en aquel momento supe lo que tenía que hacer, lo que desde el principio sabía que tenía que hacer. Me quedé y cuidé de mis padres. Y dejé que expirase el visado. Y dejé que el pájaro de la libertad se fuese volando.

El doctor Frankl hizo girar su silla y miró por la ventana hacia donde el sol se había escondido.

—Y resultó que no volvería a ver aquel pájaro durante muchos, muchos meses... y estuve a punto de no volver a verlo nunca más.

6. Nota de la t.: En inglés *meantime* (mientras tanto), *means* (medios), *meaning* (sentido) poseen la misma raíz y significados distintos.

7. Nota de la t.: SA, abreviación de *Sturmabteilung* (División de asalto), organización paramilitar del partido nazi.

CAPÍTULO 10

ROGER ESTABA SOLO, de pie detrás del filodendro gigantesco situado en una esquina de la sala de estar de los Frankl, esperando otra audiencia con el doctor, mientras sujetaba el visillo abierto para mirar por la ventana, cuando sonó el timbre de la puerta. Se volvió y pudo ver al otro lado del pasillo apenas iluminado una cámara de vídeo que entraba a trompicones en el recibidor.

—¿Quién demonios se entromete en mi entrevista? —masculló para sí.

En aquel momento, el cámara, escoltado por una preciosa y joven reportera, se detuvo y se apoyó la cámara en la cadera... para estampar un beso en la mejilla de la señora Frankl.

Roger empezaba a preguntarse por la ética de aquellos periodistas vieneses —y a reflexionar sobre si aquel tipo de tácticas podría aportarle mejores entrevistas— cuando se le ocurrió que aquélla era la familia del doctor, que había ido a visitarlo.

—Herr Murphy —gritó la señora Frankl cuando el grupo llegó a la sala de estar—, permítame que le presente a mi orgullo y mi alegría: mi nieto Alexander y mi nieta Katharina.

Eran dos jóvenes morenos, de una belleza despanpanante, sonrisas radiantes y mirada cordial. Mientras aceptaba sus firmes apretones de mano, se preguntó por qué los nietos de Viktor Frankl eran tan acogedores con un periodista intruso procedente de un país extranjero. Pero lo agradeció. Estaban explicándole que Katharina —a quien la señora Frankl llamaba Katja— tenía veinte años y Alexander quince, cuando volvió a sonar el timbre y hubo otro barullo para ir a abrir la puerta. Mientras la señora Frankl salía a toda prisa por el pasillo hacia el insistente timbre, Roger y los nietos de los Frankl —una especie de Donnie y Marie Osmond^[8] a la vienesa— se sentaron en el sofá de terciopelo verde.

—La abuela nos ha dicho que es usted de San Francisco —dijo Katja.

—Sí, así es.

—El abuelo va allá algunas veces. Hubo un Congreso Mundial de Logoterapia allí hace cinco o seis años, en 1984, creo.

—¿De verdad? Tendré que informarme bien —dijo Roger verdaderamente impresionado.

—¡Montana! —soltó de pronto Alexander, como si acabara de plantar una bandera y de bautizar el estado de Montana.

—¿Perdona? —dijo Roger frunciendo el ceño y subiéndose las gafas.

—Estaba intentando recordar el nombre del caballero. Joe Montana.^[9] ¿No es de San Francisco?

Roger sonrió y asintió con un sonido gutural mientras se percataba de lo bien que hablaban inglés aquellas dos criaturas vienesas.

—Sí, ¿te gusta el fútbol americano?

—No. Pero hemos oído hablar de él.

—¿Y la cámara de vídeo?

Katja respondió por él.

—Es su primer amor. Alex quiere ser el próximo George Lucas.

Alexander sonrió tímidamente.

—Bueno, mi primer amor fue el espacio. Quería ser astronauta. Pero hace unos años me mareé en un parque de atracciones y me partí un diente. Vi que mi sentido del equilibrio no era el que necesita un viajero espacial.

—Yo sigo pensando que deberías cantar —le dijo Katja—. Tendría que oírlo cantar, señor Murphy. Él y el abuelo están muy dotados para la música.

Roger no había visto en su vida a dos hermanos tan elogiosos entre sí y le pareció irresistiblemente encantador. Tan atractivo como su modestia; Alexander rápidamente intentó cambiar de tema alejando la conversación de sus muchos talentos.

—El abuelo es capaz de componer canciones preciosas, aunque nunca ha estudiado música y ni siquiera sabe leerla. Pero cuando sale una orquesta por la tele o la radio, le gusta ponerse en pie y hacer como que dirige. Y lo hace muy bien. Una vez me dijo que siempre tiene una melodía en su oído... unas veces algo que ha escuchado, otras algo que su mente compone sobre la marcha.

Roger sacudió la cabeza. ¿Había algo que aquel hombre no supiera hacer?

—Ésa es la señal de que es un genio.

—Así que San Francisco —retomó Alexander cambiando de tema de nuevo—. Deben de gustarle las calles empinadas, si vive allí.

Roger apenas pudo emitir un «Bueeno» evasivo, cuando aparecieron otros dos hombres por el pasillo, escoltados por la señora Frankl.

—Usted debe de ser el señor Murphy, el escritor norteamericano. Yo soy Franz Vesely, el yerno del doctor Frankl. Bienvenido a Viena.

Roger se levantó y estrechó la mano a aquel hombre moreno que debía de rondar su edad y tenía su misma altura. Poseía una voz suave y unos párpados que ocultaban el blanco de los ojos, lo que le daba un aire a la vez amable y académico.

—Veo que ya ha conocido a mis hijos —dijo mirando por encima de su hombro.

Ahora ya había atado cabos, pero la identidad del otro hombre seguía siendo un misterio.

—Le presento al doctor Harald Mori, un amigo de la familia.

Mori, un hombre de cara redonda de unos treinta años, con el pelo corto y gafas estrechas de montura metálica, tenía la complexión de un jugador de rugby y, por si eso fuera poco, unos dedos gruesos que estrujaban la mano en lugar de estrecharla.

—Muy bien conocerle —dijo con voz estentórea.

Roger se percató de que el acento de las personas era más fuerte a medida que se alejaban en edad de Katja y de Alexander.

Cuando el grupo estuvo sentado, los tres Vesely en el sofá y Mori y Roger en las dos sillas, la sensación inequívoca fue que la familia se había congregado en honor a Roger... tal vez estaban organizando una especie de intervención o, como mínimo, una entrevista personal.

Mori, el amigo de la familia, parecía llevar la voz cantante.

—Así que está escribiendo un artículo sobre Viktor Frankl —dijo, de forma cordial pero firme.

—Sí, ésa es la idea. Ha sido muy amable concediéndomela.

—Tal vez no es usted consciente del privilegio que eso supone —replicó rápidamente Mori—. Un gran número de personas, muchas de ellas escritores, desearían una cosa así. Naturalmente, no podemos dar entrada a todos.

Roger pensó que aquel «podemos» que implicaba un nosotros, era extraño para ser un «amigo de la familia». Tal vez aquel hombre, de voz tranquila como Franz Vesely, era algo más. En aquel momento, tenía toda la pinta de ser un gorila de discoteca al servicio de la familia que estaba formándose una opinión del huésped y de sus motivaciones.

—¿Ha leído *El hombre en busca de sentido*? —le preguntó a bocajarro.

—Sí, hace muy poco.

Mori miró a Vesely y luego a Roger y prosiguió:

—Comprenderá usted que Viktor Frankl tiene ochenta y cinco años —Roger lo miró sin cambiar de expresión, sin entender qué quería decirle y sin ninguna prisa por sonsacarle. Mori dejó pasar un momento y prosiguió—: Estuvo en campos de concentración durante, ¿cuánto, tres años? ¿Entiende lo que quiero decirle?

Roger se removió en su silla.

—Creo que sí.

—No puede resumir la vida de Viktor Frankl en un artículo, ni siquiera en un libro, centrando su atención únicamente en las vivencias que tuvo en los campos de concentración. Ha hecho muchas otras cosas en la vida, antes y después. Ha escrito unos 30 libros, que han sido traducidos a casi otros tantos idiomas. Ha dado conferencias por todo el mundo en... —Mori se volvió a Vesely y le dijo algo en alemán.

—Más de doscientas —finalizó Vesely, para Mori y para Roger.

—... en más de doscientas universidades de todos los continentes —repitió Mori.

—Sin contar los continentes que presumen más que nada de tener pingüinos, comprenda —añadió Vesely—. Se supone que si existiese una institución académica elevada para pingüinos, el doctor Frankl añadiría otro continente a su lista —concluyó con una sonrisa traviesa como para acompañar aquel comentario ingenioso, lo que hizo que Roger se sintiese algo más cómodo.

Mori prosiguió como si no lo hubiesen interrumpido.

—Le han concedido títulos honoríficos en casi 30 universidades del mundo. Acabamos de enterarnos de que este año recibirá uno en la Universidad de Pretoria, Sudáfrica —Roger levantó la ceja izquierda y asintió, pero no dijo nada para dejar que Mori acabara de hablar—. En aquella habitación —dijo señalando a Roger la Sala de los Espíritus— hay más premios, títulos honoríficos, certificados y cartas de la élite mundial de los que usted podrá ver en toda su vida.

—Pero a él no le importan esas cosas —aclaró la señora Frankl, que había estado entrando y saliendo de la habitación y había pescado el monólogo de Mori.

—No, en absoluto —ratificó Mori, una vez ella salió de la habitación—. Es un hombre muy humilde. Y no digo esto para impresionarlo a usted o para hacerle propaganda a él. Al doctor Frankl no le gusta que lo «promocionen». Sólo quería decirle que este hombre es mucho más que su experiencia en los campos. Nada más.

—Lo comprendo —le aseguró Roger mientras notaba cómo se ablandaba la coraza de Mori.

Era evidente que aquella persona sentía un profundo aprecio por los Frankl. Pero ahora le tocaba a Roger asumir la ofensiva y tomar las riendas de la entrevista.

—Si no les importa responderme, caballeros —dijo dirigiéndose a Mori y a Vesely—, ¿cómo conocieron al doctor Frankl?

—Bueno —se adelantó Vesely—, a mí lo primero que me interesó fue la hija del doctor Frankl —otra mueca traviesa—. Para poder pagarme la universidad en verano trabajaba en una agencia de organización de conferencias y allí conocí a Gabriele. La verdad es que no conocía la obra del doctor Frankl ni el alcance de su fama. Nunca me hablaron de él ni en clase de filosofía ni en la de psicología, cosa que a día de hoy no alcanzo a comprender. Pero me interesaban mucho estos temas, aunque mi tesina fuera de física.

»Cuando vine a esta casa, como pretendiente de la hija, me causaba un poco de rechazo... en realidad me abrumaba, el volumen de voz que se empleaba en esta familia. Mi familia es tranquila, como podrá ver por mi forma de hablar. Y como profesor de física, no soy el tipo de persona, digamos, “excitable”. En un primer momento, me pareció que los Frankl estaban siempre enfadados o que simplemente eran maleducados. La verdad, me desconcertaba ver a Gaby participar en aquel ruidoso reparto.

»Pero le gusté al doctor Frankl y me prestó un ejemplar de su libro *The Doctor and the Soul*. Bueno, me quedé tan enfrascado leyéndolo que me pasé de estación de regreso a casa y tuve que tomar otro tranvía para volver. Yo era joven en aquel momento, tenía veintidós años, y evidentemente tenía muchas ganas de impresionar al padre de mi novia. Pero sentía que me atravesaba con la mirada... tiene una forma de mirar, ¿sabe?

—Sí —dijo Roger tragando saliva—. Lo sé.

—Pero es muy gratificante pensar que miró dentro de mí y aun así me aceptó.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —señaló Roger con una mueca.

—Pero, para completar lo que Harald acaba de decir —prosiguió Vesely—, el doctor Frankl nunca ha querido ser conocido como víctima de los nazis. Es psiquiatra, neurólogo y filósofo. Quiere ser recordado como un hombre de acción, no como alguien que ha padecido algo. Le diré que a veces pierde la paciencia cuando alguien lo ve únicamente como autor del libro *El hombre en busca de sentido*.

—Tomo nota —prometió Roger. Y volviéndose a Mori, le preguntó—: ¿Y usted?

Mori sonrió por vez primera desde que se habían estrechado la mano.

—En mi época universitaria, no tenía ducha en mi apartamento de estudiante, y tenía que pagar para utilizar una que estaba cerca. Conocí al doctor Frankl en esa sauna, propiedad de un amigo mío, que me dijo que tenía que conocerlo porque yo estaba estudiando medicina. Por eso digo que cuando conocí a Viktor Frankl ambos estábamos casi desnudos.

Roger no pudo evitar una carcajada, como las demás personas de la habitación, incluido Mori.

—No me parece que el doctor Frankl sea el tipo de persona que frecuenta un club social —dijo Roger.

—Creo que es usted perspicaz —repuso Mori asintiendo—. No creo que vaya a la sauna porque sea un lujo, o por estatus, ni siquiera creo que vaya para relajarse. Creo que va porque le sienta bien... pero no se tomaba la molestia ni de secarse. Volvía mojado a casa, incluso en invierno. ¿No es cierto, Frau? —dijo dirigiéndose a la señora Frankl, que en aquel momento estaba de pie a su lado.

—Ay —espetó ella, arrugando toda la cara en una mueca, y haciendo un gesto de resignación con la mano, desapareció de nuevo en dirección a la cocina.

—Me costó un año acercarme al doctor, después de que me hablaran de él —retomó Mori—. Y necesité más tiempo todavía para darme cuenta de lo famoso que era. ¡De lo mucho que les habría gustado a otros estudiantes de medicina haber estado en aquella sauna! Me apunté a clases de logoterapia y Viktor me invitaba a provocarlo con preguntas, ¡hasta cuando se hacía masajes! Allí estaba yo, recibiendo clases de logoterapia y disfrutando de una sauna y un masaje semanal todos los viernes ¡con su fundador! Era

mi pequeño secreto.

»La verdad es que aprendí más sobre psicoterapia en la ambulancia, en la que trabajaba de voluntario, y hablando con Viktor Frankl y trabajando con los pacientes en mi consulta, que en la universidad.

—¿Qué es lo que hace tan grande a Viktor Frankl? —preguntó Roger con ánimo de provocar.

—¡Todo! —replicó Mori, parándose a pensar—. ¡Tiene un cutis estupendo!

De nuevo, todo el grupo se rió.

—¡Demasiada información! —protestó Roger.

—Me hice amigo de él casi antes de tomar conciencia de su fama, así que fue algo muy especial. Para mí es más un amigo y un mentor que un héroe, como lo consideran muchas personas. Pero lo que me gusta de Viktor, y lo que creo que lo hace tan especial, es su forma de estar completamente presente en cada momento. Si cree que eres sincero y estás verdaderamente interesado, te prestará toda su atención, se entregará por completo.

Roger vio cómo todos asentían.

—Hablar con el doctor Frankl puede ser una experiencia muy intensa —aportó Vesely.

—Ha hablado como un pretendiente verdaderamente intimidado —le dijo Roger dirigiéndole una mirada pícaro.

Vesely se rió.

—Exactamente. ¡Eso nunca me lo he sacado de encima!

—Hablando de intimidar —dijo Roger abordando a Mori—. ¡Por un momento he pensado que iban a sacarme a patadas de aquí!

Los ojos de Mori desaparecieron del todo mientras se reía.

—Lo siento. Tenemos que proteger mucho a Viktor. A veces debo ser un poco rudo o seco.

—Tiene entrenamiento de guardaespaldas —dijo Vesely.

—Lo que quiere decir —aclaró Mori— es que practicaba remo en la universidad.

—Ya me parecía a mí que era eso o levantamiento de indefensos autobuses en la ciudad —añadió Roger—. De todos modos, hace que parezca como si el doctor Frankl fuera una estrella del rock.

—Pues no es una mala comparación —le concedió Vesely.

—Las mujeres norteamericanas son especialmente agresivas —explicó Mori—. A mí me costó mucho tiempo acercarme a Viktor. ¡Esas mujeres quieren intimidad con él al instante!

La señora Frankl había vuelto a entrar y no pudo resistirse a comentar el tema.

—Yo me he acostumbrado a que la gente me dé besos. ¡Pero Viktor no! ¡Cada vez que sucede, sale corriendo en dirección al cuarto de baño y se lava!

—Es cierto que no le gusta que lo manoseen —confirmó Mori. Y volviéndose a la señora Frankl, le preguntó—: ¿Recuerda su viaje a América del Sur, cuando le arrancaron la ropa?

Ella se llevó la mano a la frente y asintió.

—¡Qué aterrador! ¡Nos querían, sí, pero demasiado! ¡Qué gente más apasionada! ¡Querían llevarse una prenda de ropa como recuerdo!

Katja comentó al respecto:

—Es extraño cómo a veces la gente quiere simplemente tocarme o abrazarme porque soy de la familia de Viktor Frankl.

—Y ¿cómo es tener un abuelo como el que tienes?

Katja se tomó un momento para contestar.

—¡Pues es como tener un abuelo! Puede que no sea normal, pero para mí ha sido lo normal. Sé que es muy famoso entre la gente que ha leído sus libros. Pero hay un ser humano de carne y hueso detrás de todos esos libros y al margen del científico y de la persona que sobrevivió a los campos de concentración. Sé que hizo todo lo que hizo, y parece surrealista que el superviviente de *El hombre en busca de sentido*, la persona que pasó por todo aquello, sea alguien que yo conozco y al que quiero.

»Pero, a fin de cuentas, es mi abuelo. Para mí no es el gran Viktor Frankl, autor y conferenciante mundial, ¡aunque pienso que es magnífico! Para mí es el hombre cariñoso y divertido, de cabello blanco, que nos llevaba al Prater, el gran parque de atracciones con la famosa noria, muchos fines de semana. ¡Le encanta ese lugar! Está muy cerca del barrio de Leopoldstadt, en el que se crió.

—¡Cuando era niña, Katja quería casarse con él! —interrumpió la señora Frankl con gran entusiasmo—. No levantaba ni medio metro del suelo cuando yo le ponía la colcha roja de mi cama sujeta con imperdibles y ella desfilaba de la mano de Viktor pasillo arriba y pasillo abajo mientras le tarareaba la marcha nupcial. Tan taatachán, tantatachán...

A Katja no le dio ninguna vergüenza aquella confesión; más bien parecía orgullosa, y se animó a añadir:

—Abuela, ¿te acuerdas de cuando nos hacía aquel número con los pies?

—¿Perdón? —preguntó Roger sin entender.

—A veces, cuando estaba en la cama, nos hacía creer que sus pies, cubiertos por las mantas, eran dos personajes, Bof y Nebof, uno que hablaba bajito y otro a voces.

—¿Y ahora que has crecido?

—Bueno —dijo Katja mirando al grupo—, ahora que ya no soy una adolescente,

puedo decir que él fue siempre capaz de ver en mi interior, como le ha dicho mi padre. Siempre sabía cuándo tenía mal de amores o lo que fuese, aunque yo no le dijera nada. Nunca hablaba demasiado con mis padres de estas cosas... lo siento, papá —Vesely sonrió y se encogió de hombros, con la resignación de un padre que sabe que nada puede hacer—. Con el abuelo tampoco hablaba. Pero él siempre lo sabía. Y yo sabía que él sabía. Una vez me preguntó: «¿Te pasa algo que no tenga remedio?». Ha sido, y sigue siendo, el mejor abuelo del mundo.

Katja hizo una pausa mientras cogía una bolsa de tela del suelo y la colocaba en su regazo.

—Así que ya ve, señor Murphy —prosiguió—, que es alguien bastante normal, que nunca quiso ser un gurú de ningún tipo. Para mí, eso es lo más importante de él.

Roger se limitó a asentir con la cabeza. La nieta había argumentado perfectamente su posición, de modo que Roger se había quedado prendado de la locuaz jovencita, y simplemente se dejó envolver por su luz. De pronto, Alexander volvió a empuñar la cámara de vídeo y las puertas del estudio se abrieron.

—¿Con qué especie de conciliábulo me he tropezado? —gritó el doctor fingiendo sorpresa.

Mientras Alexander filmaba con su cámara, los miembros del grupo fueron saludando al doctor Frankl cual héroe que regresaba de su despacho. Katja fue la última, le dio un abrazo tierno y la bolsa que había llevado.

—¡Abuelo, te he traído una cosa!

—¡Mis calamares! —exclamó él, aceptando la lata que le ofrecía Katja—. Katzl, ¡has hecho enormemente feliz a un pobre anciano!

En aquel momento, miró a Roger.

—Herr Murphy, ¿le importaría...?

De alguna manera, Roger supo lo que le pedía.

—En absoluto, doctor. Si yo tuviera unos calamares esperándome en un plato, no dejaría que nadie se interpusiese en mi camino —se detuvo un instante y añadió—: Si me gustasen los calamares, claro.

A la comitiva le gustó el comentario y se escabulleron por el pasillo en dirección a la cocina.

Para cuando la reunión familiar hubo terminado y se hubieron despedido, Roger había podido disfrutar de unos momentos de soledad. El doctor Frankl se dirigía al estudio en compañía de Roger para proseguir con la entrevista cuando la señora Frankl los interrumpió.

—Viktor, ¿quién ha llamado antes?

—La universidad que llamó ayer. He vuelto a decirles que no —dijo sin darle importancia.

La señora Frankl miró a Roger.

—Quieren que Viktor vaya a dar una charla a Asia. ¿Cuánto te ofrecían?

—Diez mil dólares americanos —cerrando las puertas y volviéndose a Roger, añadió —: ¿Para qué quiero diez mil dólares? ¿Ve usted algo por aquí que necesite diez mil dólares? ¿Tengo goteras? ¿Las ventanas reventadas por las bombas? —ambos se sentaron, el doctor Frankl a su mesa y Roger frente a él. El doctor suspiró—. Herr Murphy, lo que yo quiero no se compra con diez mil dólares.

—¿Qué es, doctor?

—Tiempo.

[8.](#) Nota de la t.: Donnie y Marie Osmond eran dos hermanos que hacían juntos un programa de televisión muy popular en Estados Unidos.

[9.](#) Nota de la t.: Joe Montana, célebre jugador de fútbol americano, 1980-1990, del equipo San Francisco 49ers.

CAPÍTULO 11

ROGER COGIÓ LA GRABADORA, pero se detuvo un momento antes de ponerla en marcha.

—Hemos llegado a un punto muy delicado, doctor Frankl —dijo con pies de plomo, como si estuviese diciéndole al doctor que tenía un insecto peludo ascendiendo por su hombro—. El momento en que lo deportan al campo de concentración. Imagino que no ha de resultarle demasiado agradable volver a ese momento.

—No se preocupe, Herr Murphy. Mire, cuando volví del campo de concentración, dicté *El hombre en busca de sentido* en nueve días. Lloré a moco tendido en el hombro de mi buen amigo Paul Polak. Y cuando empecé a salir con Elly, le conté lo que había vivido allí. Desde entonces, no he hablado de lo que ocurrió, salvo para responder a las inevitables preguntas que me hacen en las conferencias y presentaciones que he realizado por todo el mundo.

»Lo que quiero decirle es que ha transcurrido tanto tiempo, y me han interrogado tanto sobre este tema, que sus preguntas, mientras sean pertinentes, no me resultarán demasiado pesadas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

—Bien, supongo que querrá saber cómo acabamos mi familia y yo deportados en los campos de concentración, ¿no?

—Sí, lo que usted quiera contarme.

—Pues, como podrá imaginar, el cerco a los judíos de Viena se fue estrechando cada vez más después de la *Anschluss* en 1938. Desde el primer momento, aunque eran muchas las restricciones y las amenazas, hubo personas no judías repartidas por la ciudad, verdaderos ángeles, que se arriesgaron para ayudarnos aunque fuera un poco. Mi amigo Hubert Gsur, ario, es un magnífico ejemplo de lo que quiero decirle. Hubert, aunque mucho más tarde me enteré de que formaba parte de la resistencia contra los nazis, era miembro de la Wehrmacht, el ejército alemán. Fuera lo que fuese, Hubert era ante todo un amigo. Cuando se dio cuenta de que la prohibición de subir montañas me estaba doblegando el ánimo y provocando pensamientos depresivos, arriesgó su vida poniéndose su uniforme militar y llevándome a escalar un día. Eso es amistad de verdad.

»El pobre Hubert se metió en líos de otras maneras, como resistente de los nazis, y lo arrestaron y lo decapitaron en la prisión de Landesgericht por supuestos crímenes contra el Tercer Reich de Hitler. Pero me anima pensar que su mujer, Erna, pudo pasarle clandestinamente un ejemplar de mi primer manuscrito de *The Doctor and The Soul*, y sus amigos me han comentado que encontró en él mucha fortaleza y consuelo en sus

últimos días.

»Así que, mire, en medio del horror de lo que los nazis estaban haciendo, había historias personales de gran heroísmo y amistad. Estos hechos deben registrarse para siempre como grandes hazañas del ser humano.

—Tomo nota.

El doctor Frankl se enderezó en su silla y miró al frente, pero claramente estaba volviendo la vista atrás.

—Era el mes de septiembre. 1942. Sonó el teléfono. Nos había llegado la hora.

Aquellas palabras estremecieron a Roger como si se hubiesen referido a él.

—«Deberán presentarse mañana», dijo el hombre tan alegremente, como si hubiese llamado para invitarnos a almorzar. Nos escoltaron hasta nuestra antigua escuela, el Sperlgymnasium. Allí nos tuvieron varios días hasta que nos metieron en trenes abarrotados de gente en dirección a Theresienstadt.

»Antes de irnos de casa de mis padres para siempre, metimos en las maletas todo lo que pudimos, claro. Pero mi padre tenía ya ochenta y un años y no podía cargar mucho. Así que pusimos algunos de sus objetos más preciados en una caja redonda de esas de guardar sombreros de señora, hasta metimos un puro que le había regalado su jefe. “¡Espera!”, dijo mi padre como acordándose de algo de repente. Y sacó una botella pequeña de whisky que tenía guardada hacía años. “Esto es para el día en que muera Hitler.” Así que la metimos también, esperando poder darle uso algún día.

»Por supuesto, habíamos oído rumores sobre los campos. Pero era imposible saber que tantísimos judíos perderían la vida en aquellos lugares. ¿Qué futuro tenía allí una botella para brindar? Y sin embargo, ¡qué hermoso sentimiento! Yo no bebo, ¡pero cuando me acuerdo de aquel momento, me gustaría beber!

»Aunque le cueste creerlo, en el Sperlgymnasium, catamos por vez primera lo que sería la vida de los campos de concentración. Me rasuraron la cabeza por completo, así como a mi padre, además de su larga barba y su bigote. De repente era mucho más anciano, tan diferente... Apenas podía reconocerlo. Tiene que pensar que yo nunca lo había visto sin barba ni bigote. ¡Los llevaba desde que era joven! Y no me avergüenza decir que estaba elegantísimo. Aunque profesionalmente había sido un burócrata que llegó a ser director en el Ministerio de Servicios Sociales, su barba y su bigote distinguidos ¡le daban el porte del psiquiatra vienés arquetípico!

»Por eso digo que no puede imaginar qué degradante fue aquel momento, trasquilados como animales, afeitados como delincuentes. La cosa no pintaba nada bien, y lo sabíamos en nuestro fuero interno, aunque ninguno de nosotros pronunció una sola palabra sombría.

»Al cabo de unos días, nos hacinaron en camiones y nos llevaron a la estación de

Aspang, que estaba a unos tres kilómetros. Según el cartel que hay actualmente en Aspang, en los tres años anteriores, y recuerde que estábamos en 1942, 10.000 judíos habían sido transportados en trenes hasta los campos de concentración. “Olvidar, nunca”, dice el cartel. No lo olvido. Y ahora, usted tampoco olvidará.

—No, le aseguro que no —dijo Roger al instante—. Su posición como psiquiatra, jefe de neurología en Rothschild, ¿no lo ayudó de alguna forma?

—¡Sí! ¡Sin duda! Por ser médico, evitamos los vagones más abarrotados. Nos metieron en vagones con habitaciones separadas, con un grupo de judíos que padecían psicosis y enfermedades mentales. La Gestapo decidió, sabiamente, debo añadir, que supervisase a los pacientes durante el viaje y los atendiese en caso necesario. Lamentablemente, esta disposición no les quedó clara a todos los alemanes que estaban al mando, porque en un momento en que me hallaba en la plataforma exterior del vagón, de camino a las «habitaciones» de los pacientes, ¡casi me disparan por intento de fuga!

—¿Qué ambiente se respiraba?

—¡Buena pregunta! Uno de mis recuerdos más vivos de nuestra interminable marcha hacia Theresienstadt es la alegría de mi padre. De pronto me dijo: *«Immer nur heiter, Gott hilft schon weiter»*.

—¿Qué significa?

El doctor Frankl se quedó mirando un buen rato a Roger antes de responder.

—¿Sabe? ¡Creo que tendrá que averiguarlo usted mismo!

—Deberes —dijo Roger sonriendo.

—Sí, deberes.

—Le ruego continúe. Estaban entrando en Theresienstadt.

— Tal vez me he olvidado de mencionar que estaba al norte de Praga. Theresienstadt había sido proclamada la ciudad-regalo de Hitler a los judíos, un lugar gobernado en gran parte por ellos, y que fue limpiado con mucho cuidado antes de que llegara la visita de la Cruz Roja. Lo cierto es que era un gueto indecente en el que algunos judíos — denominados «capos» — que contaban con el favor de los nazis tenían cierta autoridad sobre nosotros. Y no lejos de allí había un recinto de edificios conocido por el nombre de «Pequeña Fortaleza». Un verdadero... ¿cuál es el término que se emplea cuando no quieres llamar algo por su nombre sino por otro que resulte agradable?

—Eufemismo —repuso Roger después de pensar un segundo.

—¡Sí! ¡Eufemismo! ¡Por cada palmo de barro en aquellos lugares, había un metro y medio de eufemismo! Aquella Pequeña Fortaleza era un lugar mucho peor que el gueto de Theresienstadt. Era adonde te enviaban castigado, o simplemente para servir de entretenimiento a la panda de sádicos que vivían allí. Me enviaron allí poco después de llegar a Theresienstadt. Por qué razón, nunca llegué a saberlo.

»Un amigo mío me había advertido: “Si alguna vez te envían a la Pequeña Fortaleza finge que te desmayas. ¡No dejes que te lleven allí!”. Bueno, el idiota de Viktor era demasiado orgulloso para fingir un desvanecimiento. Así que me llevaron allí.

»Un tipo salvaje me obligó a realizar las labores más innecesarias, como ir corriendo bajo la lluvia con un cubo lleno de agua y tirarlo en un montón de residuos orgánicos más alto que yo. Por supuesto, no lograba hacerlo a su entera satisfacción, motivo por el cual me dio, sin mediar provocación, un fuerte puñetazo. Salí volando, y conmigo mis gafas, que se rompieron. Nos quedamos en el suelo, mis gafas y yo, bajo la lluvia, cubiertos de barro, sintiendo la indignidad de ser brutalmente castigado por algo tan grave como pertenecer a una raza “equivocada”. Nunca hasta aquel día había sentido tanta hambre, tanto dolor, tanta humillación, ni había sido tan dolorosamente consciente de los crueles caprichos del destino.

»Cuando me devolvieron al gueto, llevaba encima algo que no había llevado a la Pequeña Fortaleza: ¡32 heridas!

»Cuando Tilly me vio, exclamó: “¡Por el amor de Dios, Viktor! ¿Qué es lo que te han hecho?”. Naturalmente me curó y me vendó como pudo en el barracón. Pero todavía mejor fue lo que ocurrió aquella noche.

»Para distraerme un poco de mi dolor, Tilly me llevó a otro barracón donde tocaba una banda de jazz de Praga. ¿Se lo imagina? Bueno, no creo que estuviesen autorizados oficialmente, pero ahí estaban. ¡Y cómo tocaban! Y qué gran contraste con la amargura y la sangría de aquel día. Recuerdo que tocaron una canción que se convirtió en el “himno nacional” de los judíos de Theresienstadt: *Bei mir bist du schön*, “Para mí eres preciosa”.

El doctor Frankl descansó un momento para tomar un sorbo de café, del que parecía no poder prescindir, y para reflexionar sobre el lugar que ocupaba en aquella narración.

—Me resulta asombroso —lo interrumpió Roger— el contraste entre el día que había pasado y la noche que acaba de describir en Theresienstadt.

—Sí, como el día y la noche.

Roger se maravilló de lo mucho que le gustaba el humor a aquel hombre y de su capacidad de bromear sobre las experiencias más horribles que uno pueda tener.

—¿Así que hasta en los campos de concentración había cultura?

—Sí. El espíritu humano posee una capacidad asombrosa, ¿no cree?, de buscar música, arte y filosofía aun en las peores circunstancias. En Theresienstadt eso se lo debíamos en gran medida a un hombre: el rabino Leo Baeck. ¡Qué maravilla de hombre! Hasta los miembros de las SS lo respetaban. Podría haber huido a Berlín o a Londres, pero eligió quedarse con su gente e incluso acompañarlos a Theresienstadt. Y mientras estuvo allí, hasta la liberación del campo en 1945, se aseguró de que hubiese cultura. El bueno del rabino incluso me reclutó para que diera una serie de conferencias. Con ello empleaba

mucho mejor mi tiempo que lanzando agua a un montón de detritus, ¿no cree?

—Diría que sí. ¿De qué les habló?

—De una serie de temas que pensé que les serían útiles en el campo. Trastornos del sueño, cómo mantener a raya tus nervios, «el hastío de la vida» y «la valentía de vivir»; y otros puramente divertidos, como la psicología del montañero. ¡Un momento! ¡Me olvidaba! —el doctor Frankl rebuscó en su escritorio y sacó una fotocopia—. Mire. Puede quedárselo. Es una copia del anuncio de mis charlas en Theresienstadt, ¿qué le parece?

Roger lo miró con mucha atención.

—¿Escribió usted esto en el margen? —preguntó señalándoselo al doctor Frankl para que pudiese verlo.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle qué dice?

—¡Ah, perdone! Me olvido de que usted no habla alemán. Dice simplemente:

«Nada en el mundo puede ayudar tanto a una persona a superar las dificultades externas y los problemas internos como la conciencia de tener una misión en la vida».

Roger lo asimiló y luego preguntó:

—¿Y lo escribió en el campo de concentración?

—Sí, pero, naturalmente, las posteriores vivencias en el campo pusieron a prueba mis palabras de maneras que jamás habría podido imaginar.

—Supongo —repuso Roger— que no todos los días y las noches fueron como los que acaba de describirme.

—No, no. Por la noche teníamos nuestras alegrías colectivas de vez en cuando. Durante el día, trabajábamos y veíamos a la familia cuando podíamos. Hombres y mujeres vivían en barracones separados. Yo vivía con un grupo de doctores y llevábamos una clínica. También nos cuidábamos mutuamente, debo decir, haciendo turnos para poder visitar en privado a nuestras mujeres en el barracón.

»También fue de gran ayuda establecer unos equipos de emergencia para prevenir los suicidios, especialmente entre los recién llegados. Sabíamos por propia experiencia la desesperación por la que estaban pasando. Nos asegurábamos de transmitirles esperanza y convencerlos de que las cosas podían mejorar. Pero había también enfermedades y hambre y depresiones, lo suficiente para mantenernos a todos muy ocupados.

»Tuve el privilegio de cuidar de mi padre cuando enfermó gravemente y tuvo un edema pulmonar. Se moría de una pulmonía doble —aclaró el doctor Frankl al ver la expresión interrogante de Roger.

—Lo siento.

—Yo me sentía agradecido de poder estar con él... y servirle de algo. Mire, una de las pocas cosas que pude introducir clandestinamente en Theresienstadt fue un vial de morfina. Cuando era evidente que la muerte estaba cerca, se lo inyecté. Le pregunté si todavía sentía dolor. Me dijo que no. Le pregunté si deseaba algo o quería decirme algo, y sin duda se dio cuenta de que estaba invitándolo a expresar sus últimas voluntades. Se limitó a decir «no» y lo dejé morir en paz.

»Tengo un gran sentimiento de gratitud por aquel momento, y la oportunidad de despedirnos realmente. Como médico, también agradezco haber podido acompañarlo hasta el umbral del otro lado. ¿Sabe que pocas personas en mi situación gozaron de este privilegio?

—O cualquier persona en general —añadió Roger.

—Sí. O cualquier otra persona.

De pie frente al mostrador redondo de la pizzería de la estación de Schottentor, Roger dio un mordisco al trozo de pizza de queso mientras miraba el ir y venir de los vieneses con expresión grave. El local de tiendas y restaurantes era subterráneo, pero abierto al exterior por un extremo con una escalera mecánica por la que se accedía a los tranvías de la calle, mientras el metro circulaba por debajo.

Un anciano con un abrigo marrón mugriento comía palomitas de maíz en un banco de cara a los vagones de metro que entraban en la estación. De pronto se levantó, se encorvó y empezó a perseguir a una paloma ofreciéndole un grano de maíz. Otras palomas se mostraron dispuestas a comérselo, pero aquel hombre se había propuesto dársela concretamente a aquélla, que no acababa de fiarse de su potencial benefactor. Finalmente, el hombre dejó caer el grano de maíz cerca de la paloma para que pudiera pescarlo sin esfuerzo, pero otra más decidida se la robó con un rápido movimiento. El anciano se sentó sacudiendo la cabeza, como diciendo: «Si no me dejas, no puedo ayudarte».

Roger se acordó de aquel anciano del Palacio de Bellas Artes que se había esforzado tanto en ayudar a una ardilla a partir una nuez. «Debe de haber millones de estas pequeñas batallas para ayudar a otras criaturas», pensó.

Miró su reloj y se dio cuenta de que era hora de regresar a casa de los Frankl. Engulló el resto de la pizza de un bocado y lo empujó hacia abajo con una naranjada, luego agarró su bolsa, que estaba en el suelo, y tomó las escaleras mecánicas para salir a la calle y subir al tranvía que lo llevaría a Mariannengasse.

—Doctor Frankl —empezó a decir Roger retomando la conversación—, incluso en el momento de la muerte de su padre, tengo la sensación de que su trabajo le aportó gran consuelo.

—Efectivamente, entre las charlas, los problemas físicos y las cuestiones psicológicas que debíamos atender, los médicos teníamos mucho que hacer. Esto, por supuesto, tiene que ver con una de las tres vías para encontrar sentido a cualquier situación, es decir, trabajando.

—Aquellos a los que usted atendía no tenían esa suerte. Debían de sentirse espantosamente inútiles.

—Me alegro de que mencione este punto. Era un gran problema. La sensación de inutilidad puede ser mortal en muchos casos, si la persona no tiene esperanza de que aquel sentimiento llegue a su fin, o no cree que haya algo o alguien fuera esperándola en el futuro, ¿entiende?

Roger no pudo evitar recordar al joven del puente Golden Gate, su sensación de vacío después del terremoto y, posteriormente, el día que fueron al Hohe Wand, tras haberse enterado de su diagnóstico de cáncer.

—En Theresienstadt había una gran mujer, Regina Jonas, la primera mujer rabina. Le pedí que compartiera con nosotros algo de su sabiduría y nos explicó una historia preciosa y llena de significado sobre Moisés y cómo destruyó las tablas de los diez mandamientos en un ataque de furia al ver cómo su pueblo adoraba a los ídolos. Luego, una vez tuvo unas tablas nuevas, no sólo éstas sino también las que había roto fueron transportadas en el Arca de la Alianza. Con esta historia intentaba decirnos que nadie es inútil, que seguimos teniendo utilidad y dignidad aun en los momentos en que nuestros cuerpos están rotos o carecen de voluntad.

—Como las tablas hechas añicos...

—Sí. Hasta ellas se merecían ser transportadas durante cuarenta años.

Roger se dio cuenta de que nunca había mirado la vida desde aquella perspectiva y aprendió al instante la lección de humildad.

—Doctor Frankl, debe saber que mi país especialmente es muy... en fin, prácticamente venera el becerro de oro del cuidado de todo lo físico.

—Somos muy conscientes de ello en Europa. Una vez escuché a un europeo decir, o tal vez lo he leído, que ustedes los norteamericanos, con su vanidad y su adoración de los cuerpos atléticos, ¡se comportan como si la muerte fuera opcional! —dijo con una risita—. Pero, al mismo tiempo, son los primeros del mundo en cuanto a compasión por los enfermos. ¿Qué ley acaban de aprobar recientemente para personas discapacitadas?

—La ley para ciudadanos con discapacidades —repuso Roger, sin molestarse en añadir que había manifestado su disconformidad con aquella legislación.

—¡Sí! ¡Qué maravilla verse obligado a aplicar las leyes de su país! Esa ley tiene el espíritu de la rabina Jonas. Mire, Herr Murphy, no podemos pensar que vamos a tener una salud de hierro o que nuestros cuerpos van a funcionar a la perfección a lo largo de toda la vida. Un montón de cosas se van estropeando... ése es el trabajo del neurólogo, por supuesto. Así que mi conclusión es que cuando inviertes en el cuidado de las enfermedades ajenas estás invirtiendo, necesariamente, en tu propio bienestar. Este principio tan cierto en lo que concierne a lo físico, es tanto más aplicable en relación con lo metafísico. Cuanto más te ocupas de las necesidades de los demás, más descubres que las tuyas quedan satisfechas.

—Tal vez lo he alejado del tema...

—No se preocupe. Soy especialista en irme por las ramas yo solito. ¿Dónde estábamos?

—La vida... después de la muerte de su padre...

—Sí. Bueno, la vida siguió durante meses y meses... asombrosamente, con dificultades, con muy poca comida, casi nada de información sobre la guerra, con rumores constantes de muerte o de libertad, con diversos estadios de esperanza y desesperación. Luego, en el mes de mayo de 1944, llegó la orden de trasladar a la madre de Elly. Adónde, no nos lo dijeron. Resultó que fue a Birkenau, una parte del tristemente célebre campo de Auschwitz.

—Creo recordar que Tilly era algo más joven que usted... —lo sondeó Roger.

—Si está llegando a la conclusión de que su madre no era muy mayor, está en lo cierto. Tenía cuarenta y nueve años. Nada más.

—¿Y ustedes? ¿Qué edad tenían?

—Yo tenía treinta y nueve. Tilly, veinticuatro.

Roger asintió, desviando la mirada al retrato de Tilly.

—Veinticuatro. No había empezado a vivir.

—No. Pero al mismo tiempo había vivido mucho. El aborto de nuestro único hijo. El duro trabajo en los hospitales y, en Theresienstadt, en una... no recuerdo la palabra, el lugar donde se fabrican armas. Y por supuesto, ella, como todos los demás, tuvo que experimentar la degradación del campo de concentración —concluyó el doctor Frankl, desviando también la mirada hacia la imagen evocadora de Tilly, en el cuadro de la pared —. En octubre de aquel año, 1944, mi número figuraba en la lista del «Transporte Este». Nos dijeron que íbamos a un gueto mejor que Theresienstadt. Pero en mi fuero interno yo sabía que no era así. De hecho, nos llevaron a Birkenau.

—¿Y fue solo?

—Ojalá hubiese ido solo. Discutí con Tilly para que se quedase. En Theresienstadt estaba más segura porque trabajaba en la fábrica. Y cuando alguien se presentaba voluntario para ser trasladado, se arriesgaba a sufrir la ira de las SS, porque pensaban que

intentabas zafarte del trabajo o sabotear de algún modo el frente alemán. Pero insistió en que quería ir conmigo, y se lo concedieron por alguna razón que jamás sabré.

»Me atreví a desear simplemente que fuera fiel a ella misma. En el traslado a Birkenau, así fue. Hubo un momento en que tuvo miedo y me dijo: “Ya verás, nos llevan a Birkenau”. Pero al poco rato se tranquilizó y empezó a ordenar los equipajes abarrotados de los demás pasajeros y a convencer a otros de que la ayudasen... —en este punto, el doctor Frankl se contuvo una vez más—. En Birkenau nos separaron. Hombres por un lado, mujeres por otro. Pero antes le dije con toda la convicción que pude, porque era muy importante para mí: “Tilly, te quiero viva a cualquier precio. ¿Me oyes? ¡A cualquier precio!”. Como hombre, Herr Murphy, entenderá qué quería transmitirle en aquel momento.

Roger se sintió incómodo.

—Creo que sí...

—Simplemente quería decirle que no tenía que guardarme fidelidad si debía pagarla con la vida, ¿comprende?

Roger se limitó a asentir con la cabeza y bajó la mirada. Luego, permanecieron unos segundos en silencio.

—Por alguna razón que nunca supimos, a mi madre no la trasladaron. Pero en aquel momento yo pensé que corría menos peligro en Theresienstadt. Afortunadamente, antes de que nos trasladaran a Birkenau, pude despedirme de ella a toda prisa. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. «Dame tu bendición», le supliqué ardientemente. «Sí, sí, ¡te doy mi bendición!», me dijo ella, como si surgiera de lo más profundo de su alma. Me llevé a Birkenau la bendición de mi madre y ¡la he seguido llevando conmigo cada día de mi vida hasta hoy!

El doctor Frankl se quedó pensativo. Se levantó de la silla, bordeó su escritorio, pasó por el lado de Roger hasta la otra punta del estudio y se acercó a la estantería donde estaba el Hombre doliente, un momento de tortura paralizado en el tiempo. Luego, dio un paso atrás como abarcando la totalidad de la vitrina, tras lo cual se volvió hacia Roger como un felino.

—Aquel día me propuse una cosa. Cuando me reuniera de nuevo con mi madre, sabía exactamente lo que haría: besaría el borde de su abrigo, como se hace con el manto de una reina. Aquel deseo, aquel sueño, me ayudó a aguantar.

El doctor Frankl se alisó su cabello blanco hacia atrás y volvió a sentarse. Durante unos segundos pareció que estaba en paz. Luego se inclinó hacia Roger y siguió hablando.

—Aquella bendición no fue la única cosa que me llevé a Birkenau. En el forro de mi abrigo había cosido el manuscrito de *The Doctor and the Soul*. Eso y mi distintivo del Club Alpino Donauland eran mis pertenencias más preciadas.

»Me obligaron a tirarlas al suelo helado nada más entrar en Birkenau. Nunca volví a verlas. Mi orgullo y mi alegría, el distintivo del Club Alpino Donauland, y, efectivamente, mi hijo espiritual, mi manuscrito, habían desaparecido. Inútilmente, debo añadir, porque de toda la población mundial ¿a quién le importaban aquellas cosas en aquel momento tanto como a mí?

—Aquel manuscrito se había convertido efectivamente en su hijo; desde el primer momento quiso que fuera su legado si moría en el campo de concentración, ¿no es cierto?

—¡Exactamente! Y ya no existía. Había desaparecido por completo y para siempre. Experimenté una lucha interna para dilucidar si mi vida seguía teniendo sentido sin él. Naturalmente, estando aquí sentados, es fácil entender que una vida que depende completamente de la prosa que uno escribe, por excelente que sea, no es una gran vida a fin de cuentas, ¿no le parece? ¡Pero también encontré esperanza en el lugar más inesperado!

»Una vez expoliado de mis posesiones... Tilly y yo hasta tiramos nuestros anillos de boda para que no se los quedaran los SS, y ella se deleitó en aplastar un reloj de oro antes de que ellos se hicieran con él. Me vestí con los harapos de un desventurado que sin duda había ido a las cámaras de gas antes que yo. Y en el bolsillo encontré un pedacito de papel con la oración judía más importante: *Shema Yisrael*. Contiene el mandamiento de “Amarás a tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.”

»¿De qué otro modo me lo podía tomar? Como pura coincidencia, supongo, pero aquello no me cuadraba. En un momento como aquél, en el que buscas desesperadamente una chispa de esperanza, de sentido, agarras cualquier pedacito que te lanzan, por pequeño que sea.

»Bueno, me lo tomé como un mensaje que me empujaba a decir sí a la vida, ¡sí!, a pesar de todo. En aquel instante, decidí que dedicaría mi vida a poner en práctica mis pensamientos y teorías, en lugar de limitarme a ponerlos sobre el papel.

Roger se inclinó para girar la cinta de la grabadora.

—Tengo la clara impresión de que en la vida diaria del campo de concentración, tenían que hacer muchas colas, que a menudo los hacían ponerse en fila y ustedes no sabían a quiénes iban a elegir ni por qué.

—¡Sí! Y por eso escribí que hay que dejar que el destino decida por ti. Nunca sabías si una fila determinada de compañeros o un traslado te llevarían a mejores condiciones o a una muerte segura.

»Puedo darle un ejemplo palmario de esto, señor Murphy, un incidente que ocurrió cuando llegué a Birkenau. Hasta hoy nunca había mencionado esta historia en ninguno de mis escritos, en parte porque parece tan inverosímil y cogida por los pelos, pero ahora

me doy cuenta de que es un recuerdo verídico de lo que me sucedió.

»El propio doctor Joseph Mengele distribuía a los prisioneros a la izquierda o a la derecha. A mí me indicó la izquierda. Pero como en aquella fila no reconocí a nadie y me hallaba a sus espaldas, me cambié a la fila de la derecha, donde estaban algunos de mis colegas. A la fila de la derecha le asignaron trabajo. En la izquierda, de la que me escabullí, había ancianos y enfermos, y no me cabe la menor duda de que estaban destinados a la cámara de gas.

»Yo no sé de dónde saqué agallas para llevar a cabo aquella maniobra tan audaz, pero creo que me salvó la vida.

—¿Hubo otras ocasiones en las que se libró por los pelos de ser ejecutado?

—Sin duda alguna. Y probablemente más veces de las que fui consciente. Pero hubo una ocasión en la que un vienés concretamente, alguien a quien yo consideraba un canalla, tomó cartas en el asunto. Yo me hallaba en una fila de gente destinada a ser trasladada a otro lugar y este hombre, que trabajaba para los nazis, empezó a golpear e insultar a otro hombre que no estaba en nuestra fila. Lo empujó de malas maneras a la fila maldiciendo todo el rato y golpeándolo y actuando como si aquel hombre hubiese querido escaparse de la fila. Después, aquel canalla me sacó de la fila.

»Creo que aquel grupo estaba sentenciado y que, por algún motivo, aquel hombre había decidido librarme de la condena.

—Pero nunca se sabía cuándo llegaría la amenaza siguiente... —apuntó Roger asintiendo.

—¡O de dónde! Exactamente. Al cabo de unos días de llegar a Birkenau, me trasladaron con otros miles de personas; recuerdo todavía el sentimiento de angustia al pensar que nos llevaban a Mauthausen, al oeste de Viena, uno de los peores campos. Muchos estaban convencidos de que nos llevaban a la muerte.

»Así que imagínese cómo me sentí cuando el tren empezó a ir más lento y se detuvo en una estación de Viena... y pasó por la calle y la casa en las que yo había nacido y vivido hasta que me deportaron a Theresienstadt.

»El vagón estaba tan abarrotado que sólo había sitio para que algunas personas estuvieran de pie y otras en cuclillas. Había dos mirillas con barrotes. Cuando empezamos a salir de la estación, supliqué a los que estaban frente a las mirillas que me dejaran mirar por última vez mi ciudad, mi barrio, mi calle. Me sentía como un fantasma deseando mirar una existencia que en otro tiempo había sido real, pero que ya no lo era.

»Sin embargo, en ocasiones así, las personas no suelen estar en su mejor momento, y los hombres que estaban delante de las mirillas me impidieron el acceso rudamente diciendo: “¡Si viviste aquí tanto tiempo, ya lo has visto bastante!”.

—Así que, de momento —resumió Roger—, ha dejado atrás a sus padres y a su esposa

y todas sus posesiones, incluido el manuscrito que tanto le había costado redactar y que pensaba que sería su legado. Y deja atrás su ciudad por segunda vez...

—Y yo pensé que era la última. Sí. Pero hasta en esos momentos uno puede encontrar cosas a las que agarrarse. Por ejemplo, cuando los que controlaban las mirillas vieron que habíamos proseguido la marcha hacia el oeste, tras pasar de largo el desvío hacia el norte que iba a Mauthausen, no cabíamos en nosotros de gozo. ¡Nos sentíamos felices de que nuestro destino fuera Dachau! ¿Se imagina?

»Y si nos hubiese visto cuando llegamos al campo Kaufering III de Dachau, habría pensado que acababan de liberarnos. Es que no había chimeneas a la vista, no había cámaras de gas. El grupo reía y bromeaba.

—No soy capaz de imaginar un momento así —confesó Roger.

—¡Me cuesta incluso a mí ahora! Pero recuerdo que la sensación de alivio que nos invadió permaneció hasta después de la primera noche fría y húmeda, durante la cual los nazis nos obligaron a estar de pie, como castigo por algún motivo que sólo ellos conocían.

»Naturalmente, nuestra sensación de alivio y nuestra alegría se acabaron pronto. En Kaufering el trabajo era largo, difícil y reglamentado. Cada día pasaban lista a las cinco de la mañana, luego caminábamos hasta la estación de tren donde nos metían en vagones y nos trasladaban a unos 10 kilómetros, a un lugar donde construíamos más vías de tren. Un compañero y yo teníamos que levantar raíles que pesaban mucho.

—¿Les daban comida antes del trabajo?

El doctor Frankl soltó una carcajada sonora.

—Sólo agua sucia que nos decían que era café.

—¿Cómo diantres aguantaba?

—Bueno, la verdad es que la única forma era, por decirlo de alguna manera, poner la mente por encima de la materia. Nuestros cuerpos habían sido maltratados: trabajo, falta de sueño y de comodidades, enfermedades, frío y, lo más cruel de todo, nos mataban de hambre. Probablemente trabajábamos ingiriendo menos de 850 calorías al día.

»La otra respuesta a su pregunta es que muchos no “aguantaron”. Es tan aséptico hablar de estas cosas estando aquí sentados en este apartamento tan cómodo, con toda la comida que uno quiere... Lo cierto es que nos matábamos a trabajar todos los días en las mismísimas puertas del infierno. Recuerdo un día en que unos compañeros de barracón tenían pesadillas por la noche y yo me acerqué en medio de la oscuridad para despertarlos. Pero, justo antes de hacerlo, se me ocurrió que por horrible que fuera lo que estaban soñando no podía serlo tanto como la realidad a la que los despertaría. Así que los dejé dormir, pues eso es lo que yo habría querido que hicieran conmigo.

—También escribió sobre el dilema de cómo... en fin, cómo racionar sus raciones de

comida.

—¡Sí! Primero tiene que entender que en aquellas circunstancias extremas intentábamos gastar muy pocas calorías; uno no puede darse el lujo de malgastar la energía, ni siquiera la de su cerebro, para pensar en cosas que no contribuyen a su supervivencia, ¿entiende? Y una de las cosas más importantes para la supervivencia era cómo gestionabas los exiguos chuscos de pan y la sopa aguada que nos correspondía cada día. —el doctor Frankl clavó su mirada penetrante en Roger y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio y entrecruzando con fuerza sus manos—. Herr Murphy, no quiero que parezca que me quejo en lo más mínimo. He tenido una vida buena. Y desde que viví las experiencias de que estamos hablando, aunque las he tenido presentes todos y cada uno de mis días, no he hablado de ellas muchas veces. Muy pocas, ¿lo entiende?

Roger no estaba del todo seguro de si lo estaba regañando o no, pero en todo caso se sentía profundamente incómodo ante un hombre que después de pasar lo que había pasado pedía permiso para «quejarse».

—Doctor Frankl, no tiene por qué...

—¡Sí! ¡Lo necesito! —lo interrumpió el doctor—. Tiene que comprenderlo. No le cuento lo que voy a contarle porque me considere una especie de héroe o de mártir. Soy simplemente un hombre, un hombre que ha recibido muchas bendiciones, debería añadir.

—Entendido.

—También quiero que quede claro que mi sufrimiento no eclipsa el de ninguna otra persona de las que estaban conmigo; de hecho, todo lo contrario. Muchas murieron y muchas sufrieron de formas que a mí no me tocó soportar. Y debido a mi formación profesional y a mi experiencia, en muchos aspectos me libré de un destino aún peor.

Roger asintió.

—Es más, no considero que mi sufrimiento sea mayor que el suyo o el de cualquier otra persona de ahí fuera —prosiguió el doctor, señalando hacia las gentes que se veían a través de la ventana—. Cuando se sufre, se sufre, ya sea en el cuerpo o en el alma. ¿Me explico?

—Sí, doctor. Aunque me gustaría que entrase un poco más en esta cuestión...

—Y lo haremos. Pero antes déjeme que le diga una cosa: si bien no colocaría los sufrimientos que padecimos en Kaufering y en los otros campos de concentración por encima del suyo, le diré que alguien que no ha vivido aquello ni por asomo puede imaginarse cuáles son sus efectos en el ser humano.

»Para entonces, como podrá imaginar, ¡las últimas capas de grasa subcutánea eran un mero recuerdo! —se volvió ligeramente y, pasando la mano derecha por encima de su

hombro izquierdo, pellizcó la piel del reposacabezas de su asiento. El material emitió un chirrido al ser estrujado entre el pulgar y el índice—. Éramos esqueletos tapizados, con una piel como la de este asiento, pero sin el cojín de debajo. ¿Lo ve?

»Así que, mientras el cuerpo trabaja más de lo que nunca pensó que era posible, la energía de la mente se gasta principalmente en el deseo de comida. Cuando no había vigilantes cerca de nosotros controlándonos mientras trabajábamos, no parábamos de hablar de comida. Nos preguntábamos cuáles eran nuestros platos favoritos, y cosas así. De este modo, el hombre que hacía la pregunta vivía, comía, indirectamente a través de su compañero, quien, a su vez, sólo podía vivir aquella experiencia a través de sus pensamientos.

»¡Dos hombres paladeando un suntuoso banquete sin nada más que la evocación de las imágenes de su propia memoria!

»Parece ridículo estar aquí sentado y decirle que mientras nos deslomábamos todo el día cavando zanjias ¡nos intercambiábamos recetas de cocina! Hasta tal punto la comida invadía nuestros pensamientos y conversaciones.

»Entonces, se corría la voz de que se acercaba un vigilante y la conversación cesaba, pero los pensamientos no. Seguían y seguían interminablemente. Y mientras tanto nuestros cuerpos —piel sobre huesos a base de trabajo y hambre— se devoraban a sí mismos delante de nuestros propios ojos.

—Como médico, ¿qué pensaba de esa obsesión con la comida?

—Bueno, yo mismo sucumbí a ella, así que no puedo hablar como un observador imparcial. Pero siempre la consideré una aventura peligrosa, estar tan gravemente desnutridos y regodeándonos en fantasías de mesas abundantes. Los sueños y conversaciones permanentes en torno a la comida eran seductores y psicológicamente placenteros, pero me preocupaban seriamente los efectos psicológicos que pudieran tener. A fin de cuentas, estábamos programando mentalmente nuestros cuerpos para darse un atracón, mientras que sólo podíamos ofrecer a nuestros lamentables estómagos pequeñas porciones de una única ración de pan y aguachirle. Una «asignación extraordinaria», como la llamaban nuestros carceleros, podía consistir en un poco de margarina, una exigua porción de queso, una salchicha indigerible o miel sintética o mermelada aguada.

»Una dieta de estas características apenas puede mantener en pie a una persona inactiva, tanto menos a nosotros, que realizábamos trabajos físicos de sol a sol. Y a los que estaban enfermos, pues eso, la falta de alimento los dejaba en condiciones físicas todavía peores. ¡La paradoja era que nuestros carceleros dependían de los músculos que ellos mismos estaban contribuyendo a desintegrar!

»Uno tras otro, los que estaban en mi pequeño barracón empezaron a morir. Y a

medida que pasaban los días y las horas, lo veíamos venir, lentamente, lentamente. Mirábamos a uno de ellos y sabíamos determinar con bastante precisión cuándo llegaría su hora. “No durará mucho”, nos susurrábamos unos a otros. Y, por lo general, acertábamos.

»Lo veíamos en los demás, claro, pero nos veíamos obligados a verlo también en nosotros mismos. ¿Puede imaginarlo? Póngase en nuestro lugar. Al final de la jornada de trabajo, te despiojas, como tiene que ser. Por cierto, ¿no es increíble que un piojo se molestase en engancharse a criaturas tan miserables como nosotros? Pobre parásito con una comida tan precaria. Creo que los piojos tan desafortunados como para caer en mí padecieron desnutrición por mucho que se esforzaran. En fin, mientras exploras tu cuerpo para librarte de estos chupasangres, te das cuenta con horror de que tú mismo, Herr Murphy, eres un cadáver andante. ¿Se lo imagina?

—No, doctor, no puedo.

—Yo tampoco. Sólo viviendo una cosa así puedes creértela.

»Pero iba a explicarle el dilema de la comida. Mientras sientes que te vas convirtiendo en un cadáver ante tus propios ojos, ves cada bocado como el hilo al que te agarras para salvar la vida, ¿sabe? Y ahí está el dilema: ¿cómo administrar tu ración diaria?

»Puede parecerle una consideración trivial, Herr Murphy. Pero para una persona que literalmente está muriéndose de hambre poco a poco y a la que hacen trabajar hasta la extenuación, ésa es la cuestión fundamental del día.

Roger se dirigió al doctor lento y vacilante, dado su estado de ánimo en aquel momento de la entrevista.

—¿Y qué es lo que hizo usted, Herr Doctor? —preguntó por fin sin darse cuenta de que había utilizado el título de cortesía en alemán para dirigirse al doctor Frankl. Ya se había convertido en algo instintivo.

—Bueno, como le he indicado, dedicábamos muchas horas a esta cuestión. Y a resultados de ello surgieron dos escuelas de pensamiento en el campo de concentración. Una defendía que era mejor devorar los víveres inmediatamente. En esta escuela de pensamiento, los peores retortijones del hambre se despachaban en un santiamén. Además, y éste es un argumento no exento de peso, con ello evitabas la posibilidad de perder la comida o de que te la robasen, como ocurría frecuentemente, me entristece decirle.

»La otra escuela sostenía que era más inteligente dividir tu ración y comer un poco cada vez a lo largo del día. Yo, en último término, decidí que ésta era la mejor opción. De vez en cuando, te olvidabas de que lo habías administrado así, y encontrabas inesperadamente un pedazo de algo en el fondo de tu bolsillo. Qué delicia... por fugaz que fuera.

»Nos entregábamos a otras delicias pasajeras que no son agradables en sentido estricto, lo cual resulta una ironía. Tiene que entender que siempre teníamos frío: trabajábamos al aire libre escasamente vestidos; luego, por la noche, dormíamos en el suelo frío de nuestros barracones medio subterráneos. Así que recuerdo que experimentaba un extraño placer gracias al calor efímero que sentía al orinarme, mientras trabajaba en las cunetas o incluso en la cola en la que nos servían la sopa.

Roger se removió en su asiento, incómodo. Sin intención de cambiar de tema, pero con apremiante curiosidad, preguntó:

—¿Cuáles eran los placeres que dominaban sus pensamientos y sus sueños?

—¡Lo que hubiese dado por un baño caliente y un *schaumschnitten*!

—¿Un qué?

—¿No sabe lo que es un *schaumschnitten*? ¡Santo cielo! Es la mejor repostería del mundo.

—Perdone mi desenfrenada ignorancia, doctor —se disculpó Roger con una sonrisa.

—Sólo si me promete asestar un duro golpe a su ignorancia comiendo un pedazo de este manjar celestial antes de marcharse de la ciudad.

—Prometido. Bueno, la comida, por supuesto, no era su única preocupación, incluso desde una perspectiva puramente física.

—No, tiene razón. Recuerde que íbamos muy mal vestidos para el tiempo que hacía, apenas unos harapos heredados de los infelices que nos habían precedido. ¡Por no hablar de los zapatos! Qué artículo máspreciado, unos zapatos que te cubriesen todo el pie, dedos incluidos.

»De todas las horas del día y de la noche en Kaufering, la peor era la mañana. Todavía era de noche cuando aquellos tres silbidos breves señalaban que era hora de levantarse. Y te arrancaban burdamente de la paz del sueño, del puerto relativamente seguro de tus peores pesadillas, y te obligaban a despertar a la conciencia de que tu realidad era peor que cualquier pesadilla. Y de que era la hora de vivir aquella realidad una jornada más. Una jornada larga, fría, hambrienta, fatigosa y desesperada.

»Tal vez lo peor de lo peor de aquella parte del día eran los zapatos: todavía mojados, incapaces de contener nuestros pies hinchados y doloridos o de protegerlos del frío y de la humedad. Y a oscuras, con las manos heladas y la torpeza del recién levantado, tenías que atar dos pedazos de alambre que hacían las veces de cordones.

»Pero hasta eso era mejor que la alternativa: recuerdo que una mañana otro preso al que todos considerábamos valiente y digno se levantó y rompió a llorar como un niño porque sus zapatos mojados se habían encogido y sus pies hinchados no cabían. Sabía que los vigilantes no tendrían ningún miramiento con él y que aquel día iría caminando al trabajo descalzo sobre el suelo nevado.

»Seguro que sabe lo que es la congelación de los miembros. Pero no sé si sabe lo que es el pie de trinchera...

—Muy poco. Sólo que fue un problema en la Primera Guerra Mundial.

—¡Un problema espantoso! Especialmente para los aliados. Los alemanes impulsaron la guerra de trincheras, pero se libraron de muchos de los efectos del pie de trinchera porque eligieron terrenos más elevados para cavar las suyas. Las trincheras de los aliados se cavaron en suelos más bajos y húmedos: la mezcla de fango perfecta para contraer el pie de trinchera. El contacto permanente con el frío y la humedad primero insensibilizaba el pie, luego lo enrojecía y finalmente lo volvía negro. Si no se le aplicaba tratamiento, provocaba gangrena y había que amputar... o, en casos extremos, causaba la muerte.

»Bueno, los de los campos de concentración sabíamos lo suficiente para entender que era una posible sentencia de muerte. Ver a aquel hombre vistiéndose para ir a trabajar, incapaz de meter los pies en los zapatos, era como verlo leer el aviso de su ejecución inminente. Todos lo sabíamos.

»En aquel momento, no sólo me sentí afortunado por tener algo que se podía llamar calzado, sino que me hice otro regalo: cuando metí la mano en el bolsillo aquella mañana, encontré un trocito de pan que había guardado y olvidado... Te das todas las alegrías que puedes, por pequeñas que sean...

Tras una breve pausa, en la que el doctor Frankl devolvió llamadas de teléfono y despachó correo, inauguró él mismo la siguiente sesión, sin esperar a que Roger le formulase ninguna pregunta.

—Antes de proseguir quiero dejar clara una cosa —afirmó el doctor Frankl—. Si bien todo lo que le he dicho sobre lo que pensábamos de la comida es cierto y no he exagerado lo más mínimo, otras cosas ocupaban también nuestros pensamientos, especialmente cuando íbamos por la carretera de camino al trabajo, esquivando continuamente piedras, charcos y la culata de los rifles que nos empujaban a marchar. Pensábamos en nuestros seres queridos.

»Un hombre se lamentó un día: “¡Si nos vieran nuestras esposas! Espero que estén mejor que nosotros y que no sepan en qué nos hemos convertido”. Yo pensaba muchas veces en Tilly y en mi madre, especialmente en mi esposa. La veía claramente en mi mente, y mientras caminaba a primera hora y contemplaba los colores rosados del amanecer pensaba que, en mi recuerdo, ella era más luminosa que el sol de aquel momento.

—Con los debidos respetos, Herr Doctor —lo interrumpió Roger, más enérgico de lo

que acostumbraba—, usted dijo y escribió, en relación con el tema sexual y la vida sentimental... bueno, decía que estaban lejísimos de sus pensamientos. Hablaba de ausencia total de sentimiento.

—Así es. Una contradicción aparente, Herr Murphy —reconoció el doctor Frankl, en tono de derrota—. Pero no es tan paradójico como parece, ya verá.

»Es cierto que los presos manifestaban una ausencia casi total de sentimiento por lo que ocurría a su alrededor. Pero al vivir las experiencias increíbles e insoportables de los campos de concentración, puede ocurrir lo contrario: puede llegar a brotar y crecer en el alma un sentimiento de paz, y, de hecho, puede constituir el principal incentivo para mantenerte con vida. En efecto, esta paradoja aparente casi se materializó en carne y hueso. Ahora se lo explico.

»Observé, por ejemplo, que a algunos de los presos más intelectuales y espirituales les resultaba más duro el rigor físico de los campos de concentración. Al fin y al cabo, este tipo de hombres suelen ser también los más delicados. Pero, si bien los más dotados físicamente asumían mejor las exigencias físicas que se les imponían, se quedaban detrás de sus compañeros a la hora de mostrar fortaleza emocional. Al mismo tiempo, los hombres más espirituales manifestaban un núcleo espiritual más fuerte, aun cuando sus cuerpos se marchitaran.

»En cuanto a mis sentimientos hacia Tilly, me ayudaron a darme cuenta de lo decisivo que fue para mí, y para otros en la misma situación que yo, tener una orientación de futuro. Para mí, eso significaba el día que volvería a reunirme con mi mujer.

»Fíjese en que fue nada menos que en los campos de concentración donde me invadió este sentimiento incontenible. En aquel momento creí, como lo creo ahora, que por primera vez en mi vida había dado con la verdad que tantas personas habían descubierto y que tantos poetas y artistas antes que yo habían formulado en palabras y en canciones: que el amor, ¡el amor!, es la meta más elevada a la que puede aspirar el ser humano.

»¿Me permite? —pidió el doctor Frankl cogiendo el ejemplar de Roger de *El hombre en busca de sentido*. Pasó rápidamente las páginas hasta encontrar la que buscaba y empezó a leer su libro, escrito no mucho después de su liberación de los campos de la muerte:

«... que el amor es la salvación del hombre; que alguien que no tiene nada, sigueteniéndolo todo si puede contemplar el rostro de su ser querido, aunque sea fugazmente; y que incluso en las situaciones de mayor desolación —cuando no te queda otro remedio que sufrir con dignidad— puedes realizarte plenamente contemplando la imagen de una persona amada».

El doctor Frankl cerró el libro y se lo devolvió a Roger. Éste seguía atónito. La escena

de aquella figura histórica leyendo su propia obra a Roger —y con el libro de Roger— fue un momento del que valía la pena impregnarse.

—Cuando pensaba en estas cosas —pudo decir Roger finalmente— no sabía si su mujer seguía viva o no.

—No, no lo sabía, naturalmente. No había modo de saberlo desde que en Auschwitz nos separaron y le dije que siguiera viva a toda costa. Y le diré una cosa: eso apenas tenía importancia, en el sentido de que no afectaba a mis sentimientos. El amor tiene un poder mágico que trasciende lo físico. La dimensión importante del amor es la espiritual.

»Me pasó una cosa muy rara la segunda noche en Auschwitz, si me permite una digresión. Estaba extenuado y dormía profundamente, pero me desperté sobresaltado al oír una melodía que procedía de la habitación contigua, del jefe de barracón. Se oían voces ebrias que cantaban lamentablemente, todavía hoy no sé qué era lo que celebraban. Pero de pronto el ruido desagradable cesó y fue reemplazado por la singular melodía de un violín extraordinariamente triste. Era una música melancólica que lloraba en medio de la noche, y recuerdo que en aquel momento recordé que Tilly cumplía veinticuatro años ese mismo día. Y aunque ella estaba en un barracón completamente inaccesible para mí, pude sentir su presencia. Pude sentirla, tan nítidamente como el aire que estremecía mi piel.

—Disculpe, doctor —interrumpió Roger—, pero sigo sin comprender cómo pudo ir más allá de su desesperación.

—Hablaremos a fondo de eso más adelante. Pero de momento, para satisfacer su curiosidad, le diré que no siempre lo conseguí. En nuestro día a día, normalmente no necesitamos el pensamiento consciente para mantenernos vivos; simplemente lo hacemos, y punto. Nuestras mentes se dedican a los pormenores de esta vida o a los sueños pendientes de realizar. Es más, por lo general nada nos lleva a pensar en poner fin a esta vida.

»Pero hay excepciones a esta norma dentro y fuera de los campos. Le confieso que no siempre fui capaz de vivir de acuerdo con los principios que había empezado a formular en mi logoterapia. Hubo una época, concretamente en Kaufering, en la que parece que se me veía especialmente abatido. Un compañero que se llamaba Benscher, y que luego se convirtió en un personaje televisivo famoso en Múnich, me imploró que abandonara el pesimismo al que estaba cediendo en aquella época. En lo más profundo de mí, me di cuenta de que la tristeza crónica, en aquellas circunstancias atroces, podía ser mortal. Creo que aquella noche Benscher me salvó la vida.

—Espere un momento —atajó Roger—. A ver si lo entiendo. ¿Me está diciendo que estar deprimido en el campo de concentración era algo potencialmente mortal de por sí?

—Sí, eso es, efectivamente, lo que digo. En igualdad de condiciones, la actitud personal

puede ser la gota que colme el vaso. En una ocasión comprobé la importancia de la fe en el futuro en un ejemplo concreto espectacular. El jefe de mi bloque me contó un sueño en el que una voz lo invitaba a preguntar lo que quisiera. ¿Sabe lo que deseaba saber? La fecha en que sería liberado. La voz predijo el 30 de marzo de 1945. A medida que se acercaba esa fecha y llegaban noticias del frente indicando que la liberación no se produciría, se puso enfermo inesperadamente el 29 de marzo. El día 31 había muerto.

»Se podría haber pensado que fue el tifus. Y ciertamente ésa fue la causa manifiesta de su fallecimiento. Pero los que lo conocíamos y habíamos visto en otros prisioneros esa actitud de darse por vencidos, reconocíamos las señales que indican que has soltado la vida. De alguna forma, sí que fue liberado... gracias a la muerte.

»Uno puede entender, especialmente si lo has vivido en carne propia, que te despidas de la vida en esas circunstancias. Independientemente de lo que hubieses sido en tu vida anterior, allí eras un número y te hallabas por debajo de tus carceleros y de los capos, aquellos de nosotros que eran “ascendidos” y tenían autoridad sobre nosotros. Y las condiciones eran atroces: el frío, el hambre, el trabajo, la falta de ropa, los bichos y la suciedad.

»Pero ¿sabe lo peor de todo de la vida en el campo de concentración, peor que cualquier otra cosa? La naturaleza indefinida de nuestro cautiverio: sencillamente no teníamos ni idea de cuánto iba a durar aquella “existencia provisional”. Ésta es la razón por la que mi amigo, pudiendo preguntar cualquier otra cosa en su sueño, preguntó cuándo acabaría aquello.

—¿Qué hizo usted para sobrevivir? —preguntó Roger.

El doctor Frankl reflexionó.

—A duras penas lo hice —respondió—. Con mucha dificultad.

»Un mecanismo que utilizaba, especialmente si el frío era intenso o llevaba los pies muy destapados o hinchados, era imaginar mis sufrimientos como si fueran algo que estaba observando al cabo del tiempo desde una perspectiva clínica. Me veía en una sala de conferencias caldeada dando una charla sobre las cosas que estaba padeciendo en aquel momento ante una audiencia embelesada. ¡Eso me ayudaba a encontrar algo de sentido a mi sufrimiento y a verlo como algo que ya formaba parte del pasado!

»Aquel ejercicio mental no sólo me proporcionaba una capa suplementaria contra el viento, sino que me daba además algo más interesante y elevado sobre lo que cavilar, en lugar de la inquietud permanente sobre si tendría suficiente comida o si debería utilizar mis cigarrillos para conseguir otra cosa, o tratar de congraciarme con el capo...

—Y eso lo salvaba de deslizarse por la resbaladiza pendiente que lleva a la rendición interna.

—Exactamente. ¡Bien formulado! Tenía que haberme dado cuenta de eso desde el

principio, pues en los primeros tiempos de mi cautiverio tomé la decisión consciente de nunca «lanzarme contra las alambradas». Lanzarse corriendo a las vallas de alambre espinoso electrificadas era la forma más común de suicidarse —el doctor Frankl se paró un instante a pensar algo—. Por supuesto, la ironía es que hasta los que deseaban fervientemente seguir viviendo podían tomar una mala decisión o estar en la fila y en el momento equivocados. Siempre que había un traslado a otro campo te arriesgabas, ¡tanto si ibas al otro campo como si te quedabas! ¿Se da cuenta de lo exasperante que puede ser este dilema constante sobre el cual no tienes ningún control?

»Fue así como se aprobó mi traslado a Turkheim, que era otra parte del sistema de Dachau. El jefe médico de Kaufering, un húngaro que se portó conmigo muy amablemente, me habló de este traslado a un “campo de reposo”. Me dijo que podía incluirme en la lista de transporte que salía al día siguiente, en calidad de médico del campo. Pero no me lo aconsejó. Sabía, tan bien como yo, que podía ser un viaje a las cámaras de gas. O podía ser también, como ya había ocurrido, una artimaña. Lo que hicieron los vigilantes fue, en un acto de sadismo, anunciar un traslado a un campo de reposo. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era a las cámaras. Así pues, cuando los vigilantes anunciaron que todos los que se presentaran voluntarios al temido turno de noche no serían trasladados, 82 hombres se presentaron.

»Al final, se anuló el traslado... seguramente nunca había sido programado de verdad. Y casi todos los hombres que hicieron lo que pensaban que los libraría de la muerte presentándose voluntarios para el turno de noche fallecieron de agotamiento al cabo de dos semanas.

—¿Y usted sabía esto mientras se discutía su traslado? ¿Que podía ser enviado a las cámaras, o, si encontraba una excusa para librarse, podía morir de extenuación en Kaufering?

—Sí. También había una posibilidad de que el traslado nos devolviera a los horrores de Auschwitz. Pero para mí decidirme por el traslado fue fácil. Por un lado, le dije al jefe médico que había aprendido a no crearme mejor estrategia que los dioses, a no intentar anticiparme al destino. Simplemente, dejaría que siguiese su curso. También pensé que sería más sensato ir con mis amigos y tener la oportunidad, por ínfima que fuera, de ejercer de médico en un campo de reposo. Aunque el traslado nos llevara a la muerte, sería una muerte con sentido: ocupándome de los demás en calidad de médico, o al menos con la intención de hacerlo. Lo que sentí fue que la alternativa, es decir, quedarme en Kaufering, era apostar por un sufrimiento sin sentido, si lo comparaba con el destino que me esperaba en el campo de reposo.

—Así que fue.

—El jefe médico hizo todo lo que pudo para evitarlo. Me dijo con urgencia que había

dejado claro a los responsables del transporte que mi número podría ser borrado de la lista hasta las diez. Le dije sencillamente que ése no era mi estilo. Mirándome con compasión, me estrechó la mano como si fuera un condenado.

—Por lo que usted sabía, ¡lo era!

—Sí, y cuando regresé a mi barracón, mi amigo Otto también lo creía. Fui yo quien tuvo que consolarlo. En aquel momento, también hice mi testamento verbal con Otto. Naturalmente, un testamento implica determinar adónde van a parar tus pertenencias mundanas. Bueno, ése no era nuestro caso, como prisioneros del Tercer Reich. Lo que le dije a Otto fue: «Si ves a mi mujer, dile que hablaba de ella día y noche. Dile que la he amado más que a nadie o a nada en el mundo. Y dile que los pocos años que estuvimos casados, y el tiempo todavía más breve que pasamos juntos, compensa todo el sufrimiento y la miseria que he vivido aquí. Dile que eso lo compensa todo» —el doctor Frankl dirigió su mirada al retrato de Tilly, se sacó las gafas y se pasó un pañuelo por los ojos. Lo guardó rápidamente y volvió a ponerse las gafas—. Siempre me pregunté qué fue de Otto. Teniendo en cuenta que con el tiempo me convertí en un personaje accesible...

—¿Quiere decir famoso? —dijo Roger sonriendo.

—Es más importante que mis ideas se divulgaran, ¿no le parece? Pero tengo que suponer que si Otto hubiese vivido me habría buscado. No soy optimista en el sentido de que pudiera haber sobrevivido, y le diré por qué. Meses después de mi liberación, me encontré a un hombre que había conocido en Kaufering y me dijo que, en calidad de policía del campo, había tenido que realizar la repulsiva tarea de encontrar un pedazo de carne humana que había sido robada de los cadáveres del campo. Parece que poco después de que me marchase hubo canibalismo en Kaufering.

Roger tragó saliva ruidosamente.

—Si me hubiese quedado, lo que en aquel momento parecía la vía de salvación, sin duda habría muerto. Me fui justo a tiempo.

—Así que en su esfuerzo por ayudar a otros ejerciendo de doctor en el campo siguiente, de hecho, se salvó a sí mismo —concluyó Roger sobre la marcha.

—Sí. ¿Acaso no sucede a menudo que uno se ayuda a sí mismo de la mejor manera cuando se propone ayudar a otro? Esto también nos demuestra lo veleidoso que puede llegar a ser el destino. Y me hace pensar en el cuento «Muerte en Teherán». ¿Lo conoce?

—No, me temo que no.

—Un hombre muy rico de Persia encontró a su criado desesperado porque había encontrado a la mismísima Muerte en el jardín. Le suplicó a su amo que le prestase su corcel más veloz para que pudiese irse en aquel mismo instante a Teherán y así esquivar la Muerte. El amo se lo concedió, pero al poco también él se encontró a la Muerte, que había entrado en su palacio. «¿Por qué has asustado de esa manera a mi criado?», le

preguntó a la Muerte. Y ésta le respondió: «No tenía ninguna intención de asustarlo. Pero me sorprendió verlo aquí, ¡cuando yo tenía previsto encontrarme con él esta noche en Teherán!». En los campos de concentración era exactamente así. Podías intentar ser más listo que la muerte, pero no siempre lo conseguías. De esto nos dimos cuenta casi todos, y esa constatación nos mantenía en un estado de constante temor por si tomábamos decisiones que pudieran cambiar nuestro futuro. Uno nunca sabía si serían para bien o para mal.

—Como ocurrió con los traslados —añadió Roger.

—Sí, pero con otros aspectos también. A menudo nos planteábamos si debíamos intentar una huida. Yo me planteé una vez esa posibilidad y esa decisión, y me gustaría contárselo.

»Naturalmente, llegaban todo tipo de rumores sobre la guerra y hacía ya tiempo que habíamos decidido ignorarlos. Pero era evidente que la línea del frente se aproximaba, y era un pensamiento esperanzador y muy tentador, como podrá imaginar. Bueno, pues sucedió que un colega que había tenido la oportunidad de salir del campo para cumplir con sus deberes de médico me dijo que organizaría un intento de fuga y que quería que lo acompañase. Decidí que sí. Por turnos forzamos un barracón que había servido para las mujeres y reunimos algunos víveres en mochilas. Volví a mi barracón y recogí mis pocas cosas: mi cuenco de comida, unos mitones y unos trozos de papel en los que había empezado a reescribir mi manuscrito. A continuación, hice una última y rápida ronda entre mis pacientes... en aquel momento el tifus hacía estragos en el campo, que estaban tendidos en los lados del barracón sobre tablas de madera podrida. Uno de ellos era un compatriota austríaco que percibió que estábamos tramando algo. “¿Usted también se va?”, me preguntó. Yo le dije que no y continué la ronda de visitas. Cuando terminé, volví a él. Esta vez sentí que me acusaba sin palabras, simplemente con una mirada desesperanzada en sus ojos hundidos. En aquel momento, el sentimiento de culpa que había sido sembrado en mí en el mismo momento en que decidí escapar, se convirtió en un instante en un roble enorme. Me precipité fuera y, después de discutir un rato, convencí a mi colega de que me quedaba. Al instante tuve una sensación de alivio. Sentí una paz interior y una satisfacción que jamás había experimentado, y tal vez no he vuelto a sentir.

—¿Como el momento en el que supo que se quedaría con sus padres en Viena en lugar de utilizar su visado para Estados Unidos?

—Sí, parecido. Pero puede que este sentimiento fuera todavía más profundo. En Viena el sentimiento estaba mezclado con más miedo, y eso que en aquel momento todavía no había comprendido con claridad lo que significaba quedarse. Por el contrario, en Turkheim, después de haber vivido todo lo que había vivido, y sabiendo que el final

estaba próximo, ya fuera por fallecimiento o por liberación, y consciente de mis enormes responsabilidades para con mis pacientes, este sentimiento de paz fue mucho más pleno y gratificante —el doctor Frankl hizo una breve pausa y luego dio un respingo—. Pero no piense que estaba tan satisfecho como para permanecer allí ni un solo minuto más de lo estrictamente necesario. Todo lo contrario. Si bien me sentí sereno tras mi decisión de permanecer junto a mis pacientes en lugar de abandonarlos en un intento de fuga, anhelé con más fuerza que nunca que llegara la libertad y que nos rescatasen. Tal vez el hecho de saber que un colega podía estar disfrutando ya de estas cosas, mientras yo seguía cautivo, hizo que se intensificase el deseo de ser liberado.

»Irónicamente, las condiciones del campo se hicieron más peligrosas que nunca a medida que la línea del frente se acercaba. Para empezar, también yo caí enfermo de tifus, enfermedad propagada por las ratas infestadas de chinches y de pulgas, pues llevaba tiempo conviviendo con ella y había atendido a muchos pacientes.

»Como había visto la evolución de la enfermedad, fiebre alta y delirio nocturno que con mucha frecuencia desembocaba en muerte, tenía datos suficientes para evitarla, y tomé la decisión consciente de hacerlo. Declaré la guerra a los delirios nocturnos resistiéndome al sueño con cada gota de fuerza que me quedaba. En gran parte pude hacerlo gracias a mi estado de profunda motivación, inducida sin duda por la fiebre, por reconstruir el manuscrito que me habían quitado cuando entré en el campo. De esta manera, conseguí un logro a partir de mi sufrimiento. No obstante, si bien uno puede dominar muchos aspectos de su vida, no es el dueño y señor de ella. Es decir, había un límite a lo que uno podía hacer para salvarse.

»En efecto, el último día trajo consigo tal vez el peligro más grave de todos para nuestra supervivencia.

CAPÍTULO 12

CUANDO ROGER MURPHY dobló la esquina en dirección al apartamento de los Frankl para reanudar su sesión matinal con el doctor, vio un poco de alboroto en la entrada del edificio.

En la calle estrecha que era Mariannengasse había un autocar aparcado justo frente a la puerta. Una mujer japonesa escudriñaba los nombres del interfono hasta que encontró el de los Frankl. Llamó dos veces.

Roger reconoció la voz de la señora Frankl.

—¡Buenos días! ¿Herr Murphy?

La mujer ni siquiera intentó descifrar lo que había dicho la señora Frankl, o relacionar el nombre de Roger con la cara de su titular, que se hallaba delante de ella y que la observaba.

—¡Buenos días! —dijo la mujer con voz sedosa y un acento muy forzado—. Somos un grupo de turistas japoneses y solicitamos audiencia con el doctor Viktor Frankl, con todos nuestros respetos, por favor.

Se produjo una pausa.

—¡Oh, cielos! ¡El doctor Frankl está ocupado! —dijo la señora Frankl, cuya voz era una extraña mezcla de disculpa e irritación—. Tiene una cita con un periodista norteamericano que durará todo el día, y mañana también. Le ruego que vuelva a llamar para pedir cita. ¡Lo sentimos mucho!

Evidentemente, la señora Frankl lo sentía.

Mientras tanto, los turistas, un par de docenas, habían bajado del autocar y pululaban por la acera y la calle tomando fotos del edificio y de su cicerone en la entrada de la casa. Ella los miró con expresión algo contrariada por haber bajado del autocar sin su permiso. Luego miró a Roger de arriba abajo, vio su bolsa de mano y ató cabos. Educadamente le hizo una ligera reverencia, aunque Roger percibió una mezcla de frustración y envidia. Se imaginó que se estaría preguntando quién demonios era aquel individuo que pasaba olímpicamente por delante de ella y acaparaba de tal manera a aquel gran hombre, que era además una atracción turística.

Roger se sintió, en efecto, un poco culpable mientras miró a la mujer, que emitía unos sonidos con los que supuestamente decía al grupo que volviera al autocar. Se sentía como si hubiese echado a todos los niños de Disneylandia para poder quedarse toda la diversión para él. No se animó a llamar al interfono de los Frankl hasta que el autobús dio la vuelta a la esquina. En aquel momento tomó plena conciencia de la magnitud de su

acceso a aquel personaje y de la amplitud del privilegio que se había prolongado toda la semana.

—Este tipo es una estrella de rock —se dijo a sí mismo.

—Doctor Frankl —empezó Roger—, le agradezco lo generoso que ha sido conmigo dedicándome todo este tiempo. Intentaré administrarlo bien hoy, y tal vez habremos terminado por fin

—Sí, tendríamos que acabar hoy. Espero haberle sido útil de algún modo. Pero tengo que decirle que estas horas pasadas con usted, y el hecho de hablar de todo esto, me han resultado muy terapéuticas. Hacía muchísimo tiempo que no rememoraba estas cosas.

Roger hizo una reverencia al estilo de la guía japonesa y puso en marcha la grabadora.

—Me estaba contando el peligro que amenazaba su último día en Turkheim.

—¡Podría haber sido perfectamente el último día de nuestras vidas!

»La línea del frente estaba próxima, y empezaron a desocupar el campo rápidamente con traslados masivos de prisioneros y de enfermos. Había órdenes de evacuar hasta al enfermo más grave y de prender fuego al campo aquella noche. Pero ¿sabe qué? Nunca aparecieron los camiones que tenían que evacuar a los enfermos. E incluso cuando hubieron vaciado el resto del campo, las puertas permanecieron cerradas y las vallas fuertemente vigiladas... ¡parecía que la orden era quemar vivos a los enfermos que quedaban en el campo de concentración! Bien, cuando tuvimos clara la situación, no había razón para no plantearse de nuevo tomar las riendas de nuestro destino y huir. Aunque nos permitieran escapar del inminente infierno, lo más seguro era que nuestros carceleros desearan vernos muertos para que no pudiésemos dar testimonio de sus atrocidades. Así que urdimos un plan.

»A dos de nosotros nos habían ordenado enterrar a dos cadáveres fuera del campo. ¡Éramos los únicos prisioneros físicamente capaces de realizar tanta tarea! Nuestro plan era: cuando saliésemos a enterrar el primer cadáver, esconderíamos en el ataúd la mochila de mi amigo. En la segunda salida, esconderíamos la mía. Y en la tercera, nos daríamos a la fuga. Mientras preparábamos el tercer viaje, mi compañero fue a buscar un trozo de pan que nos sostuviera después de huir. Hacía mucho rato que se había ido, por lo que empecé a impacientarme. Comencé a reconocer el sabor de la libertad, que durante tanto tiempo le había sido negado a mi paladar. Pero no volvía, no volvía.

»Finalmente, en el preciso instante en que apareció mi amigo, las puertas del campo se abrieron de par en par y entró un camión cubierto de cruces rojas. Había llegado la Cruz Roja Internacional, esta vez no para tragarse los engaños de los nazis, sino para ofrecernos un puente que nos devolviera a la civilización.

»El delegado nos dio cajas de medicinas y de cigarrillos y nos prometió que se había firmado un acuerdo y que al final el campo no iba a ser evacuado. Así, sin más, se había acabado... O eso pensábamos.

»Nos habíamos olvidado el tercer cadáver, así que fuimos a enterrarlo y uno de los vigilantes hasta rezó con nosotros. Evidentemente, se lo veía venir, y aquel vigilante pensó que cuando cambiaran los papeles y los carceleros se convirtieran en prisioneros, lo miraríamos con más cariño. En fin, no puede usted imaginarse con qué fervor rezamos por aquel cadáver, sabiendo que la paz, la libertad y la salvación estaban a la vuelta de la esquina. Nuestra alegría fue prematura.

»El delegado de la Cruz Roja se alojaba en una granja cercana. Y aquella noche aparecieron las SS con camiones y órdenes de transportar a todos los prisioneros a otro campo, desde el cual serían trasladados a Suiza en un plazo de cuarenta y ocho horas para ser intercambiados por prisioneros de guerra.

»Las SS también se comportaban más amablemente que antes, como el vigilante en el entierro. En lugar de atemorizarnos con látigos y porras, utilizaban palabras de ánimo y de persuasión para convencernos de que subiéramos a los camiones.

»Quedábamos trece hombres para subir en el penúltimo camión. Pero cuando el médico jefe terminó de hacer el recuento, mi amigo y yo, que ya no ocultábamos nuestras mochilas, no habíamos sido nombrados, y el camión se fue.

»Estábamos indignados; el médico se disculpó diciendo que pensaba que íbamos a huir, y que estaba muy cansado y distraído.

»Bueno, nos sentamos y esperamos a que llegara el último camión hacia la libertad. Nunca llegó.

»Finalmente, exhaustos y deprimidos después de aquella montaña rusa emocional en la que habíamos montado, invadimos la habitación vacía de los vigilantes y dormimos profundamente en sus colchones.

»Me despertaron el ruido de los disparos y las ráfagas de una feroz batalla que se libraba encarnizadamente fuera del barracón y en todo el campo. ¡Había llegado la línea del frente! El jefe médico irrumpió en el barracón y nos dijo que nos pusiésemos a cubierto en el suelo. Cuando lo obedecí, un paciente de la litera de encima aterrizó en mi estómago, asegurándose de que la batalla captara toda mi atención.

»Cuando amaneció y había menguado la intensidad de los enfrentamientos, miramos fuera y vimos una imagen de lo más peculiar: habían izado una bandera blanca en el mástil del campo, agitada por la brisa de la mañana —el doctor Frankl se inclinó hacia delante—. Y mire, no teníamos ni idea de cómo el destino había jugado con nosotros aquella noche. Al cabo de muchas semanas, vi fotografías de un campo no muy lejos del nuestro en el que habían encerrado a los prisioneros en un barracón y les habían

prendido fuego. Los cadáveres no estaban tan carbonizados como para que no pudiera reconocer que eran los hombres que habían subido en aquel penúltimo camión en el que mi amigo y yo habíamos anhelado subir aquella noche. ¡Una vez más, nos habíamos librado de la muerte por los pelos, convencidos como estábamos durante todo el tiempo de que lo que se nos escapaba de las manos era la vida y la libertad!

Roger sacudió la cabeza manifestando su asombro.

—Pura suerte —dijo.

—Tal vez —añadió el doctor Frankl—. O quizá sólo casi pura.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda cuando estaban cargando el último camión con prisioneros y pacientes y mi amigo y yo deseábamos desesperadamente ser uno de ellos, pero el jefe médico no nos incluyó en la lista?

—¿Me está diciendo que el jefe médico los dejó en tierra a propósito? ¿Que sabía que aquél sería un viaje funesto?

—No estoy diciendo eso, sólo sugiriendo la posibilidad de que hubiese ocurrido. Decirlo sería muy pretencioso por mi parte, y le haría a uno preguntarse por qué él participaba en aquel traslado, si pensaba que era un traslado sentenciado desde el principio. Pero eso sería injusto, porque sé, por haber estado allí, que el jefe médico no tenía más alternativa que hacer lo que ordenaban los guardias. Y, a fin de cuentas, siempre cabía la posibilidad de que fuera, tal como los guardias habían dicho, un intercambio de prisioneros de guerra con los aliados. Lo único que sugiero es que si el jefe médico sospechaba mínimamente el verdadero destino del camión, puede que nos librara a mi amigo y a mí deliberadamente. Pero es un punto discutible; en cualquier caso, me salvó la vida.

—Sí, pero Herr Doctor, si me permite el atrevimiento...

—Adelante, Herr Murphy.

—Ha explicado muchas veces que otras personas le salvaron la vida. Sospecho que está siendo demasiado modesto. ¿No se podría decir que usted también salvó muchas vidas?

El doctor Frankl sonrió levemente.

—Si este argumento se sostiene, se lo dejo a otros como usted para que lo defiendan. Desde luego, no me corresponde a mí decirlo. No obstante, esto me recuerda uno de los momentos más luminosos, al principio de mi cautiverio, un momento en el que, como usted sugiere, puede que hubiera aumentado las posibilidades de supervivencia de algunos de los que me rodeaban.

»Había sido un día especialmente negro. Nuestros carceleros habían aplicado medidas muy duras a los prisioneros por un motivo tan trivial como haber cortado unos trocitos de las mantas para vendarnos los tobillos. ¡Nos amenazaban con ahorcarnos por

crímenes tan graves como aquél! ¿Puede creerlo? Y por un robo de patatas que se había producido el día anterior, no nos dieron comida en todo el día. Imagine lo irritable y desmoralizado que tiene que sentirse un hombre muerto de hambre cuando le dicen que las escasas migajas de comida que tanto anhelaba no le serán repartidas. Añada a esto el hecho de que aquella noche se fue la luz en el barracón. Éramos un atajo de miserables, un rebaño de bestias muertas de hambre y abatidas. Bien, pues el jefe del barracón me pidió que les levantara la moral. ¡Qué presión! Desde luego, no estaba mejor que ellos, ni física ni emocionalmente. No tenía ningunas ganas de salvar el mundo. Tenía mis propios problemas, mi lucha por sobrevivir. Pero también me di cuenta de que, si me pedían ayuda, era mi solemne obligación ayudar. Así que hablé a los hombres hacinados en nuestro barracón de tierra lo mejor que pude.

»Tal vez ya le haya dicho que los prisioneros que andaban de un lado para otro sembrando un optimismo ciego y crónico, eran en mi opinión los más difíciles de tratar. Yo prefería la patada ocasional o el puñetazo en la cabeza de un capo o de un SS, que los constantes desvaríos de inconsciente optimismo. Es decir, que yo jamás me habría prestado a eso, y menos que nunca aquella noche.

»Sin embargo, empecé diciéndoles una verdad absoluta que era casi imposible de creer en aquel momento concreto: que las cosas podían haber ido mucho peor. Aun viviendo en la más abyecta pobreza y habiendo sufrido indeciblemente, les recordé que en realidad no habían perdido nada de lo que es irremplazable. Las cosas materiales, la posición, las relaciones... todas las pérdidas que habían sufrido todavía podían recuperarse algún día. Aquello era indiscutible. Y, a fin de cuentas, mientras hay vida, hay esperanza. Cité a Nietzsche: "*Was mich nicht umbringt, macht mich stärker*", es decir, todo lo que no acaba conmigo me hace más fuerte. También les hablé del futuro, honradamente y sin rodeos. Les confesé que mis propias posibilidades de sobrevivir no iban más allá de 1 sobre 20, y que no estaba intentando engañarlos, ni a ellos ni a mí mismo. Pero dejé claro que no tenía ninguna intención de rendirme. Les recordé que no había manera de saber qué nos depararía el futuro, ni siquiera lo que podía pasarnos en la hora siguiente.

»Y luego les hablé del pasado. Les aseguré que su sufrimiento no había sido en vano. Ni una sola cosa de las que habíamos soportado había sido para nada. Y todo lo que habíamos vivido —incluido lo que habíamos pensado o soñado— había sido una creación nuestra, había cobrado vida gracias a nosotros. Nadie más podía haber generado los elevados pensamientos o soportado el sufrimiento espantoso que nos había tocado vivir. El sufrimiento de cada ser humano, el pensamiento de cada ser humano es único.

»Y más aún, les dije que todas aquellas experiencias que habíamos aguantado y los pensamientos que habíamos generado se hallaban a buen recaudo en el pasado. Cité a un poeta que escribió: "*Was Du erlebst, kann keine Macht der Welt Dir rauben*", lo que has

vivido, ningún poder de la tierra podrá arrebatártelo.

El doctor Frankl dejó de hablar un momento, con la mirada fija en Roger.

—Herr Murphy, tome nota de este fenómeno, pues creo que tiene una aplicación muy importante en el mundo actual, que se mueve a un ritmo vertiginoso, en el que parece que todo pasa tan deprisa, incluso el tiempo mismo. No sabe la cantidad de veces que mis pacientes me dicen: «Pero, doctor, todo se acaba tan rápidamente. ¿Qué puede significar eso?». Bien, pues se lo acabo de decir: al hacer algo, o experimentar algo, lo guardas a buen recaudo en el pasado, donde queda inalterable para siempre —y añadió casi gritando—: ¡Es lo contrario de la provisionalidad de la vida, Herr Murphy! ¡Estoy hablando de algo que es para siempre!

»Pero me estoy desviando del tema. Por último, les hablé de dos cosas. La primera, la cantidad de oportunidades que uno tiene, incluso en un entorno como el nuestro, para buscar el sentido de las cosas. Creo que es esta idea concretamente la que lo llevó a usted a conocerme ¿no? —Roger asintió y sonrió—. Les dije a mis compañeros que lo desesperado de nuestra situación no tenía nada que ver, nada, absolutamente nada, con que no tuviese sentido. Nuestra lucha, como todos los esfuerzos y toda vida humana, no sólo tenía sentido, sino que además estaba cargada de dignidad. Y los únicos que podíamos ocuparnos de esa dignidad y de ese sentido o protegerlos para la posteridad éramos nosotros. Sólo nosotros podíamos hacerlo.

»Les recordé que en aquel mismo momento había alguien, ya fuera un ser querido o un Dios, que observaba nuestras dificultades ¡y que no podíamos decepcionarlos! Sin duda esperaban de nosotros que sobrelleváramos el sufrimiento no sólo con un orgullo y una dignidad impropios del entorno que nos rodeaba, sino también, en caso necesario, que muriésemos de la misma manera.

»En segundo lugar les hablé de nuestro sacrificio y de su sentido. Y les conté la historia de un prisionero que en cuanto llegó al campo hizo un pacto con el cielo para que su muerte sirviera para salvar la vida de un ser querido. Pidió sacrificar su vida a cambio de la de una persona a la que amaba. ¿Acaso un ser humano puede pedir mayor sentido que éste?

Viendo que el doctor Frankl había acabado de narrar su relato, Roger quiso saber:

—¿Cómo recibieron su discurso, doctor?

La breve sonrisa desapareció del rostro de su interlocutor.

—Herr Murphy, cuando volvió la luz, mis camaradas se levantaron y se acercaron renqueando a darme las gracias con lágrimas en los ojos. No puedo imaginar un momento más conmovedor que aquél.

«Qué ironías tiene el destino —pensó Roger—. Un personaje que ha dado conferencias por todo el mundo, que ha ocupado el centro de la atención pública durante

décadas, puede que haya vivido su momento más glorioso y que haya realizado su ejecución más brillante a oscuras ante un grupo de prisioneros desmoralizados en un campo de concentración».

—Herr Doctor —preguntó Roger finalmente—, cuénteme cómo fue su liberación.

El doctor Frankl suspiró y se restregó la cara. Se sacó las gafas y se frotó los ojos, como si le dolieran. Volvió a ponérselas y se pasó la palma de la mano por el pelo, desde la frente hacia la coronilla.

—Herr Murphy... —empezó el doctor, pero se interrumpió. La incertidumbre estaba matando a Roger. No tenía ni idea de lo que saldría de la boca del doctor Frankl a continuación—. Imagine por un momento que tiene un deseo. Un deseo muy ferviente. Imagine que su deseo es tener... —volvió a callar—. Imagine que su deseo es poseer este escritorio. Desea esto más que nada en el mundo. Durante años lo ve en el escaparate de una tienda, y durante años desea hacerlo suyo y ponerlo en su estudio. Pasan unos años y empieza a pensar que su deseo nunca se hará realidad. Hasta tal punto que, cuando pasa por la tienda en cuyo escaparate está el escritorio, ya ni lo ve. Se olvida de que está allí. Se olvida incluso de cómo es. Y entonces un día, cuando menos se lo espera, aparece en medio de su habitación. ¿Qué pensaría usted?

Roger parpadeó, miró el escritorio, volvió a parpadear y miró al hombre que había sido prisionero.

—Se lo diré yo. No te lo crees. Lo miras durante horas. Caminas alrededor de él, lo vigilas desde todos los ángulos posibles. Lo acaricias... con mucho cuidado, porque no acabas de estar seguro de que es real.

»Una vez aceptas su realidad, piensas que van a quitártelo. Si no llama nadie a la puerta ni aparecen unas personas que se lo llevan, aceptas que está ahí. En ese momento el dilema es simple: tienes que recordar para qué sirve.

»Puede que usted piense que salimos como locos de alegría a los campos contiguos cuando abrieron las puertas del campo de concentración. Que estábamos eufóricos con nuestra libertad recién estrenada. La verdad es que salimos de puntillas a ese nuevo mundo, un mundo que nos había sido negado tanto tiempo, que nos habíamos olvidado de su textura. Nos alejamos algunos pasos y nos miramos maravillados. Ni gritos, ni golpes, ni patadas. De hecho, los guardias estaban allí, pero iban vestidos de civiles y nos ofrecían cigarrillos. ¿Se lo imagina?

»Caminamos y caminamos y caminamos, aunque nuestras piernas se nos rebelaban abiertamente. Vimos campos de flores, oímos el canto de los pájaros. Pero teníamos la extraña sensación de que ya no pertenecíamos a aquel mundo. Era extraño, pero sentíamos muy pocas cosas.

»Cuando volvimos al barracón por la noche, un prisionero le preguntó a otro: “Dime,

¿te ha gustado la experiencia de hoy?”. Y el otro respondió: “Para ser franco, no”, y expresaba el sentir general.

»Padecíamos lo que yo denomino el equivalente psicológico de los aeroembolismos, la enfermedad de la descompresión. Éramos como los submarinistas que han estado bajo el agua a mucha presión, en nuestro caso, una presión mental y emocional intensísima durante varios años. Y en aquel momento, al desaparecer aquella presión de golpe... bueno, ¡corríamos verdaderamente un grave peligro! Sin duda, el cuerpo se adaptó mucho más deprisa a aquel cambio inopinado. Después de años pasando hambre, empezó a devorar inmediata y vorazmente enormes cantidades de comida... de veras, se quedaría pasmado.

Roger levantó la mano indicando que iba a interrumpir.

—Doctor, ¿cuál era su estado físico en aquel momento?

El doctor Frankl sonrió.

—¡En el momento de la liberación había engordado bastante! La aguja de la balanza señaló 38 kilos, 84 libras en su sistema de peso. Las medicinas que habían llegado me bajaron la fiebre. Tenía un ritmo cardíaco irregular, edema provocado por la desnutrición y tres dedos congelados. Todo eso tenía remedio, con el tiempo. Y el cuerpo tiene mucha más capacidad de recuperación de lo que pensamos. Pero la mente es más recelosa, desconfiada e incrédula. Desde luego, la lengua no tiene ninguna inhibición, ni problemas en aprender el sentido del gusto. Pero la mente aprensiva no se fía tanto.

»Tiene que recordar que la mente había visto sus esperanzas hechas pedazos una y otra vez. En ocasiones por circunstancias externas, como los rumores infundados de liberación, y otras por factores internos: los sueños incesantes de liberación y los festines y conversaciones que tendrían lugar después. Y cada día esos sueños quedaban hechos trizas cuando oíamos el sonido estridente del silbato matinal. Bueno, comprenderá usted que la mente queda programada para no creer lo que el cuerpo está viendo, saboreando, oliendo o tocando. Así pues, tuvo que pasar un tiempo para que nuestra mente aceptase nuestra recién estrenada realidad. Tal vez le sorprenda oír que, una vez aceptada, la nueva realidad no nos provocase necesariamente una gran alegría. Nunca olvidaré cuando uno de mis compañeros, una bellísima persona, se arremangó y me puso la mano delante de la barbilla gritando: “¡Que me corten esta mano si no la mancho de sangre el día que vuelva a casa!”.

»Igualmente, podías ver que, una vez liberados, algunos prisioneros serían muy susceptibles de repetir la clase de conductas brutales que ellos mismos habían padecido. En efecto, arremeterían contra la vida por lo que les había hecho.

»En una ocasión paseaba con un amigo de camino hacia el campo de concentración cuando nos encontramos con un campo cubierto de espigas de avena. Yo tuve el reflejo

automático de no pisarlas, pero mi amigo me agarró por el brazo y me empujó, obligándome a atravesarlo con él, mientras decía: “Después de todo lo que nos han hecho, mi mujer y mi hijo muertos en las cámaras de gas, ¿vas a prohibirme que pise un puñado de espigas de avena?”.

»En aquel momento me di cuenta de que teníamos que volver a aprender muchas cosas sobre el ser humano. Como nos había revelado la amarga experiencia que habíamos tenido el día después de la liberación, nos habíamos olvidado de lo que era estar contentos. En aquel campo de avena, mi amigo demostró que alguien debía recordarnos que nadie tiene derecho a hacer daño, aunque le hayan infligido los males más terribles.

»Necesitábamos tiempo para hacer ejercicio de introspección. Tiempo para aceptar no sólo lo que nos había sucedido, sino también el hecho de que felizmente ya formaba parte del pasado, aunque fuese de manera bastante inesperada. Y no todos nos tomamos ese tiempo.

»Poco después de la liberación y antes de nuestro traslado a casa, caminaba hacia un pueblo cercano entre campos llenos de flores y de pájaros. Anduve y anduve. Y cuando me detuve, miré alrededor y después hacia el cielo. Caí de rodillas. Y luché internamente con el hecho de que ya no sabía ni quién era ni cómo habría cambiado a resultas de lo que me había sucedido. Pero una frase retumbaba en mi cabeza:

«Llamé al Señor desde mi estrecha prisión y él me respondió desde un espacio de libertad».

El doctor Frankl se apoyó suavemente en el respaldo de su silla.

—Sentado hoy delante de usted, Herr Murphy, puedo decirle que en aquel momento, de rodillas en un prado, empecé mi nueva vida. No tenía ni idea de adónde me llevaría. Pero en aquel mismo instante inicié mi larga marcha con destino a Viena. Y hacia la recuperación de mi humanidad.

—No suena nada fácil, doctor.

—No. Fue como aprender a caminar otra vez. Y ojalá pudiese decirle que no hubo tropiezos a lo largo del camino. Pero sí los hubo.

Las puertas blancas se abrieron de par en par, indicando que ya era hora de hacer una pausa. La señora Frankl protegía mucho a su marido. Sin necesidad de palabras, Roger recogió sus cosas, las metió en su bolsa y se dirigió a la puerta, donde ella lo esperaba sonriente. Se volvió un momento y vio al doctor Frankl de pie mirando por la ventana, a un tiempo muy muy lejano.

CAPÍTULO 13

LA PUERTA DE LOS FRANKL se abrió de golpe y lo que vio Roger estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—¡Buenas tardes, Herr Murphy! —le saludó el doctor Frankl abriendo él mismo la puerta de la casa—. He pensado que esta tarde podríamos disfrutar de la primavera de Viena dando un paseo. ¿Le importa?

—Me encantará —respondió Roger, aspirando el olor a privilegio de lo que le acababan de ofrecer.

Mientras el doctor Frankl se preparaba para salir y cogía una chaqueta y cuando después se encaminaron tranquilamente al ascensor que los llevaría abajo, Roger pensó en la naturaleza histórica del hombre que caminaba a su lado. Y se preguntó por qué la fama se repartía de forma tan dispar. Al fin y al cabo, si hubiese tenido el honor de irse a pasear con Sigmund Freud, habría impresionado a todos sus amigos. Pero si ahora volviese y contase el tiempo que había pasado con el doctor Frankl, tal vez sólo el doctor Mike Mahoney se mostraría entusiasmado.

Roger no iba a plantear al doctor Frankl esta cuestión acerca de su fama. Podría resultarle impertinente. Y pensó que probablemente fuera mejor reservar aquella pregunta para que la respondiese otra persona. Sin duda, entre los iniciados, el doctor Frankl era una figura célebre, hasta podría considerarse una atracción turística, como bien había visto Roger cuando aquellos japoneses comparecieron sin avisar. Pero aun gozando de cierta fama, incluso siendo como una estrella de rock para algunas personas, Roger pensaba que el doctor Frankl era curiosamente anónimo y poco conocido, lo que le producía una gran tristeza.

Empezaba a convencerse de que aquel anonimato era un crimen contra la humanidad.

—A esta vía peatonal —dijo el doctor Frankl señalando al otro lado de la calle el paseo flanqueado de árboles en el que Roger había leído *El hombre en busca de sentido*— le han puesto mi nombre —Roger vio efectivamente una placa en la pared del arco que daba acceso a un gran patio público—. Le muestra lo que puede suceder si uno vive en el mismo lugar el tiempo suficiente —añadió riéndose.

Ahí estaba la clave de la escasa fama del doctor Frankl, pensó Roger: su modestia, que a veces se manifestaba en un humor autopeyorativo.

Mientras caminaban en dirección a un banco y la brisa tibia de primavera hacía que las sombras de los árboles danzasen sobre la hierba verde, Roger sacó la grabadora.

—Doctor, ¿le importaría contarme cómo se fue adaptando a la vida después de haber

estado en los campos de concentración?

Se detuvieron en un banco de madera y se sentaron. El doctor Frankl apoyó las manos en los muslos y suspiró.

—Diría que básicamente hubo tres retos emocionales. El primero, los sentimientos hacia los carceleros. Es innegable que entre los vigilantes había lo que yo llamaría «auténticos sádicos». Experimentaban verdadero placer infligiéndonos dolor, no sólo apaleándonos brutalmente, sino con pequeños detalles, como por ejemplo dar una patada a un fuego que nos calentaba en medio de la nieve y apagarlo sin otra razón que la de hacernos daño. ¡Y luego sonreían! Te helaban el alma. Pero tampoco podemos hacer dos grupos, el de los guardias y el de los prisioneros, y decir que los primeros eran el diablo y los otros eran los buenos. ¡En absoluto! ¡Uno de los nuestros que hacía las veces de encargado del campo era más duro con nosotros que cualquiera de los vigilantes! Por el contrario, el comandante del campo, que era miembro de las SS, nunca nos tocó un pelo, que yo sepa. Y este comandante, que se llamaba Hoffman, cuando entramos en Turkheim se mostró completamente horrorizado del estado en el que nos habían trasladado desde Kaufering. Le pareció un escándalo. Bien, pues tras la liberación fue increíble que nosotros, los prisioneros, ocultásemos a aquel comandante de las SS en el bosque hasta que los norteamericanos nos prometieron que no le harían daño. Así lo hicieron, y de hecho, le permitieron supervisar la recogida de ropa que se organizó en los pueblos circundantes para vestir a los prisioneros. Años después, cuando convocamos una reunión de prisioneros, me habría gustado invitarlo. Pero, lamentablemente, había muerto poco antes. Y un sacerdote me dijo que siempre lo había torturado el hecho de haber participado en el campo. Y sin embargo, pude haberle dicho que había sido un hombre íntegro.

»Así pues, mire usted, la bondad humana no lleva un vestido determinado, ni habla un idioma concreto, ni tiene un acento específico. Llega vestida con cualquier uniforme, en todas las formas, medidas, colores y voces de los seres humanos.

—¿Y los otros dos retos emocionales?

—La amargura y el desencanto. Y no estoy hablando de las experiencias de los prisioneros en los campos de concentración, sino de las circunstancias de su nueva vida una vez en casa.

»Te llenabas de amargura cuando te encontrabas con una actitud, ¿cómo le diría?... displicente hacia el sufrimiento propio. Llega uno a casa, con toda su carga emocional a cuestas, y lo mejor que se le ocurre decir a la gente del lugar es: “¡Nosotros no sabíamos nada!”, o bien: “¡Créeme, nosotros también hemos sufrido!”. Era algo completamente inoportuno en nuestra situación, ¿entiende? Fuera de toda proporción con el inenarrable peso de la angustia y la agonía de los que habían sido prisioneros en los campos. En

aquellos momentos, al ver que la gente se mantenía imperturbable, impasible e impertérrita frente a aquella pesadilla, era natural que nos invadiera la amargura. “Y ¿para qué he pasado por todo esto, si no le importaba un comino a nadie?”, era el sentimiento que te acometía. Y era muy dominante.

»El desencanto aparecía tal vez derivado en gran parte de esta amargura. Pero es un sentimiento diferente. En lugar de ir dirigido a las personas, el desencanto del que hablo se refería al propio destino: después de haber sufrido tanto, los invadía el desencanto cuando veían que aún les quedaba por sufrir. Y no olvidemos que, a pesar de que aquella noche en el barracón a oscuras los animé a agarrarse a alguien o a algo que los esperaba en el futuro, la tragedia para muchos fue que no encontraron nada, al menos de entrada. En algunos casos, los seres queridos que habían tenido presentes durante su calvario habían fallecido o estaban en paradero desconocido.

»¿Puede imaginarse lo que es subirse a un tranvía y bajar en la parada de tu casa, donde crees que un ser querido está esperándote, y encontrar a un extraño que abre la puerta de lo que fue tu hogar? No creo que nuestras esperanzas, nuestros sueños al salir de los campos de concentración, fueran poco razonables: volver a una vida que se pareciese a la que nos habían arrancado. ¡Ni siquiera teníamos la esperanza de ser felices, ni contábamos con ello! No era uno de nuestros objetivos. Sólo deseábamos una vida que considerásemos normal. Nada más. Pero, si bien muchos hombres estaban preparados para no aspirar a la felicidad, me entristece decir que no estaban mentalizados para lo que les esperaba: la infelicidad. Ésa es la razón por la que hablo de desencanto — concluyó el doctor Frankl con un profundo suspiro.

—Parece tan irreal, estando aquí sentados... —comentó Roger.

—Yo lo viví, Herr Murphy, y también me parece irreal. Para muchos prisioneros llega un día en el que parece que todo ha sido una pesadilla. Pero lo vivimos. Y a muchos los mató. —Roger dejó un momento de silencio, hasta que el doctor volvió a hablar—. Pero tal vez mayor que todos estos peligros y sentimientos negativos es la conciencia de que, después de todo lo que ha sufrido, al superviviente de un campo de concentración ya no le queda nada que temer, salvo a su Dios. Desde entonces, si me sucede algo malo durante el día, muchas veces me arrodillo y le doy gracias a Dios... sí, de hecho se lo agradezco, porque no me haya pasado nada peor. Vivir un infierno te da una perspectiva distinta de lo que es el Cielo y la Tierra, amigo mío.

Roger asintió.

—¿Y a usted qué le esperaba, doctor?

—¿Qué me esperaba a mí? —repitió el doctor Frankl con una leve sonrisa—. No pude regresar a Viena de inmediato. Aunque me liberó el ejército de su país, la parte oriental de Austria estaba bajo el control de los rusos y las fronteras estuvieron cerradas durante

meses. Durante un tiempo, los norteamericanos me enviaron a trabajar a un hospital no lejos de Turkheim. El hospital había sido destinado a lo que los soldados norteamericanos denominaban «DP», es decir, personas desplazadas. Era un trabajo gratificante, pero yo estaba completamente desesperado por saber el paradero de Tilly y de mi madre, y no había noticias de ellas. Finalmente renuncié a mi puesto y dejé el hospital en buenas manos, les aseguré a mis amigos norteamericanos, y me fui a Múnich a vivir con la familia de una enfermera. Estaba más cerca de casa y me permitía buscar el paradero de mis seres queridos. Pasé allí el verano, esperando recibir alguna noticia, viendo imágenes espantosas en los noticiarios cuando iba al cine, y escribiendo. También me pidieron que diera charlas radiofónicas en Radio Múnich sobre la psicología de la Europa de la posguerra. Disfruté enormemente de aquella actividad y pensé que tal vez podría regresar algún día, si las cosas no me iban bien cuando volviese a Viena. El último día que estuve en Múnich, antes de poder ir por fin a Viena, recibí la tan esperada noticia sobre mi madre. Había muerto en las «duchas» de gas de Birkenau, inmediatamente después de su traslado allí, pocos días después de que yo llegase. Ella junto con un millar de hombres, mujeres y niños. Todos desnudos y juntos.

Una vez más, el doctor se quedó perdido en el pasado remoto.

—Lo siento —fue lo único que pudo ofrecerle Roger.

—La vida no me permitió hacer lo que había deseado, besar la orla de su manto. Pero tenía su bendición, y me ha acompañado hasta el día de hoy. Y eso es mucho —alzó la vista y miró a los árboles, que danzaban al ritmo del viento. Sin bajar la mirada, prosiguió—. Al enterarme de la espantosa muerte de mi madre volví a sumergirme en las profundidades de lo que el alma y el corazón de un ser humano pueden soportar. Qué ironía haber sido liberado por fin y sentir como si no pudiese seguir adelante. Pero adelante seguí de todos modos, en un camión del ejército lleno hasta los topes, en dirección a Viena y a un futuro incierto y aterrador.

»Llegamos a la Rathausplatz, la plaza del Ayuntamiento de Viena, y salté del camión, sin tener ni idea de adónde ir o qué hacer. Alguien me sugirió ir al Altersheim, la residencia y hospital judío al que habíamos enviado a los pacientes mentales para librarlos de los campos de concentración.

»Naturalmente, Viena estaba casi en ruinas una vez acabada la guerra. Muchos de nuestros edificios más valiosos habían sido diezmados por los bombardeos. Y la única forma de ir de Rathausplatz a Altersheim era caminar un largo trayecto. La gente que gestionaba la residencia fue muy amable conmigo y me ofreció comida y una cama. Pero la cama estaba infestada de chinches, y aunque era mejor que la vida del campo de concentración, no fui capaz de quedarme allí. Pero al día siguiente, justo antes de marcharme, llegaron noticias de mi mujer. Estaba viva cuando liberaron el campo de

Bergen-Belsen... pero murió poco después.

Esta vez, Roger ni siquiera le expresó sus condolencias. Su silencio parecía transmitirle más su sentir.

—Fueron sus aliados británicos los que liberaron Bergen-Belsen. Parece que encontraron con vida a unos 60.000 prisioneros, que vivían rodeados de cadáveres en descomposición, tal vez miles de ellos. Muchos de aquellos que seguían con vida no sobrevivieron a la liberación. Murieron de desnutrición, enfermedad o ambos. Mi Tilly fue una de ellos —dijo el doctor Frankl, bajando por fin la cabeza—. La ironía del caso es que era mucho más joven que yo y le había confesado a una amiga su temor de que yo no sobreviviera en los campos de concentración, por ser mayor y de salud frágil. Durante todo el tiempo estuve convencido de que su juventud y el hecho de resultarle útil a la maquinaria de guerra del Tercer Reich en virtud del trabajo que realizaba la mantendrían con vida, teniendo en cuenta la cantidad de suerte y de providencia que todos los supervivientes necesitaron.

Roger dudó si interrumpir o no en aquel momento del relato, pero decidió hacerlo, con toda la delicadeza y el respeto de los que fue capaz.

—Herr Doctor, me imagino que recibir sucesivamente y en tan poco tiempo la noticia de la muerte de su madre y de su mujer fue una prueba tan dura como cualquiera de las que los alemanes le impusieron en los campos.

—Creo que tiene razón, Herr Murphy. Puso a prueba mis ganas de vivir, algo que ni las peores condiciones físicas de los campos habían conseguido. En aquel momento sabía que las dos vidas que habían mantenido la mía durante mi cautiverio habían sido segadas. Le confieso, Herr Murphy, que llegado a ese punto simplemente deseé no existir. Era un sentimiento espantoso del que me había librado casi siempre durante mi cautiverio. Afortunadamente, mis buenos amigos de Viena se dieron cuenta e hicieron lo que pudieron para protegerme. Al ver el vacío de mi alma temían tanto por mi vida como cuando desaparecí todos aquellos meses, que se convirtieron en años.

»El profesor Potzl fue tan amable y delicado como todos, pero aquel mismo día acababa de perder su puesto de jefe de psiquiatría en la Clínica Universitaria, por haber sido miembro del partido nazi. El doctor Tuchmann me llevó a ver al doctor Bruno Pitterman, al que conocía de antes. Éste me dio una máquina de escribir y casi me obligó a rellenar una solicitud para el departamento de neurología del Hospital Policlínico. ¡Conseguí el trabajo y estuve de jefe allí hasta 1970! Por lo demás, volqué mi torbellino de sentimientos en mi amigo Paul Polak. Salimos a su terraza y mis emociones estallaron. Lloré y lloré y me desahugué completamente explicándole todo. Él fue muy comprensivo. Y para él fue muy importante escucharme. Yo lo necesitaba desesperadamente. Al no tener a nadie y cuestionar mi propia existencia, me encerré en mi trabajo. Contraté a tres

estenógrafas, que trabajaban por turnos. Las palabras salían de mi boca a borbotones hasta que, de vez en cuando, me dejaba caer en un sillón y sollozaba. Había tomado la decisión consciente de vivir, aunque solo fuera para sacar aquel libro de mi organismo antes de morir. Pero, a pesar de mi abatimiento, había algo en mí que me hablaba de vida, no de muerte. Aun en mi desesperación, y mientras la compartía con mi amigo Paul Polak, le dije que mi sufrimiento tenía que tener algún sentido. Sentía que había algo esperándome, que mi destino me reservaba una tarea que todavía no era capaz de ver. Me agarré a aquel sentimiento, puesto que era lo único, junto con mi libro, que me mantenía vivo.

—La escritura lo ayudó a salir...

—Supongo que puede expresarse así. Eso y mis amigos. Fíjese, al poco tiempo, Pitterman me hizo firmar un papel en blanco y utilizó aquella firma para hacer una solicitud de trabajo para mí. Resultó que pude optar entre la dirección del hospital mental de Steinhof, donde había trabajado antes de la guerra, y ser jefe del departamento de neurología en la Policlínica, que era una clínica de la ciudad situada cerca de donde estamos ahora mismo sentados. Elegí la Policlínica porque la burocracia de Steinhof era muy frustrante. ¡No estaba para aguantar aquellos problemas! Pero no empecé a trabajar en la Policlínica hasta el mes de febrero de 1946. A finales de 1945 concentré toda mi atención en la publicación de mi primer libro, *Ärztliche Seelsorge*, que se tradujo al inglés con el título *The Doctor and the Soul*. Y cuando mis amigos me pidieron que escribiera más cosas sobre mis vivencias en los campos de concentración, me puse a escribir *El hombre en busca de sentido*. ¡Lo dicté en sólo nueve días! Yo creía que aquel libro tenía que publicarse de forma anónima. Pensaba que una obra así no tenía que servir para que el autor adquiriese prestigio o fama literaria, sino para demostrar, a través de las vivencias gráficas de un alma anónima en un campo de concentración, la idea de que la vida tiene sentido incondicionalmente, aun en las peores circunstancias. Pero mis amigos insistieron y al final cedí y en las siguientes ediciones figuró mi nombre en la cubierta. Pero en la primera edición, en alemán, sólo aparece mi nombre en la página del título. ¡Lo pusimos en el último minuto! La primera impresión fue sólo de 3.000 ejemplares. La segunda, de unos 1.000, no se vendió nada bien. Pero, bueno, me consolaba el hecho de que la gran obra del doctor Freud sobre psicoanálisis, con una primera edición de 1.000 ejemplares, ¡no se agotó hasta al cabo de diez años!

—Y ahora —añadió Roger— su libro, que es sólo uno de los muchos que ha escrito, ha vendido millones de ejemplares y atrae autocares de turistas japoneses hasta la puerta de su casa. Qué ironía, doctor, que un libro que tenía la intención sincera de ser anónimo, se haya convertido en su libro más famoso, y, a decir de todos, en una de las obras más influyentes de nuestro tiempo.

—No se me escapa la ironía del asunto, pero gracias por señalarlo, Herr Murphy. No obstante, esto no tiene que enaltecer de forma alguna mi aportación. De lo que se trata aquí, sencillamente, es de que uno puede lograr el éxito, y más, sin pretenderlo. De hecho, cuanto más buscas el éxito, menos probabilidades tienes de obtenerlo. La vía más rápida al éxito es olvidarse de él, y simplemente entregarse por entero a una causa o a una persona que es más grande que uno. Al igual que ocurre con la felicidad, el éxito no puede ser tu objetivo. Si lo es, te lo pierdes. Ambos tienen que ser meros efectos colaterales de lo que haces con otros fines —el doctor se quedó en silencio, observando a un niño que se había caído patinando y había vuelto a levantarse, para caerse de nuevo al poco—. A propósito, vamos a definir claramente lo que entiendo por éxito, Herr Murphy. Creo que casi todo el mundo lo define en términos económicos y materiales. Le aseguro que yo no. Ha visto mi casa. Es la misma, exactamente la misma, que adquirí cuando regresé de los campos de concentración. Aún más, el mobiliario y los enseres son prácticamente los mismos. La verdad es que no me interesan las cosas materiales. No las considero importantes, salvo dos o tres, como el Hombre doliente y otras, que tienen un significado especial. Pero tienen sentido no por su valor económico o por el precio que pagué por ellas. Le contaré una historia que ilustra qué entiendo yo cuando hablo de éxito: un día vino a visitarnos un hombre que durante un tiempo había estado en prisión injustamente, hasta que el verdadero culpable se entregó. Dijo que durante su estancia en la cárcel se sentía completamente desesperado, hasta que alguien le regaló *El hombre en busca de sentido*. Fue lo único que le dio esperanza y determinación, nos dijo. ¡Sentí que aquello era un gran éxito! Y una vez leí en *Newsweek* que un político asiático encarcelado por el dictador al que se oponía también había encontrado un gran apoyo en este libro. Es más, no hay semana que no llegue una carta diciendo que este libro ha cambiado la vida del remitente. Esto —dijo levantando su dedo índice para darle más énfasis— sí que es un éxito —tras lo cual, se puso la chaqueta sobre los hombros, pues debido a la brisa de última hora de la tarde empezaba a refrescar—. Herr Murphy, ¿qué le parece si vamos a instalarnos cómodamente en el piso de los Frankl, que está calentito?

Mientras recorrían el breve paseo que los llevaba de vuelta a casa, Roger se dio cuenta de que el tiempo con el doctor Frankl se le escurría entre los dedos. Pero sintió también que nunca lo había empleado tan sabiamente.

CAPÍTULO 14

LA SEÑORA FRANKL estaba de pie en la puerta sonriendo a los dos hombres.

—¡Ya empezaba a pensar que si no quería quedarme sola esta noche tendría que buscarme una cita! —bromeó en voz alta.

Mientras cogía los abrigos de los recién llegados, el doctor Frankl la rodeó con un brazo.

—¡Hemos hablado mucho de mis aventuras y de mi primera mujer y todo eso... demasiado! Pero, Herr Murphy, ¿tiene que escribir sobre la mujer que ha sido mi salvación desde 1947! —la señora Frankl agitó en el aire su mano libre con cara de burla y se fue a colgar los abrigos en el armario del vestíbulo que estaba frente a la puerta de entrada—. Por supuesto, ella no querrá saber nada de todo eso. Pero le digo la verdad, Herr Murphy, ¡creo que los sacrificios de esta mujer han sido mucho mayores que los míos!

»Piense en esto que voy a decirle: desde la segunda edición de *El hombre en busca de sentido*, en 1946, mi nombre figura en todos esos libros y trabajos. He sido yo el que ha estado en medio del escenario en todas las conferencias. Es a mí a quien las personas escriben para felicitarme y pedirme consejo. Y yo me quedo tan absorto en todo esto que... ¿qué otra cosa podría hacer? Por ejemplo, estoy tan enfrascado cuando dicto que una vez estaba en la cama dictándole a la grabadora y entró Elly para recordarme que al cabo de media hora teníamos que estar en la estación. Bueno, me entró un ataque de pánico y con el micrófono todavía en la mano dije, literalmente: “¡Elly, coma, por favor, prepárame el baño, signo de exclamación!”. ¡Lo que llegó a reírse!

»Pero, a lo que íbamos, a pesar de que yo me haya dejado absorber por mi trabajo, me he dado cuenta de lo mucho que mi mujer ha sacrificado por mí. El célebre filósofo Jacob Needleman dijo de ella que era “la calidez que acompaña a la luz”. Y es absolutamente cierto.

»Elly está presente en todos y cada uno de mis libros, trabajos y conferencias. Se ha dejado los dedos mecanografiando. Le he dictado durante horas y horas sin fin. Ella ha criado a nuestra única hija, Gabriele, delante de mis narices, y no puedo explicarle cómo lo ha hecho, por más que lo intente. Ha recorrido... ¿cuántos kilómetros, Elly?, por todo el planeta, detrás de este tunante.

—¡Qué terrible! —dijo la señora Frankl casi gritando, volviendo del armario—. Llevaba un registro de todos los kilómetros que habíamos hecho juntos. Sin dejar ni uno. Pero se llevaron el libro hace un tiempo cuando entraron en casa a robar. ¿Para qué va a

servirle a la persona que lo robó? En fin, no nos queda otro remedio que adivinar. Creemos que hemos viajado casi diez millones de kilómetros. Viktor, ¿recuerdas la vuelta al mundo de 1957? ¡Tantos lugares, tanta gente!

—En los hoteles, a menudo utilizábamos nombres inventados para mantener nuestra privacidad —reveló el doctor Frankl—, y alguna vez se me olvidaba y firmaba con mi nombre verdadero algún recibo del servicio de habitaciones. Nos imaginábamos que los trabajadores del hotel se divertirían un poco a nuestra costa, hablando del viejo que tiene un romance con la jovencita, pero está tan chocho que no se acuerda del nombre falso que está usando.

Los dos alimentaban mutuamente sus energías. Roger tuvo la sensación de que serían capaces de conquistar el mundo y, una vez conquistado, aún les quedaría combustible.

—¿Sabe, Herr Murphy —el doctor Frankl volvió a retomar el hilo, entusiasmado—, que algunos jóvenes de la Europa del Este y rusos, algunos de ellos tremendamente pobres, aprendían alemán para poder entender mis conferencias cuando iba a darlas o leer mis libros cuando todavía no habían sido traducidos? Es todo un honor, ¿no le parece?

Roger se limitó a asentir con la cabeza sonriendo, pues no deseaba interrumpir el hilo.

—Mi sueño —añadió la señora Frankl fingiendo resentimiento— no era casarme con un médico y mecanografiar manuscritos. ¡No era ése mi más ferviente deseo cuando era pequeña! ¡Y menudo escándalo armé! Un judío y esta chiquilla católica... aún peor, tuvimos la audacia de irnos a vivir juntos antes de casarnos. ¡Ah! Aquello era insólito en aquella época.

—Sí, estoy seguro de que fuimos todo un escándalo —confesó él—, especialmente si tenemos en cuenta que, aunque yo sabía que Tilly había fallecido en el campo de concentración, no había recibido la confirmación oficial, por lo que, técnicamente, no me estaba permitido volver a casarme. Por eso elegimos la vía de vivir juntos antes.

—Pero hemos formado un buen equipo —añadió ella—. Ha sido una vida maravillosa, gratificante, interesante. He conocido a las personas más importantes del siglo XX, incluido el papa Pablo VI. Como católica que soy, aquello significó mucho para mí.

—¡Y también para este neurólogo judío de Viena! —gritó el doctor, añadiendo—: Lo que me resultó especialmente significativo fue lo que dijo el pontífice justo antes de irnos: «Les ruego que recen por mí». ¿Qué le parece? ¡Menuda petición!

—Venga —lo invitó la señora Frankl con entusiasmo—. Voy a enseñarle una cosa.

Se adelantó a paso ligero por el pasillo, atravesó el salón y se metió en la habitación que denominaban «Sala de los Espíritus», un lugar donde los Frankl guardaban todos sus títulos honorarios, placas conmemorativas y otros objetos de interés, en su mayoría apilados sin más en las estanterías. Sacó una dedicatoria escrita por el obispo Fulton

Sheen.

—A Viktor le encantaba escuchar al obispo Sheen. ¡Le encantaba! Mire lo que nos escribió:

«Al Sr. y la Sra. Frankl,

quienes vivieron tanto tiempo en la penumbra, que no fue más que la sombra de la mano de Dios extendida para acariciarlos en un gesto de amor».

—Qué idea más bonita: pensar que nuestros problemas no son más que la mano de Dios, que algún día nos acariciará.

Roger manifestó su acuerdo.

—Doctor, de todos estos premios y títulos honorarios, ¿de cuál se siente más orgulloso?

—Ah —interrumpió la señora Frankl—, si ayudaba a alguien a superar el impulso de suicidarse, eso lo satisfacía. Lo hacía feliz. Pero ¿orgulloso? No, no diría eso. Viktor no es un hombre orgulloso. Es un hombre muy modesto. La única cosa de la que puedo decir que está orgulloso es del certificado que acredita su primer vuelo en solitario. Viktor aprendió a llevar un avión siendo ya mayor; de hecho, aprendió en California.

—¿Y también la obligó a recibir lecciones de vuelo, al igual que la hizo subir montañas? —inquirió Roger.

—¡Oh, no, Dios nos libre! ¡Nunca habría hecho una cosa así! Pero sí que me despierta alguna vez a las tres de la mañana para explicarme una situación determinada que puede ocurrir durante un vuelo y lo que haría él en tal situación. No sé por qué me pregunta. No sé nada de pilotar aviones. Tal vez sea simplemente porque soy la única persona con la que puede hablar a las tres de la mañana.

—Le diré el mayor honor que una persona puede tener —dijo él retomando la idea original—: ayudar a los demás siempre que pueda. ¡Ah! —dijo súbitamente, como si a su mente juguetona se le hubiese ocurrido una idea.

Le hizo un gesto a Roger para que lo siguiera en dirección al estudio. Atravesaron el salón, entraron en el despacho y fueron hacia la izquierda de la puerta hasta que estuvieron delante de la estrecha pared donde estaban colgados dos floretes de esgrima y un certificado de la ciudad de Austin, Texas. Cuando Roger los vio por primera vez le habían parecido completamente fuera de lugar y se había quedado con las ganas de preguntar acerca de ellos.

—Algunos de los soldados que nos liberaron de Turkheim eran de Austin, Texas. Una vez, estando en aquella zona, me invitaron a visitar al alcalde de Austin, que me nombró ciudadano de honor de aquella maravillosa ciudad. Naturalmente, acepté. Y como verá,

significa mucho para mí colocarlo en la pared de mi despacho, sin muchos más adornos. Pero aquel día le dije al alcalde que, en lugar de hacerme él a mí ciudadano de honor, era yo quien tenía que hacerle a él logoterapeuta honoris causa. Si no hubiese sido por sus soldados, que arriesgaron y llegaron a sacrificar su vida por nosotros, no habría ningún Viktor Frankl y no existiría la logoterapia. Al alcalde le conmovió mucho aquella idea, aunque era la pura verdad.

Roger vio que el doctor Frankl estaba fatigado. Y se había hecho tarde.

—Está cansado y tengo que dejarlo tranquilo. Pero me gustaría saber si podría dedicarme sólo una mañana más. Quisiera que me contase más cosas acerca de lo que aprendió, y sobre las lecciones de logoterapia que ha estado impartiendo todos estos años.

—Sí, mañana por la mañana estaré por usted, Herr Murphy.

Roger vaciló un momento, miró a uno y a otro y se atrevió a decir:

—Tengo curiosidad...

—¿Sí?

—... por saber cómo se conocieron ustedes dos.

Inesperadamente el doctor Frankl recuperó de golpe su energía y las ganas de hablar.

—Venga, sentémonos un momento en el salón y se lo cuento. ¡Elly, vamos a tomar un café!

Los Frankl se instalaron en el sofá y Roger en una de las sillas. Ella sirvió café, que estaba preparado, ofreció a Roger una especie de buñuelos, y él probó uno.

—Cuéntenme, ¿cuáles fueron sus primeras impresiones?

El doctor Frankl se puso muy serio.

—Herr Murphy, yo suelo causar buena impresión a las personas en general pero, desgraciadamente, no fue así con mi mujer. Pero le diré qué pensé yo de ella, si le sirve.

Roger se maravilló de lo absolutamente inocente que podía ser un hombre de aquella talla.

—Sí —respondió sonriendo—. Me vendrá muy bien.

—Yo trabajaba en la Policlínica, el hospital de la ciudad, como jefe de neurología en 1946. Pero en calidad de «Primarius», es decir, jefe de departamento, no tenía por qué conocer a Eleonore Schwindt, una enfermera de veinte años del departamento de odontología.

—Ah, pero yo sí conocía al Herr Doctor Primarius —exclamó ella abriendo mucho los ojos—. Nunca habíamos hablado, pero tenía mucha fama.

—¿Fama de escritor en ciernes, de médico...?

—¡No! ¡De ser un hombre muy difícil! —dijo la señora Frankl riéndose sinceramente—. En aquella época no había muchos hombres en Viena y la mayoría de ellos tenían

alguna discapacidad como consecuencia de la guerra. Y allí estaba aquel doctor Frankl, todavía bastante joven. Bueno, todas las mujeres querían casarse con un hombre así: estable, con una carrera brillante y con vida. Y estoy segura de que engatusó a más de una...

La sonrisa traviesa del doctor fue su confesión de culpabilidad.

—Pero también tenía fama de ser difícil, así que un día que necesitábamos una cama para un paciente odontológico al que acababan de operar, las enfermeras y auxiliares discutían si acudir o no al temible Primarius. Yo no podía creerlo. «Por Dios, ¿qué tiene de malo? Ya iré yo.» Y los demás me miraron como si hubiese firmado mi sentencia de muerte. Y recuerdo que pensé que era verdaderamente un hombre muy agradable, pues al instante me cedió la cama que necesitábamos. Un poco raro, tal vez. Pero agradable.

—¡Ajá! ¡Fíese siempre de su primera impresión, Herr Murphy! —espetó el doctor Frankl en tono de broma.

—Bueno, mis compañeras estaban impresionadas. Completamente pasmadas —prosiguió la señora Frankl—. Me preguntaron: «¿Te ha gritado? ¿Se ha enfadado?». Yo les aseguré que no, que se había comportado de un modo muy cordial. Y ellas pensaron que tal vez me había equivocado de persona.

Roger dirigió una mirada al doctor Frankl, que no necesitó que le tiraran de la lengua.

—Ella era bastante segura de sí misma, y asertiva, lo cual me gustaba, pero no era brusca. Para pedirme permiso para llevarse la cama interrumpió nuestra ronda de visitas, pero lo hizo con gracia. Me quedé mirándola mientras ella subía las escaleras de vuelta a su departamento, y le comenté a otro médico: «¿Has visto qué ojos?». En mi caso ¡fue amor a primera vista!

—En el mío —dijo ella entre risas— fue una cama para nuestro paciente. No volví a pensar en él hasta que unos días más tarde, cuando volví a verlo, me dijo que tenía un dolor de muelas espantoso.

—¡Era una mentira descarada, lo admito! —explicó el doctor Frankl—. Aquel día descubrí que tenía gran talento para la interpretación, cosa que había ignorado hasta ese momento.

—¡Pues yo me lo creí! Y le dije que la solución era tan sencilla como que nuestro jefe de neurología subiese a nuestro departamento y se hiciese ver por un dentista.

—Pero yo le dije que siempre había tenido un miedo atroz a los dentistas —prosiguió él—. Le dije que tendría que echarme el lazo y llevarme hasta la silla del dentista. Le dije que necesitaba una enfermera muy capaz; sólo así sería posible solucionar mi problema.

—Así que al día siguiente —dijo ella riéndose de satisfacción—, para divertirme, hice un lazo de gasa y fui a su oficina y empecé a hacerlo girar en el aire como si fuera a cazarlo por el cuello. Sonrió y se avino a ir pacíficamente, sin atarlo.

—Pero mientras subíamos le dije la verdad, que mi dolor de muelas y mi supuesto pánico a los dentistas no eran más que una treta, que lo que yo quería era volver a verla.

—Bueno, por supuesto, yo estaba encantada ¿cómo no iba a estarlo? —se rió—. Siempre me habían gustado las bromas y ahí tenía al jefe de departamento gastándome una a mí... para cortejarme.

—Le pedí que viniese a mi apartamento, el mismo en el que estamos sentados ahora, aunque en aquella época tenía muchos compañeros de piso. Le dije que había matado a la serpiente más venenosa del país y que la guardaba en un frasco.

—Yo no sabía si aquello también era una broma, pero pensé que sería divertido averiguarlo.

—¡Eso era cierto! Sí que tenía una serpiente.

—Al cabo de pocos días, pasé por delante de su apartamento de camino a la Policlínica y alcé la vista. En su ventana estaba el lazo que había hecho. Bueno, claro, me pareció divertido y muy romántico por su parte que lo conservara. Podría haberlo utilizado perfectamente para cazar mi corazón.

—¿Y por qué no? —dijo él—. Ella conquistó el mío desde el principio. Mire, había muchas otras mujeres en la Policlínica y eran... ¿cómo le diría?, un poco demasiado atentas, siempre al acecho. Elly era todo lo contrario.

—Y yo no podía creer cómo era Viktor.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber Roger.

—A medida que se estrechaba nuestra amistad, empezó a hablar más y más de sus vivencias en los campos de concentración, las condiciones de vida allí, sus varios encuentros fallidos con la muerte y, por supuesto, la espantosa muerte de su madre y de su primera mujer. Y aun así, no había asomo de amargura en aquel hombre. Ni una pizca. Cuando hablamos de eso, de sus vivencias en los campos de concentración, dijo: «Ahora ya lo sabes todo, y creo que se ha acabado. Se acabó». Fue entonces cuando supe que lo amaba.

—Y luego, el accidente.

—¿El accidente? —preguntó Roger.

El doctor Frankl respondió por ella.

—Elly iba en un tranvía que chocó contra un coche, y a consecuencia de ello tenía dolores de cabeza y problemas en las manos. Me preocupé y la ingresé en la Policlínica. Así que se convirtió en una de mis pacientes.

—Y en medio de todas aquellas pacientes femeninas... —continuó ella— me parecía increíble cómo asediaban a Viktor, conspirando, como tiburones acechando a su presa. ¡Jesús! No sabían nada de mi relación con Viktor. Así que se acicalaban antes de que él llegase, y hablaban de pescarlo delante de mí, claro. Una de ellas llegó a admitir que la

única razón de seguir en el hospital no era que estuviese enferma, sino que quería casarse con Viktor.

—¡Pero sólo Elly tenía el lazo! Al principio, temía que nunca pudiese amarme, ¡yo podía ser su padre! Luego, cuando me quedó claro que sí, temí que sus sentimientos fueran más de compasión que de otra cosa. Lástima por todo lo que había tenido que pasar. Pero entonces me escribió la nota más bella del mundo. Todavía la tengo. Decía simplemente:

«No es compasión, es amor».

»Estaba solo cuando la leí, así que no tendría por qué decir esto, porque nadie podría contradecirlo. Pero sus palabras me hicieron llorar como un niño. No nos habíamos conocido antes de la guerra. En este sentido era imposible que nos hubiésemos esperado el uno al otro. Sin embargo, aquella nota me dio a entender que, tal como les había prometido a los demás prisioneros, realmente había alguien esperándome.

CAPÍTULO 15

—BUEEEENO —SUSPIRÓ el doctor Frankl, dándose una pausa de unos segundos—. Hemos llegado al quid de la cuestión. La razón por la cual usted ha venido hasta aquí.

—Sí, doctor, creo que sí.

Roger estaba sentado frente al doctor Frankl al otro lado de su escritorio, quizá por última vez. Tenía por delante toda una mañana para extraer el resto del oro de aquella mina inagotable. Se sentía como si le hubiesen abierto todos los accesos de Fort Knox [\[10\]](#) y le hubiesen dado 15 segundos para llevarse lo que quisiese. Verdaderamente aquel tiempo no le bastaba para hacerle justicia. Pero los dos harían lo que pudiesen.

—Me gustaría ir a lo más esencial de la logoterapia y de lo que significa —propuso Roger—, pero le agradecería que...

—Sí, pregunte, pregunte.

—No me queda clara su relación con la psicoterapia.

—Es una buena pregunta. No le dé apuro hacerla. Una persona me ofreció en una ocasión una descripción un poco frívola del psicoanálisis. Dijo que es cuando un paciente se tumba en un sofá y dice muchas cosas que no resultan agradables de contar. Yo le contesté, también un poco a la ligera, que la logoterapia es cuando un paciente se tumba en un sofá o se sienta en una silla, pero tiene que escuchar cosas que no resultan agradables de oír. Es un chiste, pero no va del todo desencaminado. El psicoanálisis es muy introspectivo y, en mi opinión, puede tener el efecto adverso y hacer que una persona neurótica se haga egocéntrica de manera crónica. La logoterapia se centra en el futuro, en la autotranscendencia, en el mundo externo, en aspectos que pueden dar sentido a la vida de una persona y, en consecuencia, tiende a actuar en contra del egocentrismo. Intentaré explicárselo de la manera más sencilla que pueda.

»La escuela freudiana sostiene que el principal impulso motivador del ser humano es el placer; la escuela adleriana defiende que es la voluntad de poder la que lo controla, el deseo de dominio.

»Yo no rechazo estos argumentos. De hecho, creo que son absolutamente válidos, hasta cierto punto. Pero defiende que, puesto que no son el principal impulso motivador de los seres humanos, definen de manera muy pobre lo que es ser humano. De hecho, en muchos aspectos ignoran lo propio del ser humano. Porque, al fin y al cabo, ambos aspectos, la voluntad de placer y la voluntad de dominio, son ciertos respecto de los animales, ¿no? Y no cabe duda de que nosotros somos diferentes de los animales. Y lo que nos diferencia de ellos es la esencia de lo que significa ser humanos.

»La logoterapia sostiene que la principal fuerza motivadora de los seres humanos es la voluntad de sentido. Esto puede comprobarse en multitud de anécdotas, pero también es reconocible desde un punto de vista científico; tenemos pruebas a nuestro alrededor de la búsqueda de sentido por parte de los seres humanos... y de lo que ocurre cuando esta búsqueda es infructuosa o se ve frustrada.

»Las otras dos escuelas de pensamiento no tienen en cuenta este fenómeno porque no logran centrar su atención en el sitio correcto: en la dimensión humana única de la existencia, que contiene la espiritualidad, los valores, los ideales, la autotrascendencia y el sacrificio. En la práctica, lo que hacen es buscar la humanidad en el sótano, donde se almacenan los impulsos animales, cuando, de hecho, lo humano está arriba del todo.

»Piense, por ejemplo, en la gente rica y poderosa. Pueden acceder a todos los placeres del mundo. Y ejercen el dominio sobre otros. Pero, con harta frecuencia, están más preocupados que nadie, son los más infelices. ¿Cómo puede ser eso, si lo que los mueve es el placer y el poder? Le diré la razón: porque estas dos cosas no son lo más importante para un ser humano. Por la razón que fuere, estas personas no han satisfecho el impulso primario, el deseo de sentido. Una de las razones posibles es el egocentrismo. Ensalzarse a sí mismo no tiene mucho sentido espiritual. En estos casos, yo digo que un hombre cuenta con los medios para llevar una buena vida, pero carece de sentido. Como verá, pues, la voluntad de sentido puede detectarse y reconocerse no sólo cuando está presente, sino también cuando se echa en falta, cuando se ve truncada. Como le he dicho antes, a la falta de sentido la llamo el “vacío existencial”. Y en la actualidad es más grave que nunca —a partir de aquel momento, el doctor Frankl se animó—. ¿Y sabe lo que me resulta desesperante? ¡Mis colegas psicoanalistas les dirán a sus pacientes que su depresión es una enfermedad! De acuerdo, tal vez lo sea en algún caso concreto. Pero en muchos otros no es para nada una neurosis o una enfermedad, sino todo lo contrario. Es la expresión de la voluntad de sentido de cualquier ser humano: algo que se puede buscar fuera de uno y descubrir que es bueno o que es magnífico vivir por algo que no es uno mismo. Este fenómeno, lejos de ser una enfermedad, es lo mejor de lo que significa ser humano.

—Doctor, ¿por qué el vacío existencial, como usted lo llama, es hoy en día peor que nunca?

—Hay dos principales culpables, desde mi punto de vista. En primer lugar, a diferencia de los animales, el hombre no es un esclavo de sus impulsos ni de su instinto... esas fuerzas que le dicen lo que debe hacer. En segundo lugar, si las tradiciones de una sociedad van perdiendo fuerza, como ocurre en la actualidad, nadie le dice al ser humano qué debería hacer. Y se queda sólo con lo que desea hacer, ¡y tal vez no lo sepa! Ésta es una situación especialmente peligrosa para los egocéntricos.

—Debo suponer que había un vacío existencial inmenso en los campos de

concentración —aventuró Roger—. ¿Cómo luchaban contra él?

—Bueno, para empezar había que cortarlo de raíz. Una vez un ser humano elegía el camino de la desesperación, era muy difícil hacerlo volver atrás... y casi imposible que lo hiciera solo. Y creo que no le había mencionado que había una norma que prohibía prestar ayuda cortando la cuerda de un hombre que decidía ahorcarse. Por eso era imprescindible evitar que lo intentase. El argumento habitual en favor del suicidio era que uno ya no esperaba nada más de la vida. Pero le dimos la vuelta, por así decirlo, asegurando que tal vez ¡la vida esperaba algo más de ellos! ¿Qué podía ser ese algo que la vida esperaba de ellos? Podría ser vivir para otra persona, o simplemente amarla; podría ser crear una gran obra. O podría ser, por qué no, el propio sufrimiento. ¿Se puede considerar un logro mayor que el de sobrevivir pura y simplemente al tipo de sufrimiento que padecemos en los campos de concentración? Si bien nadie en sus cabales se infligiría tamaño sufrimiento, vivirlo con valentía y dignidad, incluso morir así, era algo de lo que podíamos estar sumamente orgullosos. Esto solo ya tiene sentido.

»Si es que es nuestra propia individualidad lo que da sentido a la vida. Nadie más puede hacer lo que tú haces. Nadie puede sustituirte; eres absolutamente único. ¡Herr Murphy, este ser únicos conlleva una gran responsabilidad! Cuando eres consciente de esta responsabilidad frente a alguien, a una causa, a tu trabajo inacabado, a cosas y personas del futuro que todavía no se te han revelado, te convences no sólo de que la vida tiene sentido, sino de que tú tienes una responsabilidad con ella.

»Un problema al que se enfrentan nuestros jóvenes especialmente es la impaciencia. Cuando no pueden ver algo ahora, hoy, en este preciso instante, ese algo no existe para ellos. Por lo tanto, carecen de visión y paciencia para aceptar el hecho de que los diversos sentidos que puede tener su vida tal vez no sean evidentes todavía. Necesitan comprender que hay alguien o algo esperándolos en el futuro... una tarea, por ejemplo, que sólo ellos como seres humanos pueden asumir.

»Usted me pregunta cómo llenar el vacío existencial. Nadie puede hacerlo por usted, pero pueden ayudarlo. Yo he intentado ofrecer ayuda identificando las tres principales maneras de encontrarle sentido a la vida: 1) a través del trabajo y de obras concretas; 2) a través del amor y 3) a través del sufrimiento.

Roger cruzó las piernas y los brazos.

—Doctor, está hablando de un cambio de paradigma importante respecto de lo que pensamos de la vida. Pasar de pensar en lo que la vida nos debe a lo que le debemos a ella.

—¡Exactamente! Y sí, comprendo lo difícil que puede resultar. Yo intenté hacer este cambio de actitud, en mí y en los que me rodeaban, hallándome en las circunstancias más difíciles, en un momento, en los campos de concentración, en el que era casi

imposible creer que alguna cosa tenía sentido. Pero lo que aprendimos es cierto: lo importante no es lo que nosotros esperamos de la vida, sino más bien lo que la vida espera de nosotros. Es decir, hay que dejar de exigir a la vida y ¡empezar a prestar atención a las exigencias que la vida nos presenta! No nos corresponde a nosotros hacer preguntas a la vida. A nosotros nos toca únicamente responder a las preguntas que la vida nos plantea. ¿Lo ve?

»Por eso no me planteé siquiera contestar a su pregunta la primera vez que vino a verme, Herr Murphy. La vida no tiene un sentido general, universal, al menos un sentido que nosotros, como seres meramente humanos, podamos averiguar. En logoterapia lo denominamos “supersentido”. Más bien lo que ocurre es que la vida tiene sentidos distintos en momentos distintos y para distintas personas, pues cada persona es única, como hemos visto, y cada situación, cada momento de la vida única de esta criatura, es también singular. ¿Lo ve? ¡Sólo usted puede averiguar el sentido de su vida en cada momento de ella! Nadie más. ¡No es sólo su responsabilidad, es su destino!

—Doctor, convendrá conmigo en que es muy difícil para alguien que no ha sufrido lo que usted sufrió, ni lo ha superado como usted lo hizo, comprender cómo puedes concentrarte en ver el lado positivo de todo ello.

—Sí. Recuerde, uno no tiene que haber estado en un campo de concentración para sufrir indeciblemente. El sufrimiento es la carga especial del ser humano, en todas las acepciones de la palabra. La pregunta que te hace la vida en estos momentos, no obstante, es cómo vas a encajar ese sufrimiento. En los campos de concentración, descubrí que los hechos eran más importantes que las mejores palabras. Dijeras lo que dijeras sobre el valor, sobre la dignidad para hacer frente al sufrimiento, lo importante era llevarlo a la práctica. Predicar con el ejemplo, en cualquier situación, es una manera muy convincente de afirmar algo sin abrir la boca.

»Y no digo que no haya que llorar. Sin duda era importante en nuestra situación mantener las lágrimas al mínimo. Pero el llanto era, y sigue siendo, algo de lo que no hay por qué avergonzarse sino todo lo contrario. El llanto demuestra uno de los mayores actos de valentía del ser humano: el valor de enfrentarse al propio sufrimiento. Los principios y comportamientos de los que estoy hablando son todos ellos procesos de pensamiento y actos que existen muy por encima de las capacidades primitivas del mundo animal: pensamientos y actos que lo trascienden a uno, actos de sacrificio, actos que miran al futuro. El ser humano es el único que puede existir en esta dimensión. Todos los animales sufren. Pero el hombre es capaz de plantar cara al sufrimiento que no puede evitar y, de hecho, convertirlo en un triunfo. Esto no puede hacerlo un animal.

—Sí, doctor, pero al mismo tiempo parece una paradoja.

—Sin embargo, Herr Murphy, no siempre hay que salir corriendo ante una paradoja.

A veces se trata precisamente de eso. No hemos hablado todavía de mi método de «intención paradójica», ¿verdad?

—No, doctor.

—Empecé a aplicarla mucho antes de ir a los campos de concentración, en 1929, aunque no la bauticé hasta 1939. Tomemos cualquier miedo irracional o infundado... por ejemplo, salir a la calle. Como sabemos, el problema de verdad no es la calle. Muchas personas salen todos los días y regresan la mar de bien. El problema para el paciente es, pues, el temor en sí, ¿no? Por eso, luchamos contra este temor enseñando al paciente a no resistirse a lo que teme sino, por el contrario, a abrazarlo. Con el tiempo, el miedo va quedando desenfocado y desaparece.

»Tuvimos un paciente con un miedo de este tipo. Le dijimos que saliera a la calle e intentase tener un ataque al corazón. Le dijimos que fingiese que el día anterior, al salir a la calle, había tenido dos ataques, pero que ese día, como era todavía temprano, tenía tiempo de tener un tercer ataque. Naturalmente, era algo imposible de hacer; uno no puede provocarse un ataque al corazón. Pero, al intentarlo, su miedo a sufrirlo desapareció. La paradoja está en invitar a los pacientes a que deseen materialmente aquello que temen, que lo inviten a que les suceda. Así que, como verá, las paradojas no siempre son malas.

»En cuanto a su pregunta sobre si el sufrimiento puede ser “bueno”. Si bien el trabajo y el amor son las aventuras más aconsejables para encontrar el sentido a la vida, el sufrimiento, siempre que sea inevitable, puede verdaderamente aportar el máximo sentido. ¿Por qué? Porque, si le plantas cara correctamente, puede suscitar en ti los rasgos más elevados y admirables del ser humano. Es más, sostengo que la forma más elevada y mejor de nuestra humanidad es nuestra capacidad, única entre todos los seres vivos, de transformar nuestras tragedias y sufrimientos en logros. Casi siempre utilizo el ejemplo de la persona a la que diagnostican una enfermedad incurable, pero tiene la oportunidad de hacerle frente con nobleza, dignidad y fortaleza. Fíjese en que Elisabeth Kübler-Ross se refirió a la muerte como “La fase final del crecimiento”.

»Mire, cuando ya no podemos cambiar nuestras circunstancias, no tenemos más remedio que cambiarnos a nosotros mismos. Podemos elegir si cambiamos para mejor o para peor. Le digo, Herr Murphy, y lo creo con todas las células de mi ser, que la vida puede tener sentido en cualquier circunstancia, y hasta el momento del último aliento. Piense en esto: un hombre que probablemente haya visto lo peor de lo que la vida puede ofrecer le está diciendo que, aun en las peores circunstancias, su vida tuvo sentido. ¿No significa esto que el sentido de la vida es incondicional? ¿Que la vida posee sentido por sí misma, independientemente de las circunstancias en las que se desenvuelva?

Roger reflexionó sobre la idea. Intelectualmente se hallaba a años luz de su

interlocutor, y sabía que simplemente estaba pasando de puntillas por la superficie del cerebro de aquel hombre. Pero el doctor se lo estaba explicando de manera fácilmente comprensible. Y su lógica era incuestionable.

—Le daré un ejemplo —continuó el doctor Frankl— que no tiene que ver conmigo o con mi sufrimiento. Tengo muchos ejemplos de mis pacientes después de tantos años. Pero me gusta especialmente éste. Un colega médico vino a verme con depresión aguda por causa de la muerte de su esposa, acaecida dos años atrás. ¿Qué tratamiento tenía que darle, Herr Murphy? ¿Diría usted que su desesperación era una «enfermedad» propiamente dicha? Por supuesto que no. ¿Existía alguna operación quirúrgica mediante la cual habría podido borrar el recuerdo de su esposa o devolvérsela con vida? Claro que no. Esto es lo que hice: le pregunté: «¿Qué habría pasado si hubiera muerto usted en lugar de su mujer?». Él me repuso al instante: «Oh, habría quedado destrozada por el dolor, como yo». Entonces le dije: «Al sobrevivirla, le ha ahorrado ese sufrimiento. Lo ha asumido usted y la ha librado a ella de tener que pasar por esto». En aquel momento, su sufrimiento cobró un sentido que momentos antes se le escapaba. Seguía sufriendo, no lo libré de su dolor por arte de magia. Lo que hice fue aliviar el sufrimiento ayudándolo a descubrir un sentido que le resultase alentador. Cuando lo hice, no sólo su sufrimiento era más comprensible, sino que lo vivía como un logro: se daba cuenta de que al soportarlo le ahorraba a su esposa la misma suerte.

Roger miró por la ventana y sus problemas acudieron a su mente en un segundo.

—O sea, que lo que hizo fue modificar su actitud frente a su sufrimiento.

—Exacto. Mire, la literatura y los médicos clínicos actuales tienen la mala costumbre de informarle de que no sólo tiene derecho a ser feliz... tal vez haya abogados que incluso lo garantizan, sino que tiene que evitar el sufrimiento a toda costa. Para mí está claro que el ejemplo de mi colega médico demuestra que no todo sufrimiento es evitable y que es un error intentar eludirlo. Edith Weisskopf-Joelson, catedrática de psicología de la Universidad de Georgia, detectó este error y antes de morir escribió sobre el valor de la logoterapia. Decía que la mentalidad que considera la desgracia como una enfermedad, o como un desajuste, de hecho incrementa la cantidad de infelicidad porque incita a la gente a sentirse infeliz a causa de sus desgracias. ¡Y tenía razón! Le contaré un caso que viví una vez que participé en una sesión de terapia de grupo en el que una de las mujeres había intentado suicidarse. Se le había muerto un hijo de once años, y su otro hijo era minusválido. Ella había dado algunos pasos para acabar con su vida y la de su hijo minusválido, pero él se lo había impedido. El chico no tenía duda alguna de su amor por la vida, aunque fuera en una silla de ruedas. La cuestión era: cómo transmitir a la mujer la sensación de que su vida tenía tanto sentido como la de su hijo. Bien, pues invité al grupo a imaginar que estaban en su lecho de muerte siendo ya ancianos. Una mujer se

imaginó que había hecho lo posible por casarse con un buen partido y llevar una vida acomodada, pero sin hijos, y en último término se daba cuenta de que había llevado una existencia sin mucho sentido. Pero cuando sugerí a la mujer del hijo minusválido que se imaginase en su lecho de muerte y mirase atrás, imaginó que había cuidado de su hijo. «Recordó» que había sufrido mucho, pero que había hecho todo lo posible por hacerle la vida agradable a su hijo y se sentía orgullosa de ello. De aquella forma, la mujer vaticinó una vida que era dura, pero llena de sentido. ¡Y cómo lloró entonces!

»Con demasiada frecuencia, deseamos que sea sólo lo fácil y agradable lo que dé sentido a nuestras vidas. Pero el sentido más profundo que un ser humano puede descubrir se encuentra muchas veces en medio del sufrimiento necesario. La vida cuestiona a todo ser humano. Y la mejor respuesta es sencillamente ser responsable. Si somos responsables frente a la vida, frente a los demás, frente a las causas y a los principios, encontramos la esencia del ser humano.

»De hecho —concluyó el doctor deteniéndose un momento para mirar a Roger—, siempre he admirado la importancia que da su país a la libertad individual. Su Estatua de la Libertad es un faro gigantesco para el mundo. Pero hace tiempo que pienso que deberían tener otra estatua en la costa Oeste, que le diera la réplica a la Estatua de la Libertad de la costa Este. Sería la Estatua de la Responsabilidad, recordatorio de que los derechos van de la mano de las responsabilidades. Y qué homenaje magnífico a la esencia misma de la humanidad, ¿no le parece?

Mientras Roger asentía vio a través de los cristales de sus gafas el brillo en los ojos del doctor Frankl.

Había transcurrido casi toda la mañana y se acercaba el momento de irse.

—Debo marcharme ya —dijo Roger casi en un lamento después de una breve pausa—. Nunca le agradeceré bastante todo el tiempo que me ha dedicado, doctor. Pero me quedan varias preguntas antes de irme.

—Dispare, joven. Haré lo que pueda.

—Bien, hemos hablado mucho de que puede encontrársele sentido al sufrimiento, y de cómo usted lo comprobó sin paliativos. Y es evidente que su trabajo también tiene mucho sentido para usted. Pero la tercera vía para encontrar el sentido, el amor...

—Sí.

—Me interesa saber lo que piensa al respecto porque, con los debidos respetos, sospecho que es usted un romántico en secreto.

El doctor Frankl casi se cae de la silla del ataque de risa.

—Sospecho que está en lo cierto, Herr Murphy.

—Parece que muchas veces —prosiguió Roger— confundimos el amor con el sexo.

—¡Y menuda tragedia! Pero la logoterapia intenta convertir esta tragedia en un triunfo, por decirlo de algún modo. El amor es mucho más que la consecuencia de los impulsos e instintos sexuales. Tomemos por ejemplo nuestras experiencias en los campos de concentración. Después de las primeras experiencias en Theresienstadt, en las que los médicos nos ayudábamos entre nosotros a facilitar encuentros conyugales con nuestras mujeres, lo que se puso a prueba fue nuestra supervivencia. Entre el trabajo y la extenuación y el malestar y el hambre y el miedo de que cualquier momento pudiera ser el último, el instinto sexual se había esfumado por completo. Pero ¿pensar en el amor? Nunca dejamos de hacerlo, ni en los días más sombríos. De hecho, mientras el fenómeno del sexo se hizo irrelevante, para casi todos nosotros el fenómeno del amor pasó a adquirir una importancia primordial para nuestra existencia. Pensar en mi amada me dio fuerzas para seguir viviendo. Así que a la hora de la verdad, como se dice, la experiencia del amor, propia del ser humano, triunfa sobre los impulsos sexuales del nivel más básico. ¡Y gracias a Dios! A fin de cuentas, el amor es la única vía a través de la cual un alma puede encontrarse con otra. Querer a alguien, querer verdaderamente a alguien implica aceptar y comprender y abrazar la esencia misma de esa persona. Y no sólo eso, sino que al amar a alguien percibes algo más que su esencia: percibes su potencial. Y al reconocer el potencial de tu ser amado, propicias su desarrollo, haciendo de él un ser humano mejor. ¡Simplemente amándolo!

Después de asentir con la cabeza, Roger apagó la grabadora y empezó a recoger sus cosas. En parte para llenar el silencio que lo hacía sentir incómodo, dirigió la mirada al retrato de Tilly Grosser Frankl y se puso en pie.

—Bueno, doctor, en una cosa he estado en lo cierto toda la semana. ¡Es usted un romántico encubierto!

Por segunda vez, al doctor Frankl casi le da un ataque de risa. Se levantó y rodeó su escritorio para ir hacia Roger.

—Se ha equivocado de profesión, Herr Murphy. ¡Creo sinceramente que tiene futuro como psicólogo! —dijo estrechando la mano de Roger y los dos hombres se quedaron de pie uno al lado del otro mirando el retrato de Tilly—. He sido ampliamente bendecido por dos grandes amores. Supongo que, aun en la época en la que me encerraba en mi trabajo, en el fondo fui siempre un romántico, toda la vida. Poco después de mi liberación, pasó algo en Turkheim que pudo haber congelado esa idea romántica. ¿Recuerda aquel paseo que di hasta el prado en el que caí de rodillas y repetí una oración de gracias una y otra vez? Bien, pues ese mismo día encontré a un hombre que llevaba un dije en la mano. Le pedí que me lo enseñara y vi que era un collar que yo le había regalado a Tilly y del que la habían despojado... ¡el mismo! Que yo supiera, habían hecho

muy pocos iguales. Insistí en comprárselo, hasta que lo conseguí. Aquel dije que colgaba de una gargantilla representaba un globo terráqueo y tenía una inscripción grabada:

«El mundo gira en torno al amor».

»Bueno, hijo mío —dijo el doctor Frankl con una sonrisa poniendo una mano encima del hombro de Roger—. Puedo decirle por experiencia que así es.

La señora Frankl estaba esperándolos en el vestíbulo para despedirse de Roger. A éste lo conmovió que se tomase la molestia de hacerlo. Le pareció que aquel gesto iba más allá de las buenas maneras vienesas. Se convenció de ello cuando la señora Frankl hizo caso omiso de su mano extendida y se dispuso a darle un abrazo.

—Está permitido, sí? —recitó con su acento pesado y su voz aguda.

Aunque Roger hubiese podido ignorar el sorprendente sentimiento que latía en el fondo de aquel gesto, no pudo resistirse al encanto de aquella mujer menuda y vehemente. Ella lo envolvió en un tierno abrazo austríaco, con un cariño y una aceptación que él creía reservados sólo a los más privilegiados.

—Entonces, ¿escribirá algo sobre nuestra pequeña charla? —le preguntó el doctor Frankl.

—Sí, creo que sí.

—¿Podrá enviarnos lo que escriba? —pidió la señora Frankl.

Roger estaba asombrado de que aquella pareja sobre la que tanto se había escrito en todo el mundo manifestara el deseo de conocer su modesta aportación.

—Sí, por supuesto.

El doctor Frankl extendió una mano.

—Herr Murphy, ha sido un gran placer. Por favor, no perdamos el contacto, y deseamos sinceramente que vuelva a visitar nuestra humilde casa algún día.

—Gracias —repuso Roger humildemente—. Eso espero —añadió de corazón.

Sin soltarle la mano, el doctor le dijo:

—Espero de veras que algo de lo que he compartido con usted a lo largo de estos últimos días le haya servido de ayuda, Herr Murphy. Sé que sus colegas pensaban que podía hacerle bien conocerme, y eso era antes de enterarse de la amenaza a su salud.

Cuando la señora Frankl abrió la puerta de la casa, el doctor Frankl soltó la mano de Roger, colocó la suya en su hombro y atravesaron el rellano en penumbra en dirección al ascensor.

—Recuerde el poder de su actitud, Herr Murphy, recuerde su libertad espiritual. La

apatía puede vencerse. El miedo puede conquistarse. Lo mejor de usted puede aflorar en sus momentos más duros. Nosotros lo comprobamos a menudo en los campos, en los hombres que mantuvieron su dignidad a las puertas de la muerte y en aquellos cuyo desprendimiento no conocía límites: hombres muriéndose de hambre que daban su último bocado u ofrecían una palabra de aliento a otros que estaban enfermos o desesperados. Hombres que aparentemente habían sido despojados de todo cuando entraron en los campos de concentración, y que descubrieron la única cosa que nada ni nadie podía robarles: la libertad de elegir la propia actitud, fueran cuales fuesen las circunstancias. Ésa es la libertad última de los seres humanos.

La puerta del ascensor se cerró, y mientras Roger bajaba hacia la portería, se quedó mirando a Viktor Frankl, que ascendió hasta perderse de vista.

[10](#). Nota de la t.: Fort Knox: base militar estadounidense en el estado de Kentucky donde se guarda el 5% del oro del planeta que no está en la cámara de la Reserva Federal.

CAPÍTULO 16

LA PESADUMBRE se le vino encima a Roger Murphy como una ola de la bahía lanzada por la furia de un terremoto.

En realidad, ni siquiera estaba seguro del porqué. En parte, debido a que se le había acabado el tiempo con el doctor Frankl. Durante los pocos días que había tenido el privilegio de estar cerca de aquel hombre, Roger había vuelto a sentir. Hacía tanto tiempo, que no podía acordarse de lo que se siente al sentir. Al igual que le había ocurrido a Frankl con su amigo Paul Polak, las compuertas de los sentimientos se habían abierto por fin.

Y aquel hombre tenía algo que te hacía sentir bien, sin más. Contigo mismo. Con tus cosas. Con el mundo. Roger se sintió menguado al dejar todo aquello.

También sentía que su sufrimiento era ínfimo comparado con el del superviviente del campo de concentración. Aunque el doctor Frankl creía sinceramente que su sufrimiento no podía considerarse mayor que el de cualquier otra persona, Roger sabía que aquello no era cierto. Por eso, sentado en el mismo banco que había compartido con el doctor, Roger experimentó un gran sentimiento de culpa por no haber plantado cara a su sufrimiento con más dignidad y fortaleza.

«El doctor Frankl era neurólogo y psiquiatra, pero podía haber sido perfectamente un oculista —pensó Roger—. Ayuda a las personas a ver más claramente.»

Y echando la vista atrás, Roger se dio cuenta de que todavía no se había permitido ningún escape emocional desde que se había enterado de su diagnóstico. Así que, por diversas razones, iba con retraso. Y por fin explotó.

Sobreponiéndose, Roger concentró su atención en las horas que le quedaban en Viena. Era poco después de mediodía; su avión saldría a media mañana del día siguiente. Aparte de digerir algunas de las cosas que el doctor le había enseñado —tenía un montón de cosas que asimilar—, Roger quería invertir aquellas horas que le quedaban en encontrar un regalo de despedida para los Frankl, y tal vez en volver a recuperar su seguridad.

Estaba a punto de levantarse cuando vio a una ardilla en el suelo, junto al tronco de un roble cercano. Roger pensó un segundo y miró al suelo.

Se sacó el zapato y se acercó a la pata coja al pobre animalillo desconcertado. Cogió una bellota del suelo, la aplastó con el zapato y ofreció aquella golosina a la ardilla, haciendo ese chasquido con la lengua que hace todo el mundo, sin razón aparente, para atraer a un animal huidizo. Tras unos segundos, la ardilla zigzagueó como a sacudidas y finalmente agarró la ofrenda y salió corriendo.

Roger sabía que aquello era algo completamente intrascendente. Pero le arregló la tarde.

CAPÍTULO 17

ROGER NO RECONOCIÓ la voz que contestó cuando llamó al interfono del edificio de apartamentos de los Frankl.

—El doctor Frankl no está. Por favor, vuelva dentro de unos días si desea una cita —informó la voz.

Roger apretó el botón.

—Soy Roger Murphy; he estado entrevistando al doctor estos últimos días y sólo quería dejarle un detalle, un pequeño obsequio, antes de irme de la ciudad. No será más que un momento.

Hubo una pausa mínima, que le pareció eterna. Era como si intentara ver al Mago de Oz.

—Le ruego me disculpe. No lo sabía. Entre. Ya sabe el camino, ¿no?

—Sí, gracias.

Roger se sintió agradablemente sorprendido al comprobar que la voz pertenecía a Harald Mori, el joven amigo, y guardaespaldas ocasional, de los Frankl. Harald estuvo recatado, pero afectuoso y acogedor.

—Qué alegría verlo de nuevo, señor Murphy. Siento haber parecido un poco distante en el interfono, pero es que... ha pasado algo...

—Espero que todo el mundo esté...

La voz de la señora Frankl que se acercaba por el pasillo interrumpió en seco a Roger.

—Oh, Herr Murphy, buenos días —andaba ajetreada, pero con el ánimo bajo y su tono de voz era apagado—. Se va esta mañana, ¿sí? Siento no poder estar por usted. Me voy... ¿se lo ha dicho Harald?

—No, señora. ¿El qué?

—¡Viktor! ¡Está en el hospital!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Se ha quedado ciego!

A Roger se le cayeron los hombros y su bolsa de mano se deslizó hasta caer al suelo con un golpe seco.

—¿Ciego? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Fue anoche. Sobre las siete y media. Yo estaba en la cocina y Viktor en su estudio viendo las noticias en la televisión. De repente me llamó varias veces. Me di cuenta de que algo pasaba. Cuando llegué me gritó: «¡Elly, no veo nada!». ¡Así, sin más! Se había quedado ciego de un ojo. Con el otro tenía visión parcial, pero poca. No sé cómo se dice

en inglés. Sólo podía ver por el rabillo del ojo.

Roger sintió una punzada de culpabilidad de inmediato.

—Lo siento, Frau Frankl. Especialmente por haberlo monopolizado tanto estos últimos días.

—No tiene por qué sentirlo. En absoluto. El doctor Frankl eligió utilizar su tiempo de esta manera. Estaba contento de hacerlo. Además, usted no ha tenido nada que ver con esto. Pero Viktor está en el hospital y yo he venido sólo un momento y tengo que volver.

—Lo entiendo. Por favor, dele recuerdos de mi parte.

—Descuide, gracias. Bueno —empezó a decir, pero se detuvo—. ¡Ah!... espere. Tengo algo para usted, y sé que Viktor quería que se lo diese. Por favor... —dijo con un gesto que indicaba que la siguiera por el pasillo.

Se encaminó hacia la izquierda, al despacho ahora vacío. Harald fue con ellos.

Cogió dos hojas del escritorio.

—No sé si lo sabe, pero Viktor tiene una vena artística. Lo dibujó para usted especialmente.

La expresión de Roger se iluminó al instante, como si fuera un cuadro de Van Gogh. Harald miró por encima de su hombro.

—Debería sentirse muy honrado, señor Murphy. El doctor Frankl no hace caricaturas de cualquiera. Sólo de la gente que le gusta mucho —Roger lo miró, asintió y volvió a mirar el dibujo—. Se parece muchísimo a usted, ¿no es cierto?

—Es perfecto.

El dibujo hacía justicia al abundante cabello moreno de Roger, con la raya en medio y peinado hacia atrás, y sus gafas enormes. Estaba sentado ante una máquina de escribir. En la máquina había una hoja de papel en la que decía: «El sentido de la vida». El sentido del humor de aquel hombre no tenía límites.

—Y una cosa más —declaró la señora Frankl—. Viktor quería que se llevase esto también.

Roger cogió el papel que ella le alargó. Era un dibujo muy burdo, pero Roger lo reconoció al instante.

—La Estatua de la Responsabilidad —susurró sonriendo. Parecía un dibujo original, no una copia—. ¿Está segura de que quería que yo tuviese esto? —preguntó a la señora Frankl.

—Sí, Herr Murphy. Estoy segura.

Un vistazo a la bolsa de viaje de Roger le bastó a la señora Frankl para darse cuenta de que tendría que darle alguna cosa más.

—Tenga. Permítame... —cogió los dos dibujos, los metió en una carpeta azul gastada, dobló las esquinas y las cerró con cinta adhesiva improvisando un estuche protector—.

¡Ya está! Ahora podrá meter los dibujos en su bolsa sin que se le arruguen.

Y con el ánimo más apresurado, la señora Frankl acompañó a Roger a la calle, donde se despidieron rápidamente. Ella se fue en una dirección, hacia el hospital, y él en sentido opuesto, en busca de los tranvías, metros y autobuses que lo trasladarían al aeropuerto a tomar el avión que lo llevaría a casa.

Se sentía como un hombre que regresa de la guerra en Europa. Había vivido su propia guerra antes de ir allí y luego había experimentado la de Viktor Frankl. Y sabía que se enfrentaría a algunas batallas más una vez regresara: la batalla por conservar su trabajo en medio de las dudas que su persona suscitaba y las peleas en la redacción para sustituirlo.

Y, por supuesto, la lucha por la vida que tenía lugar silenciosa pero encarnizadamente en su interior.

Cuando el avión ganó altura y Viena se desvaneció por entre las tenues nubes, Roger sacó una camiseta que se había comprado. Había pedido que le imprimieran en ella uno de los lemas favoritos de Frankl:

«Para dar luz tienes que soportar bien el fuego».

Roger estaba reflexionando sobre la frase cuando, como una flecha, le vino a la mente otra.

Dejó la camiseta y rebuscó en su maletín hasta que encontró sus notas. Pasó rápidamente las páginas y finalmente llegó al lugar que deseaba: el momento en que el doctor Frankl le había dicho lo que su padre había exclamado de pronto cuando entraron en Theresienstadt. Era una frase que el doctor Frankl había repetido en alemán, sugiriendo a Roger que buscara por su cuenta la traducción.

—Disculpe —dijo Roger a la azafata que se acercaba por el pasillo—. ¿Sabe alemán?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Podría decirme lo que significa esto? —le pidió, enseñándole la frase *«Immer nur heiter, Gott hilft schon weiter»* copiada entre sus notas.

—Sí. Dice: «Conserva tu alegría, porque Dios te ayuda cada día».

CAPÍTULO 18

EL APARTAMENTO DE ROGER estaba frío y oscuro, y siguió así aun después de que Roger le diese un manotazo al interruptor de la pared. Había una nota en el suelo, que cogió y se llevó para leerla a la pálida luz del rellano. Cuando leyó en el encabezamiento «aviso» impreso en letras de un color rojo vivo, supo que algo no iba bien.

—Vaya —masculló cuando leyó que le habían cortado la luz por falta de pago—. No sabía que funcionaba así.

Se sonrió, más maravillado que otra cosa. Lo más propio de él habría sido atravesar la pared de un puñetazo. Y allí estaba, bromeando sobre el asunto y sonriendo. Simplemente se lo tomaría con calma, aunque era sábado por la noche y no tendría electricidad hasta el lunes, como muy pronto.

Se apoyó en la pared del rellano del segundo piso y pensó un momento. ¿Qué haría Viktor?

—Ya sé lo que haría —murmuró Roger—. Se reiría, se arrodillaría y daría gracias a Dios de que no le hubiese pasado nada peor. No obstante —siguió hablando entre dientes mientras se separaba de la pared—, eso no significa que quiera quedarme aquí.

Y así, sin más, tuvo una idea.

Arrastró su bolsa de viaje hasta el rellano, sacó un par de paquetes y sus cosas de afeitar y las llevó al cuarto de baño a oscuras, dejando la bolsa apoyada en la puerta para que dejara entrar la tenue luz de la escalera. Cuando hubo acabado, metió la bolsa en el apartamento, agarró los dos paquetes y se fue escaleras abajo.

—¡Murphy!

La voz lo detuvo cuando iba a doblar la escalera del primer piso que daba al vestíbulo.

—¡Hombre, Sherm! —Roger se dio cuenta de que probablemente aquélla era la primera vez que mostraba entusiasmo al encontrarse con su vecino de abajo y portero del edificio. Y el sentimiento era sincero.

Además, era a todas luces mutuo: Sherman se acercó y sin mediar palabra le dio un abrazo enorme. Desde el terremoto —y desde que Roger se había trasladado a vivir a otro edificio gobernado por Sherman a una manzana del anterior— daba la sensación de que Sherman tenía miedo de perderlo de vista.

—¡Es estupendo que haya vuelto! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo fue la entrevista? ¿Adónde va a estas horas? Son más de las nueve, ¿lo sabe?

Roger reprimió una risa. El periodista tendría que ser Sherman, pensó, tan inquisitivo él.

—Fue bien. Muy bien. No, de hecho, fue magníficamente bien. Gracias por preguntar. Pero me olvidé de pagar la factura de la electricidad, así que...

—Me imagino que hará un frío terrible en su casa. Quédese con nosotros esta noche. Insisto. ¿Le gustan los panecillos con queso cremoso? Con mermelada de mora de verdad.

Roger volvió a reírse.

—No lo sé. ¿Puedo decírselo dentro de un rato? Tengo que ver a unos amigos.

—Ah, ya veo —soltó Case, fingiendo que se enfadaba—. Prefiere una chica de veintipocos antes que a mí, ¿no?

—Podría ser.

—Nunca entenderé sus gustos —dijo dándole la espalda para dirigirse a su apartamento. Antes de entrar se volvió y añadió—: estaremos despiertos hasta medianoche. Le dejaré una llave encima del dintel de la puerta y una manta en el sofá, ¡por si le dan una patada en el culo!

Roger sonrió, sacudió la cabeza como si no creyese lo que estaba oyendo, y salió al aire fresco de San Francisco, que en realidad estaba más templado que el de su apartamento. Y, al menos en el exterior, uno ya cuenta con que haga frío.

Roger se lo pensó dos veces antes de llamar. Lo que estaba a punto de hacer era una locura, lo cual, a pesar de lo que los demás pudiesen pensar, no era completamente impropio de él. Pero aquel tipo de locura, sí.

—Hola, Sunny. ¿Qué tal te va? Pasaba por el barrio y...

Sunny McHenry nunca había tenido una mirada amable para Roger, pero en aquel momento lo miraba como si estuviera completamente trastornado.

—Estaba pensando... ¿podría entrar un momento?

Demasiado desconcertada para decir que no, aunque lo habría deseado, Sunny retrocedió y lo dejó pasar con un ademán taurino, tras lo cual cerró la puerta, muda de asombro.

Él había estado en su apartamento en otras ocasiones, pero siempre lleno de gente. Así que miró a su alrededor como si fuese la primera vez que ponía los pies en aquella casa.

—Qué casa más agradable —le dijo, dándose cuenta de que era un lugar común, pero sintiendo lo que decía. Ella seguía sin palabras. Roger tomó una foto que había en una mesa, de un hombre de unos treinta años—. ¿Hermano? —como no oyó ninguna respuesta, trasladó la mirada de la foto a Sunny, que seguía de pie delante del recibidor sin poder articular palabra.

—No —susurró finalmente—. Mi marido.

—¿Marido? —a Roger lo cogió desprevenido—. No sabía que estuvieras casada. No

cuajó, ¿eh?

Ella se acercó, rodeó el extremo de la mesa y se sentó en el sofá frente a él.

—Pues la verdad es que cuajó estupendamente bien. Murió en un accidente aéreo hace ocho años.

Roger se dijo a sí mismo que más le valdría empezar a vigilar sus meteduras de pata también en su país.

—Lo siento —dijo, haciendo una mueca y volviendo a colocar la foto en la mesa con tanta delicadeza como si hubiese sido el cuerpo del que hablaban—. Es que en realidad tú y yo nunca hemos hablado...

—Eso creo —afirmó ella, apartándose el pelo por encima del hombro—. ¿Por eso tengo el gran privilegio esta noche? ¿Para poder hablar?

—En realidad, sí —dijo Roger, sentándose frente a ella en un sofá de dos plazas cubierto por un edredón—. ¿Te importa que me siente? Me doy cuenta de que nunca nos hemos llevado bien y, bueno, tenía la esperanza de poder cambiar las cosas.

Sunny se puso tan tensa que dio la impresión de crecer un palmo, sentada en el sofá.

—Si vienes a hablar de tu columna, Murphy, olvídalo. No quiero tu puesto. Estoy feliz con lo que hago. ¿De acuerdo?

Roger sonrió y soltó una especie de suspiro, mezclado con una risita. No sabía si darle crédito o no, pero le daba igual.

—No, no tiene nada que ver con eso. Simplemente quería... hacer las paces, podríamos decir.

—Ya veo. ¿Te has hecho religioso en Viena?

—No. Tal vez. No lo sé —balbuceó, un poco despistado por la sugerencia—. Pero te compré esto.

Roger se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta militar, sacó un paquete envuelto en papel de regalo y se levantó un poco para entregárselo por encima de la mesa de cristal baja que los separaba.

A ella le costó unos segundos asimilar el hecho de que estaba haciéndole un regalo, y se levantó ligeramente para cogerlo. Lo miró con curiosidad y se llevó el paquete a la oreja.

—Estoy comprobando que no sea una bomba de relojería —dijo con una sonrisita de complicidad.

Lo abrió y dentro de una caja rectangular de unos doce centímetros había la miniatura de un piano de cola. Alzó los ojos para mirarlo y él nunca le había visto los ojos tan grandes, ni siquiera a través de los gruesos cristales de sus enormes gafas de montura redonda.

—Abre el piano. Adelante. Levanta la tapa.

Ella lo hizo, y empezó a sonar la música de *Edelweiss*, de *Sonrisas y lágrimas*, que, según los norteamericanos, es el himno nacional austríaco.

—Gracias —dijo casi sollozando—. Me encanta esta canción.

Era tarde, Roger quería hacer otras cosas y no deseaba estropear aquel momento regodeándose en él, así que se levantó para irse.

—No quiero entretenerte. Sólo quería...

Antes de poder terminar la frase, ella lo había atrapado en un abrazo más fuerte todavía que el de Sherman. Atónito, sus manos buscaron su espalda lenta y suavemente. Le pareció que aquello duraba una hora y, en un momento determinado, le pareció que la oía llorar.

Por fin, ella aflojó la presión, recuperó la compostura y lo acompañó hasta la puerta. Le dio las gracias y, justo antes de dejarlo ir, lo cogió por el brazo.

—Quiero que sepas algo. Jake, mi marido, era pianista —Roger asintió levemente, desviando su mirada hacia el piano de cola del apartamento, y le sonrió con dulzura—. Así que esto tiene mucho sentido para mí.

Cuando se cerró la puerta, Roger pensó que era asombroso que los gestos más inesperados pudieran contener tanto sentido.

También se dio cuenta de que las calles empinadas de la ciudad lo molestaban mucho menos.

—¿Siques deseando ayudar a los sin techo? —preguntó Roger.

Con un chillido agudo, Melody Vasquez saltó hasta la puerta de su apartamento y se abalanzó sobre Roger. Él tuvo la sensación de estar en un *tour* de abrazos por la ciudad de San Francisco.

—¿Cuándo has vuelto? ¡Entra!

Hablaba en un susurro, pero con mucha fuerza y entusiasmo. Roger había albergado la esperanza de que Melody se alegrase de verlo. Pero no podía imaginar que se alegraría tanto.

—Hace una hora.

Melody lo cogió de la mano y lo llevó hasta el sofá, cubierto de cosas, que era además el único mueble auténtico de la sala de estar de aquel exiguo apartamento.

—¿Lo primero que has hecho ha sido venir a verme? —preguntó verdaderamente conmovida.

—Bueno, casi. Vengo de casa de Sunny McHenry...

Melody llevaba unos pantalones de pintor y una camiseta sin mangas de color rosa, pero de repente se revistió toda ella con una expresión de absoluta incredulidad.

—¿De dónde dices que vienes?

—Sí. Melody, he venido a decírtelo: Sunny y yo estamos comprometidos.

Ella pegó un alarido, golpeó a Roger en el hombro y soltó algo que sonaba a palabrota en español. Acto seguido se tapó la boca con la mano y miró hacia la habitación.

—¡Por un momento me lo he tragado! —exclamó en voz baja.

Roger le contestó también con un susurro.

—La verdad es que he ido a verla. ¿Por qué hablamos en voz baja?

—Tengo una niña acogida durante varios días. Luciana. Tiene ocho años. Una situación familiar desastrosa. Están buscando a algún pariente para que se haga cargo de ella.

Roger sonrió y asintió. Aquello no lo sorprendía nada.

—Siempre pensando en los demás —susurró.

—Bueno, cuéntame ese asunto que tienes con Sunny McHenry.

Estaban sentados frente a frente, en el borde del sofá, y Roger se arrellanó un poco hacia atrás.

—He pasado por su casa para tenderle una rama de olivo. He pensado que tal vez había llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva. ¿Sabías que era viuda?

—¡No! ¡No tenía ni idea! ¿Así que habéis hecho las paces?

—Creo que sí. Le he dado un regalito y... ¡Espera! ¡Qué cabeza la mía! —exclamó Roger sacando otro paquete, éste mucho más grande e indefinido que el anterior—. Esto es para ti.

Melody parecía una cría cuando cogió aquel paquete blando y lo abrió. Era un osito de peluche con el vestido tradicional austriaco. Iba a hablar, pero el oso la interrumpió con su canto tirolés. Estaba encantada, pero hizo un gesto de preocupación por el ruido.

—Lo siento.

—No pasa nada. De hecho, es una maravilla. Luciana tiene un sueño muy pesado. Seguramente no es necesario que hablemos en voz baja. ¡Me encanta! —exclamó achuchando al oso, y después al osado que se lo había regalado. Al separarse, le preguntó:

—¿Qué es eso de los sin techo?

Roger se recolocó las gafas en lo alto de la nariz.

—Me olvidé de pagar la factura de la electricidad, y no tengo luz. Iba a...

—Te quedas aquí.

—¿Estás segura? No quiero molestar. Además, un maravilloso portero me ha prometido panecillos con mermelada de mora y me dejará una luz encendida y un sofá preparado...

Ella lo miró taimadamente.

—Tú eliges.

Roger miró al parquet.

—El suelo de tu casa es un lujo...

—Y hay sitio para dos... —dijo ella con una sonrisa burlona. Roger sonrió— si tu portero quiere venir a dormir también. En cuanto a mí, yo duermo con Luciana.

La sonrisa de Roger desapareció.

—De acuerdo. Vistas las circunstancias, el sofá es una buena opción.

Se dio cuenta de que, en el caso de que pasara algo entre ellos, Melody estaba dejándole claro que sería poco a poco.

—¿Qué tal el viaje? ¿Viste al doctor Frankl? ¿Aprendiste mucho?

—Sí, lo vi —dijo, sintiendo de pronto todo el cansancio acumulado—. Aprendí un montón... y me enteré de algunas cosas que preferiría no haber sabido.

—¿Como qué?

No era el momento y tampoco tenía energía para hablar de ello a aquellas horas.

—En otro momento. ¿Qué te parece si nos vamos a acostar?

—Claro —dijo ella poniéndose en pie. Él también se levantó—. Iré a buscarte sábanas y mantas y una almohada —antes de hacerlo, volvió a abrazarlo y lo besó en la mejilla—. Es estupendo que hayas vuelto. Se te ha echado de menos.

«Es estupendo estar de vuelta —pensó él—. Realmente de vuelta.»

Roger no entendía por qué soñaba que estaban haciéndole un examen ocular... hasta que abrió los ojos y vio un ojo gigante mirándolo.

—¿Estás muerto, señor? —dijo la voz chillona del ojo.

—Creo que no.

—¿Quién eres? —dijo el ojo.

—Me llamo Roger. ¿Y tú quién eres?

El ojo no se había movido ni un milímetro ni había parpadeado siquiera.

—Luciana. ¿Qué haces en el sofá de Melody?

Roger estiró hacia atrás la cabeza todo lo que el sofá le permitía, cogió sus gafas de la mesa pasando el brazo por encima de su cabeza y, cuando se las puso, vio que el ojo negro formaba parte de una preciosa criatura. Se restregó los ojos, comprobó que no tenía babas en la barbilla y se tapó con la manta hasta encima del hombro mientras se incorporaba apoyándose en el codo izquierdo.

—No tengo casa y ayer me dejó pasar la noche aquí.

—¿No tienes casa? —exclamó ella—. ¡Yo tampoco!

A Roger le resultó encantadora y triste al mismo tiempo. A Luciana le parecía una maravillosa coincidencia que dos criaturas sin techo se encontraran en el apartamento de Melody.

—Es una señora buena, ¿verdad? —le preguntó él.

—Sí. Quiero vivir con ella toda la vida.

Roger no pensó en la imposibilidad de aquel deseo, para no estropeárselo.

—Yo podría pensar en cosas peores —aseguró, llegando realmente a aquella conclusión sólo después de haberla formulado—. ¿Dónde está? ¿Qué hora es?

—Es hora de levantarse, claro. Está en la ducha.

—Ah.

—Tú no lo necesitas, ¿verdad? Los sin techo no se duchan, ¿no?

Roger sonrió apretando los labios para que no se le escapara la risa.

—Sí, nos duchamos, pero no tantas veces como nos gustaría. No somos distintos de ti.

—Sí que lo eres.

—¿En qué?

—Tienes mucho más pelo —dijo ella palpándole el pecho.

Roger sintió como si se estuviera enamorando, y todavía no había desayunado.

—¿Aún no has desayunado? —le preguntó, sorprendido de su instinto maternal.

—No.

—Bueno, tal vez podamos encontrar algo.

Cuando al cabo de un rato hizo su entrada Melody, con la toalla enrollada en la cabeza, Roger ya había preparado un burrito mexicano para Luciana, y estaba dando los últimos toques a otro burrito para Melody, que hizo una reverencia agradeciendo aquel entusiasmo culinario y atacó su parte inmediatamente.

—Veo que ya os habéis presentado —comentó después de su primer bocado.

—¿Cuántas personas sin techo más van a vivir aquí? —preguntó Luciana.

Melody lanzó una mirada interrogante a Roger, que se encogió de hombros y siguió preparando su desayuno.

—Depende —le contestó—. Si saben cocinar como éste...

Al cabo de un rato, los tres se dirigieron hacia el Palacio de Bellas Artes. Roger no había sido consciente de lo mucho que lo había añorado. Pensó que tal vez sentía en aquel lugar lo mismo que Viktor en el parque de atracciones de Viena.

Era un domingo de abril por la mañana especialmente radiante. No estaba seguro de si había sido el tiempo que había pasado fuera del país, la batalla que tenía que librar entonces, las cosas que Viktor le había ayudado a ver o el hecho de estar con Melody, pero había algo que hacía que las plantas tuvieran más flores, el sol diese más calor y los patinadores y paseantes estuviesen más contentos. Todo aquello daba hermosas pinceladas de color al sentimiento de pavor que latía en lo más hondo de su ser.

Cuando Luciana salió brincando a mirar los patos del estanque, Roger y Melody se sentaron en la hierba a vigilarla. Él sintió que era el momento de hablar. Durante el paseo hasta el Palacio, ya le había contado un montón de cosas: sobre su entrevista con el doctor Frankl y sobre algunas cosas que había aprendido. Melody casi caminaba de lado, absorbiendo cada una de las palabras sobre los Frankl y sus experiencias con ellos. Él también se lo contaba con entusiasmo, en parte por lo mucho que lo había fortalecido aquella experiencia, pero también porque había sido Melody quien la había hecho posible.

Pero había llegado el momento de tocar otros temas, menos atractivos.

—Melody. Por favor, dile a Ed que mañana no iré a trabajar.

—Muy bien —repuso ella con recelo, y esperando el motivo.

—¿Recuerdas que te dije que estando allí me enteré de algo que habría preferido no saber?

—Sí.

—Bueno, no fue algo que me dijese el doctor Frankl. Era algo que en realidad me dijo el doctor Mahoney.

—¿Estaba en Viena contigo?

Roger dejó de mirar al frente y se volvió hacia ella, algo confundido.

—¿Qué? Ah, no. Me llamó por teléfono.

—¿Y?

Volvió a mirar al frente.

—Parece que tengo cáncer.

—Oh... —fue todo lo que pudo articular Melody en voz muy baja, sin expresar nada más de todo lo que sentía.

—No sé nada más. No puede darme un pronóstico hasta que vuelva a visitarme mañana.

Melody tenía un millón de preguntas, pero decidió que fuera Roger quien eligiera lo que quería comentar y lo que no. Roger lo notó y prosiguió.

—Es un linfoma de bajo grado. Mañana me extirparán el ganglio linfático. Supongo que a partir de eso, y tal vez de un TAC, podrán decirme si está extendido o no.

Roger notó que la mano de Melody se deslizaba hasta la suya y la apretaba.

—Lo que necesites. Cualquier cosa, ya lo sabes.

Roger le expresó su agradecimiento con una sonrisa y ella lo abrazó.

—Esto no va a dolerte nada —mintió el doctor Mahoney, empuñando algo que parecía un florete de esgrima.

De pronto, Roger sintió como si tuviera más de un bulto en la garganta.

—¿Me lo vas a aspirar con eso?

—No. Es la anestesia local. A menos que quieras que te durmamos entero, pero no puedo hacerme responsable de lo que ocurra.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a tu cartera y tus objetos de valor. Tal como están las cosas en los seguros médicos, nos vemos obligados a tomar medidas muy drásticas para que nos reembolsen la totalidad de los honorarios.

—Muy gracioso, doctor. Me quedo con la anestesia local.

—Muy bien, pero tienes que prometer que no aullarás. El servicio de control de mascotas ha recibido quejas por tu culpa.

Roger miró hacia arriba para ofrecerle el cuello, pero sin dejar de observar la aguja por el rabillo del ojo, y dejó escapar un discreto «¡Au!».

—Bien, aquí está la información —dijo el doctor sentándose a su mesa mientras sus gruesos dedos rebuscaban dentro del expediente de Roger—. La buena noticia es que ha pasado lo que queríamos que pasase: es un linfoma en fase 1.

—¿Qué significa eso? —preguntó Roger avanzando en su silla hasta el borde, como si mirase desde lo alto de un acantilado.

—En fase 1 significa que seguramente está limitado a un lugar: el lugar del que te lo hemos extirpado. Las pruebas muestran que no se ha extendido. Y eso es una gran noticia.

Roger volvió a apoyarse en el respaldo de su silla con la barbilla pegada al pecho, aliviado, elevando una muda plegaria.

—Espera. Todavía podría ser mejor. Si las células cancerosas se han extendido a los bordes del ganglio linfático que hemos extirpado, tendrás que recibir tratamiento de radioterapia. Pero en caso contrario, si en unos días la patóloga nos informa de que los márgenes están limpios, no necesitarás ningún tratamiento.

Roger sabía que no tenía que preguntar aquello, pero lo preguntó, con un hilo de voz.

—¿Cuándo lo sabremos?

—El lunes.

—Vale. Pero has dicho que ésta era la buena noticia.

—Sí.

—Vamos a por la mala.

—No voy a engañarte, Roger. Aunque resultase que no necesitas tratamiento, vivirás con esto el resto de tu vida.

Roger enderezó la espalda.

—No lo entiendo. Si estoy limpio, y me lo has extirpado, ¿por qué dices que voy a vivir con esto el resto de mi vida? No tiene sentido, doctor.

—No, pero el cáncer es así, Roger. Tu pronóstico, por lo que hemos visto hasta ahora, es excelente. No voy a engañarte. La combinación de tu edad, la fase y otros factores... todo apunta a que podrás vivir una vida larga y plena.

—¿Pero hay una trampa...?

—El caso es que en este momento no hay cura para el linfoma, Roger. No estás curado porque te haya extirpado el nódulo. Tu cáncer se halla en estado de remisión.

Roger volvió a apoyarse en el respaldo, pero esta vez sin derrumbarse.

—Ya veo. Así que tendré esta sombra persiguiéndome...

—Yo no lo diría así.

Roger pensó al instante que Viktor tampoco lo habría formulado de aquella manera.

—Bueno, de acuerdo, supongo que quiero decir que lo mejor que puedo hacer es agradecer cada día de salud...

—Ésa es una forma de verlo mucho más saludable. Como te he dicho, tienes muchas probabilidades de vivir una vida libre de enfermedad, según lo que diga el informe de anatomía patológica el lunes.

«Una vida libre de enfermedad.» Se suponía que aquellas palabras tenían la intención de consolar, pero resultaban inquietantes. Hacía apenas unos días, disfrutar de una vida libre de enfermedad era algo que no le exigía ningún esfuerzo, algo completamente automático. Ahora, tendría que poner de su parte. Tal vez mucho.

—Bueno, ¿de qué régimen de vida estamos hablando? Supongo que en el mejor de los casos tendré que sufrir una cantidad nada desdeñable de pruebas y controles a lo largo de los años.

Mahoney se arrellanó en su silla sonriendo ampliamente.

—Supongo que ésta es la razón por la que eres periodista, Roger. Sí, tú tendrás que vigilarte y nosotros tendremos que hacerte pruebas y exámenes médicos. Los primeros tres años, y recuerda que estamos hablando del caso en que la patología no requiera ningún otro tratamiento, tendrás que visitarte cada tres meses. Luego, cada seis aproximadamente.

—¿Y entre unas y otras visitas?

—Deberás estar atento a cualquier pérdida de peso sin razón aparente, avisar si tienes fiebres intermitentes... te daremos una lista de síntomas que tienes que vigilar.

—¿Cuál es el objetivo?

—Estamos hablando de remisión a largo plazo. Lo que queremos es que tengas tiempo de vivir tu sueño... de convertirte en viejo verde... o cualquiera que sea tu sueño. ¡Y

quiero que me traigas el dinero del seguro médico, so gamberro!

Roger forzó una sonrisa, pero no estaba de humor.

—Hablemos de lo peor que puede pasar.

Mahoney enderezó la espalda de golpe.

—Está bien, vamos a ver. Si el informe de anatomía patológica dice que ha pasado a los márgenes del ganglio linfático, estamos en una tesitura completamente distinta. Tenemos que luchar con un poco más de fuerza para conseguir la remisión a largo plazo. Se empieza con radioterapia.

—Me has dicho que estoy en la fase 1. ¿Qué significa fase 2 y 3? ¿Y cuántas fases hay en total?

—Buena pregunta, como siempre. Hay cuatro fases y, sí, tú estás en la fase 1, y ésta es la mejor noticia. La fase 2 es cuando hay cáncer en dos lugares por encima del diafragma. Tú no estás en ese caso. Sólo estoy contestando a tu pregunta...

—Entiendo.

—La fase 3 es por debajo del diafragma. La fase 4 es en la médula ósea.

Roger se encogió de golpe.

—No lleguemos allí. Dile a la patóloga que no vamos a llegar tan lejos.

—Le enviaré unas instrucciones.

—¿Subidas de tono?

—Ardientes.

CAPÍTULO 19

MIENTRAS ROGER INTENTABA meter la llave en la cerradura de su apartamento, oía cómo sonaba el teléfono. Giró rápidamente la llave y luego el pomo y salió volando por encima de su petate, que había dejado olvidado justo detrás de la puerta. Aterrizó con la cara en el parquet de su recibidor. De todos los tratamientos oncológicos que había comentado con el doctor Mahoney, ninguno de ellos contemplaba el de lanzarse de cabeza a un suelo duro como una piedra.

Dio la casualidad de que aterrizó justo delante de la estantería donde estaba el teléfono. Sin levantarse, Roger tiró del cable hasta que el aparato cayó por un costado... y le dio en la cabeza.

—Dios mío, Murphy, ¿qué demonios está haciendo ahí arriba? —le preguntó Sherman Case en tono de verdadera preocupación desde el piso de abajo—. ¿Luchando con un elefante?

—Sí, y acabo de terminar. Adivine quién ha perdido.

—Escuche, siento interrumpirlo, pero he oído que llegaba a casa... imposible no oírlo. Y aquí hay un caballero que desea verlo. Estamos tomando panecillos con queso cremoso y mermelada de mora de la de verdad, no esa cosa que dicen que es mermelada de mora en los supermercados. ¿Por qué no se arregla y baja?

Roger se restregó la cabeza en el punto donde le había golpeado el teléfono, y se tumbó boca arriba. Sherman siempre preveía todos los detalles.

—De acuerdo, bajo en un minuto. ¿Tenía una cita con él que...?

—No, ha reconocido que se ha presentado sin avisar. Baje cuando pueda. Lo pondremos al corriente y le daremos de comer.

El olor de los panecillos calientes ascendía desde el rellano de Sherman Case. Cuando Roger llamó a la puerta, oyó a alguien trasteando en la cocina.

—¡Ya voy! —gritó Sherman.

Más golpes de cazuela.

—Supongo que no ha necesitado mi sofá estas dos últimas noches, donjuán —le dijo Sherman mirándolo con malicia cuando le abrió la puerta.

—No, pero muchas gracias. He dormido... en un albergue para personas sin techo.

Sherman siempre tenía el ceño fruncido, por lo que era difícil verle los ojos, como si siempre forzara la vista para enfocar. Pero en aquel momento los cerró casi del todo, dudando si tragarse o no la historia del albergue. Decidió hacer caso omiso y pasar a otro tema.

—¿Tiene luz hoy? Ha sido lo primero que he hecho esta mañana, llamarlos por teléfono.

—Sí, gracias. Es usted un superportero, Sherm.

—Quiero lo mejor para mi inquilino número uno y periodista preferido. Venga, entre. Hay una persona con muchas ganas de conocerlo. Roger Murphy, le presento a Jerry Long.

Al entrar en la pequeña salita que hacía las veces de comedor y sala de estar, un hombre de mediana edad en una silla de ruedas y con aire afable saludó a Roger.

—Hola, señor Murphy. Jerry Long. Me alegro mucho de conocerlo.

—Lo mismo digo —respondió Roger ofreciéndole la mano, pues no se había dado cuenta de que era tetrapléjico—. Por su acento, diría que no es usted del Distrito de Marina...

Long soltó una carcajada y añadió rápidamente:

—Algo más al sur de San José, en realidad. Texas, para ser exactos.

Roger se sentó en una silla frente a Long y cruzó las piernas.

—Me dicen que ha venido a verme. Usted dirá.

—¿Lo ve? ¿Qué le dije? —exclamó Sherman dirigiéndose a Long—. Estos periodistas no pierden un minuto. Van directo al grano.

Long volvió a reírse.

—Me parece estupendo. Debe de estar pensando por qué este hombre de mediana edad y tetrapléjico se presenta en su casa sin avisar mientras usted está en el médico.

Roger lanzó una mirada a Sherman, al tiempo que le sonreía educadamente y se preguntaba cuántos detalles más le habría dado su portero a aquel recién llegado. Sherman, consciente de la libertad que se había tomado, se atrincheró y procedió a cambiar de tema.

—¿Té?

—Gracias, señor Case, pero no. Creo que tenemos un amigo en común, señor Murphy.

Roger ya estaba tomándose el té, así que se limitó a alzar las cejas a modo de pregunta.

—Un tal doctor Frankl.

Las cejas de Roger llegaron todavía más arriba. Dejó la taza de té en la mesita y se subió las gafas.

—Sí, acabo de entrevistarlo.

—Me lo ha dicho.

—Entonces, ¿son amigos?

—Se podría decir así. Yo soy su amigo; él es mi héroe.

Sherman interrumpió.

—Ése es un tipo de amistad estupendo.

—Le aseguro, señor Case, que el doctor Frankl es el mejor amigo que uno puede desear. Señor Murphy, espero que no se moleste por la impertinencia de presentarme aquí por las buenas, pero estaba en esta zona y pensé que podía hacerle una visita de cortesía.

—Me alegro de que lo haya hecho. ¿Cómo conoció al doctor Frankl y qué es lo que lo ha traído a esta ciudad?

—Soy logoterapeuta, y supongo que podría decirse también que soy uno de los principales defensores de esta ciencia en Estados Unidos. Hay un Instituto Viktor Frankl en Berkeley.

—No lo sabía —dijo Roger.

—Sí. De vez en cuando voy a dar alguna charla, como por ejemplo este fin de semana. Ahora me voy de la ciudad y quería conocerlo, pues el doctor Frankl me comentó que había estado hablando con usted. Confío en que el tiempo que pasó con él, bueno, seguro que fue extraordinario.

—Ése es un buen calificativo —dijo Roger sonriendo.

—Sí, eso creo.

Tras un silencio algo incómodo, a Roger se le ocurrió pensar qué estaría haciendo allí el señor Long.

—¿Le pidió el doctor Frankl que viniera a ver cómo estaba? —preguntó educadamente, pero en tono de acusación.

Long se rió.

—El doctor Frankl me advirtió de que seguramente se daría cuenta enseguida. Sí, puede que me sugiriese que le echase un vistazo. Me contó que estaba lidiando con muchas cosas en este momento. Pero parece que se las arregla la mar de bien.

—Gracias —atajó Roger con sarcasmo, pero sin ocultar su agradecimiento.

—Me ha preguntado cómo conocí al doctor Frankl. Me gustaría contarle la historia, si tiene un momento.

—Claro —repuso Roger con entusiasmo—. Me encantará.

—Todo empezó con una carta, una simple carta de agradecimiento de un estudiante de primer año de universidad al autor de *El hombre en busca de sentido*. Lo había leído para la asignatura de introducción a la psicología. Supongo que lo habrá leído también, y además ha tenido el enorme privilegio de conocer a su autor y sondear a una de las grandes mentes del siglo xx. Seguro que le ha influido de alguna manera, ¿no?

—Sí, la verdad es que todavía estoy ordenando las ideas.

—Estas cosas llevan su tiempo. Lo que dice es muy profundo. Pero, mire, a mí me costó muy poco tiempo. Leí aquel libro cuando llevaba unos nueve meses paralizado del

cuello hacia abajo después de sufrir un accidente al tirarme de cabeza. No puede imaginarse, o tal vez sí, lo que ese libro significó para mí. Una y otra vez encontraba semejanzas entre las emociones que me embargaban y las que impregnaban su texto, sus experiencias. Así que le escribí y le di las gracias. Y ¿sabe qué? ¡Al cabo de cuarenta y ocho horas me llamó por teléfono!

—¡Santo cielo! —exclamó Sherman.

—Estoy seguro de que al señor Murphy no le causará tanto asombro, puesto que ha podido calibrar por sí mismo la calidad humana de la persona en cuestión...

—Es muy propio de él —asintió Roger—. Pero también sé que recibe muchísimas cartas. Debió de conmoverlo mucho la suya. ¿Qué le decía en ella?

—Cuando me llamó por teléfono, el doctor Frankl mencionó que en la carta le explicaba que la había mecanografiado con ayuda de un palito de madera que sujetaba con los dientes. Y le gustó mucho lo que le dije que era mi credo vital en aquel momento de mi vida: «Me rompí el cuello; pero él no me rompió a mí». Me pidió permiso para contar mi historia en sus conferencias, lo cual hace a menudo, según me han dicho.

»El mensaje del doctor Frankl, como bien sabrá a estas alturas, es que cualquier vida, cualquier momento, tiene sentido, sean cuales sean las circunstancias. Creo que mi cabeza no lo sabía antes de leer su libro, pero mi corazón sí. Sólo sabía que quería llegar a ser psicólogo clínico para poder ayudar a otras personas que sufriesen. Supongo que el doctor Frankl materializó ese sentimiento dentro del marco de la ciencia de la logoterapia.

—Y usted también, sin duda, señor Long.

—Por favor, llámeme Jerry.

—Jerry. Espero que no le parezca una pregunta completamente tonta, en especial teniendo en cuenta que acabo de llegar de allí, pero me gustaría saber cómo definiría usted la logoterapia.

—No es nada tonta esa pregunta. Yo también se la hice al doctor Frankl, en el Congreso Mundial de Logoterapia que se celebró en Ratisbona, Alemania, en 1983. Yo presentaba una sesión plenaria. Estuvimos un rato solos y le hice la pregunta en el mismo tono de disculpa que usted acaba de emplear conmigo. Me contestó con una pequeña parábola:

»Un hombre se encontró con tres picapedreros y le preguntó al primero qué estaba haciendo. “Picar piedra, ¿no lo ve?”, le respondió secamente. Le preguntó lo mismo al segundo, quien respondió: “¡Estoy haciendo una piedra angular, naturalmente!”. Y por último le hizo la misma pregunta al tercero. Éste dejó sus herramientas, se sacudió el polvo de las manos y anunció orgullosamente: “Estoy construyendo una catedral”. El doctor Frankl pensaba que esto era un buen ejemplo de lo que pretende la logoterapia:

concentrarse más en la catedral que en las piedras.

Roger asintió.

—También debe de pensar que usted personifica lo que es la logoterapia.

—Podría pecar de falta de modestia si lo admitiese, pero lo afirma él, no yo. Sí, lo ha comentado más de una vez. Y, de hecho, ahora que lo dice, fue en el Congreso Mundial de 1983 cuando el doctor Frankl me sorprendió nombrándome miembro honorario de la Sociedad Médica Austríaca de Psicología. Me dijo que yo era la tercera persona que recibía ese honor, y los otros dos eran parientes de Freud y de Adler.

»El texto dice: “A Jerry L. Long Jr., testimonio vivo de la logoterapia vivida y, especialmente, de la poderosa rebeldía del espíritu humano”. Por supuesto, no me sentí merecedor de aquel honor, ni lo siento ahora. Pienso que el mejor ejemplo de la logoterapia vivida es el propio doctor Frankl.

»Le contaré otra anécdota que me parece que ilustra el valor de la logoterapia, aunque de manera indirecta. Con ocasión de una presentación, me preguntaron una vez cuál era la mejor manera de que la profesión médica atendiera a las personas que se hallaban en mi situación física. Le dije varias cosas al que me preguntó, entre ellas, la siguiente: si los profesionales de la medicina tratan sólo lo físico y lo mental e ignoran lo espiritual, ¡la única diferencia entre ellos y los veterinarios serían sus clientes! Esto es la logoterapia. Y guárdese de confundir la espiritualidad de esta ciencia con la religiosidad. No estoy hablando de llevar a Dios a la psicología. Estoy hablando, y el doctor Frankl también, de llevar a los seres humanos a la psicología. No se sabe bien cómo, ¡los han sacado de allí! El doctor Frankl habla a menudo de rehumanizar tanto la psicoterapia como la psicología. E incluso de rehumanizar la humanidad.

—Amén, hermano —concluyó Sherman alzando la voz.

—Gracias, rabino —bromeó Roger mirando a Sherman, que soltó una carcajada—. Jerry, ¿no le parece increíble que un hombre pudiera pasar lo que pasó el doctor Frankl y no amargarse? Me resulta tan difícil de creer.

—Porque es difícil de creer —confirmó Long—. Pero piense en esto también: sus pruebas no acabaron cuando lo liberaron de los campos de concentración y le llegaron adversidades de la vida por todos lados. Evidentemente, el antisemitismo sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, y puesto que él era un objetivo muy visible, ha recibido su dosis de odio. Pero también por parte de los judíos, algunos de los cuales lo detestan por no aceptar lo de la culpa colectiva, la creencia imperante de que todos los alemanes eran culpables de las atrocidades del Holocausto. Nunca se dejó convencer de eso. Siempre ha pensado que hay personas buenas y malas en todas las razas, como seguramente aprendería usted cuando estuvo en Viena. No puede imaginarse lo mal que les sienta eso a algunos judíos. Una vez, creo que era en 1978, estaba el doctor Frankl en un programa

en el Instituto de Estudios Judíos para Adultos en la Congregación B'nai Jeshurun, en Nueva York, con gente como Simon Peres, Sammy Davis Jr. y Gerald Ford. Pero cuando Viktor habló en contra de la culpa colectiva, muchas personas del público se levantaron y lo abuchearon, y el anfitrión les brindó la posibilidad de marcharse en lugar de escuchar a Viktor. Hasta lo llamaron cerdo nazi. Qué error. Qué crueldad.

—Así que recibe de ambos lados.

—No —aclaró Long—. Recibe de todos lados. Por ejemplo, de los freudianos.

—Sé que tuvo una divergencia ideológica con ellos al principio de su carrera —recordó Roger.

—Va más allá de eso, amigo. Mire, mientras que un psicoanalista puede pasarse años sondeando los motivos del subconsciente de un paciente que pueden o no estar ahí, y generando a veces dependencia patológica, un logoterapeuta trabaja mucho más deprisa y, en lugar de crear neurosis donde puede que no haya ninguna, crea una conciencia del poder sanador de la autotrascendencia. Como cabría esperar, esto suscita cierta animosidad entre nuestros amigos psicoanalistas —dijo riéndose inesperadamente—. ¿Le contaron los Frankl la historia de lo que dijo Gabriele en el aeropuerto cuando era una niña?

—No —dijo Roger. Y volviéndose hacia Sherman le aclaró—: la hija de los Frankl.

—Sería allá por los años cincuenta cuando Elly a menudo se quedaba en casa con Gabriele si Viktor salía de viaje para dar alguna conferencia o clase. Fueron a despedir a Viktor al aeropuerto y Gabriele le advirtió: «Cuidado, que tus enemigos los psicoanalistas no derriben tu avión».

Roger y Sherman disfrutaron de aquella historia y este último rellenó la taza de té del primero.

—El doctor Frankl no habla como un hombre tan lleno de cicatrices —sugirió Roger.

—¡No! Exacto. Está tan a gusto con la gente... cualquier tipo de gente. Podría estar hablando con usted y conmigo ahora mismo, como si nada, y darse media vuelta y empezar a codearse con el Papa, ¿sabe? Y va por el mundo citando a los taxistas. Ese hombre es increíble. Y por otro lado, es un tontorrón, en el buen sentido de la palabra. ¡Y qué sentido del humor! ¿Le explicó su chiste del burdel? Es uno de sus favoritos. Un hombre entra en un pueblo polaco con una gran densidad de población judía. El hombre busca un burdel, pero le da apuro preguntar. Por fin, detiene a un anciano judío y le pregunta dónde vive el rabino. El anciano le señala una casa cercana. «¿Qué? —exclama el visitante—. ¿El rabino vive en un burdel?» Desconcertado, el anciano responde: «¡Claro que no! El burdel es aquella casa de allí».

»Pero lo que más me gusta de su sentido del humor es lo autopeyorativo que puede llegar a ser. Una vez bromeaba diciéndome que no le gustaba que la gente supiera que se

había doctorado en medicina y en filosofía... pues sabía que sus colegas amargados de Viena, en lugar de decir que tenía dos doctorados, dirían que era médico a medias.

—Es el Rodney Dangerfield^[11] de la psiquiatría —afirmó Roger.

—Exacto —asintió Long.

De pronto, Long miró por encima del hombro de Roger y soltó:

—¡Oh, cielos! Tengo que irme. El avión no espera. Bueno, señor Murphy, le agradezco que haya querido recibirme aceptando mi impulso de conocerlo. Sólo quería que supiese que había usted tropezado con el secreto mejor guardado del siglo XX. Hay millones de personas que sabemos quién es el doctor Frankl, pero muchos más no lo saben. Espero que pueda contribuir a cambiarlo, a su modesta manera.

—Se lo agradezco. Haré lo que pueda —se paró en seco—. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que habló con el doctor Frankl?

—Debió de ser el sábado. Hace dos días. ¿Por qué?

—Entonces estará enterado de su... enfermedad.

Long se mostró perplejo.

—¿A qué se refiere?

—Entonces no se lo dijo. La noche antes de que yo me fuese, el doctor Frankl se quedó ciego.

Long se mostró visiblemente afectado y a Roger le pareció que el cuerpo se le hundía en la silla de ruedas.

—Oh, Dios mío. Cuánto lo siento. Es tan propio de él no habérmelo mencionado. Cielos, es terrible. Poder leer y escribir es tan importante para él. Y sus textos son tan importantes para el mundo... incluso para personas que todavía no lo han descubierto. Es espantoso. Pero cuando hablamos estaba tan animado como siempre. Eso le da una idea de la fortaleza de ánimo de esa persona.

Roger y Sherman ayudaron a Long a salir y a subirse en un servicio de transporte al aeropuerto especial para sillas de ruedas.

—¿Le importaría —le dijo Long a Roger justo antes de cerrar la puerta del automóvil — coger una tarjeta mía de mi cartera? Me encantaría poder serle útil si algún día lo necesita.

Mientras Roger obedecía, pensó en aquella última frase: un hombre que había perdido el uso de sus brazos y sus piernas le ofrecía ayuda. Volvió a pensar que el doctor Frankl tenía razón: Jerry Long era, efectivamente, la personificación de la logoterapia.

Cuando Roger llegó a la sala de redacción y se sentó frente a su escritorio, desacostumbradamente ordenado y limpio, le dio la bienvenida un sobre de color amarillo chillón que a todas luces era una tarjeta de felicitación. No obstante, antes de abrirlo, pasó la palma de la mano por encima de la mesa, luego la agarró por ambos lados

y por último se aferró al asiento. Era una silla vieja, desvencijada y gastada, pero se sentía comodísimo en ella. Era como si hubiese vuelto a sentarse en el asiento del conductor del Chevy Impala en el que aprendió a conducir. La sentía nueva, él se sentía nuevo... hasta que recordó... acarició el gran vendaje que tapaba los puntos de sutura del cuello. Había estado fuera sólo dos semanas, nunca había pasado tanto tiempo fuera. De hecho, siempre lo habían obligado a tomarse una semana de vacaciones todos los años. Le encantaba su trabajo y sinceramente no sabía en qué más ocupar su tiempo, aparte de los partidos de los «49ers», y éstos sólo ocurrían ocho veces al año.

Además, le habían pasado un montón de cosas a lo largo de aquellas dos semanas. De alguna forma, el cojín de la vieja silla le resultaba más familiar que su propia piel.

Cogió el sobre. Sabía que era de Melody y eso lo hizo sonreír. Con Luciana en el apartamento, no habían tenido momentos de intimidad desde que había llegado, pero nunca se había sentido tan unido a ella.

—¿Amigos? —Roger no podía creer lo que leía.

En la tarjeta había un poema sobre el valor de la amistad. ¿Era eso lo que eran ellos dos?

De pronto comprendió: la firma era «S. M.», Sunny McHenry.

Esta vez la sonrisa de Roger fue todavía más amplia. Había conseguido transformar su animosidad en amistad con una rama de olivo de cinco minutos. Y un piano de cola en miniatura en una caja.

—¡Murphy!

Ed Miller no se había movido de su oficina acristalada, no se había levantado de su asiento, ni siquiera había levantado la vista del periódico, pero su voz retumbó por toda la sala de redacción.

—¿Me llamaba, jefe? —dijo con entusiasmo Roger desde el umbral de la oficina.

—¿Dónde demonios te has metido? —repuso sin levantar la vista del periódico.

Roger había aprendido a esperar cualquier cosa de Ed Miller, pero aquello era de locos.

—¿Qué quieres decir con dónde me he metido? ¡Me enviaste tú! Casi con la amenaza de despido.

Miller forcejeó con el periódico hasta apoyarlo en su escritorio.

—Ah, sí, eso —estaba claro que le tomaba el pelo—. Dime que no he tirado mil pavos, Murphy. Dime que traes algo.

Roger sonrió.

—Traigo algo. Traigo un camión lleno de algo.

Miller se arrellanó en su silla.

—Melody estaba bien informada, entonces. Qué buen aspecto tienes, Murphy. Mucho

mejor. ¡Salvo por eso! ¿Qué es ese apósito?

Roger se había vuelto a olvidar, y se llevó una mano a la herida.

—Ah, un pelo infectado.

—¡Los detesto! Vale, ¿listo para la guerra?

—Sí.

—Bueno, esto no es el epicentro del desastre. Haz el favor de largarte de aquí y ponerte a trabajar.

Miller enderezó su periódico de una sacudida y desapareció tras él. Roger no se movió. Al cabo de un momento, Miller bajó el periódico lo justo para ver por encima del borde.

—¿Qué demonios...?

Roger volvió a sonreír.

—Gracias, jefe.

Miller no pudo evitar que se le escapase una breve sonrisa. Asintió con la cabeza y volvió a desaparecer detrás de los titulares.

Roger estaba a punto de sentarse cuando oyó:

—¡Y no me llames «jefe»!

Ah, de nuevo en casa.

En los días siguientes, a la espera de las noticias de la patóloga acerca del cáncer, Roger, Melody y Luciana se hicieron inseparables, y los dos primeros disfrutaron de la niña todo lo que pudieron antes de que se la llevaran los servicios sociales. Resultó que había más probabilidades de que la entregasen en adopción que de enviarla de nuevo a su problemática familia. Y tenía muchas posibilidades de encontrar padres adoptivos, a pesar de su edad, en parte por su buen carácter, según le habían dicho a Melody los trabajadores sociales, aconsejándole que no se encariñase demasiado porque las cosas irían rápido.

Estaban los tres sentados para cenar en el apartamento de Melody el viernes precedente a la visita del lunes, en la que Roger sabría si el cáncer estaba delimitado o si el peligro era mayor. Mientras comían en silencio —salvo por los ruidos que hacía Luciana al aspirar los espaguetis—, Roger se quedó mirando a Melody sin que ella se diese cuenta. Y se puso en su lugar: estaba cenando con dos personas que le importaban mucho y que, por lo que sabía, podía perder de vista en un breve espacio de tiempo. A fin de cuentas, Luciana se iría cuando la adoptasen y a él se lo podía llevar el cáncer. A Roger le impresionaba que no hubiese hablado de eso ni una sola vez, ni se hubiese quejado, ni hubiese expresado en voz alta su preocupación. Apoyó la mano en su brazo y le sonrió; ella lo miró como diciendo «¿Qué pasa?», pero lo dejó correr cuando vio que él seguía

comiendo tranquilamente.

Al cabo de un rato, dijo Roger sin alzar la vista:

—Tengo malas noticias. Han vuelto a cortarme la electricidad. Tengo que quedarme a dormir.

Luciana sonrió, como si se oliera algo y no le importara. Pero Melody dejó el tenedor en el plato.

—¡No puede ser! ¿Otra vez?

—Sí —acabó de masticar y añadió—: tuve que llamarles y pagarles un extra para que la cortaran, pero...

Melody le dio un manotazo por haberla embaucado otra vez.

—No tienen que cortarte la electricidad para que te quedes aquí, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

Más tarde, cuando acostaron a Luciana y Roger y Melody se instalaron en el sofá para ver *Casablanca*, Roger le preguntó:

—La adoras, ¿no?

—¿A Ingrid Bergman? ¿Y quién no? —Roger frunció el entrecejo con impaciencia—. ¿Te refieres a Luciana? Sí, la quiero mucho.

—¿Has pensado en adoptarla?

—Claro que sí, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé si es justo para ella... al estar yo soltera y eso.

Melody tenía la cabeza apoyada en el hombro de Roger, pero la levantó cuando sintió que él se apartaba.

—¿Soltera? Estás de broma, ¿no? —dijo contrariado.

—¿Ves un anillo por algún lado?

—Ya sé que no estás casada. Pero, no me fastidies, espero que en 1990 eso haya dejado de ser un problema.

Melody sonrió.

—Guau, Roger Murphy, eso suena muy liberal.

—Fingiré que no he oído lo que acabas de decir —dijo frunciendo el ceño—. Además, das por sentado que siempre estarás soltera.

Roger lo dijo sin pensar realmente cómo sonaría, y se asustó nada más oírlo.

—¿Ah, sí? —repuso ella cruzándose de brazos.

Roger se encogió de hombros.

—Bueno, no me mires a mí. Soy lo suficientemente viejo como para ser... ¡tu hermano mayor!

—Espera un momento, cielo. No has parado de hablar de lo maravilloso que era el

matrimonio de los Frankl... y ¿qué diferencia de edad hay? Más o menos como nosotros, ¿no?

—En realidad, más.

—Estupendo. Tú tienes cuarenta y uno, yo, veintiocho. Yo diría que es perfectamente viable.

Se produjo un silencio embarazoso entre aquellos dos amigos, sorprendidos ambos de estar hablando en aquellos términos.

—Tú también la quieres, ¿verdad? —preguntó Melody.

Roger miró hacia el dormitorio que estaba a oscuras.

—Sí. —y unos segundos después se volvió hacia Melody—. Y a ti también te quiero.

En aquel momento Melody cayó en la cuenta de que no se habían dicho esa frase ni una sola vez. Le correspondió y se besaron durante un rato que pareció media hora.

—Nos olvidamos de algo —dijo Roger apartándola suavemente—. No sabemos lo que el futuro nos tiene reservado.

Su lenguaje eufemístico no la perturbó en absoluto.

—No me importa lo que vaya a ocurrir, Roger. De hecho, quiero estar contigo si sucede lo peor.

Por mucho que lo intentaba, Roger no podía conseguir que Melody pensara en sí misma... en la posibilidad de quedarse viuda sólo unos meses después de casarse. Finalmente se dio por vencido.

—¿Significa eso que estamos comprometidos? —preguntó para concluir.

—No lo sé. Tú eres el más viejo de los dos —dijo ella sonriendo—. Averígualo.

—Ah, así que vas a utilizar mi edad en mi contra...

—Hasta que seas un anciano y ya no sea divertido, sí. Te doy un par de años.

—Bueno —dijo mirando a la pantalla, donde la película llegaba a su fin—, esto parece el inicio de una bonita amistad.

—Tenía razón desde el principio —gritó ella—. ¡Eres un sentimental de tomo y lomo!

Melody se levantó, cerró la puerta del dormitorio y volvió al sofá, donde Roger la esperaba con los brazos abiertos.

A Roger nunca le habían dado un abrazo tan fuerte. Pat Mahoney casi lo estruja.

—Si tratas a los demás pacientes de esta forma —le aconsejó al doctor—, se me ocurre una manera de reducir tu tasa de mortalidad.

Roger no podía creer que pudiese bromear en un momento como ése. Estaba a punto de averiguar si se estaba muriendo o si podía robarle unos años más a la vida... tal vez la vida entera. Y aquel abrazo no le aclaraba nada: Pat podía abrazarlo para darle la mala

noticia o para felicitarlo.

Cuando el doctor lo soltó, Roger pudo leer la respuesta en el rostro de Pat Mahoney.

En el mismo instante en que la puerta de la consulta del doctor se cerró a sus espaldas y olió el aire fresco de la bahía, Roger supo, sin haberlo pensado antes, adónde quería ir y qué necesitaba hacer.

—¡Murphy! ¡Santo cielo! ¿Es usted?

Era el mismo agente de cara de palo de aquel día, el gilipollas de «en-mi-turno-no» que le había provocado pesadillas a Roger. Pero esta vez el agente parecía moderadamente preocupado. A fin de cuentas, ahora consideraba a Roger un conocido... y estaba de nuevo en la barandilla del puente Golden Gate. Sólo que esta vez Roger era el supuesto suicida del que habían dado aviso.

—¿Qué demonios está haciendo? —le exigió el policía, todavía más preocupado que enfadado—. ¿Está pensando en tirarse o estaba con alguien más que se ha tirado al vacío para librarse de una de sus diatribas?

Roger sonrió.

—Ni lo uno ni lo otro, agente. Estoy celebrando algo.

—¿Qué?

—Celebrando. Mi médico acaba de dar el visto bueno a mi estado de salud, por así decirlo, y ahora estoy celebrándolo.

—¿Intentando matarse? ¿Está usted más loco de lo que pensaba, pedazo de idiota!

—No voy a suicidarme. Créame, si eso fuera lo que deseara, me bastaría usted para inspirarme.

—Muy gracioso. Pues dígame qué está haciendo aquí, que, le comunico, sea lo que sea, es ilegal.

—Estoy siguiendo un tratamiento.

—¿Un tratamiento? ¿Puedo sugerirle que se tome un helado y se largue de mi puente?

—No ese tipo de tratamiento. Estoy tratándome en el sentido médico.

—Pero ¿no me ha dicho que su salud es estupenda? —reflexionó el agente, rascándose la cabeza por debajo de la gorra.

—Así es, más o menos, físicamente.

—Ah, ya lo pillo. Está como una cabra, es lo que le digo a mi mujer cada vez que leo un artículo suyo.

Roger ignoró el insulto. Se sentía demasiado bien.

—Estoy poniendo remedio a mi miedo a las alturas con un tratamiento que se llama «intención paradójica».

—Yo podría haberle dicho que era un HdP paranoico...

—«Paranoico» no, zoquete. «Paradójico.» Estoy plantándole cara a mi miedo a las alturas mediante... bueno, pues plantándole cara. Provocándome el miedo.

—Vaya si está loco —el agente se sacó la gorra y miró hacia atrás para asegurarse de que nadie estaba escuchando aquella sarta de tonterías. En una especie de susurro a gritos, no pudo evitar preguntarle—: ¿y funciona?

—Creo que sí —Roger se inclinó por encima de la barandilla y se echó hacia atrás de golpe—. Tal vez tenga que tomar un par de dosis más —dijo dándose media vuelta y escalando a toda prisa la valla de seguridad.

—Debería arrestarlo, Murphy —gruñó el policía, clavándole el dedo en el pecho—. Le ha dado un susto de muerte a una pobre samaritana y me ha desviado de mis otros asuntos.

Roger no dijo nada. Se limitó a mirar al agente, alzó sus manos juntas para que lo esposase y le dedicó su mejor expresión de cachorro inocente. El policía tuvo que luchar para que no se le escapase una sonrisa y luego le ordenó:

—Lárguese de aquí antes de que lo arreste, lunático.

—Gracias, agente. No volverá a ocurrir, se lo prometo —dijo Roger y se marchó por la acera.

—En mi turno, no, desde luego —gritó a sus espaldas.

Roger se volvió y le sonrió.

El sol estaba acabando su jornada mientras los surfers saltaban de sus jeeps y sus furgonetas para regalarle una aventura en la bahía después de acabar la suya y Roger, sentado frente al paseo marítimo, absorbía todo aquello. En la arena y en la hierba, los niños volaban cometas de vivos colores regodeándose en los infalibles vientos de la bahía. Había personas corriendo y otras caminando, gente en bicicleta que se cruzaba entre sí en el sendero interestatal que discurría a lo largo de la costa.

Roger contemplaba todo aquello con una calma aparente, pero en su interior estaba exaltado, una exaltación buena, una especie de delirio filantrópico. Si hubiera podido lanzar monedas de oro a los chavales de las cometas, al más puro estilo Scrooge,^[12] lo habría hecho. Bueno, a los surfers no, porque, a pesar de aquel delirio recién descubierto, seguían fastidiándolo por alguna razón que se le escapaba. Debía de ser el neopreno de sus trajes.

Reflexionó acerca de lo que Viktor Frankl le había dicho sobre la libertad última del ser humano. Y remontándose a los días anteriores, Roger sintió que verdaderamente había hecho todo lo que había podido por elegir su actitud frente a la posibilidad de

morir de cáncer. También sabía que aquello no se acababa allí, que el cáncer podía asomar su cabeza el día menos pensado y que, en todo caso, tendría que cosechar más pequeñas victorias todos los días respecto de su actitud. Al menos ahora sabía que poseía aquel poder y aquella libertad. Y eso cambiaba su modo de ver todo lo demás.

Menos a los surferos.

—¿Y bien?

Roger estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Melody había llegado unos minutos antes de lo previsto. Se levantó y se volvió para mirarla de frente.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—¡Roger!

—Ah, vale, seguramente estarás pensando en lo del cáncer. Estoy limpio, preciosa. Todo lo limpio que puedo estar.

Ella lanzó un chillido y se abalanzó sobre él con tal fuerza que cayeron rodando por la arena. Seguía chillando cuando finalmente se pararon. Una pareja de ancianos que paseaba se detuvo para ver si les ocurría algo.

—¡Socorro! ¡Nos hemos caído y no podemos levantarnos! —gritó Roger.

La mujer sacudió la cabeza y siguió caminando, pero el hombre inclinó la visera de su gorra y guiñó el ojo a la pareja que seguía tumbada en la arena, antes de ir detrás de su mujer.

—Supongo que te das cuenta de que esto es una sentencia de muerte para ti en lugar de para mí —le advirtió Roger—. Serás la que tendrá que aguantarme.

—Me las arreglaré. ¿Qué te han dicho?

—Estoy en la mejor situación en que podría estar. El TAC no sólo muestra que no se ha extendido, sino que el cáncer no ha traspasado los límites del ganglio linfático infectado.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que de momento no necesito ningún tratamiento. Simplemente controlarme de cerca los próximos meses. TAC, análisis de sangre, exploraciones físicas regularmente, y tengo que vigilar si aparece fiebre de manera intermitente o si sufro una pérdida de peso inesperada. Bueno, en realidad tendré que hacerlo durante el resto de mi vida. Pero me parece perfecto, espero que tengan que hacerme un montón de controles, porque eso significará que estaré vivo mucho tiempo.

—Eso hay que celebrarlo —exclamó Melody entusiasmada.

—Sí, vayamos a buscar a Luciana y...

—No, cielo. Yo iré a buscar a Luciana y te recogeremos en tu apartamento. Tenemos que llevarte una cosa.

Roger oyó un alboroto en el rellano de su escalera, seguido de un ruido que hacía pensar en alguien rascando frenéticamente la puerta de su casa. Se dirigió allí a paso ligero y miró a través de la mirilla, pero no pudo ver nada. Corrió el pestillo y giró el pomo.

Una especie de bolita negra entró por la puerta y se estampó contra la pierna de Roger como un coche teledirigido chocando contra una pared.

Era un cachorro de caniche enano de pelo negro.

—¡Eh, pequeñajo! —exclamó Roger mientras se agachaba a acariciarlo—. ¿De dónde...?

En aquel momento, Melody y Luciana salieron de detrás de la pared y gritaron:

—¡Sorpresa!

—Lo reservamos hace varios días —explicó Melody—, pero no quería que...

Roger asintió para darle a entender que la escuchaba mientras era abordado a lametones por un cachorro rematadamente cariñoso.

Roger se sentó, todavía defendiéndose de aquella inesperada manifestación de afecto.

—¡Me encanta! ¿Cómo lo llamaremos?

—B2 —propuso Melody.

—¿Quieres ponerle nombre de bombardero?

—¿Por qué no? Hace su aparición como si lo fuera, ¿no? En realidad, yo estaba pensando en *Bruno 2. B2*.

—Pues me parece estupendo —añadió Roger, intentando defenderse de la lengua del cachorro—, pero, si vamos a llamarlo B2, ¡tendrá que aprender a ser un poco más discreto!

[11](#). Nota de la t.: Comediante estadounidense (1921-2004)

[12](#). Nota de la t.: Ebenezer Scrooge, protagonista de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens, avaro y misántropo, que se convierte en todo lo contrario.

CAPÍTULO 20

ES VERDADERAMENTE SURREALISTA. Si trabajas en una cadena de montaje, la única persona que se entera de que has tenido un mal día es el que trabaja a tu lado. Pero cuando el producto de tu trabajo llega a la puerta de la casa de la gente al día siguiente, todo el mundo tiene algo que decir sobre si has tenido o no un buen día en la oficina.

—¡Eh, Roger! ¡Hoy estabas inspirado!

—¡Gracias por decir lo que hay que decir, señor Murphy!

—¡Apestas, fascista de mierda!

Bueno, no había unanimidad. Pero casi todos los habitantes de San Francisco parecían estar de acuerdo en una cosa: Roger Murphy estaba pasando una muy buena racha últimamente. Su columna del periódico volvía a estar en boca de toda la ciudad, y en esta ocasión no por su frialdad, sino por su sensibilidad.

Él dejaba que se preguntasen el motivo, y disfrutaba viendo las desenfrenadas conjeturas.

«¿Qué le pasa a Roger Murphy? —decía una carta al director—. ¿Le han enchufado el desfibrilador a una pila alcalina o directamente a una central nuclear?»

Tal vez había sido su artículo sobre la urgente necesidad de esperanza... en los barrios más pobres de la ciudad, en las prisiones, en las vidas de los detenidos. Desde luego, no destilaba ni un ápice de la falta de empatía que sus críticos se habían acostumbrado a esperar de él.

«Miren los ojos de la gente que sale en nuestras páginas económicas —rezaba el artículo—, los que acaban de encontrar trabajo, o de ser ascendidos, o de asistir a un seminario estupendo, o a los que han nombrado presidentes de un club social. A continuación, comparen esa mirada radiante con los ojos vacíos y sin vida, como de tiburón, que te miran desde las fotos que les hacen a las personas detenidas después de cometer un delito. Hay una diferencia abismal entre unas y otras miradas.

»Y la diferencia está en que tu vida tenga sentido o no. La diferencia radica en la esperanza. La esperanza es tan imprescindible como el oxígeno o el agua para el ser humano. El oxígeno llena los pulmones, el agua discurre por el flujo sanguíneo. Ambos alimentan el cuerpo. Pero la esperanza llena el alma y nutre el corazón humano.

»Nietzsche dijo: “Quien tiene un ‘porqué’ en la vida, puede soportar cualquier ‘cómo’”. La esperanza nos brinda ese “porqué” de la vida. En algunos casos, nos da la vida misma: en los campos de concentración nazis, la falta de esperanza era una causa de muerte tan contundente como el tifus o el hambre... tal vez peor. Un amigo mío que sobrevivió a

cuatro campos de concentración compartía barracón con un hombre que había soñado que serían liberados un determinado día; cuando llegó aquel día y no recuperó su libertad, el hombre murió. No escribieron “desesperación” como causa de su muerte. Pero fue de eso de lo que murió.

»Del mismo modo, hay montones de vidas desperdiciadas hoy en día... en nuestras prisiones, en nuestros barrios marginales que siguen sufriendo las consecuencias de la opresión y el racismo. Hay un holocausto silencioso de desesperación ante nuestros propios ojos. Mi amigo del campo de concentración, el gran doctor Viktor Frankl, lo denominó “vacío existencial”, una manera elaborada de decir que tu vida no tiene sentido. Y puesto que la naturaleza aborrece el vacío, lo llena con lo que ella misma produce sin esfuerzo: los impulsos animales. Concretamente la agresión, la adicción a los placeres físicos y luego la reacción humana a toda esa vacuidad: la depresión.

»No me interesa el victimismo absurdo y generalizador. Todo lo contrario. La actitud del “pobre de mí” puede hundirte mucho más que cualquier fuerza externa. Tienes más poder del que crees para modelar tu vida. De hecho, Frankl otorga más importancia que nadie a la responsabilidad individual. Copio parte de lo que escribió al respecto en relación con la vida en los campos de concentración:

“Tuvimos que aprender por nosotros mismos, y además enseñarlo a los que estaban desesperados, que, en realidad, lo que importa no es lo que esperamos de la vida, sino lo que la vida espera de nosotros. Necesitamos... pensar en lo que la existencia nos reclama continua e incesantemente. Y responder no con palabras ni con cavilaciones, sino con la conducta recta y adecuada. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar las respuestas correctas a las cuestiones que la existencia nos plantea, cumplir con las obligaciones que la vida nos asigna a cada uno constantemente”.

»¡Escuchen! ¡Escuchen! No obstante, Frankl sabía también que una de nuestras mayores responsabilidades es la de unos con otros, y eso, a su vez, nos ayuda. Esto es lo que escribió al respecto:

“Un hombre consciente de su responsabilidad frente a otro ser humano que lo aguarda de todo corazón, o ante una obra inconclusa, jamás podrá tirar su vida por la borda. Conoce el ‘porqué’ de su existencia y será capaz de soportar casi cualquier ‘cómo’”.

»Así pues, sostengo que si bien todos y cada uno tenemos una responsabilidad con

nosotros mismos y nuestro futuro, también somos responsables unos de otros. En lo que se refiere a nuestra responsabilidad con los hijos e hijas de aquellos a quienes este país oprimió durante tantos años y con todas las personas atrapadas en la desesperación, tenemos con ellos una deuda de esperanza. Se la debemos aunque no los hubiésemos discriminado en el pasado; se trata pura y simplemente de una obligación humana. De lo contrario, es la ley de la jungla, ¿no es así? ¿Sálvese quien pueda? Confiemos en que somos mejores que eso.

»Lo que estoy diciendo es que los líderes, tanto del sector público como del privado, pero principalmente de este último, como la Cámara de Comercio, por poner un ejemplo, tienen una responsabilidad única de ofrecer esperanza a los desesperados. No me refiero a cosas gratis. No significa darles pescado, ni siquiera una caña de pescar. Lo que quiere decir es que todos tengan acceso al mismo estanque en que hay peces. Y, en su caso, ofrecer ayuda para llegar a ese estanque.

»Desde un punto de vista práctico, lo que significa es que la comunidad empresarial tiene que demostrar a nuestros hijos que si no abandonan los estudios, si aprueban los cursos y se mantienen alejados de las drogas, el mundo les abrirá los brazos y tendrán oportunidades.

»De ellos depende que la oportunidad los encuentre listos para pescarla al vuelo. No se puede salvar a nadie de sí mismo. Nuestra obligación es simplemente dar esperanza.

»Pero, en lo que respecta a las obligaciones, ésta es una de las más dignas.»

Luego hubo un artículo sobre el sufrimiento, que escribió después de un crimen especialmente absurdo y atroz que había estremecido a la ciudad. El Roger de antes seguro que habría arremetido contra el delincuente y habría fabulado todo tipo de castigos la mar de creativos para alguien tan infame. Por el contrario, Roger intentó encontrar algún sentido a aquella situación.

«Hoy en día —escribió—, cuando un niño se cae en el patio de la escuela y se hace un rasguño en la rodilla, llaman a los psicólogos especialistas en duelo. Como si los niños se pusieran enfermos cada vez que ocurre algo malo. ¡Cielos! No están enfermos; están sufriendo. ¡No es lo mismo! Y ¿saben qué? A veces, está bien sufrir. E incluso puede resultar malo para la salud intentar evitar el sufrimiento. De hecho, el sufrimiento puede ser uno de los aspectos con sentido de nuestra vida. Como escribió Viktor Frankl en *El hombre en busca de sentido*, alguien observa nuestro comportamiento en las horas más difíciles —ya sea un ser querido o Dios— y no podemos decepcionarlo, sino hacer que se sienta orgulloso de nosotros, hasta en los peores momentos. O, tal vez, especialmente en esos momentos.»

Sus lectores y colegas interpretaban todo esto como un movimiento de Roger hacia el centro o incluso hacia la izquierda. Se preguntaban si habría sido su matrimonio con

Melody o la adopción de Luciana lo que lo había ablandado de aquella manera. Trascendió también que había estado luchando contra el cáncer y otros medios de comunicación se dieron un festín con la noticia. Los observadores más intuitivos percibieron la influencia de Viktor Frankl. Fuera lo que fuese, no obstante, Roger insistía en que su transformación no era ideológica, sino que tenía que ver con su humanidad.

En cualquier caso, habían conocido una faceta de Roger completamente inédita, que ni siquiera sospecharon que podía estar en su interior. Y puede que fuera eso lo que los hizo más receptivos el día en que escribió un artículo haciendo una llamada a levantar la «Estatua de la Responsabilidad». En efecto, en todos sus años de ejercicio del periodismo, nunca había recibido tantos comentarios ni tantas alabanzas por algo que había escrito. Había dado con un filón de oro.

«El concepto de responsabilidad individual apela sin duda a mis instintos conservadores —admitía en su artículo ante los lectores—. A fin de cuentas, si se supone que las masas no son responsables de su vida, de su destino, tienes un terreno abonado para la pereza, la delincuencia, las divisiones y el socialismo de robar lo que es del otro. Si se considera que nadie es responsable de sí mismo, siempre hay otro al que culpar. Y un programa de televisión en el que llorar las propias penas o un abogado al que exigir venganza.

»Pero el principio de responder como adultos a los desafíos que te presenta la vida y de ser buenos administradores de la vida única que Dios nos ha dado, no es ni conservador ni liberal. Cualquier persona, sea cual sea su opción política, debería reconocer la importancia de la responsabilidad. No obstante, por alguna razón, no lo tenemos en cuenta. Sólo pensamos en nuestros derechos. Pero eso es sólo una cara de la moneda.

»Creo que como país hemos hecho mucho hincapié en nuestros derechos y hemos minimizado nuestras responsabilidades. Basta con mirar la deuda federal y el gasto destinado a protección social: ¿estamos jugando con las futuras nóminas de nuestros hijos! Y luego ¿querremos que nos apoyen cuando seamos viejos? ¡Y qué más!

»Esto tampoco es un valor propio de un conservador, es un valor moral. Lo que le estamos haciendo a nuestros hijos gastando el dinero de una manera demencial es además inmoral. Es irresponsable.

»Cuando conocí al doctor Frankl, superviviente del Holocausto y tal vez el mayor pensador del siglo XX, hablamos de la responsabilidad. Tal vez sea eso lo que este país necesita: hablar largo y tendido sobre lo que significa responder a lo que la vida te plantea. Y sobre las responsabilidades de unos para con otros.

»No se me ocurre nada mejor para iniciar esta conversación que construir la Estatua de la Responsabilidad en la costa Oeste, como sugirió Frankl, como réplica a la Estatua de la Libertad de la costa Este. ¡Qué idea tan genial!

»Frankl sabía que la libertad sin responsabilidad no vale nada. Son dos rebanadas de pan y, si una falta, no hay bocadillo. Te ensucias las manos.

»Esto es lo que tenemos en las manos en Norteamérica: una porquería. Necesitamos la otra rebanada de pan.

»En otros tiempos, la tradición, las normas sociales y el qué dirán, además de la solidez de la familia, constituían esa otra rebanada de pan, ese cimiento de responsabilidad que debe acompañar a la libertad. Pero ahora ya no existe. Las familias tradicionales se han desintegrado, y con ellas sus tradiciones. Hay menos gente en las iglesias, y la religión ya no influye como antes. Y seamos francos: no te sientes con la libertad de corregir a los hijos de tu vecino, como hacían los adultos cuando nosotros éramos pequeños. Colin Powell cuenta que se crió en Brooklyn con tantos parientes adultos que lo vigilaban que la red social de Internet no es nada comparada con aquella red familiar.

»Muchos de nosotros hemos perdido la conexión con la red familiar a la que en otro tiempo debíamos rendir cuentas de nuestra conducta. Así las cosas, ¿quién enseña responsabilidad hoy en día? La libertad puede ser garantizada. Caray, en Estados Unidos es un derecho adquirido (aunque la mayoría de los niños de hoy en día no aprecia cuánto hay que luchar por conseguirla y mantenerla). Por el contrario, la responsabilidad no puede aparecer de la nada: nadie puede garantizártela; no puede ser un derecho adquirido y garantizado por la Constitución o la Declaración de Derechos. La responsabilidad se enseña.

»Así pues, aparte de la libertad, no se me ocurre nada mejor que la responsabilidad para erigir una estatua en su honor.»

Bueno, pensó Roger para sí, Viktor Frankl.

CAPÍTULO 21

POR LO GENERAL LOS PERIODISTAS no prestan mucha atención a sus espacios de trabajo. En otras profesiones, la gente decora sus cubículos y escritorios con todo tipo de fruslerías, fotos, plantas y esas cosas, pero pocos periodistas se toman la molestia o tienen la sensibilidad de rodearse de otra cosa que no sean pilas de periódicos y documentos que nunca leerán.

Por ello, cuando un periodista tiene una planta encima de su escritorio, como Roger aquel día, suele llamar la atención. Especialmente si es un filodendro de enormes hojas.

Se sentó y sonrió, adivinando de inmediato de dónde procedía.

Antes de abrir el sobre con la tarjeta, sonó el teléfono.

—¡Roger, amigo mío! ¿Cómo está?

Siempre lo impresionaba y lo hacía sentirse pequeño oír la voz del doctor Frankl, distorsionada por la distancia. Y tres años después de que se conocieran, todavía no había logrado acostumbrarse a que aquel gran hombre lo llamase por su nombre de pila.

—Estoy estupendamente, doctor. ¿Cómo está usted y la señora Frankl?

—De eso quería hablarle, amigo mío —respondió el doctor Frankl como presagiando algo inquietante—. ¡Pero antes quiero felicitarlo a usted y a Melody por el nacimiento de su hijo!

—Gracias, doctor. Todavía no he abierto el sobre. ¿Adivino que son usted y la señora Frankl quienes han enviado la planta?

—Sí, si se refiere a un filodendro. Se acordará de que recibimos una planta como ésta cuando nació nuestra única hija, Gabriele. Es el monstruo que hasta la fecha, y como usted sabe, se ha apropiado de toda una esquina de nuestro apartamento invadiéndola por completo.

—¿Cómo voy a olvidarme? Es la planta que casi se me come el día que llegué a su casa.

Al doctor Frankl le encantaba reírse, y lo hizo a gusto.

—Confiamos en que todo haya ido bien.

—Sí, doctor. Melody está bien y el niño también. Y Luciana, que ya tiene once años, está encantada con él. Le hemos puesto el nombre de un buen amigo nuestro. Un tal Viktor.

Se produjo un breve silencio.

—Es un honor para mí, amigo. Un gran honor. Y, casualmente, lo llamo para hablarle de otro honor.

—¿Otro título honorario? ¿Va a poder empapelar toda su casa con ellos al final?

—Pues sí, es un título honorario... pero para Elly, no para mí.

A Roger se le disparó la ceja hacia arriba, como siempre le ocurría cuando algo lo sorprendía.

—Vaya, ésta sí que es una gran noticia. ¿En qué parte del mundo? ¿En qué universidad?

—En su país. En Chicago, en un lugar denominado Universidad de North Park, el 22 de mayo de este año. Un gran amigo nuestro, Haddon Klingberg, que es profesor allí, lo ha organizado todo. Y si pudiera venir, nos honraría con su presencia. ¡Me temo que la señora Frankl está empeñada en ello!

—Allí estaré, muchas gracias. Le diré al cuerpo de bomberos de San Francisco que rieguen la planta mientras estoy ausente.

Hubo lágrimas para regar todos los filodendros de Chicago cuando Eleonore Schwindt Frankl fue nombrada doctora honoris causa en derecho por la Universidad de North Park. Ella consiguió retenerlas a lo largo de todo su discurso y cuando le entregaron el título, pero perdió el control, como muchas otras personas, cuando el doctor Frankl, prácticamente ciego, se levantó y sin ninguna ayuda se dirigió con paso incierto hacia el estrado donde estaba ella. Tomó entre sus manos la cara de su mujer y le besó las lágrimas, mientras ella lloraba.

Roger los observaba con el orgullo de quien siente el privilegio de ser considerado amigo de dos personas de esa talla. A Roger se le ocurrió que, al fin y al cabo, ella era casi tan grande como su marido. Desde los días en que las lágrimas de Viktor Frankl se habían desbordado cuando fue repatriado de los campos de concentración, ella había mecanografiado sus libros, sus notas, sus cartas. Lo había seguido a todos los continentes habitados. Había madrugado y se había acostado tarde... y muchas veces había sido la interlocutora nocturna de los excéntricos caprichos intelectuales de su marido, para que su mundo siguiera girando sin contratiempos. Y, con todo ello, había absorbido y asimilado la cantidad suficiente de enseñanzas del doctor como para poder compartirlas de vez en cuando con propios y extraños afligidos ya fuera en la calle o por teléfono, con una sabiduría que apostaba siempre por la vida. Se había sacrificado en silencio, estoicamente, incluso podría decirse felizmente, de maneras que nunca llegaría a contar a nadie, al compartir a su marido con montones de personas que lo veneraban, lo necesitaban, querían tocarlo... entregándose por completo.

Cuando había investigado sobre el doctor Frankl, Roger había dado con un libro titulado *Austriacos que pertenecen al mundo*. Uno de ellos era Viktor Frankl. Mientras observaba a la señora Frankl recibir un título honoris causa por méritos propios,

entendió lo que Klingberg, el amigo de los Frankl, decía de ellos: que ambos eran patrimonio de la humanidad.

La muchedumbre congregada en North Park aquel día no era consciente del enorme privilegio no sólo de ver la luz, sino de sentir el calor que la acompañaba.

Roger creía que ya lo había visto todo a principios de los años noventa, y no era el único. El mundo estaba cambiando como el suelo del Distrito de Marina. Una mirada retrospectiva constataba que la Unión Soviética había agonizado lentamente en la década de los ochenta, por lo cual Mijaíl Gorbachov había recibido el premio Nobel de la Paz. Roger había escrito al respecto que era «como si el cuerpo de bomberos de Roma le hubiese concedido al incendiario Nerón un premio al valor». ¿Y quién se habría aventurado a creer que Nelson Mandela sería presidente de Sudáfrica?

Pero a los Frankl hacía mucho tiempo que no los veía, desde la ceremonia en honor de Elly en 1993. Por ello, cuando recibió una invitación para verlos en octubre de 1996, no se lo pensó dos veces.

Especialmente por la forma en que fue formulada la invitación.

—Puede que ésta sea la última oportunidad que tenga de ver al doctor Frankl —le dijo por teléfono el que hacía tiempo que era su asistente en Estados Unidos, el doctor Jay Levinson, de Baltimore—. Voy a verlo este mes para finalizar un manuscrito para su último libro, *El hombre en busca del sentido último*. Para mí fue un honor que me pidiese ayuda para publicar el libro. Pero tengo otro motivo para ir a verlo. Quiero darle las gracias.

Roger sintió como si le hubiesen clavado un puñal en el vientre. En aquel momento, se le hizo evidente lo que lo separaba de los Frankl, en términos de tiempo y distancia. Los amigos no cruzan el Atlántico todos los días, en especial cuando uno de ellos ya ha cumplido los noventa años. Pero no le gustaba la idea de perder a Viktor.

—Sé que los Frankl lo tienen en mucha estima —añadió Levinson—. Y puedo imaginar que usted también los aprecia, puesto que yo desde luego los aprecio enormemente. Él es para mí como un padre. En cualquier caso, pensé que le gustaría venir conmigo y mi mujer y... hacerles una visita.

Roger agradeció a Levinson la forma suave de decírselo, que sin embargo no lo libró de sentir todo el impacto del mensaje implícito. Estaba ofreciéndole la oportunidad de despedirse.

—Me encantará. Nos encontraremos en el aeropuerto de Baltimore-Washington.

Cuando colgó el teléfono, Roger miró el filodendro que había junto a su escritorio, en la sala de redacción.

Estaba empezando a apropiarse de aquella esquina.

Jay Levinson le recordaba a Rob Reiner, pero era de complexión algo menos robusta. Tenía un rostro amable e inteligente, de mejillas protuberantes, llevaba gafas y lucía una barba corta con algunos reflejos grises, como su cabello también corto en la parte trasera y en los laterales de la cabeza. Cuando él y su mujer se encontraron con Roger en el aeropuerto de Baltimore-Washington, se mostró inmediatamente cordial. Levinson era un logoterapeuta que tenía una consulta privada especializada más o menos en duelo y pérdidas... lo cual no dejaba de ser una ironía del destino, teniendo en cuenta el motivo principal de aquel viaje.

Una vez se instalaron en los asientos del avión, dispuestos a pasar la noche en dirección a Viena, Roger se quedó fascinado al profundizar en el vínculo existente entre Levinson y Frankl, vínculo que respetaba y envidiaba.

—En 1977 yo era un estudiante licenciado en la Universidad Internacional de San Diego —le explicó Levinson—. Estaba en mi primer año de posgrado, pero tuve la suerte de ser el asistente del decano, el doctor W. Ray Rucker. Un día me llamó a su oficina. Me preguntó si sabía que el doctor Frankl iba a dar clases en el segundo trimestre. Fíjese, como si me hubiese preguntado cómo me llamaba. Todo el mundo había oído hablar del gran Viktor Frankl y sus clases anuales eran las más famosas de todas en aquella universidad. Bueno, pues resulta que el doctor Rucker no iba a dar clases durante el segundo trimestre, y de buenas a primeras me pregunta ¿si me gustaría trabajar como ayudante del doctor Frankl! —exclamó Levinson con los ojos abiertos de asombro, aun después de tantos años, al recordar el increíble giro que dio su vida en aquel momento—. No me lo merecía, y yo lo sabía. Pero no dejas escapar una oportunidad así. Por supuesto, dije que sí. Fui su ayudante durante dos años, hasta que terminé el doctorado. Iba a regresar a Baltimore para trabajar como becario cuando el doctor Frankl me propuso ser su asistente, para ocuparme de sus asuntos en Estados Unidos. Le dije que sí, y así lo he hecho desde entonces... felizmente. Y sigo haciéndolo.

—Debe de ser emocionante —dijo Roger, confiando en que la piel no se le tiñera de verde.

Levinson ni siquiera tuvo que contestar a la obviedad de la pregunta, sino que se explayó sobre el tema.

—Me ha encomendado toda clase de tareas y encargos, algunas muy interesantes, otras rutinarias. Pero, cuando trabajas para alguien tan grande como el doctor Frankl, no hay tarea ni gesto trivial. Todas y cada una de ellas son enormes. Que me haya pedido ayuda para la edición del manuscrito del que probablemente sea su último libro ha sido

para mí como un sueño hecho realidad. Y, sinceramente, siento que significa que he pasado de humilde asistente a colega profesional.

—¿Le apetece?

Ya habían tomado altura y acababa de pasar el carrito de las bebidas. Roger se había hecho con un par de botellines de vino tinto y vasos y hacía los honores a los Levinson. Al dirigirse a la señora Levinson, le dio pie a intervenir en la conversación.

—Que yo sepa —le dijo a Roger—, Jay nunca se ha comportado como un humilde asistente. Cuéntale al señor Murphy el incidente de aquella cena.

Levinson esbozó una melancólica sonrisa.

—No me interprete mal. Puede que me comportase con excesiva confianza, por decirlo de alguna manera, porque yo soy así, pero siempre he sentido verdadera devoción por el doctor Frankl y lo he respetado.

—Excepto... —insistió ella.

—Bueno —concedió él—, hubo una noche en que puede que rozase la falta de respeto. Fue al final del segundo año en que fui su ayudante en San Diego. Nos invitó a cenar a mí y a mi mujer. Me intrigaba mucho y me preocupaba su rechazo absoluto de la culpa colectiva, la idea de que todo el pueblo alemán tenía que considerarse responsable de las atrocidades cometidas por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Sabía que al día siguiente nos separaríamos, así que aproveché la oportunidad para cuestionarle sobre el tema... sin darle tregua y sin mucho tacto, como solía hacer en aquella época.

»Tiene que entender que mi padre era un veterano de la Segunda Guerra Mundial y en casa estaba prohibido comprar productos alemanes o japoneses. Incluso cuando tuve mi propio dinero y el único coche que podía permitirme era un Volkswagen Beetle, no me permitió comprarlo. Ésta es la historia de donde procedo, ¿entiende? Por eso me costaba enormemente comprender la actitud del doctor Frankl, tanto más cuanto que venía de un superviviente de los campos de concentración. Debí de darle la lata durante las dos horas que duró la cena, y otras dos en el hotel. Al final, vi cuál era el regalo que intentaba hacerme: el don del perdón. Desde entonces he aprendido que el perdón no es un rasgo de los débiles, sino de los muy fuertes. Sea como fuere, cuando regresábamos a casa, mi mujer, mi primera mujer, me reprochó con razón que hubiese sido tan agresivo con un hombre de aquella talla, y yo también, al margen de lo que ella pensaba, me sentía espantosamente mal. Así que al día siguiente, cuando fui a buscarlo al hotel para llevarlo al aeropuerto, le pedí disculpas de entrada. Ahora me resulta cómico imaginarme la escena: él de pie, en la puerta de su habitación del hotel mirándome como si le hablase en chino. Se volvió a Elly, y ella lo miró con expresión interrogante y encogiéndose de hombros, de esa manera tan graciosa que tiene de hacerlo. Me miró y me abrazó. Me dijo que hacía años que no se había sentido tan estimulado intelectualmente como conmigo y

que nunca dejara de hacerlo. No puede imaginarse el alivio que sentí y la humillación. Sin duda me mostró algo. Que siendo el mejor pensador, el más lúcido del siglo xx, aceptaba un envite intelectual de alguien tan inferior como yo. Increíble. Qué personaje. Qué gran ser humano.

—No lo entiendo —dijo Roger de pronto, para provocarlo.

Levinson pareció desconcertado.

—¿Qué es lo que no entiende?

—¿Cuál es el motivo de que este personaje no sea más conocido?

Levinson sonrió y tomó un sorbo de vino.

—Él se aplicó a sí mismo la famosa frase de Stekel: «Hasta el enano que se sube sobre los hombros de un gigante ve más que éste». Él se sentía el enano sobre los hombros de Freud y otros que lo han precedido. No le interesa ser famoso, por raro que pueda parecer para un hombre tan conocido como él. Y tan viajado. Nunca ha contratado una empresa de relaciones públicas o un director de marketing o un agente publicitario. Nadie se ha ocupado de negociar sus honorarios por los libros o conferencias. Nunca sabremos cuánto daño le ha hecho esto económicamente. Él odia el mercadeo en general, pero especialmente en materia de logoterapia. Cuando empezaron a colocar el prefijo «logo» en todas sus cosas, como cuando el Instituto de Logoterapia organizó un «Logo-Tour» europeo, le pareció mal. Pero, como caballero que es, nunca se quejó.

»Es tan retraído cuando se trata de fama, que atesora a aquellos de nosotros que tenemos el privilegio de protegerlo cuando se presenta la ocasión. De hecho, una vez me hizo una caricatura en la que yo era un tipo enorme que lo protegía. La tengo colgada en casa.

—¿Se imagina —dijo Roger sacudiendo la cabeza— lo que habría sido si se hubiese promocionado aunque fuera un poquito?

—Vaya usted a saber. ¿Cuánto más famosos serían él y la logoterapia si se hubiese dedicado tanto a divulgar sus palabras como a formularlas?

Y como brindando por aquel pensamiento, los tres dieron un trago.

Por la tarde, cuando terminaron el trabajo pendiente con el libro, los doctores Frankl y Levinson se reunieron con los demás —Roger, la señora Frankl, Franz Vesely, su mujer Gabriele, su hija Katja y Lori Levinson— en la sala de estar de la casa de los Frankl. De algún modo encontraron sitio para sentarse todos; Roger no acababa de entender cómo un apartamento con tan pocos muebles podía ofrecer asiento a tantas personas.

Rápidamente convencieron al doctor Frankl de que tenía que descansar, y Jay cazó al vuelo aquella oportunidad. Fue hasta la puerta del estudio con el doctor Frankl y su

esposa, y le dijo algo al oído.

—¡Sí, por supuesto! —retumbó la voz del doctor Frankl por todo el apartamento en respuesta a la propuesta de Levinson.

Justo antes de cerrar la puerta, Levinson miró hacia atrás y le hizo una señal a Roger con la cabeza, indicándole que se uniera a ellos. Desconcertado por la invitación, Roger se sacudió de encima la sorpresa y se apresuró a entrar.

El doctor Frankl se acostó en su diván para descansar, y ellos acercaron tres sillas. Mientras Roger y la señora Frankl observaban en respetuoso silencio, Levinson se dirigió al doctor Frankl como si fuera un hijo que descarga su conciencia ante su padre agonizante. Pero Levinson no expresó remordimiento ni pesar... únicamente una gratitud infinita que nacía como un volcán en las profundidades de su alma y estalló en un río de palabras y de lágrimas.

—Doctor Frankl —empezó Levinson, absteniéndose de utilizar el nombre de pila, que hubiese resultado más informal—, sólo ha habido tres hombres verdaderamente importantes en mi vida: mi padre, que me enseñó a ser un hombre íntegro; mi abuelo materno, que me enseñó a amar; y usted, un amigo y mentor extraordinario, que me ha enseñado a ser un profesional y un ser humano al mismo tiempo.

A Roger lo impresionó la rapidez con que las lágrimas afloraron a los ojos de Levinson: era evidente que los sentimientos que brotaban en aquel momento llevaban años fraguándose. Roger no se acordaba de haber estado tan emocionado nunca, y la señora Frankl también apartaba con los dedos las lágrimas que le surcaban el rostro. El doctor Frankl se limitaba a escuchar muy atentamente.

—Sé que no le gusta oír las cosas que voy a decirle. Sé lo mucho que detesta los homenajes. Pero esto no es un homenaje. Es, pura y simplemente, la gratitud que me desborda por haberme ayudado a construir mi vida.

Era un momento claramente delicado: la transmisión de emociones en estado puro no es tarea fácil entre dos seres de sexo masculino. Pero Levinson habló de su amor y respeto incommensurables por el doctor Frankl. De lo mucho que había aprendido de él, sobre psicología y filosofía, desde luego, pero también sobre el hecho de ser hombre. Y de ser humano.

—Lo más importante que he aprendido de usted, doctor Frankl, es que tenemos que esforzarnos por seguir siendo seres humanos y humanitarios, en el sentido de compasivos, independientemente de lo que hagamos en la vida, pero especialmente en la profesión de psicólogos. Siempre me ha maravillado su paciencia y su naturaleza sufrida, a pesar de todo lo que ha soportado. Usted es la personificación viva de la logoterapia.

Levinson recordó cuando el doctor Frankl había compartido su alegría por su primer hijo, algo que Roger acababa de vivir en propia carne, y sus momentos de dificultad

cuando se divorció, así como la alegría esperanzada de una nueva pareja y un segundo matrimonio.

Tras quitarse las gafas para secarse los ojos, Levinson musitó una disculpa por haberse desahogado emocionalmente en un momento en el que el doctor Frankl estaba fatigado y necesitaba descansar y estar solo.

Unos segundos después de que Levinson hubiese finalizado —había hablado durante unos veinte minutos—, el doctor Frankl, haciendo caso omiso de las objeciones de éste y de la señora Frankl, se levantó del diván y se sentó a su escritorio. Allí, tomó una hoja de papel, colocó la mano en el lugar correcto, y escribió algo con la grafía de un hombre que apenas podía ver. Lo que el profesor escribió y entregó a Levinson hizo que el que había sido su alumno estuviese otra vez a punto de echarse a llorar.

Levinson se recompuso rápidamente, mientras el doctor Frankl volvía a acostarse, y miró a Roger.

—Doctor Frankl, creo que no sólo he abusado de su amabilidad desahogándome de este modo, sino que además he monopolizado la oportunidad de hacerlo. Estoy seguro de que el señor Murphy tendrá también algo que añadir.

Roger no estaba preparado para recibir la pelota en su campo. Miró al doctor Frankl en busca de algún signo que lo librase de aquello, y luego a la señora Frankl, quien le sonrió con su mirada y lo animó con un gesto de la cabeza.

—Confieso que no es poca la envidia que me provoca el vínculo que existe entre usted y el doctor Levinson, doctor. No hemos tenido, ni de lejos, la relación que los une a ustedes dos. Pero le aseguro que usted ha cambiado mi vida tanto como la suya.

»Cuando vine hace casi seis años, yo era... —Roger no encontraba la palabra justa. Improvisar una introspección no es tarea fácil—. Era egocéntrico, me victimizaba y, en fin, era un infeliz. Sinceramente, no había buscado el sentido de la vida y tampoco lo habría encontrado, porque estaba completamente centrado en mí mismo. Para decirlo con franqueza, estaba sencillamente enfermo.

—¡No! —exclamó el doctor Frankl sobresaltando a los tres—. ¡Eso no es estar enfermo! Eso lo afirmaba Freud en una carta a la princesa Marie Bonaparte: que en el momento en que un hombre empieza a hacerse preguntas sobre su existencia está enfermo. Como ya he dicho antes, se trata de una manifestación del ser humano. Ningún otro animal puede cuestionar el sentido de su existencia. Es el privilegio del ser humano, tal vez también una carga, pero principalmente un privilegio: que le importe el sentido de su existencia. Nunca lo olvide.

Roger sonrió y asintió, sin ni siquiera saber si el doctor Frankl lo veía.

—Bueno, gracias a usted hoy me siento verdaderamente feliz. Y es porque empecé a mirar hacia fuera en lugar de hacia dentro. Tengo una esposa maravillosa, una hija

adoptiva, Luciana, a la que adoro, y el pequeño Victor. Todo se lo debo a usted, doctor Frankl. Y quién sabe la cantidad de cosas que le deben personas que jamás ha conocido, personas tristes, angustiadas, que en un momento de desesperación buscaron y encontraron sus escritos, que les dieron esperanza y razones para seguir.

Roger empezó a sentirse culpable como Levinson por abusar de la amabilidad del doctor.

—Podría decir muchas más cosas, doctor Frankl. Pero, la verdad, lo único que quería era darle las gracias, desde lo más hondo de mi corazón.

El doctor Frankl no pronunció palabra... estaba fatigado. Buscó la mano de Roger, y éste lo ayudó a encontrarla. La estrechó un par de veces, la soltó, y los tres se marcharon del estudio.

Lori Levinson se levantó. Jay se metió el pañuelo en el bolsillo y le hizo una señal con la cabeza, a la que ella respondió de la misma manera.

Durante dos horas, Roger estuvo plácidamente sentado en la catedral de San Esteban, mientras mentalmente recorría a toda velocidad los años anteriores, empezando por los momentos en que Viktor Frankl había pasado por allí mismo atrapado en el dilema de si debía marcharse de Austria para salvar su vida o quedarse con sus padres. Roger buscó en su pasado algún dilema de semejante envergadura. No existía. Luego, pensando en la realidad a la que regresaría —una carrera profesional incierta y una vida sostenida por un hilo todavía más frágil—, recordó qué habría hecho Viktor en su lugar.

Entonces se arrodilló y dio gracias a Dios de que aquel día no le hubiese pasado nada realmente malo.

Aquella noche, fueron a cenar a un restaurante italiano auténtico, tenuemente iluminado, con los Levinson y los nietos de los Frankl, en un barrio que Roger ubicó en la parte oeste de Viena. Durante la cena, se enamoró todavía más de Alexander y de Katja. Se habían convertido en dos jóvenes adultos: Katja había cumplido veintiséis años y Alexander, veintidós. De todos modos, era difícil no enamorarse de Katja. Era una morena de cabello rizado, guapa, de sonrisa siempre a punto y con intereses tan amplios como el mundo. Pero Roger también se quedó prendado del encanto y la inteligencia de Alex. A ello contribuyó que en el teléfono móvil de Alex sonase el tema de la banda original de *La Guerra de las Galaxias* —Roger tenía edad suficiente para ser uno de los primeros «guerreros galácticos»— y que Alex, aquel joven y brillante austríaco cuyo abuelo era uno de los grandes hombres del siglo XX, estuviese convencido, al igual que Roger, de que *Los Simpson* eran los mejores dibujos animados de la historia de la televisión.

Roger y Alex eran sencillamente almas gemelas.

—Me alegro de que andes detrás de una película, como dijiste cuando eras adolescente —le dijo Roger.

—Además está recibiendo formación operística —anunció Katja con orgullo.

Los ojos de Alex chispearon como los de su abuelo.

—También quiero ser logoterapeuta.

—Muy bien —ratificó Roger—. Al parecer no tienes otros pasatiempos.

Alex le dedicó una sonrisa hollywoodiense.

—Me alegra muchísimo oír lo que acabas de decir, que quieres ser logoterapeuta —expresó Levinson—. Mira, tu abuelo, que desdeñaba el marketing y detestaba autopromocionarse, nos ha dejado la tarea de seguir llevando la antorcha. ¡Qué adecuado que sea su nieto quien desee tomar el relevo!

Roger estaba intrigado.

—¿Qué es lo que te ha empujado a eso, Alex? Hay tantos jóvenes que se resisten a la idea de dar continuidad al trabajo que hacían sus padres o sus abuelos...

Alex reflexionó un momento.

—Bueno, siempre había admirado el trabajo que hacía el abuelo. Pero supongo que lo vi claro en el IX Congreso Mundial de Logoterapia que se celebró en Toronto, aquello debió de ser... hum... en 1993 —dijo lanzando una mirada de interrogación a Katja, que confirmó su recuerdo—. Fue entonces cuando leí en serio *El hombre en busca de sentido*. Y luego hubo el X Congreso en Dallas el año pasado...

Katja tomó el hilo de la historia.

—Naturalmente, el abuelo no pudo asistir, por motivos de edad y de salud, así que Alex y yo fuimos en representación de él. En el congreso habían expuesto el uniforme de uno de los soldados de Texas que habían liberado al abuelo de Turkheim. Estaban allí la viuda y el hijo del soldado, quienes habían autorizado la exposición. Nos emocionó mucho a ambos.

—Cuando se lo contamos al abuelo por teléfono —prosiguió Alex—, nos pidió que pusiéramos de su parte una rosa sobre el uniforme del soldado.

Roger, el único de los que estaban sentados a la mesa que no había presenciado aquel momento, sacudió la cabeza en señal de deferencia por lo que acababa de oír.

—Alex y yo sabíamos que nuestro abuelo era especial, incluso famoso —continuó diciendo Katja—. Pero creo que fueron esos congresos mundiales lo que nos abrió verdaderamente los ojos. Nos mostraron la profunda huella que ha dejado el abuelo en tantísimas personas de todo el mundo.

La cena había llegado a su fin, pero Roger se había quedado con las ganas de seguir disfrutando de la compañía de aquellos dos.

—No estoy preparado para clausurar la velada. ¿No habrá algún local nocturno donde podamos seguir hablando?

—¡Claro que sí! —exclamó Alex entusiasmado—. Será divertido.

Luego, realizando de pronto su mejor imitación del capitán Kirk, añadió:

—¡Tenemos que buscar más vidas estelares y más civilizaciones! Tenemos que lanzarnos con audacia...

—Teletraspórtame, Scotty —lo interrumpió Katja, moviendo los ojos.

Roger y los Levinson estaban sentados en el vestíbulo del hotel esperando el autocar que los llevaría al aeropuerto cuando Roger miró el reloj.

—¿Cuánto falta para que llegue el autocar?

Jay consultó su reloj.

—Unos veinte minutos. ¿Por qué?

Roger se levantó de golpe.

—Tengo que hacer una cosa —dijo saliendo disparado. Y añadió gritando—: ¡estaré de vuelta a tiempo! ¡No se preocupen!

Al cabo de un rato, encontró el lugar que buscaba. Comprobó si la empleada hablaba inglés; no hubo suerte. Tendría que intentar transmitir lo que deseaba.

—Lo que quiero es, me parece, un *schaumschnitten*.

La mujer lo entendió al instante y le sirvió uno a Roger. Justo a tiempo. Pagó, sin molestarse en llevarse el cambio, y salió corriendo.

Cuando el avión hubo tomado suficiente altura, Roger lo sacó y le dio un mordisco.

—Tenía razón. Es pecaminoso.

—¿Qué? —le preguntó Jay.

—El doctor Frankl. La última vez que fui a Viena me dijo que tenía que probar uno de estos *schaumschnittens*. Tenía razón. Es delicioso. Voy a fundar un club de fans.

—Bueno —dijo Jay—, Viena es un trocito de cielo en la Tierra. La arquitectura, la cultura, el legado musical... todo eso nutre el alma. Pero la repostería... bueno... la repostería nutre la cintura. Créame.

Jay se puso a releer la nota que el doctor Frankl le había escrito. Vio que Roger estaba interesado.

—¿Le gustaría leer lo que me escribió?

Roger asintió y tomó la nota. Decía:

«Apreciado Jay:

En alguna ocasión he dicho que cualquier persona cuya profesión tenga una dimensión asistencial, en este caso, un psicólogo como tú, debería proponerse un triple objetivo: llegar a ser psicólogo, ser un buen psicólogo y seguir siendo un ser humano. Mientras escribo esto, me doy cuenta por vez primera de que es precisamente lo que tú has conseguido.

Con toda mi amistad, Viktor».

—Verdaderamente el mérito no es mío —dijo Jay volviendo a meterse la nota en el bolsillo, junto al corazón—. El mérito es suyo.

CAPÍTULO 22

EL MUNDO QUEDÓ conmovido y mortificado cuando Diana de Gales, princesa de cuento de hadas, falleció, demasiado joven, en un espantoso accidente de tráfico en una calle de París el 31 de agosto de 1997. Antes de que el duelo pudiera expresarse en toda su magnitud, otra persona dedicada todavía más a la labor humanitaria —la legendaria Madre Teresa— murió a la edad de ochenta y siete años el 5 de septiembre de ese mismo año.

Entre ambas, el 2 de septiembre, y con mucho menos bombo, el mundo perdió a Viktor Frankl.

Su muerte no pasó desapercibida en Austria y otros puntos del planeta. De hecho, cuando Eleonore Frankl se despidió de su lecho de muerte y volvió a la casa que habían compartido durante cincuenta años, el presidente austríaco ya estaba lamentando por la radio el fallecimiento de aquel insigne compatriota.

En el resto del mundo, los iniciados —aquellos que conocían a Viktor Frankl o que habían oído hablar de él— se sintieron profundamente consternados por su muerte. Pero, en opinión de Roger, había demasiada gente que no lo conocía. Y emparedado entre las muertes de dos de las mujeres más famosas y amadas del siglo XX, el fallecimiento de Viktor Frankl no tuvo ni mucho menos la repercusión que Roger creía que le correspondía.

De hecho, tal vez ni siquiera él se habría enterado si Jay Levinson no lo hubiese llamado de inmediato para darle la noticia.

Roger cogió un vuelo aquella misma tarde. Con todo el ajetreo del viaje, no había tenido tiempo de reflexionar sobre la muerte de Viktor. Pero cuando el avión de enlace despegó por fin del aeropuerto de Filadelfia para atravesar el Atlántico, la tristeza lo embargó. Roger intentó animarse pensando que era un hombre de edad avanzada. Jay Levinson lo había intuido hacía un año. Y sin duda Viktor también. Seguro que Viktor estaba preparado para morir. Había tenido que prepararse cincuenta años antes. Y tuvo una vida feliz, rescatada de una segunda oportunidad. Había tenido una vida llena de sentido. Había exprimido al máximo cada momento. Dejaba el mundo mucho mejor de lo que lo había encontrado. Aunque él se consideraba un enano a hombros de otros, seguramente tenía las espaldas más anchas de todos los hombres de su tiempo, a pesar de lo frágil de su complexión.

Y eso era únicamente la parte visible, pensó Roger. Realmente existen efectos ocultos, significados que ignoramos en todas nuestras vidas. A Roger le vino a la mente la lección

que el ángel de la guarda de George Bailey le ofrece en la película *Qué bello es vivir*: cada vida afecta a muchas otras; cada persona deja un agujero tremendo cuando se va. «Bueno —pensó Roger—, cuál será el tamaño del agujero que ha dejado un hombre que ha hecho mella en tantas personas como Viktor Frankl. Tendría el tamaño de un cráter capaz de tragarse la Tierra entera.»

Roger pensó que nadie sería testigo de su desolación ni de sus lágrimas, pero de pronto una azafata que se acercaba de frente hacia la parte trasera del avión le puso un pañuelo de papel y un vaso de agua en la mano, sin desacelerar siquiera el paso ni pararse para que le agradeciera lo que había hecho. Fue un simple acto de bondad, que Roger tardaría en olvidar.

Cuando llamó a casa de los Frankl, Roger no se identificó y la voz que respondió al teléfono no le resultó conocida. El fuerte acento de aquel hombre y su actitud más bien cortante no lo invitaron a pedir explicaciones o a averiguar un poco más. Por ello, cuando aquel hombre le dijo que el funeral del doctor Frankl ya se había celebrado y que su cuerpo había recibido sepultura, Roger se sintió al mismo tiempo perplejo y desolado. Se limitó a darle las gracias y colgar, sin saber qué es lo que estaba haciendo en Viena, dadas las circunstancias. Intentó sin éxito telefonar a los Vesely. Aún peor, había decidido aquel viaje con tantas prisas que ni se había enterado de dónde se alojaría el doctor Levinson.

Roger decidió que visitaría la tumba y regresaría a casa. Pero, para ello, tenía que hacer pesquisas para averiguar dónde estaba y aventurarse a llegar hasta allí sin saber alemán.

Después de preguntar a algunas personas, se enteró de que el sitio más probable era el Cementerio Central, que se hallaba al sudoeste de la ciudad. Le costó lo suyo llegar hasta allí: un viaje en metro, cambio a un autobús equivocado, deshacer el recorrido hasta el autobús correcto hasta que llegó a una parada de autobús junto a la entrada del cementerio.

Roger se acercó al conserje, pero el hombre no hablaba inglés y aunque Roger pronunció la palabra «Frankl» de todas las maneras posibles, no logró encender ninguna lucecita en su cerebro. Sin embargo, vio unos mapas del cementerio, y si bien la tumba del doctor Frankl no figuraba en ellos, Roger pudo intuir, después de hablar con otra persona, que estaría justo en el otro extremo del mismo.

Era un día cálido para ser el mes de septiembre, así que Roger no vio inconveniente alguno en atravesar el camposanto. Hasta que, después de caminar un rato, se dio cuenta de que aquella extensión parecía no tener límites. Frente a él se extendía un sendero de gravilla aparentemente interminable, con árboles y tumbas, más árboles y más tumbas.

En un momento determinado, empezó a pensar en que podía deshidratarse y se detuvo en una fuente. Pero un cartel le advertía en alemán y en inglés que no era potable. Así que siguió caminando. Por fin, se encontró con dos trabajadores del cementerio. Ni hablaban inglés, ni el nombre de Frankl les sonaba, pero uno de ellos, al ver la cámara de fotos de Roger, lo tomó por un turista y se esmeró en indicarle cómo llegar a las tumbas de las figuras locales que habían sido Beethoven y Brahms, incluso haciendo dibujos en la palma de la mano. Parecía que estaban en el extremo más alejado de una iglesia coronada por una cúpula verde cobre, una estructura arquitectónica que muchos países habrían utilizado con orgullo como capitolio. Roger albergó esperanzas de que la tumba de Frankl pudiera estar cerca de la de ellos, pues le parecía lo más lógico. Siguió una larga caminata, pero esta vez con resultados: al llegar, Roger vio a un grupo de turistas que se habían reunido en un enclave íntimo, como un jardín, y tomaban fotos de unas tumbas ostentosas, imponentes. Beethoven y Brahms, y también Schubert y otros.

Pero ni rastro de Frankl.

Roger tomó las fotos de rigor de aquellos monumentos y se sentó para ponderar su situación, cada vez más precaria. Era imposible atravesar el cementerio de punta a punta, especialmente sin agua. Tomó la única decisión lógica: una retirada táctica. Se sintió triste de no poder ver la tumba de Viktor, pero tal vez podría visitarla en otra ocasión.

En la entrada, encontró una pequeña tienda que vendía bebidas. Estaba terminando de beberse una botella de Sprite, cuando se dio cuenta de que había salido por una puerta diferente, en el mismo lado por el que había entrado, pero más abajo. En aquel acceso había más actividad. Decidió comprobar si había alguien que hablase inglés.

—El cementerio judío está en el otro extremo —le indicó con voz de trueno una robusta mujer que dijo llamarse Helga.

—Es demasiado lejos para ir andando —se lamentó Roger.

—Sí, demasiado lejos —confirmó ella. Pero, al ver la desilusión en el rostro de Roger, dijo algo en alemán al hombre que trabajaba con ella—. Venga, lo llevaré en coche.

Antes de salir, el hombre soltó algún comentario. Ella se rió y se dirigió a Roger:

—Me ha dicho que me ande con ojo con usted.

Teniendo en cuenta el colosal chasis de la señora, Roger se preguntó si no sería él quien estaba en peligro.

En el otro extremo del cementerio, había un cubículo del tamaño de una cabina telefónica a cargo de un hombre solo.

—Éste es el viejo cementerio judío —le explicó Helga. Pareció que le preguntaba al guarda dónde estaba la tumba de Frankl—. Por allí —le indicó a Roger, señalando un grupo de árboles a través del parabrisas.

—¿Puede esperarme? —le preguntó Roger.

—Unos minutos. No mucho más.

Roger navegó entre el mar de lápidas y árboles hasta que descubrió a un grupo de hombres formando un corro en torno a una de ellas. Parecía que decían oraciones judías. Roger se escondió detrás de un árbol y sacó su cámara de fotos, para colocarle el teleobjetivo. A través de él vio que aquello era, efectivamente, una especie de ceremonia de despedida para Viktor.

Cansado y confuso, apoyó la espalda en el tronco del árbol y se dejó caer hasta el suelo. Acto seguido, guardó la cámara para que no lo confundiesen con los *paparazzi*. De repente se le ocurrió que lo que le había dicho el hombre que había contestado al teléfono en casa de los Frankl no era más que una argucia para despistar a los curiosos y a la prensa: después de todo, Viktor Frankl no había recibido sepultura. Lo estaba presenciando en aquel preciso momento.

Todavía sentado en el suelo, Roger se volvió y se inclinó para mirar tras el árbol y luego observó a Helga, que seguía sentada en el coche, en la carretera de acceso. No podía interrumpir aquella ceremonia solemne. Por otro lado, Helga tampoco podía esperar eternamente. Y tenía clarísimo que no quería quedarse ahí varado.

De pronto oyó las voces de personas despidiéndose y el ruido de las puertas de los coches al cerrarse. Volvió a apoyarse en el árbol y vio que el grupo se marchaba. Quedó sólo una figura. El hombre se acercó a la lápida y depositó algo encima. Dio un paso atrás, permaneció unos instantes y luego se dio media vuelta, se metió en un coche y se fue.

Roger no podía dar crédito a su suerte. Se levantó de un brinco y corrió hacia la tumba. Y apenas pudo creer lo que vio.

Comparada con las majestuosas tumbas de Beethoven y compañía, la de Frankl parecía la de un indigente. El contraste era increíble y le produjo a Roger un gran desasosiego. Las otras tumbas estaban ribeteadas de dorados, adornadas con bustos y estatuas, y tenían tamaños y formas monumentales. A su alrededor había jardines bien cuidados, y la de Beethoven incluso estaba circundada por una verja de hierro forjado con flores y guirnaldas. Y en cada una de ellas, había sólo un nombre. Brahms. O Beethoven. O Franz Schubert.

Por el contrario, la lápida de Frankl era gris, de tamaño modesto, y en ella figuraban los nombres de diversos miembros de la familia, incluidos sus padres Gabriel y Elsa, y su hermano Walter y la mujer de éste, Else. También figuraban otras personas con el apellido Lion, de quienes Roger supuso que serían familiares por parte materna.

En la base de la lápida, habían colocado un cartel sencillo y modesto en el que se leía «Viktor Emil Frankl», y su fecha de nacimiento, 26 de marzo de 1905, y de defunción, 2 de septiembre de 1997.

Nada más. Ni busto, ni estatua, ni vallas recargadas, ni jardín. Ninguna indicación en el cartel de que allí descansaba uno de los hombres más grandes de su época. Ninguna mención de su fama, de su prestigio. Ni siquiera el título de «doctor». Sólo Viktor Emil Frankl.

«No podía ser mucho más sencilla», pensó Roger.

De algún modo, se sintió estafado. Esperaba más; deseaba más. Pero también se dio cuenta del mensaje implícito: el doctor Frankl no deseaba ser recordado como alguien famoso o especial. No había tenido agente de relaciones públicas en vida, y no deseaba ninguna verja de hierro forjado que llamase la atención tras su muerte. Simplemente se había reunido con la familia con la que había entrado en el mundo.

Antes de marcharse, Roger susurró una oración y, en el último minuto, se dio cuenta de lo que aquella figura solitaria había colocado en la tumba: una piedra. Había varias. Parecía una tradición. Roger miró a su alrededor, encontró una y la colocó sobre la tumba. Le pareció una aportación demasiado modesta, pero pensó que a Viktor le habría parecido bien.

Se sacudió las manos, se secó los ojos, dio media vuelta y se fue.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —le preguntó Helga cuando entró en el coche.

—Sí, gracias —dijo Roger abrochándose el cinturón de seguridad y con un gran sentimiento de gratitud hacia aquella mujer que se había desviado tanto de su camino para ayudar a un desventurado extranjero—. Su compañero tenía razón —le dijo. Ella lo miró sin entender—. ¡Tendrá que vigilarme realmente!

Helga soltó una carcajada y le dio un manotazo en el hombro. Le dolió.

La puerta del edificio del apartamento de los Frankl estaba abarrotada de periodistas que pedían a gritos que los dejaran entrar. Roger no tenía esperanza alguna de poder acceder a la casa, al menos sin que se colase tras él aquella jauría de lobos. Ni siquiera podía llamar al interfono delante de todos aquellos periodistas. Comprendía lo que pretendían hacer, y lo agradecía, puesto que pensaba que el doctor Frankl merecía atención. Por un momento deseó que se fueran un minuto y lo dejaran entrar.

Se fijó en una joven que caminaba hacia la muchedumbre de periodistas con aprensión. Se quedó observándolos un momento y luego empezó a abrirse paso a través de ellos. Cuando llegó a la puerta, Roger intuyó que residía en otro de los apartamentos del edificio, y que intentaba entrar en él en medio de aquella locura.

Roger se acercó corriendo y se abrió paso hasta la mujer en el momento en que ésta

abría la puerta.

—¡Querida! —protestó con acento británico, para impresionar—. ¿Dónde demonios te has metido? No ibas a dejarme aquí fuera con estas criaturas caníbales, ¿verdad?

Tras lo cual rodeó con el brazo a la aturdida joven, que no ofreció resistencia cuando Roger la empujó y cerró la puerta. Se quedó mirándolo como si estuviera loco. Aparte de no conocerlo de nada, parecía que no hablaba inglés y que creía que, en efecto, Roger tenía algo que ver con ella. Parecía dispuesta a escuchar, e incluso sonrió cuando se dio cuenta de lo que Roger acababa de hacer.

—Lo siento, cariño —le dijo, manteniendo el acento británico—. Es que tenía que entrar. Espero que no te haya molestado.

Tras lo cual, él se dirigió a las escaleras, pero en mitad del vestíbulo ella le dijo algo que lo hizo detenerse.

—¿Perdón?

—Ocho —repitió ella en un inglés con fuerte acento alemán, y luego desapareció en el apartamento 8, cerrando la puerta lentamente y dedicándole una última sonrisa.

Roger sonrió y se fue escaleras arriba.

Sintió un gran alivio cuando le abrió la puerta el rostro conocido de Harald Mori.

—Señor Murphy, qué alegría verlo —el placer de Harald se disolvió al instante—. Deprisa, entre.

—Siento aparecer sin haberme anunciado, pero...

—No, lo entiendo perfectamente. Es una locura ahí abajo. Además, es un placer ver que ha venido. La señora Frankl se alegrará mucho de verlo.

Desde luego que se alegró. Haciendo gala de su don para abrazar, prácticamente lo llevó en brazos hasta donde estaban sentados los demás miembros de la familia.

—Sólo quería venir a darle el pésame —dijo finalmente Roger, después de los saludos—. Permítanme que me disculpe en nombre de mis colegas de abajo.

—¡Oh! —gritó la señora Frankl sacudiendo la mano—. Es terrible, terrible. No puedo salir de casa.

—Supongo que este jaleo es la razón por la que han dicho a todo el mundo que ya, bueno, que...

—¿Lo habíamos enterrado? Sí, dijimos eso a todo el mundo enseguida, para que nos dejaran tranquilos y pudiésemos celebrar el entierro privado que él deseaba. Viktor no quería que nadie supiese de su muerte hasta que todo hubiese acabado. Por supuesto, no ha funcionado, pero le dijimos a la gente que ya se había terminado, y no era verdad.

Roger buscó la parte positiva.

—Es natural, nos da la medida de su fama y de lo mucho que la gente quería al doctor Frankl.

—Sí, sin duda —concedió la señora Frankl—. Pero para nuestra familia ha sido muy desagradable. Estábamos todos en nuestro pequeño apartamento en los Bosques de Viena; hemos ido con frecuencia estos últimos años, desde que Viktor se quedó ciego y ya no podíamos ir a la montaña como antes. Pero los periodistas miraban por la ventana. Así que bajé las persianas. Franz y Harald nos han ayudado mucho. Pero tener a los periodistas pisándote los talones es espantoso, y, en esta situación, la verdad es que una no está con el ánimo como para hablar de esto con nadie.

Roger se fijó en unas fotografías que había sobre la mesa de centro. Parecían muy recientes.

—¿Me permite?

—Claro —dijo la señora Frankl cogiéndolas y ofreciéndoselas—. Son las últimas fotos que le hicieron a Viktor, el mes pasado, en la boda de Katja con Klaus Ratheiser. ¿A que se lo ve feliz?

—Lleno de vida.

—Sí, sí.

—Fue muy valiente —comentó su yerno, Franz Vesely, con su voz pausada—. Antes de la operación para colocarle el bypass nos dijo: «No veo nada trágico en estas circunstancias».

—Tuvo una buena muerte —dijo la señora Frankl bajando la mirada y asintiendo—. Estaba preparado. Hasta expresó su preocupación por causar molestias al personal médico y hacerles perder el tiempo —sacudió la cabeza, en un gesto que indicaba incredulidad y desacuerdo con él—. Lo bueno es que, aunque el cuerpo le falló, su mente no, estuvo bien hasta el final. Lo había deseado siempre. Había pedido: «Que Dios me conceda la gracia de contar con mi cerebro hasta el último momento». Y así fue.

—También tuvo mucha suerte de poder contar con Elly —añadió Harald—. Estuvo con él día y noche, y sólo venía a casa a dormir.

—Nunca recuperó la conciencia, después de la operación —dijo ella, intentando desviar el tema de su valor y de la solidez de su apoyo.

Roger volvió a depositar las fotos en la mesita.

—¿Puedo hacer una pregunta bastante personal sobre él? —la señora Frankl se encogió de hombros en actitud neutral, pero Franz asintió ligeramente indicándole a Roger que tenía su permiso—. Acaba de mencionar a Dios. ¿Era un hombre religioso?

La señora Frankl suspiró y miró a Franz antes de responder.

—Esto era un asunto muy personal para Viktor. Él sentía que la religión no estaba dentro de su campo y que sus pacientes tenían derecho a tener sus opiniones al respecto. Decía que las religiones eran como los idiomas: la gente expresa las mismas cosas de diversas maneras, plantea las mismas verdades de modos muy diferentes. Así que nunca

habló mucho de ello. Pero, sí, era un hombre religioso.

—Después de la operación —Harald seguía queriendo hablar de Elly—, Elly le ponía los auriculares todos los días para que escuchase música de Mozart que Alexander le había grabado. Las enfermeras se sorprendían de la dedicación de esta mujer: todo el día hablándole y poniéndole música. Y antes de la operación, le llevó su filacteria, que contiene las oraciones judías que decía todas las mañanas, y montaba guardia en la puerta de la habitación para que pudiese orar tranquilo.

—Era un hombre muy reservado —añadió la señora Frankl—. Muy famoso, pero muy reservado.

Franz asintió.

—Dijo una vez que hay tres circunstancias en las que jamás se debería hacer fotos a un ser humano: cuando ama, cuando reza y cuando muere. Son los momentos más íntimos en la vida de una persona —dijo Franz.

Aquello le recordó a Roger la ceremonia que había espiado.

—Tengo que confesar que he estado en la tumba hoy.

La señora Frankl se mostró impresionada.

—¡No!

—Me escondí detrás de un árbol. No sabía que era su ceremonia, desde luego. Lo siento, si lo consideran una intrusión.

—Claro que no me importa. Me conmueve que haya hecho un viaje tan largo para esto.

—No quisiera resultar ofensivo... —empezó a decir Roger, pero se paró en seco.

—No puedo imaginar cómo iba a ofendernos —le dijo con ternura la señora Frankl—. Diga.

—Me quedé pasmado ante la diferencia entre la tumba del doctor Frankl y las de Beethoven, Brahms y los demás. ¿Cuál es el motivo?

Los miembros del grupo se miraron y sonrieron levemente. Franz tomó la palabra, con la tranquilidad y la confianza que lo caracterizaban.

—Puede que usted no sepa, pues sospecho que no se lo dijo, que le otorgaron la distinción de ciudadano honorario de Viena hace dos años. Este prestigioso galardón conlleva la concesión de una tumba de honor como esas de las que usted habla. Viktor dejó instrucciones precisas rechazando este privilegio.

—Afirmaba —añadió la señora Frankl— que había nacido Viktor Frankl y que moriría Viktor Frankl, ni más ni menos. Siempre me decía que ambas situaciones se parecen porque estás rodeado de la familia.

Roger sonrió y movió la cabeza.

—Cuánta humildad.

—Mire a su alrededor —dijo la señora Frankl con su voz aguda—. Ésta es la casa de un hombre humilde. ¿Ve cosas materiales? ¿Sabe? Una vez se compró un reloj Rolex, pero se arrepintió enseguida. No sabía qué hacer con ese tipo de cosas, y yo tampoco.

—Ha hablado como una señora con dos abrigos de visón por estrenar —dijo Roger consiguiendo arrancarle una sonrisa.

—Pero le gustaba comprar cosas para los demás —dijo Franz sonriendo al recordarlo—. Si veía a una persona sin recursos que deseaba algo en una tienda, pero no podía comprarlo, él lo compraba y lo dejaba en la caja envuelto en papel de regalo. Estábamos hablando de la dedicación de la señora Frankl a su marido —prosiguió Franz—. Puede que sepa que cuando se quedó casi ciego, ella le leía. Todos los días. Durante horas y horas. Alguno de nosotros intentó sustituirla, pero él estaba tan acostumbrado a la señora Frankl...

—Era muy difícil, pero ¿qué otra cosa podía hacer? —explicó ella—. Era mi marido y me necesitaba. Por la noche, si no estaba demasiado cansada, leía lecturas que me gustaban a mí, ¡cosas que a Viktor no se le hubiese ocurrido leer! Pero, mire, nunca se quejó de su ceguera. Ni una sola vez.

De pronto apareció Katja, más guapa que nunca, incluso apenada. Dijo algo en alemán. Al ver a Roger lo saludó y le tradujo.

—Acabo de decirle a la abuela que parece que los periodistas se han ido.

—Pues es hora de que nosotros nos vayamos también —ordenó amablemente Franz—. La señora Frankl necesita descansar.

Se despidieron y se marcharon.

Roger se quedó rezagado y abrió los brazos frente a la señora Frankl para darle un abrazo.

—¿Está permitido? ¿Sí?

Ella se reconoció en la imitación.

—Es necesario —ordenó.

Cuando todos se marcharon, Elly Frankl se sentía demasiado alterada para ponerse a descansar. En lugar de eso, decidió limpiar el polvo.

En el estudio silencioso del doctor Frankl, fue cogiendo cada libro y pasándole la gamuza, devolviéndolo a su lugar y tomando el siguiente... hasta que encontró uno fuera de sitio. Era un ejemplar del libro que Frankl había escrito en 1950, *Homo Patiens*, es decir, «hombre doliente». En la dedicatoria figuraba la única palabra habitual: «Elly».

Pero en aquel libro había garabateado una dedicatoria más larga, seguramente lo había escrito días o semanas antes de morir, a juzgar por su grafía. Había firmado el libro sin

decírselo, convencido de que lo encontraría después de su entierro si lo dejaba fuera de su sitio.

Entre la escritura, que era un conjunto de garabatos, y los ojos llorosos, le costó mucho leerlo. Pero pudo hacerlo. Decía:

«Para Elly,

Que logró convertir a un hombre doliente en un hombre amante.

Viktor».

CAPÍTULO 23

SONÓ EL TELÉFONO. Esta vez, Roger Murphy ni se asustó ni se quedó sin palabras.

Estaba listo para hablar y había recibido formación para utilizar las palabras correctas.

Así tiene que ser cuando estás a cargo del teléfono de prevención de suicidios.

—Mi mujer me ha dejado después de cuarenta y seis años de matrimonio, así, sin más —se lamentó un hombre—. No le he dado ningún motivo. Y ella no me dio ninguna explicación. ¿Para qué? ¡Qué desperdicio!

—Comprendo.

—¿Cuándo voy a dejar de sufrir? ¿Cuándo dejaré de sentirme solo?

Roger sabía que el hombre hacía preguntas meramente retóricas. Y quizá lo único que deseaba era que lo escucharan.

Hacía varios años que Roger se había lanzado de cabeza al voluntariado como un poseo, tras darse cuenta de que durante toda su vida profesional se había escudado perezosamente en su «objetividad» periodística. Y al cabo de cuatro años de voluntariado en el teléfono de prevención de suicidios, haciendo malabarismos en su agenda para echar una mano también en el Club Juvenil, en la Sociedad Americana Contra el Cáncer y en un albergue para personas sin techo, Roger había aprendido una lección: prestar oído es más importante que echar una mano para muchísima gente.

Pero el mero hecho de que alguien llamase a un teléfono de emergencias era una señal inequívoca de que buscaba un salvavidas.

Hacía casi exactamente ocho años, Roger Murphy no había sabido encontrar, en lo alto del puente Golden Gate, el salvavidas para el joven angustiado que había acudido a él. Desde que conoció a Viktor Frankl, siempre lo llevaba puesto, fuera a donde fuese.

—¿Fue feliz en su matrimonio? —le preguntó Roger.

—¿Qué? —al hombre aquella pregunta lo cogió desprevenido—. Bueno, sí, al menos eso pensaba.

—¿Se llevó eso su mujer cuando lo dejó?

—¿Qué? ¿A qué se refiere? ¡Dice cosas sin sentido!

«Genial —pensó Roger—. Si me grita, es que le queda algo de fuego dentro.»

—Todos los años que pasaron juntos... compartieron algunas cosas estupendas, ¿no?

—Pues claro, eso creía yo.

—Y esas cosas no se pueden cambiar ahora, ¿verdad? Ni siquiera el hecho de que ella se haya ido cambia lo que ya pasó, ¿no?

El hombre debía de estar asimilándolo.

—Supongo que no. Pero ¿qué es...?

—Todas esas cosas estupendas y buenas que hicieron juntos están bien guardadas en el pasado. Ustedes las crearon y las pusieron en el banco. Están en una caja fuerte y sólo usted tiene la llave. Nadie más.

El hombre se tomó un respiro y se mostró más calmado.

—Supongo que sí. Pero ¿y ahora qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué motivos tengo para vivir?

—¿Tiene hijos?

—Sí, tres.

—¿Dónde están?

—Volvieron al este. Todos. Nunca los veo. Nunca llaman. Tienen su propia vida.

—¿Le gustaría? ¿Le gustaría verlos?

—Pues claro. ¿Qué clase de pregunta es ésa?

Roger sonrió.

—¿Y nietos?

—Cinco.

—¿Ha decidido no verlos nunca más?

Esta vez el hombre se tomó más tiempo para contestar.

—No. No, si de mí dependiera. Pero no es tan fácil. Sus padres...

—¿Tan difícil es? ¿Piensa que realmente lo rechazarían? ¿Tan mal están las cosas entre ustedes?

Otra pausa larga.

—No. Tal vez. Creo que no.

—¿Cómo son los otros abuelos? ¿Los conoce?

—No. Quiero decir, los otros abuelos murieron.

Ya lo tenía.

—¿Me está diciendo que es usted el único abuelo que les queda a sus nietos?

—Sí —respondió él—. Nunca lo había pensado de esta manera. Pero sí.

—¿Conoció usted a sus abuelos? ¿A alguno de ellos?

—Sí, a ambos. Vivíamos en una ciudad pequeña del interior. Eran buenos amigos y solían llevarme a pescar.

—Ya no debe de dedicarse a esas cosas, ¿no?

—¿A qué? ¿A pescar? Ya lo creo. Tendría que ver mi sala de estar. No me cabe ni un tercio de todos los trofeos que he ganado. La mayoría están en el garaje. Eso enfadaba a mi mujer. Tal vez se ha ido por eso.

—Tengo la impresión de que usted es un tipo bastante importante. Esos niños nunca tendrán otro abuelo. Con suerte puede que tengan un vecino que les haga de abuelo, pero

no es lo mismo. Creo que usted lo sabe.

—Sí, lo sé.

—Y no hemos hablado de todos sus amigos y conocidos. Me imagino que más de uno acude a usted si quiere pasar un buen rato, o jugar a las cartas o irse a pescar.

—No tengo tantos amigos.

—Eso lo dice usted.

—¿Qué quiere decir?

—¿Me cuenta como amigo?

—¡Claro que no! Usted parece un joven muy amable, pero vamos...

—Gracias por lo de joven, especialmente —lo interrumpió Roger.

De hecho, el hombre se echó a reír.

—Pero no se puede decir que somos amigos, ¿no?

—Supongo que no —admitió Roger—. Pero su vida ha dejado huella en la mía con una sola llamada de teléfono. Me ha gustado hablar con usted y escuchar que ha tenido una vida plena y agradable, a pesar del dolor que está sufriendo ahora mismo. Así que puede que ni yo ni un montón de personas figuremos en su lista de amigos. Pero eso no significa que no contemos con usted ni que no apreciemos lo que aporta a nuestras vidas. Y todos los que sí figuran en su lista de amigos, no tiene idea de cuánto necesitan de su amistad. ¿Sabe si alguno de ellos ha pasado por algún mal momento últimamente, como usted?

Roger no estaba seguro de que el hombre siguiera al otro lado del teléfono. No escuchó nada durante unos segundos.

—¿Hola? —dijo finalmente para comprobarlo—. ¿Sigue usted ahí?

—Sí —admitió el hombre en voz baja. Parecía como si estuviera serenándose.

—¿Tiene algún amigo que puede necesitar consuelo en este momento?

Lo pensó.

—Hay un tipo en mi Club de Rotarios que acaba de quedarse viudo después de treinta y ocho años de matrimonio.

—Diría que ustedes dos tienen mucho que darse.

Una pausa.

—Pensé en llamarlo.

—Ojalá lo hiciese. Y le diré una cosa: si usted quisiera hablar con alguien, alguien más entendido que yo, me encantaría darle el número de teléfono de un buen logoterapeuta.

—Supongo que me irá bien —aceptó el hombre, y aquella aceptación fue una gran victoria para Roger—. Perdona, ¿puede repetirme...?, ¿un logo qué?

—Un logoterapeuta. Es un profesional de la salud mental que emplea una cosa que se llama logoterapia.

—¿Y qué es exactamente la logoterapia... loquesea?

—Logoterapia. Ya lo averiguaré. Pero una de las cosas para lo que le servirá es para ayudarlo a salir del dolor.

—Hará que desaparezca el dolor.

—No. No hay nada que haga desaparecer el dolor.

—¿Nada?

—Nada. Ni esta conversación telefónica, ni las pastillas, ni el alcohol, ni las terapias.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—¿Puedo preguntarle qué edad tiene?

—Sesenta y ocho.

—¿Qué sentido tiene haber vivido sesenta y ocho años?

—¿Qué demonios...?

—Ha sufrido a lo largo de su vida, ¿no?

—¡Pues claro! ¡Todo el mundo sufre!

—Pero eso no le ha impedido llevar una vida plena, intensa, ¿verdad?

Silencio.

—Supongo que no.

—De hecho, voy a ir más lejos: me atrevo a decir que el sufrimiento que ha habido en su vida lo ha hecho mejor persona. ¿Qué me dice?

—Puede que sí.

—Y, aún más, diría que el dolor que ha experimentado hace que se sienta orgulloso de su vida. Si hubiese sido fácil, si cada uno de sus sesenta y ocho años hubiesen sido fáciles, ¿estaría tan orgulloso de sí mismo como lo está ahora?

—No. Ya veo por dónde va.

—Lo que intento decirle es que no mire su dolor como algo que tiene que evitar por todos los medios. ¿Entiende lo que quiero decirle? Desde luego, no vaya a provocarse un dolor innecesario; no es eso a lo que me refiero. Pero acaba de decir que el dolor del pasado en realidad ha enriquecido su vida, ¿no? Con el dolor que experimenta ahora puede suceder lo mismo. Todo depende de cómo se lo tome.

—Dice unas cosas bastante raras, joven, pero tengo que reconocer que tienen mucho sentido.

—Es que me enseñó el mejor de todos. Tuve un amigo que me dijo hace unos años que la libertad última del ser humano es la libertad de elegir tu actitud, sean cuales sean las circunstancias que te toque vivir. Me hizo un gran regalo. Y ahora me gustaría ofrecérselo a usted.

Roger le dio el número de teléfono de un logoterapeuta local.

—Ahora me gustaría pedirle disculpas —dijo Roger.

—¿Por qué? Ha sido usted una bendición.

—Bueno, ¡creo que le he dado mucho trabajo! Entre los nietos y los amigos y el tipo de los Rotarios... ¡tiene un montón de cosas que hacer!

Roger casi pudo percibir la sonrisa del hombre al otro lado del teléfono.

—Ya lo creo. Pero es trabajo del bueno, ¡eso espero!

—Y nadie salvo usted puede hacerlo. Nadie.

—Ha sido estupendo hablar contigo, hijo —repuso el hombre—. Pero tengo cosas que hacer.

Cuando colgó el teléfono, Roger elevó una oración en silencio por aquel hombre y otra de acción de gracias.

No habían pasado ni quince segundos cuando Roger sintió la vibración de su móvil en el bolsillo de su pantalón.

—¡Roger! ¡Soy yo, Sunny! —estaba agitadísima.

—¿Qué ocurre, Sunny?

—No puedo hablar. Cuelga el teléfono y espera. Recibirás una llamada dentro de un segundo. No quiero ocupar la línea. ¡Adiós!

Treinta segundos más tarde, sonó el teléfono.

—¿Diga? Sí, soy Roger Murphy. ¿Qué? —preguntó con incredulidad—. Sí, espero.

Mientras esperaba, rebuscó en sus archivos mentales quién podría estar detrás de aquella llamada. Tenía que ser algún botarate del *Chronicle*.

No obstante, cuando oyó la voz al otro lado del teléfono, Roger la reconoció al instante y se dio cuenta de que no se trataba de ninguna broma.

—Muy bien, señor. ¿Cómo está usted, señor presidente?

CAPÍTULO 24

EL VIENTO FRESCO despeinó el cabello gris de Roger Murphy, mientras se abrochaba la americana de su traje, pero lucía un sol radiante que intentaba equilibrar la temperatura. Mientras tanto, la muchedumbre que se arremolinaba a su alrededor lo protegía de la brisa de la bahía y, además, el fuego que sentía en su interior lo habría protegido de todos modos, aunque hubiese caído nieve.

Al fin y al cabo, era el día más grande de su vida.

La banda de música dejó de tocar, había llegado el momento.

—Señoras y señores —sonó la voz del gobernador, muy amplificada por el micrófono—, tengo el gran placer de presentarles al presidente de los Estados Unidos de América.

Roger fue el primero en levantarse y aplaudir cuando el presidente se levantó, miró a Roger y le hizo un guiño, y luego se dirigió al atril.

—Gobernador, alcalde, ilustres conciudadanos y súbditos americanos —empezó a decir el presidente—. Hace unos setenta años, un hombre todavía joven, escuálido por las privaciones a las que lo habían sometido y extenuado por el trauma de los campos de la muerte de los nazis, vertió sus sentimientos y pensamientos para la posteridad: palabras profundas e intensas que sacudieron nuestros sentidos y relataron en términos muy humanos la capacidad que tiene el hombre para ser inhumano con sus semejantes. El libro del doctor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, un libro que él deseó al principio que fuese anónimo, llegó a convertirse en una de las grandes obras y uno de los libros más importantes e influyentes de todos los tiempos.

»En 1962, y a petición popular, el doctor Frankl amplió su obra más famosa y añadió un capítulo en el que explicaba su ciencia, denominada “logoterapia”: una forma de entender la vida, de afrontarla y de encontrarle un sentido incondicional. Fue una ciencia que el doctor Frankl se vio obligado a demostrar en su propia vida para sobrevivir en los campos de la muerte.

»En ese capítulo, el doctor Frankl, un austríaco cuya reputación ha seguido creciendo desde su fallecimiento en 1997, hace referencia a nuestra inspiradora Estatua de la Libertad. Pero añade también lo siguiente:

“La libertad es sólo una parte de la historia y una parte de la verdad. La libertad no es más que el negativo de todo el fenómeno cuyo aspecto positivo es la responsabilidad. De hecho, la libertad corre el peligro de degenerar en mera arbitrariedad si no se vive en términos de responsabilidad”.

»En opinión del doctor Frankl, la responsabilidad es en gran medida lo que da sentido a la vida. La responsabilidad de unos para con otros, la responsabilidad con uno mismo. La responsabilidad con nuestra vida, lo que la vida espera de cada uno. Y es este sentido de la responsabilidad lo que no sólo actúa de contrapeso a nuestra libertad, sino que además nos diferencia de los animales. No hay otro ser vivo que tenga un sentido de la responsabilidad verdadero y consciente, por encima del puro instinto. Sólo el ser humano.

»Éste fue el motivo de que el doctor Frankl sugiriese, hace más de cincuenta años, que la Estatua de la Libertad de nuestra costa Este tenía que ser complementada, equilibrada por una Estatua de la Responsabilidad en nuestra costa Oeste.

»Hace más de veinte años, el propio Roger Murphy, de esta ciudad, nos recordó las palabras inspiradoras del doctor Frankl y, concretamente, su propuesta de equilibrar la libertad con la responsabilidad.

»En el día de hoy, para simbolizar ante el mundo que Estados Unidos está a la altura de la propuesta del doctor Frankl de ser responsables con la vida, y para templar nuestras amplias libertades con una responsabilidad todavía mayor, tenemos el gran honor y el privilegio de descubrir la Estatua de la Responsabilidad que él imaginó hace tantos años.

Tras lo cual, unos guardabosques del Servicio de Parques Nacionales cortaron la cinta de un velo gigante que envolvía los dos tercios superiores de la estatua que había detrás de la tarima. Exactamente como se había previsto, el velo blanco se deslizó por la espalda de la estatua desde la cabeza, descubriendo a la hermana occidental de la Libertad, la Responsabilidad.

Era muy hermosa. Una mujer seria, pero de rostro bondadoso, tocada con una corona. Con el brazo derecho empuñaba un escudo, mientras que con el izquierdo sostenía contra el pecho un grueso libro que parecía un libro sagrado. Había un águila calva posada en su hombro izquierdo, cuyas alas extendidas y pico abierto le daban una apariencia temible.

El público dejó escapar una exclamación de asombro y estalló en aplausos, mientras la banda de música de las fuerzas aéreas de Estados Unidos entonaba *Dios bendiga a América*, invitando a los asistentes a unirse a ellos.

Era el turno de Roger, y cuando el gobernador lo presentó, el público lo acogió con la misma ovación entusiasta que había deparado al presidente. Mientras se apagaban los aplausos, Roger contempló a la muchedumbre. Vio a Melody, radiante bajo la luz del mediodía. A Luciana: le costaba creerlo, pero allí estaba, hermosa, toda una mujer de treinta años, con su marido y su hija. A su hijo Victor, un fornido joven de veinte años. Y detrás de ellos, sus amigos Alex, Katja y Abdul.

Cuando cesaron los aplausos por completo, y la gente se sentó, Abdul continuó de pie y jaleando a Roger, lo que arrancó las risas de los asistentes. Por fin, Abdul tomó asiento, después de que la muchedumbre le dedicara un aplauso por aquel arranque de entusiasmo.

Roger sacudió la cabeza alucinado, recordando la letra de la canción de Paul Simon, *Still crazy after all these years*.^[13]

—Presidente, gobernador, alcalde, todos los presentes. Seré breve —la voz de Roger sonó como un látigo—. Al fin y al cabo, alguien me dijo una vez: si quieres que te vean, levántate; si quieres que te oigan, exprésate; si quieres que te quieran, siéntate y calla.

El público estalló en carcajadas y aplaudió.

—Cuando conocí al doctor Viktor Frankl, le pregunté por el sentido de la vida. Tras una seria reprimenda y muchos días de paciencia respondiendo a mis numerosas y pobres preguntas, el doctor Frankl me enseñó que cada vida puede tener distintos sentidos, según el momento. Pero me dijo también que no tenemos que preguntarnos qué podemos esperar de la vida, sino más bien qué es lo que la vida espera de nosotros.

»Muchos creen que este axioma del doctor Frankl fue lo que inspiró al presidente John F. Kennedy cuando desafió a los norteamericanos a preguntarse no lo que el país podía hacer por nosotros, sino lo que nosotros podíamos hacer por el país.

»Ésta es la verdadera esencia de la responsabilidad. No buscar lo que podemos sacar de la vida, sino lo que podemos aportarle. Ésta es la esencia de la responsabilidad y la responsabilidad es, a su vez, el fundamento de una vida feliz, de una vida que merece ser vivida y, en algún caso, por la que vale la pena morir.

»Este principio, y la estatua que permanecerá para siempre como el faro que alumbré el sentido de la vida, es la lección y el legado del doctor Frankl.

Tras un escueto «gracias», Roger bajó del estrado y, mientras la muchedumbre se levantaba y aplaudía, volvió a los asientos donde se hallaban las personalidades y abrazó a la señora Frankl.

—¿Está permitido, sí? —preguntó él.

—¡Está permitido, sí! —repitió ella, alegremente.

¹³. Nota de la t.: «Sigue loco después de tantos años».

EPÍLOGO

CON GRAN PERICIA, los dedos de ambas manos se agarraron a la tierra desde abajo e impulsaron el resto del cuerpo hasta la cima. Inmediatamente, el hombre ató la cuerda alrededor de un árbol, luego a sí mismo, y se sentó en el suelo gritando el código acordado. Al cabo de unos segundos sintió el inconfundible tirón de otro escalador que ascendía.

—¡Enhorabuena, Victor Murphy! —exclamó Abdul—. Ya eres todo un escalador.

Después de desatarse y de ayudar a Abdul a recoger la cuerda, Victor Murphy se puso en pie y contempló el paisaje mientras Abdul seguía manteniendo la cuerda tensa.

—Me encantaría que mi padre viera esto. Es increíble.

Al poco rato, apareció Luciana por el borde del peñasco y subió con ayuda de su hermanastro. Luego Melody.

Transcurrido un buen rato, Victor miró a Melody y le dijo:

—Madre, ¿crees que lo hemos perdido?

—¡Ni de broma! —dijo una voz por debajo de ellos.

Por fin Roger Murphy asomó la cabeza por el borde del peñasco y se arrastró como un lagarto, contento de estar pegado al suelo.

—Bienvenido al Hohe Wand, Roger Murphy —gritó Abdul y lo abrazó con tal fuerza que ambos cayeron al suelo lejos del precipicio—. ¡Llegas veinte años tarde! ¡Te he estado esperando aquí arriba!

—Suéltame, turco chiflado —exclamó Roger fingiendo estar enfadado—. ¡Nos matarás a los dos!

Roger se puso de rodillas, volvió a colocarse las gafas, se pasó la mano por su cabello gris y se sacudió el polvo. Al mirar a su alrededor, pensó que la postura arrodillada era la adecuada, porque sintió que pisaba terreno sagrado. Imaginó a Viktor Frankl allí arriba con su amigo alemán, Hubert. Roger experimentó al mismo tiempo un sentimiento de pérdida y de conexión con Viktor.

Un poco desbordado por la inesperada oleada de emoción que lo embargaba, se sentó sobre sus talones e inclinó la cabeza. Victor iba a dirigirse hacia él, algo preocupado, pero Melody lo tocó con la mano y le indicó que su padre estaba bien.

Roger había contado con tener un poco de vértigo, pero no aquel remolino emocional que lo envolvía. Su mente lo llevó en espiral hasta las últimas palabras del manuscrito original de *El hombre en busca de sentido*: que el legado supremo de aquellos increíbles sufrimientos en los campos de concentración era que uno ya no tenía nada que temer,

salvo a su Dios.

Roger rezó una acción de gracias en silencio y se levantó, habiendo superado por fin su paralizador miedo a las alturas gracias a Viktor. Percibiendo la importancia de aquel momento, los demás lo rodearon en un abrazo.

Por un momento, Roger pensó en el ascenso emocional que había hecho Viktor cuando su amada Viena estaba asediada. «Ya no es la Austria de Hitler, sino la de Viktor Frankl —se dijo Roger—. Lo mejor de la humanidad sigue vivo mucho después de que sus peores instintos se hayan disipado.»

Una vez sentados en círculo, el joven Victor se llevó la mano al bolsillo.

—Tengo algo para ti, papá. Es una canción que oí el otro día y que me hizo pensar en el doctor Frankl. Pensé que te gustaría escucharla aquí arriba.

Victor le pasó un mini reproductor de CD y unos auriculares. Roger se maravilló de lo compactos que se habían hecho en los últimos veinte años. Después de ponerse los auriculares, Roger no supo manejar el aparato.

—¿Cómo demonios funciona esto?

Victor lo ayudó.

—Pulsa aquí y ya está.

Era una canción hermosa, una canción italiana titulada *Canto alla vita*. Roger siempre había pensado que el italiano era el idioma más bonito y melódico de todos. Y aunque no hablaba italiano, había estudiado otras lenguas romances, así que podía deducir el significado de la letra.

Y en cuanto la escuchó, comprendió lo que había captado su hijo en aquella canción:

Canto a la vida
a toda su belleza
a todas sus heridas
a todas sus caricias

Canto a la vida
a su trágica hermosura
al dolor y negrura

Que todo ello donde en mí
yo lo viví, de principio a fin.

Roger se sacó los auriculares. Le dio el aparato a su hijo y se enjugó los ojos con toda la naturalidad que pudo. Aquella canción ponía música a las palabras escritas por Viktor

Emil Frankl, con tanto dolor, pero con tanta fe.

—Tienes razón, hijo. A Viktor le hubiese encantado esta canción.

Aún más, pensó Roger, Viktor Frankl había vivido aquella canción.

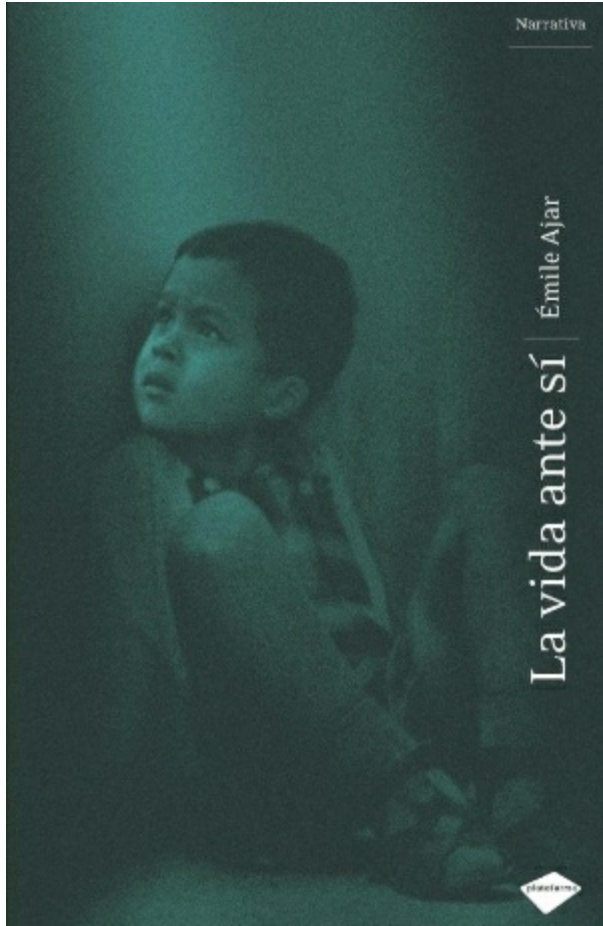
Roger rodeó a Luciana con un brazo y a Víctor con el otro y deseó mentalmente lo mismo para ellos dos.

<fin>

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.
Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

«Cada ser amado es el centro de un paraíso.»
NOVALIS



La vida ante sí

Ajar, Émile

9788416620463

222 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Momo, un niño musulmán huérfano, cuenta su estremecedora historia al lado de la señora Rosa, una anciana judía superviviente de Auschwitz, que acoge a los hijos de las prostitutas en su pensión clandestina en Belleville, suburbio parisino. Aquí malviven emigrantes ilegales y toda suerte de perdedores. Momo no tiene a nadie en el mundo y, cuando se entera de que la señora Rosa padece una enfermedad, intenta luchar contra la decrepitud que va consumiendo a la vieja prostituta, a pesar de los cuidados que le prodigan la señora Lola, un ex boxeador senegalés y el señor Walouma, un barrendero de Camerún. A través de la mirada de Momo, enfrentado prematuramente a la crudeza de la vida, el lector se sumerge en las reflexiones de un niño que habla de su mundo, del racismo, de la soledad y del miedo, con una rara mezcla de humor, ingenuidad y ternura. El resultado es de una notable grandeza humana y belleza literaria. Moshe Mizhari dirigió una película basada en esta novela, estrenada en España como Madame Rosa y protagonizada por Simone Signoret. Los lectores de Romain Gary/Émile Ajar encontrarán en esta obra algunas de las conmovedoras claves de la vida de este gran autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor

regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA,
psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig



21^a

edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

**¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?**

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Agradecimientos	4
Observación del autor	6
Contenido	7
Prólogo	9
Capítulo 1	12
Capítulo 2	15
Capítulo 3	26
Capítulo 4	39
Capítulo 5	57
Capítulo 6	67
Capítulo 7	79
Capítulo 8	82
Capítulo 9	89
Capítulo 10	107
Capítulo 11	116
Capítulo 12	140
Capítulo 13	149
Capítulo 14	156
Capítulo 15	163
Capítulo 16	173
Capítulo 17	175
Capítulo 18	178
Capítulo 19	189
Capítulo 20	204
Capítulo 21	209
Capítulo 22	221
Capítulo 23	231

Capítulo 24	236
Epílogo	239
La opinión del lector	242